



JUAN ESLAVA
GALÁN

EL AMOR *en el* JARDÍN
de las FIERAS



Octubre de 1940: durante la visita de Himmler a España, una bella mujer perteneciente a la agencia racial Ahnenerbe, que lo acompaña, descubre entre los trabajadores forzados de una excavación arqueológica a un obrero rubio, Herminio Cáiser: un joven de ojos azules y magnífica constitución que podría demostrar la pervivencia en España de una cepa pura de la raza aria.

La organización Ahnenerbe lleva al joven a Berlín y lo hace objeto de una serie de estudios que confirman que es un ario perfecto. Reclutado en una casa-cuna nazi, se deja utilizar como semental a cambio de un trato favorable para su padre, internado en una cárcel franquista por su pasado republicano.

Cáiser hace amistades en Berlín; entre ellas, los corresponsales de prensa españoles y otros jóvenes funcionarios del círculo diplomático. También se reencuentra con un diplomático soviético con el que trabó amistad años atrás, cuando fueron compañeros de armas en la batalla de Madrid. Esta relación reanudada y los amores de Cáiser con una obrera judía serán el detonante de acontecimientos inesperados.

El amor en el Jardín de las Fieras es un canto al amor y a la amistad con el trasfondo histórico minuciosamente reconstruido por el autor de uno de los episodios más desconocidos del nazismo.

Capítulo 1

DILUVIA EN RIAZA

Era noche cerrada y diluviaba. En medio del aguacero, los haces de luz amarilla de unos faros iluminaron una sucesión fantasmal de tapias carcomidas, de casuchas miserables, de puertas y ventanas cegadas.

—¡Vaya nohecita! —murmuró el chófer una vez más.

El viejo Citroën negro con el emblema de Falange en la portezuela desembocó en la plaza porticada de Riaza. Una bandera empapada y flácida pendía de la balconada del ayuntamiento.

—Allí es —señaló el que viajaba en el asiento del copiloto, un hombre enjuto, de gabardina, sombrero calado hasta las cejas y gesto friolento.

El automóvil atravesó el barrizal y se detuvo junto a los soportales de la casa consistorial. El de la gabardina abrió la portezuela, forcejeó con el paraguas hasta abrirlo, se apeó y profirió un exabrupto.

—¡Me cago en la puta de oros!

Había metido el pie en una poza, y el agua helada le inundó el zapato.

El chófer sonrió para sí, calentito dentro de su pelliza.

—¡La citación! —urgió el de la gabardina.

El chófer le tendió una carpeta. Con ella bajo el brazo, el emisario corrió a refugiarse bajo los soportales, sorteando los charcos.

—¡Es el número tres! —Se escuchó la voz del chófer a través del turbión.

El número tres era una casa de piedra, casi señorial, de rico de pueblo, cuatro ventanas protegidas por rejas saledizas y un balcón.

«A esta hora están durmiendo», pensó el de la gabardina cuando comprobó que los maderos cerrados no filtraban ni una rendija de luz. En el

amplio portalón había un postigo con su aldaba de forja. La asió y dio unos golpes vigorosos que resonaron magnificados en el interior.

Volviéndose hacia la luz de los faros, comprobó la hora en su reloj de pulsera. Las once y veinte. Aguardó medio minuto antes de repetir los golpes. Una luz se encendió tras los visillos del balcón principal.

—¡Ya va, ya voy! —gritaron.

Mientras esperaba, el emisario se ajustó más la gabardina. Miró la plaza, iluminada a medias por los faros. De un canalón cercano caía un chorro de agua que rebotaba sobre el empedrado.

—Vaya nochecita —murmuró.

Se descorrió un cerrojo y después un pestillo. Cuando se abrió el postigo apareció un cincuentón entrado en carnes, carirredondo, la cabeza embutida en un gorro de dormir y arrebujaado en un tabardo, bajo el que asomaban los pantalones rayados del pijama.

—¿El alcalde de Riaza?

—Servidor.

—Un oficio de la jefatura del Movimiento. —El de la gabardina le entregó el sobre azul con membrete oficial—. Es un asunto urgente.

Se despidió con un vigoroso «Arriba España», el brazo en alto, y sin aguardar respuesta, abriendo nuevamente el paraguas, regresó al coche.

A la luz amarillenta de la bombilla de escasos vatios que iluminaba la entrada, el alcalde y jefe local del Movimiento desgarró el sobre, extrajo el oficio que contenía y leyó:

Saludo a Franco. ¡Arriba España!

Apreciado camarada:

Al recibo de la presente reclutarás en tu pueblo y en las aldeas adyacentes unos veinte obreros provistos de picos, palas y espuertas que a las ocho de la mañana del día 22 deberán incorporarse, bajo tu mando y sin excusa ni pretexto, en la ermita del Corporario, a fin de reanudar las excavaciones de Castiltierra. Allí los aguardarán los camaradas arqueólogos designados por el Mando al efecto.

Importa mucho para el servicio demandado que los obreros sean preferentemente rubios, altos y de buena presencia, pero si no los hubiera de

estas trazas, traerás de los que encuentres.

¡Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista!

Y firmaba nada menos que el ministro de Gobernación, camarada Ramón Serrano Suñer.

Capítulo 2

UNA VISITA INTEMPESTIVA

Cáiser abrió los ojos. Lo habían despertado unos golpes en la ventana y una voz que pronunciaba su nombre.

—¿Quién es? —preguntó dubitativo, todavía inseguro de si lo había soñado.

—Soy yo, José —confirmó la voz—. Que nos ha salido un trabajo.

—¿Con estas aguas y a estas horas?

—Con estas aguas, ya ves.

—Aguarda, que te abro.

Llevaba una semana lloviendo, día y noche, como si el Altísimo hubiera escuchado las quejas del caudillo por la sequía que aquejaba a la Nueva España. Con los campos anegados y los caminos convertidos en lodazales, la actividad agrícola se había interrumpido y el tejar donde Cáiser y José trabajaban había suspendido las labores hasta que escampara.

Ya despabilado, Cáiser encendió una cerilla y prendió la palmatoria de la mesita de noche. A la débil luz saltó de la cama y se metió los pantalones de pana sobre el remendado pijama. Su madre, que dormía a su lado, terminó de despertarse.

—¿Qué pasa, hijo?

—Nada, madre. Es José. Que por lo visto nos ha salido un trabajo.

—¿A estas horas? Pero si es de noche.

—Cualquier hora es buena, madre. Se habrá anegado alguna casa o vaya usted a saber.

Cáiser terminó de vestirse con un jersey de lana gorda que ya contenía la

camisa y la camiseta. La habilidad de quitarse y ponerse todo, en una pieza, se la debía Cáiser a su paso por las trincheras. Al contrario de otros hábitos adquiridos en aquella etapa de su vida, seguía encontrándolo útil.

Cáiser y su madre habían conocido tiempos mejores, pero eso fue antes de que la guerra los despojara de todo.

Cáiser esquivó el cubo de latón que en medio del cuarto recogía el agua de una gotera. Abrió la puerta. José, con un aparatoso poncho de hule, entró en la cocina, se destocó y sacudió el agua que chorreaba del empapado sombrero de fieltro.

—¡Vaya diluvio! —exclamó—. Bueno, ponte el capote que nos vamos. El alcalde de Riaza necesita gente para una urgencia. Pagan diez pesetas al día y mantenidos. Ha preguntado si había rubios en el pueblo y cuando le he dicho que yo conocía a uno, me ha mandado a buscarte.

—¿Rubios? ¿Y para qué quieren rubios?

—Eso pregúntaselo a él. A lo mejor van a hacer una película.

La anciana madre de Cáiser salió del dormitorio con una toca de lana gorda sobre el camisón.

—¿Qué pasa, Pepe, hijo? —preguntó—. ¿A qué vienen estas urgencias?

—Trabajo, doña Elvira. Que parece que nos vamos a ganar unas pesetas.

—¿Con estas aguas?

—Será bajo techado, digo yo.

Cáiser se calzó unas remendadas botas militares.

—¿Os caliento una sopa de ajo que sobró de la cena? —ofreció doña Elvira.

—Tú te vuelves a la cama, madre, que nosotros ya nos arreglaremos —dijo Cáiser abrochándose la pelliza—. Me llevo el paraguas.

Los dos hombres salieron al aguacero. Un relámpago iluminó una calle jalonada de casillas miserables. Entre las veladuras de la lluvia se atisbaba, en la plazuela del fondo, la luz ambarina de los faros de un camión y la de algunas linternas. Se percibían voces. Más de una docena de obreros recogidos en pueblos y pedanías del entorno aguardaban bajo la toldilla del vehículo. A falta de armazón que la sostuviera, habían colocado una escalera de mano que mantenía alzada la lona e impedía que el agua se embolsara.

El alcalde y jefe local del Movimiento de Riaza, bajito y robusto,

envuelto en una pelliza cruzada que dejaba asomar por el cuello la camisa azul de Falange, las perneras del pantalón embutidas en unas calzas demasiado grandes que le tapaban las rodillas, examinó con interés a Cáiser.

—Este sí que es rubio de verdad. —Aprobó la adquisición—. ¡Venga! ¡Al camión, que para luego es tarde! Nos vamos.

Capítulo 3

UNA EXCAVACIÓN PASADA POR AGUA

Después de una hora de viaje bajo el perseverante aguacero, el camión que transportaba al alcalde y a los obreros llegó al yacimiento arqueológico de Castiltierra, una necrópolis visigoda en curso de excavación. El alcalde descendió de la cabina y, seguido del secretario del ayuntamiento, que le sostenía el paraguas, chapoteó en el barro hasta el cobertizo donde lo aguardaban el arqueólogo Pérez de Barradas y su ayudante de cátedra, Fleta Vals, los dos de camisa azul bajo las gabardinas y tocados con sendas boinas rojas.

—¡Arriba España! —saludó el alcalde, brazo extendido, mano abierta, los dedos juntos.

Los arqueólogos le devolvieron el saludo, Barradas con menos brío.

—Aquí traigo los veinte productores que me ha pedido el camarada ministro —declaró—. Más de la mitad tirando a rubios —añadió con orgullo.

No le había resultado fácil cumplir el extraño requerimiento, dada la predominancia de individuos cetrinos y morenos en la comarca duratoniana.

—¿Dónde están? —inquirió Barradas.

—Ahí, en el camión, debajo de la lona —señaló el munícipe.

El arqueólogo hizo un gesto de impaciencia.

—Que se bajen, hombre de Dios, y que vayan al cobertizo a ponerse los impermeables, que hay mucha faena.

—Lo que mande.

El alcalde se volvió hacia su secretario:

—Ya lo has oído, Braulio.

El otro desplegó el paraguas y regresó al camión. Los obreros saltaron a tierra y corrieron a refugiarse en el sotechado cubierto de uralita de las excavaciones. Allí los aguardaba una pareja de la Guardia Civil —tricornio, capote hasta los pies y máuser— y un sargento de intendencia con cuatro soldados que custodiaban unos fardos. A una orden del sargento, los soldados abrieron los fardos y repartieron impermeables de hule con capucha. A los obreros que calzaban alpargatas les suministraron botas del ejército usadas y atadas a pares por los cordones.

Cáiser se puso su impermeable. Apestaba a suciedad rancia, a material remanente de la guerra.

—Mi sargento, este impermeable está hecho polvo —se quejó un obrero—. Mire usted qué boquete. —Y asomaba la mano a través de un roto.

Los otros impermeables no presentaban mejor aspecto. Casi todos ellos estaban remendados con esparadrapos.

—Mi sargento, estas botas son las dos del mismo pie, además de viejas.

El sargento se impacientaba.

—Que cada cual se aguante con lo que le toque: eso es lo que hay. ¡Estamos jodidos con los señoritos estos!

Cuando los productores estuvieron convenientemente equipados, se les repartieron humeantes tazas de achicoria y bocadillos de panceta.

—Que nadie se guarde el pan —ordenó el sargento, adelantándose al pensamiento de algunos—. Cuando termine el trabajo, si la superioridad queda contenta, se os darán más chuscos para que los llevéis a casa. Aquí hay que tener fuerza para trabajar.

Obedientes, los hombres se sentaron a comer en unas bancadas, a cubierto. Unos minutos después el sargento ordenó:

—¡A formar! De cinco en fondo.

Formaron. Casi todos habían combatido en la guerra, en uno u otro bando, y tenían fresca la instrucción militar.

El sargento se volvió hacia Barradas, que lo observaba desde la puerta de la ermita.

—A sus órdenes, camarada. La tropa está formada.

Barradas apuró la colilla con una última calada, la lanzó a un charco y, tras requerir el paraguas de su adjunto, cruzó la veintena de metros que lo

separaba del cobertizo. El sargento se le cuadró militarmente.

—Formada la tropa.

Barradas contempló un momento al grupo de hombres vestidos con impermeables andrajosos. «Desechos de tiente —pensó—. Y con este ganado quieren que levantemos la Nueva España». Emitió un profundo suspiro mientras consideraba los madrugones y las molestias que le acarrearía el servicio de la Patria. Sobreponiéndose al transitorio desánimo, arengó a los hombres:

—¡Oído al parche! Dentro de unas horas va a visitar las excavaciones un importante jerarca de la Gran Alemania. El caudillo ha ordenado que su visita sea un éxito.

Aguardó a ver qué efecto causaba la revelación en aquella chusma, pero los rostros permanecían inexpresivos. Prosiguió:

—Este hombre que nos visita entiende mucho de historia y ha manifestado su deseo de conocer esta necrópolis, de modo que tenemos que darnos prisa y descubrir las tumbas que volvimos a enterrar tras la campaña del año pasado, así como otras nuevas que tenemos localizadas a falta de excavarlas. Algunos de vosotros ya trabajasteis aquí con los arqueólogos. A ver, que levanten la mano los que conocen este sitio.

Se alzó media docena de manos.

—Bueno. Los que ya saben de qué va esto van a ser los capataces. Que cada uno coja tres hombres y les indique lo que hay que hacer. Como la cosa corre prisa no hay que andarse con miramientos, o sea, cavar, sacar la tumba y tirar la tierra sobrante detrás de la ermita. Si aparece algún cacharro o algo, se lo dais a los soldados, que lo traerán a la mesa del cobertizo. Que quede claro que esto es una cuestión de Estado. Al que se guarde algo, le meto un puro. Si os portáis, sacaréis una buena propina además del jornal. Y ahora, aire, que ya estáis tardando.

El sargento se adelantó:

—Rompan filas y a trabajar. En cada pelotón, uno con pico, otro con pala y un esportillero.

Los hombres recogieron las herramientas y, dirigidos por los veteranos, se encaminaron al yacimiento. Empezaron a cavar a la luz de las linternas sordas que sostenían los soldados.

Antes de que clareara el día, habían descubierto la veintena de tumbas que figuraban en los planos de las campañas de excavaciones anteriores y comenzaban a buscar otras nuevas siguiendo las indicaciones de Fleta. Barradas se mantenía a cubierto en la ermita y se asomaba de vez en cuando con el semblante hosco.

Capítulo 4

LA ANTROPÓLOGA RUBIA

Madrid, bajo la lluvia, parecía una ciudad desierta. Las calles principales, casi a oscuras debido a las restricciones eléctricas, estaban engalanadas con banderas nazis y españolas que colgaban mustias de las farolas. Un sereno resguardado bajo la marquesina del teatro Alcázar golpeaba el suelo con el chuzo de vez en cuando para avisar de su presencia. De tarde en tarde pasaba un coche perturbando el charol reluciente del asfalto.

La ciudad dormía, pero en la jefatura de Falange, calle Alcalá, 44, reinaba una actividad desacostumbrada. Hombres de camisa azul subían y bajaban la escalera portando oficios, llevando recados. El Reichsführer Himmler visitaba España y había que procurarle una excelente impresión, que viera que sabemos organizarnos casi tan bien como los camaradas alemanes.

El secretario del adjunto de Falange en la embajada de Berlín, camarada Cayetano Yanguas-Figueroa de Idiáquez, llamó discretamente a la puerta del despacho de Ramiro Luzón Venegas, secretario del director de Seguridad.

—Adelante —dijo una voz.

Cayetano abrió la puerta, se adelantó tres pasos, se cuadró y saludó brazo en alto:

—¡Arriba España!

Luzón dejó de teclear en la vieja Adler, alzó la mirada y devolvió el saludo con cierta desgana.

—¿Me has llamado, camarada?

—Sí, Cayetano. El comisario nacional de Excavaciones, camarada Martínez Santa-Olalla, quiere que acompañes al yacimiento de Castiltierra a

una arqueóloga alemana del séquito del ministro Himmler. Por lo visto, el Reichsführer quiere visitar Castiltierra.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo. Por eso son las prisas. La alemana y tú os adelantáis para preparar la visita. En Castiltierra os recibirá el camarada Barradas, que está excavando en el lugar y conoce el tema.

—A tus órdenes. ¿Qué tengo que hacer?

—A las cinco y media de la mañana tendrás un coche esperándote abajo, en las cocheras. Ocupate de que no falte nada. Es muy importante que los camaradas alemanes se lleven una buena impresión.

Cayetano abandonó el despacho considerando la dificultad de hacer que un visitante extranjero se llevara buena impresión de España. Hacía poco más de un año que había acabado la guerra y, aunque el caudillo Franco había prometido «ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan», España estaba devastada y más de la mitad de su población, casi todos los vencidos y buena parte de los vencedores, padecía hambre y frío. Los estraperlistas acaparaban los pocos víveres disponibles y la Nueva España, como se denominaba al nuevo Régimen sustentado en militares, curas y falangistas, no terminaba de encontrar el camino hacia el cumplimiento del destino imperial que Franco reivindicaba para la nación.

A la hora acordada, Cayetano se presentó en la jefatura de Falange, donde ya lo aguardaba el camarada Pérez Ramírez, secretario adjunto de la oficina de Propaganda del Movimiento.

—¿Lo que vamos a ver en Castiltierra está techado? —preguntó Cayetano—. Porque con este tiempesito... No ha dejado de llover en toda la noche.

—A mí, películas —se excusó Ramírez—. Yo soy un mandado. Lo único que sé es que a los jefes alemanes los acompañará el camarada ministro Gamero del Castillo. —Miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie los oyera y, agarrando a Cayetano por el brazo, añadió, confidencialmente—: ¿Sabes por qué no lo acompaña Serrano Suñer? Porque ha salido esta mañana con el caudillo camino de Irún. Se va a encontrar allí nada menos que con Hitler. Alto secreto. Van a firmar nuestra entrada en la guerra. Por eso está aquí el Reichsführer. O sea, que estamos metidos en lo más espeso de la pomada. Hay que procurar que todo salga a pedir de boca. A los alemanes

hay que entretenerlos para que se lleven buena impresión.

En la jefatura de Falange reinaba un ambiente austero, en consonancia con el espíritu militar falangista, que se manifestaba, muy especialmente, en su parque móvil. Debido a las restricciones de combustible, casi todos los coches disponibles eran de gasógeno y arrastraban, como una extraña joroba, una caldera que había que alimentar cada media hora con leña u otro carburante, generalmente cáscaras de almendras o huesos de aceitunas. Previendo la incomodidad del viaje, Cayetano sobornó al responsable de taller con un paquete de tabaco americano.

—A ver si pudieras asignarnos un coche de gasolina, que con este tiempesito ya me dirás cómo paramos a llenar la caldera.

El responsable de talleres les concedió un veterano Hispano-Suiza T-56 bis negro que Cayetano remuneró con otro paquete de cigarrillos.

—La alemana nos espera en el Ritz —informó Ramírez cuando abandonaron el garaje.

—Será un loro, ¿no? —aventuró Cayetano.

—¿Un loro, dices? —se escandalizó Ramírez—. ¡Está *pa* reventar de buena! Y habla español mejor que tú y que yo.

Fraülein Meike von Appen los aguardaba en el vestíbulo del hotel. Ramírez no había exagerado: alta y frondosa, sus grandes ojos azules, su nariz fina y recta y sus labios delgados y ligeramente perfilados con carmín le conferían cierto parecido con Marika Rökk, la popular actriz de la UFA. Había recogido su rubia cabellera en un moño que armonizaba con el óvalo del rostro. Embutida en una gabardina impermeable que a pesar de sus formas holgadas no disimulaba los encantos de la usuaria, salió al encuentro de los dos hombres.

—La señorita Von Appen, el camarada Yanguas-Figueroa. —Hizo Ramírez las presentaciones.

Cayetano entrechocó los tacones a usanza prusiana e inclinándose intentó besar la mano de la muchacha, pero Meike malogró el gesto cortés estrechándole la mano con firmeza varonil. Lo que no pudo evitar fue que Cayetano le cediera el paso, con un gesto galán. Pasó la alemana delante y él la siguió tasando su trasero con mirada perita. Una mujer de bandera.

Se acomodaron en el coche, Ramírez junto al chófer y Cayetano y Meike

detrás. El automóvil enfiló la avenida del Generalísimo, antes Castellana.

Se volvió Ramírez:

—A pesar de su juventud, la señorita Von Appen es miembro destacado del Instituto de Estudios Raciales Alemán.

Debido a su cargo en la embajada de España en Berlín, Cayetano tenía alguna noticia del Ahnenerbe, la Sociedad para la Investigación de la Herencia Ancestral Alemana, un instituto de estudios raciales fundado por el Reichsführer Himmler cuya principal tarea consistía en demostrar que en tiempos remotos la raza aria se extendió por el mundo, alumbrando las grandes civilizaciones de la antigüedad. El Reichsführer reivindicaba para el Reich alemán el derecho de recuperar los territorios que algún día fueron habitados por sus ancestros arios.

Hacia dos días que Himmler recorría España en visita oficial. En realidad, venía a cazar ciervos y muflones en el coto de la finca de El Espinar, invitado por su homónimo español, el director general de Seguridad, conde de Mayalde, pero las persistentes lluvias habían obligado a improvisar un plan alternativo que incluía un encuentro con las Juventudes Hitlerianas de la comunidad alemana de Madrid, la ofrenda de una corona de laurel en la tumba de José Antonio Primo de Rivera, en el monasterio de El Escorial, y una visita a las gloriosas ruinas del Alcázar de Toledo, donde los nacionales resistieron el cerco rojo en 1936.

Cumplido el aspecto político del viaje, el departamento de protocolo había creído conveniente incluir en el programa algún contenido cultural y, tras consultar a Santa-Olalla, se decidió la visita a las excavaciones de la necrópolis visigoda de Castiltierra, a cien kilómetros de Madrid.

—Los visigodos se cuentan entre los ancestros de los germanos —seguía diciendo Ramírez—, de ahí el interés del Reichsführer por aquel lugar, que prueba la presencia germana en la península Ibérica y nuestro parentesco racial con los camaradas alemanes. El camarada Santa-Olalla, director general de Excavaciones, que lo acompaña, desea acreditar la ascendencia germana de los españoles y nuestro común origen nórdico-germánico.

Miró a la alemana en busca de aprobación, pero ella callaba y fingía dormir. «Natural que esté enfurruñada —pensó Ramírez—, con el madrugón que le hemos dado. A esta hora lo que tenía es que estar follando

con ese cuerpazo que tiene».

Capítulo 5

AVATARES DEL CAMINO

A las seis y media de la mañana, todavía noche cerrada, los expedicionarios ascendieron la Cuesta de las Perdices y dejaron atrás Las Matas y Las Rozas. La persistente lluvia formaba vapor sobre el capó del vehículo.

—Parece que se calienta —comentó el chófer—: Claro, tirando de cuatro...

—Habrá que parar en las ventas de Torrelodones —sugirió Ramírez.

—¿Cómo que habrá que parar? —inquirió la alemana, que hasta entonces no había abierto la boca y permanecía ajena a la conversación de los hombres, sumida en sus propios pensamientos.

—Ya lo ve, señorita. ¿En Alemania no se calientan los coches cuando suben una cuesta? —indagó el chófer—. ¡Claro, como son alemanes! ¡Ustedes sí que saben hacer motores!

En Torrelodones, en la venta El Relicario, los viajeros desayunaron café de achicoria con churros y se entonaron el cuerpo con una copita de anís Machaquito (que la señorita Von Appen rechazó con gesto displicente). Después, enfriado el motor, enfilaron la carretera de Guadarrama. Había dejado de llover, pero la ausencia de estrellas en el cielo delataba la persistencia del nublado. La humedad calaba los huesos.

—A ver si se aguanta un poco el día y tenemos la fiesta en paz —comentó el chófer—. Anoche dijo el parte que ya van contados cuarenta muertos en las inundaciones del Ter.

Los ríos salidos de madre estaban ocasionando graves inundaciones. El Ministerio de la Gobernación no daba abasto a sumar nuevas regiones

devastadas a las que asoló la guerra.

Cuando el automóvil alcanzó San Agustín del Guadalix, los tres pasajeros dormitaban. Meike se había arrebujado en la manta de viaje que el solícito Cayetano había traído consigo por consejo de su madre, la anciana marquesa de Castilfloro. Por alguna grieta del techo del automóvil se filtraba una rachilla de aire helado y alguna que otra gota de agua. La mujer había reclinado la cabeza en el gélido respaldo de cuero y fingía dormir acunada por las sacudidas de los baches. No porque tuviera sueño, sino para evitarse la molestia de conversar con sus acompañantes. Era rubia, joven y hermosa, y conocía lo suficiente a los españoles para percibir que bajo tanta cortés solicitud latían las pulsiones apenas reprimidas de una piara de verracos en celo. Precavidamente se había ataviado con su atuendo de arqueóloga: falda larga, hasta media pierna, y campera militar holgada. Al acomodarse en el asiento trasero del coche había barreado el espacio intermedio entre Cayetano y ella con su abultado bolso de viaje y su gabardina impermeable. Evitemos proximidades comprometedoras.

Pasaban ante los cipreses espectrales del cementerio de Guadalix, cuando volvió a chispear.

—Esto no es nada, cuatro gotas —vaticinó Ramírez.

Cuando llegaron a los palomares de Buitrago del Lozoya diluviaba. El único limpiaparabrisas que funcionaba, aunque deficientemente y chirriando sobre el cristal, era el del lado del copiloto, lo que obligaba al chófer a conducir inclinado para observar la carretera por ese lado. En medio del aguacero avanzaban a paso de tortuga.

—¿No podríamos ir un poco más rápido? —se impacientó Cayetano.

—Es que no veo ni papa —se excusó el chófer—. Un día de estos le tengo que quitar la pintura a los faros.

—¿Es que están pintados? —se extrañó la alemana repentinamente despierta—. ¿Por qué?

—Es por la guerra, señorita —aclaró el chófer observándola por el retrovisor—. Este coche que ahora es afecto al Movimiento Nacional antes fue de los rojos, aquí donde lo ve. Por eso tiene pintado con pintura negra casi todo el faro y solo deja pasar una rendijita de luz. Es para que no lo descubran los aviones.

—Camuflaje nocturno —precisó Ramírez. Había hecho la guerra en una caja de reclutas, de escribiente, lejos del frente, pero como entusiasta impulsor de la Nueva España era aficionado a los temas militares.

—Pero la guerra civil terminó hace tiempo —observó la alemana—. ¿No se les ha ocurrido limpiar los faros?

—Ea, por eso digo yo que va siendo cosa ya de limpiarlos, que es que no alumbran nada —corroboró el chófer.

—Con esencia de trementina —sugirió Ramírez desde el asiento del copiloto.

—O con aguarrás —intervino Cayetano.

—Es lo mismo la trementina que el aguarrás —precisó Ramírez.

—¿Cómo va a ser lo mismo?

—Yo lo limpio todo con gasolina y queda fetén —terció el chófer.

Se enzarzaron en una viva discusión sobre si la trementina es o no aguarrás, así como sobre las propiedades disolventes de la gasolina. La alemana sabía perfectamente que la trementina es un aguarrás refinado resultante de la destilación de la resina oleosa de coníferas y terebintáceos, pero, incómoda por la futilidad de la discusión, prefirió mantenerse al margen. «¿Por qué estos españoles siempre están discutiendo de oídas, de cosas que ignoran?». Contrariada, se arrebuja en su gabán, se reclinó en su asiento y volvió a fingirse dormida.

A la altura de Buitrago del Lozoya, tras un amago de derrape pasando los corrales de La Cabrera, que el chófer evitó con un volantazo, decidieron que era peligroso conducir en aquellas circunstancias y se detuvieron a limpiar los faros al resguardo de un chamizo de pastores. La alemana rehusó descender del vehículo. Además de helada, estaba molesta por el incómodo viaje y por la imprevisión de sus acompañantes. Nada funcionaba debidamente: ni coche, ni carretera, ni compañía, ni conversación. Todo estaba resultando una calamidad que, sin embargo, aceptaría de buen grado si se despejaran las nubes y volviera a lucir el sol para que la visita del Reichsführer al yacimiento germano fuera un éxito. Meike, educada severamente en un colegio de carmelitas de Múnich, solía realizar estos pequeños sacrificios propiciatorios: esta incomodidad, este dolor, este disgusto para que este proyecto salga bien. Ya no lo hacía por las intenciones del pontífice, como en

su niñez monjil, sino por las del bienamado Führer Adolf Hitler, al que había trasladado los sentimientos de su antigua devoción.

La bayeta empapada en gasolina no funcionó por más que frotaron con ella. La pintura de los faros estaba tan incrustada que no se desprendía.

—Aquí va a ser menester una rasqueta —concluyó el chófer.

—¿Y adónde vamos ahora por una rasqueta? —preguntó Ramírez.

Al final rasparon la pintura con un destornillador. Los faros no quedaron limpios, pero se aclararon lo suficiente para emitir un razonable haz de luz amarillenta.

—Fetén —aprobó Ramírez regresando a su asiento—. Prosigamos el viaje, que ya mismo estamos en Santo Tomé del Puerto.

Decaía la conversación. Antes del siguiente casal no se produjo más incidencia que la invasión de un repentino hedor. El chófer comentó:

—Debe de haber cerca un criadero de cochinos porque huele hasta aquí dentro.

Arrebujada en su manta, la alemana pensó: «Seguramente el cochino lo llevamos a bordo». Escarbó en su bolso en busca de un pañuelito perfumado con el que se cubrió la nariz. Ramírez reconoció que alguno de los presentes, probablemente el chófer, había cenado alubias. Abrió una rendija de la ventanilla para renovar el aire, pero embarcaban tanta lluvia que tuvo que desistir.

—A ver si nos contenemos un poco, el que haya sido —murmuró Cayetano, soñoliento.

El chófer sonrió para sus adentros, orgulloso de su obra. «Que se jodan estos señoritos de mierda y la tiparraca esta que en lugar de estar follando y ganándose unos buenos dinericos nos mete un madrugón para ver unas piedras, con la que está cayendo».

La carretera de Santo Tomé estaba cortada porque el arroyo de Matapuercos se había salido de madre. Unos cazadores refugiados en la caseta de peones camineros les indicaron el atajo, que, por un embarrado camino comarcal, conducía a Cerezo de Arriba. Nada más rebasar la aldea —media docena de casillas de adobe a punto de licuarse bajo el aguacero—, sufrieron un pinchazo.

—¡Vaya por Dios! —protestó el chófer—. No será porque no tengo

avisada a la superioridad de que estos neumáticos hay que recauchutarlos, que el coche va descalzo, que no se ha cambiado de gomas desde que el caudillo era cabo.

Esta vez la alemana se vio obligada a abandonar el vehículo. Bajo un paraguas desvencijado que le tendía Ramírez, sostuvo la linterna a cuya luz los tres hombres montaron el gato y cambiaron la rueda.

Prosiguieron el viaje. Cerca de Riaza les salió al encuentro, de debajo de un olmo de la carretera, una pareja de la Guardia Civil que los aguardaba, los capotes empapados, los brillantes tricornos calados hasta las cejas, los rostros sombríos y bigotudos.

—A sus órdenes —saludó el cabo mientras proyectaba a través de la ventanilla el haz de luz de su linterna y echaba un vistazo apreciativo a la rubia—. Soy el comandante de puesto del pueblo. Nos ordena la superioridad que los acompañemos hasta la desviación de Fresno de Cantespino, que como no está señalada es fácil perderse.

El guardia hizo ademán de subirse al estribo del automóvil.

—No se preocupe, cabo —lo disuadió Cayetano—. Yo me conozco el camino. No nos perderemos.

—Como manden.

El benemérito saludó y se hizo a un lado. Su compañero sacó una mano del capote para indicar que podían proseguir.

Los viajeros se internaron nuevamente en la negrura de la noche. Avanzaban por una carretera vecinal, carril más bien, que discurría entre baches anegados de aguas terrosas. Así llegaron a la desviación de Corral de Ayllón, donde, advirtiendo que habían equivocado el camino, regresaron sobre sus pasos, más atentos esta vez, tanteando las desviaciones que salían a la derecha, hasta dar con el macadán enfangado que conducía hasta Aldea del Fresno y Castiltierra. Los últimos kilómetros resultaron especialmente laboriosos, con el automóvil avanzando lentamente por un embarrado carril agrícola que, a trechos, se sumergía en charcas de agua parda.

—¡Coño, si llega el agua al cárter, estamos listos! —advertía el chófer.

—¡Cómo nos vamos a poner de barro! —profetizaba Ramírez—. Lo que hace falta es que no nos atasquemos. ¡Vaya nochecita!

No las tuvieron consigo hasta que atisbaron a lo lejos las movientes luces

de las linternas de los excavadores. El oportuno resplandor de un relámpago lejano les reveló el contorno de la ermita del Cristo del Corporario, un sencillo edificio románico de mampostería menuda, edificado sobre la iglesia visigoda en cuyo entorno se encontraba la necrópolis.

—Allí es —señaló Ramírez.

El coche ascendió hasta el altozano y se detuvo frente a la entrada de la ermita. Una lámpara de carburo difundía un poderoso rodal de luz. Cuando vio apearse a la rubia, una mujer tan hermosa que despertaba las naturales apetencias, el alcalde de Riaza arrebató el paraguas al secretario del ayuntamiento y acudió solícito en auxilio de la dama.

—Soy Ramiro Ontañón, alcalde de Riaza y jefe local del Movimiento, señorita —se presentó mientras le ofrecía caballerosamente el brazo, que ella rehusó con un mohín educado—. En mi nombre y en el de la digna corporación que presido me enorgullece declarar que en este pueblo somos todos fervientes partidarios del Reich alemán y de su glorioso caudillo.

—*Führer*, se dice *Führer* —apuntó Ramírez.

—Bueno, pues *Führer* —corrigió el alcalde.

Entraron en la ermita. Ramírez hizo las presentaciones:

—Aquí el camarada Barradas, director de las excavaciones.

—El Reichsführer ha escogido un mal día para visitar el yacimiento —se lamentó Barradas.

—Desde que entramos por Irún, no ha dejado de llover —corroboró la alemana.

—Afortunadamente, ayer escampó un poco para que el Reichsführer pudiera asistir a la corrida de toros que se celebró en su honor —informó Ramírez.

—¿Le gustó al Reichsführer? —quiso saber Fleta, el adjunto de Barradas.

—No lo sé. Yo no asistí. —Se encogió de hombros la rubia.

—Supongo que le gustaría —intervino Ramírez, conciliador—. Al término del festejo, condecoró a Marcial Lalanda, a Pepe Luis Vázquez y a Rafael Gallito con sendas medallas.

Capítulo 6

DILUVIA SOBRE LOS VISIGODOS

Transcurrió una hora. Empezaba a clarear tras las nubes plomizas que cubrían el horizonte y no había señales de que pensara escampar.

—No hay nada que hacer. El día se ha cerrado en aguas —se quejaba de vez en cuando Fleta—. Esto va a quedar irreconocible. Qué lástima de yacimiento.

Al resguardo del arco de la ermita, bajo los relieves románicos, los mandos falangistas y el alcalde de Riaza seguían la labor de los obreros. Casi todos los esfuerzos se orientaban a achicar el fango que inundaba las tumbas.

La alemana permanecía aparte, contrariada, los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando la tormenta y quizá deplorando que a estas horas podía estar desayunando en su confortable habitación del Ritz.

—¿Pero el que viene a ver esto es el Führer? —preguntó el alcalde.

—¡Qué va a venir el Führer! —le aclaró Ramírez—. No tendrá el hombre otra cosa en la que pensar con el guerrón que tiene liado. El que viene es el Reichsführer. Una cosa es Führer y otra Reichsführer. No tiene nada que ver.

Miró a la alemana en busca de aprobación, pero ella persistía en su mutismo.

—Pero Führer es como caudillo, ¿no? —insistía el alcalde.

—Eso es. Y el Reichsführer es el ministro de la policía —terció Cayetano.

—Coño, pues ya podían ponerle otro nombre para que no se confundan, con lo listos que son —observó el munícipe.

La alemana se había desentendido de la conversación y escudriñaba con

su linterna los historiados capiteles de la ermita. Buscaba indicios de los antiguos germanos que poblaron aquellas tierras. Al término de su indagación, que resultó infructuosa, se reintegró al grupo en el momento en que pasaba ante ellos un obrero alto y flaco que empujaba una carretilla de barro. El hombre se detuvo un momento para ajustarse la capucha del impermeable y dejó al descubierto la cabeza blonda. Meike no había visto nunca a un español tan rubio.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

El solícito alcalde de Riaza envió a su secretario a buscar al cabo de la Guardia Civil.

—La señora quiere saber quién es ese rubio —preguntó.

—Es andaluz —explicó el guardia—. De La Carolina, creo. Se llama Cáiser. Hasta hace poco estuvo en un campo de concentración. Iba para maestro, me parece, pero le cogió la guerra y estuvo con los rojos en Madrid. Tiene al padre preso en Segovia, por eso se ha mudado a vivir con su madre en Fresno de Cantespino. Trabaja en un tejar. La madre era maestra nacional, pero está depurada del cuerpo por desafecta al Movimiento.

—Tráigalo, por favor. Quiero hablar con él —indicó la alemana.

El civil saludó llevándose la mano derecha al hombro contrario y se internó en la lluvia al encuentro de Cáiser, que regresaba con la carretilla vacía.

—Tú —le ordenó—. Deja eso y preséntate a la señorita, que quiere hablar contigo.

Meike von Appen lo observó con interés. Alto, un poco desgarbado, quizá por demasiado delgado, los hombros anchos y el paso decidido y firme. ¿Un espécimen de la raza aria perdido en este país de tipos bajitos y aceitosos?

—Quítate el capuchón —le indicó.

Cáiser se descubrió. La muchacha admiró una perfecta cabeza aria: rubio, ojos azules de mirada franca, nariz recta, barbilla prominente, osamenta fina y al propio tiempo robusta, cráneo oval, más largo que ancho.

—Pasa dentro, por favor.

Lo invitó a sentarse en un banco de la ermita y le examinó el contorno de la cabeza a la viva luz del carburo que sostenía en alto el alcalde de Riaza.

Era una cabeza espléndida. Meike von Appen lamentó no disponer en aquel momento del utillaje de medición antropométrica, pero por su experiencia calculó que aquel individuo presentaba un índice medio craneal de unos 80 y, desde luego, el índice facial no bajaba de 90. Palpó la cabeza para sentir las formas del cráneo bajo el abundante cabello sedoso y ondulado. El hombre se dejaba examinar de buen grado, no porque fuera sumiso, sospechaba Meike, sino porque el manoseo de una mujer atractiva le resultaba placentero.

La cabeza se prolongaba notablemente hacia atrás, otra característica del tronco nórdico-germánico, y el cuello adoptaba, en relación con ella, la típica forma de mango de martillo, las sienes un poco deprimidas. Dolicocefalo acentuado, sin duda. Un dolicocefalo puro. Palpó el rostro y encontró bien marcados los huesos de las órbitas, la cara estrecha, la frente alta, la nariz delgada con la raíz elevada, la mandíbula estrecha, el mentón pronunciado. El deficiente afeitado evidenciaba una barba potente pero no demasiado cerrada. Los labios, bien dibujados y delgados. Examinó los ojos: el ángulo externo al mismo nivel que el interno, o así lo parece. Grises acerados. Vistos tan de cerca, emanaban una energía especial.

Un espécimen majestuoso que irradiaba nobleza a pesar de su humilde atuendo. Un magnífico ejemplar de raza aria. Un príncipe mendigo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Meike finalizado el escrutinio.

El hombre la miró a los ojos:

—¿No me va a examinar la dentadura? —preguntó con una sonrisa sardónica.

—No sea insolente con la señorita —intervino el munícipe.

El obrero rubio se levantó despacio sin dejar de escrutar los ojos de la alemana.

—Herminio Cáiser Escañuela, para servirla —respondió con cierta sorna.

Altivo. Ni sometido ni humilde. Le gustó a Meike. Confirmaba que había descubierto un espécimen nórdico-germánico de notable pureza. Ni rastro de servilismo. Este hombre no nació para esclavo. No es frecuente en una tierra donde las sucesivas invasiones históricas de pueblos genéticamente inferiores han bastardeado tanto a las razas primigenias.

—¿Eres de aquí?

—No, señora, de La Carolina, en Andalucía.

Meike asintió satisfecha.

—¿De las Nuevas Poblaciones?

—Sí, señora, pasando Despeñaperros.

Dada la incultura de los españoles, no era frecuente que uno de ellos, y mucho menos un obrero, identificara las Nuevas Poblaciones, las colonias que Carlos III fundó en 1769 para repoblar Sierra Morena con colonos católicos alemanes y suizos. Meike lo sabía porque, recién acabada la Guerra Civil, había acompañado al equipo del Ahnenerbe que se desplazó a aquella región para estudiar a los individuos de apellido alemán. Se trataba de comprobar el efecto de un prolongado hábitat en tierras meridionales sobre el grupo racial ario allí establecido, así como la incidencia genética al mezclarse con los nativos.

—Háblame de tus ascendientes —le pidió Meike.

Cáiser solo pudo remontar su genealogía a sus abuelos, labradores humildes y analfabetos que nunca salieron del pueblo.

—¿Y eran todos rubios?

—Todos. En el pueblo nos conocen por «los Rubios». Es el apodo de la familia.

Después de la indagación, Meike despidió al obrero con una amabilidad que hasta entonces no había usado con ninguno de sus acompañantes. Cáiser se llevó dos dedos a la frente a guisa de saludo, se cubrió de nuevo con la capucha de hule y se reintegró a su tarea.

Capítulo 7

LOS PRODUCTORES ALMUERZAN CORDERO

Pasaban las nueve y media de la mañana cuando vieron llegar por la carretera a una pareja de la Guardia Civil, los fusiles abultando bajo los capotes que el agua había oscurecido. Los guardias subieron el repecho y llegaron a la ermita, jadeantes. El de más edad, un hombre de espeso bigote cano y rostro surcado de profundas arrugas, se cuadró ante el cabo.

—A sus órdenes. De parte del coronel Atienza, que lo suspendan todo, que tapen los agujeros y lo dejen como estaba porque las jerarquías han suspendido la visita. No hemos podido avisar antes porque nos traía el camión del Salva y se ha atascado al bajar la cuesta del Higuerón.

—Tanto trabajo para nada —se lamentó Barradas.

—Pues nos hemos quedado sin conocer al Reichsführer —suspiró desencantado el alcalde—. En fin, mala suerte. Otra vez será.

—Fleta, avisa a los obreros de que el trabajo se suspende —ordenó Barradas—. Que vuelvan a tapar las tumbas.

Cayetano y Ramírez fumaban al fondo de la ermita. El chófer fue a buscarlos:

—La tetona dice que se va.

—¿Cómo «la tetona»? —replicó airado Ramírez—. ¿Qué falta de respeto es esa, camarada?

—Pues así la llaman ustedes, que lo he oído.

—¡No, camarada —corrigió secamente Ramírez—, lo que has oído es «teutona», que no es lo mismo! «Teutona» quiere decir alemana, a ver si te enteras.

—Bueno, lo que sea. Que la señorita dice que se va.

Meike aguardaba junto al coche, bajo el paraguas, con semblante serio.

—Me temo que con este tiempo no es aconsejable aventurarse, *Fräulein* Meike —le dijo Cayetano—. Estamos a tres kilómetros de la carretera y el barbecho se habrá convertido en un barrizal. Mejor esperamos a que escampe.

Meike se lo pensó un momento. Realmente era temerario aventurarse con aquel tiempo.

—Está bien —cedió—. Esperaremos hasta que escampe y se oree la tierra.

«Escampe» y «oree» no eran palabras muy habituales, notó Cayetano. La alemana conocía el idioma de Cervantes mejor que muchos españoles, aunque una sobrecarga de las erres delatará su procedencia extranjera.

—Habla usted muy bien español, *Fräulein* —le dijo.

—Gracias por el cumplido, pero creo que mi español no es tan bueno como usted cree. —Meike parecía más relajada desde que la visita del Reichsführer se había suspendido—. Ahora lo tengo un poco oxidado. En mi infancia lo hablaba mejor, cuando pasaba los veranos en Benicasim, en casa de mi abuelo.

—¿Era español?

—No, bávaro, pero vivía aquí. Era exportador de naranjas.

Una sombra de melancolía veló la mirada de la mujer. Seguramente añoraba aquellos años, en el soleado levante, junto a su abuelo.

—*Ich spreche ein bisschen Deutsch* —dijo Cayetano.

—¿Dónde lo ha aprendido?

—Estudié en la escuela alemana de la calle Fortuny. Ahora soy secretario en la embajada de Berlín.

En ese momento llegó Fleta procedente del cobertizo de los obreros, desafiando el chaparrón, al resguardo de un inmenso paraguas. Meike se excusó y regresó al interior de la ermita.

—¿Qué te cuentas, Domingo? —preguntó Barradas.

—Que dicen los peones que si no van a venir las jerarquías, nos podríamos comer el cordero.

Barradas se encogió de hombros. La decisión le correspondía a Ramírez.

—Sí, hombre, que se coman lo que quieran —cedió Ramírez—. Total, de perdidos al río.

Fleta se volvió hacia el cobertizo, donde los obreros aguardaban expectantes.

—¡Que sí! —gritó—. ¡Que comáis!

Los lugareños recibieron la noticia con júbilo. Casi todos ellos llevaban años sin probar carne buena, aparte de algún palomo o algún conejo.

—El cocinero ha apartado rancho sobrado para nosotros —indicó Fleta—. A ver si se serena un poco el tiempo y lo trae.

—Me temo que yo he perdido el apetito —confesó Cayetano.

—Tanto trabajo para nada —se quejó Barradas—. No puedo con estas chapuzas. Y lo peor de todo, delante de la alemana, que ya ves con la suficiencia y el desprecio que nos mira.

—¿Tú crees que se ha dado cuenta de que todo esto es improvisado? —preguntó Cayetano.

—Naturalmente, camarada. Hay que estar muy ciego para no advertirlo. Aquí no hay más que espuestas y azadones para despanzurrar las tumbas. Un basterío.

Cayetano contempló la excavación. Los relámpagos iluminaban un barrizal pardo respunteado de hoyos inundados.

Al poco rato pareció que la lluvia se tomaba un descanso.

—Creo que no debemos esperar más —dijo Meike, que llevaba rato aguardando a la puerta de la ermita.

Se despidieron del alcalde y de los arqueólogos. Una vez acomodados en sus asientos, el chófer llamó a un obrero para que diera unas cuantas vueltas enérgicas a la manivela. El motor arrancó.

—Nos vamos —saludó Ramírez desde la ventanilla.

En cuanto el coche se puso en marcha, el alcalde reparó en que había olvidado algo y corrió tras él haciendo señas para que se detuviera.

—Frena —le dijo Ramírez al chófer—. A ver qué se le ha olvidado a este. El munícipe se acercó a la ventanilla de Meike.

—Señorita, haga usted el favor de decirle de mi parte al Reichsführer que esta no quita otra, que a ver si viene con mejor tiempo y lo agasajamos como se merece. Asaremos unos cochinitos y tampoco faltará caldereta de cordero

y el vino que haga falta.

—Muchas gracias, señor alcalde —respondió la alemana.

—Y dígale que se traiga a la parienta y a los niños, que ya verá como hace buenas migas con mi señora.

—Ea, ea, adiós —intervino Cayetano tocando el hombro del chófer para que reanudara la marcha.

—¡Y que se traiga una escopeta, que saldremos de conejos, que aquí los hay muy buenos...! —gritó todavía el alcalde en la distancia.

Capítulo 8

UN TRABAJO INESPERADO

El coche se detuvo junto al tejero. La calle estaba todavía embarrada, pero la chimenea del horno despedía un penacho de humo blanco. Ramírez, de uniforme falangista, y el alguacil del pueblo que lo acompañaba atravesaron la explanada de la fábrica. Bajo el cobertizo de uralita de los hornos, media docena de productores apilaba ladrillos y tejas. Ramírez reconoció al rubio.

—¿Te acuerdas de mí, del otro día, en Castiltierra? —Cáiser asintió.

—Tienes que acompañarme para un asunto oficial. No hay nada que temer. Más bien tienes que alegrarte. Te van a ofrecer un trabajo mejor que el que tienes. Tendremos que ir a Madrid, pero será solamente cosa de unas horas. A la noche, aquí.

—¿A Madrid? ¿Puedo cambiarme de ropa?

—Sí, hombre, te llevamos a tu casa y te acicalas.

Durante el viaje a Madrid, Cáiser no estuvo muy comunicativo, aunque Ramírez se mostraba amable. En un par de ocasiones le ofreció un cigarrillo de su pitillera de plata, que Cáiser rechazó educadamente.

Los dos centinelas falangistas que franqueaban la entrada de la jefatura, camisa azul, correa de reglamento y naranjero pendiente del hombro, saludaron marcialmente a Ramírez, que les correspondió brazo en alto.

En la jefatura reinaba cierto trajín. Chupatintas de camisa azul reciente entraban y salían de los distintos negociados. Un corrillo ataviado con impecables uniformes blancos departía en el amplio vestíbulo austeramente decorado con un gran retrato de José Antonio, el Ausente, orlado con una corona de laurel algo mustia, de las que no hacía mucho habían acompañado

su féretro en su traslado desde el cementerio de Alicante hasta el monasterio de El Escorial.

—Vamos al ascensor —indicó Ramírez.

El funcionario pulsó el botón que conducía al cuarto piso. En la jefatura de Falange, como en la vida, se ganaba importancia a medida que se ascendía. El cuarto piso era el de los jefes. Junto al ascensor había un control con dos centinelas armados que se cuadraron ante Ramírez. Después de saludar a la muchacha de Sección Femenina, viuda de un caído, que manejaba el clavijero de la centralita telefónica, Ramírez precedió a su acompañante por un amplio pasillo abrumado de banderas falangistas, trofeos bélicos y carteles patrióticos. Se detuvo frente a una puerta de doble hoja en cuyo marbete se leía: Gil de Montemayor.

Ramírez llamó con los nudillos y entró sin mayores ceremonias seguido de su acompañante.

—¡Arriba España! —saludó cuadrándose.

El hombre que leía el periódico *Arriba* detrás de la enorme mesa de despacho, un cincuentón algo atocinado, muy pálido, que disimulaba la papada con una barbita a lo conde Rossi, respondió al saludo con un leve alzamiento de mano.

—Hombre, Ramírez, no os esperaba tan pronto.

Salió de detrás de la mesa, se acercó a Cáiser y le examinó el pelo rubio y los ojos grises.

—En efecto: ario puro —comentó con sorna—. Sentaos, por favor. ¿Queréis café?

—No, gracias, camarada.

Los visitantes se acomodaron en un tresillo tapizado de cretona, bajo un retrato del Fundador y otro más pequeño de Franco. Gil de Montemayor regresó nuevamente a su sillón detrás de la mesa.

—Iré al grano —dijo dirigiéndose a Cáiser—. La señora alemana que conociste el otro día en Castiltierra se ha interesado por ti. Nada pecaminoso, supongo. —Rio por lo bajo. Ramírez le secundó la gracia—. Mero interés de estudios raciales, tengo entendido. ¿No es eso, Ramírez?

El interpelado asintió.

—El caso es que la oficina del Reichsführer quiere que vayas a Berlín

para hacerte no sé qué pruebas —prosiguió Gil de Montemayor—. Si yo estuviera en tu pellejo, no desaprovecharía la ocasión. Supongo que será cosa de una semana o poco más, luego te traemos de vuelta y santas pascuas. ¿Cuánto ganas en la ladrillera?

—Diez pesetas diarias.

—Bueno. La tesorería de Falange te pagará quince diarias los días que estés fuera. Sales dentro de cuatro días con una expedición de camaradas que van a Berlín. El pasaporte y el papeleo los está preparando Solares, lo que no está resultando fácil con tus antecedentes de rojillo. También te dará para comprarte ropa decente. Tú lo acompañas, Ramírez. Que no sea en los almacenes Sepu, que son judíos.

Gil de Montemayor golpeó con el dedo índice una carpeta que tenía sobre la mesa.

—He estado repasando tu hoja de servicios. Parece que fuiste un héroe de la República. —Le dirigió una sonrisa sarcástica.

—Hice la guerra donde me tocó —afirmó Cáiser.

Gil de Montemayor enarcó una ceja. Abrió la carpeta y repasó los folios.

—De estos papeles se deduce que perjudicaste bastante al ejército nacional. —Tomó una cuartilla y la leyó con interés—. A ver: el 7 de noviembre del 36 eras sargento de Carabineros a las órdenes del comandante Trucharte. Nos destruiste con un manojito de granadas de mano una tanqueta Fiat Ansaldo. —Levantó la mirada—. En el cerrillo del Basurero, ¿te suena?

—No sé. He olvidado los nombres —dijo Cáiser visiblemente incómodo.

—Sí, hombre. Eso está por el Cerro Blanco, carretera de Toledo. Debería sonarte. En el carro destruido encontrasteis la carpeta de órdenes del Estado Mayor y los planes para la inminente ofensiva contra Madrid. Por culpa vuestra la tuvimos que suspender. Y a ti te recompensaron con la Medalla al Valor, ¿tampoco lo recuerdas?

—Sí, señor. Cumplí con mi deber de soldado.

—De eso no cabe duda —reconoció Gil de Montemayor—. Pero te equivocaste de bando, lo mismo que tu padre. A ver si ahora lo haces de manera que te redimas y lo redimas a él. Sirve a la Falange y seremos generosos contigo. Puedes irte.

Ya en la calle, Ramírez dijo:

—No sabía que hubieses sido un héroe de guerra.

Miraba a Cáiser con verdadera admiración. El otro se encogió de hombros.

—Cuando te metes en el fregado no sabes si serás héroe o cobarde.

Subían por la calle de Alcalá, camino de la Puerta del Sol.

—A mí me faltó conocer la guerra —reconoció Ramírez después de un silencio.

Cáiser se detuvo. Lo miró a los ojos.

—No hay nada que echar de menos, puedo asegurártelo. Si te libraste de la guerra, eso que llevas ganado.

Ramírez no parecía muy convencido.

La partida se fijó para el día 28 de octubre. Antes Cáiser pudo regresar a Fresno de Cantespino y dejar a su madre bien abastecida de leña para el hogar y de víveres en la despensa.

Capítulo 9

EN EL PALACIO DE CASTILFLORO

Cayetano Yanguas-Figueroa de Idiáquez y su madre, doña Petronila de Idiáquez Alarcón-Dávila, marquesa de Castilfloro, desayunaban en la estancia más caldeada de palacio, el gabinete de curiosidades instalado por el difunto marqués en la estancia contigua a su despacho, una de cuyas piezas era precisamente, y a eso se debía la agradable temperatura de la estancia, un artístico chubesqui francés de hierro que representaba el infierno de Dante con vivas protuberancias de mitras episcopales y pechos de pecadoras.

La duquesa y su hijo daban cuenta en silencio de una bandeja de mojicones y bizcotelas. Aquella mañana habían estrenado el servicio de café y té de porcelana Winterling que Cayetano le había traído de Baviera.

—Muy bonito con tantas rosas —comentó la marquesa—. ¿Más café, niño?

Un mayordomo de librea, medias y guantes dio unos golpecitos en la puerta antes de entrar llevando entre las manos una bandeja de plata cuya ampulosidad contrastaba vivamente con la pobreza de su contenido: un sobrecito vainilla de tan mala calidad que la tinta del membrete de Falange se había corrido hasta dejar ininteligible el yugo y las flechas.

—Para el señorito Cayetano —dijo con una leve inclinación—. La acaba de traer un emisario.

Cayetano desgarró el sobre, extrajo el oficio y no pudo evitar un bufido contrariado.

Se fastidió el plan. Había quedado en el club de tenis con un grupo de amigos con los que pensaba cenar en el Riscal y acabar con un cóctel en el

Chicote, donde quizá amistarían con alguna de las señoritas que frecuentaban aquel local.

—¿Malas noticias, querido? —preguntó la marquesa deteniendo en el aire el gesto de llevarse la taza a los labios.

—Un incordio, madre. Luzón Venegas quiere que haga de niñera de un rojo que va a venir con nosotros a Berlín.

—¿Un rojo?

—No te quiero marear con tonterías, madre. Es que los alemanes lo reclaman para no sé qué examen racial. Es descendiente de alemanes.

—¿Y rojo?

—Ya lo ves, madre.

Ensimismada, la señora marquesa tomó un sorbo de café. Cayetano pensó erróneamente que iba a interesarse por el rojo, pero resultó que no.

—Me gustaba más la porcelana china, la que nos robaron los milicianos —comentó doña Petronila—. Esa sí que era fina. No es que esta esté mal, pero donde se ponga la china...

Pobre mamá. Ya no se interesaba por nada externo, solo por ella y por sus recuerdos. La habían vuelto así la guerra y sus padecimientos, exiliada en la casa de verano de Biarritz, casi privada de servidumbre, lejos de su guardarropa y de la vida social madrileña, sin más noticias de España que las que traían los huidos, agravando en su imaginación las tropelías que estarían cometiendo los comunistas en sus posesiones.

La marquesa de Castilfloro poseía una de las mayores fortunas de Madrid, con fincas en Toledo y Guadalajara y suculentos paquetes de acciones en el Banco Hispano Americano, en Hidroeléctrica Española y en Electra del Viesgo, donde el bisabuelo Ciriaco, mítico patriarca de la familia, invirtió sus millones al regreso de Cuba, donde llegó a ser uno de los más prósperos hacendados de la isla.

Cayetano consultó el reloj. Las ocho y media. La cita en la jefatura de Falange era a las diez.

—Te da tiempo a tomar un baño bien caliente, no me lo discutas —le dijo perentoriamente doña Petronila—. A ver si te cortamos ese resfriado falangista antes de que vuelvas a Alemania.

Aludía la señora a que dos días antes su retoño había desfilado ante

Himmler con la «Legión José Antonio», unidad de élite de la Falange, botas altas, pantalones caqui, bruñidos correajes y fusiles al hombro. Entre la espera y el desfile en sí los debutantes permanecieron dos horas bajo una lluvia torrencial sin resguardo alguno, a cuerpo gentil. Y todo para que el Reichsführer comprobara, desde la marquesina del Ritz, en cuya suite nupcial se hospedaba, la pasta de la que están hechos los guerreros españoles. Durante los tres días previos habían ensayado el paso de la oca en el paseo de coches del Retiro, pero en vista de que no acababan de dominarlo y de que los ensayantes se quejaban de terribles agujetas en los glúteos, se decidió que desfilarían al paso acostumbrado, aunque, eso sí, con gran marcialidad y mucho braceo.

Doña Petronila llamó a una criada para que preparara el baño. Mientras, Cayetano bajó al salón a leer el *ABC*. En portada venían tres fotografías de generales alemanes bajo el titular «Figuras del Mando alemán». Leyó: «He aquí tres interesantes notas gráficas relativas a las visitas hechas a los aeródromos alemanes del Ejército del Suroeste, y a los de vanguardia del Canal, por el Mando alemán. En la primera aparece el comandante en jefe de las fuerzas alemanas, Von Brauchitsch; en la segunda, el mariscal general de campo Kesselring, y en la última, el mariscal de campo general Sperle».

Cayetano buscó en el interior más noticias de la guerra. Todas eran excelentes: Inglaterra estaba vencida, la Luftwaffe había puesto a la RAF contra las cuerdas y los submarinos alemanes estaban aniquilando a la flota inglesa en aguas del Atlántico. Aparecían fotos de los submarinistas Bleichrodt, Kretschem y Prien, ya héroes nacionales, condecorados con la Cruz de Hierro por el vicealmirante Dönitz.

—El baño está listo, señorito.

—Gracias, Paula.

Mientras disfrutaba del baño caliente en una habitación llena de vapor, meditó sobre el alcance de la reciente reunión de Franco con Hitler. ¿Iba España a participar en la guerra? La familia de Cayetano era monárquica por tradición. Su madre, sus hermanos y sus tíos anhelaban el regreso de don Alfonso XIII, cuyo retrato al óleo presidía la biblioteca y cuyas fotografías dedicadas podían encontrarse en distintas estancias de la casa. Cayetano era el garbanzo negro de la familia, aunque doña Petronila, la marquesa viuda, se

lo toleraba porque era su favorito, el benjamín de la estirpe. Los hermanos, no tanto. Cayetano se había convertido al fascismo nacional proletario durante los tres años que vivió en contacto con falangistas refugiados en la embajada de Francia, entre ellos el arqueólogo Santa-Olalla. Doña Petronila se lo tomaba como una rareza más de la rama extravagante de la familia. Probablemente salía al tío Teodoro, un familiar un poco tronado que solo vivió para las reses bravas, las motocicletas y las queridas. Por eso doña Petronila movió influencias para que le consiguieran un puesto en la embajada de España en Berlín. Por lo menos, se consolaba cuando tomaba el té con sus amigas, «así lo alejo de Madrid para quitarlo de perseguir criaditas y modistillas o, lo que es peor, andar por ahí con esa gentuza de Falange que empieza con el *Cara al Sol* por la mañana y termina con el *Asturias, patria querida* con las pelanduscas del Chicote».

Cayetano salió del baño, se secó vigorosamente con la toalla puesta a calentar en el toallero de la estufa y se vistió con el uniforme falangista, botas y correaje lustrosos, y la camisa azul recién planchada, aunque con el cuello sin almidonar, detalle importante para subrayar la vocación popular y proletaria del Movimiento.

Bajó a la cocina. Tomó un último café sin sentarse y antes de marchar subió a darle un beso a doña Petronila.

—¡Ay, hijo, cuando te veo vestido de fante! —suspiró doña Cayetana—. No olvides el abrigo, que hace frío.

Cáiser y Ramírez aguardaban en el vestíbulo de la jefatura de Falange. Ramírez hizo las presentaciones y en un aparte le encomendó a Cayetano que no perdiera de vista a su tutelado.

—Bueno, Herminio —dijo Cayetano cuando Ramírez se despidió dejándolos solos—, si te parece vamos al cuartel paseando.

—Por mí, estupendo.

Se había despejado la niebla matinal y había salido el sol. La conversación recayó sobre el Atlético-Aviación Club del que los dos eran hinchas. El Atlético iba imparable, incluso oscureciendo al Real Madrid. Hacía tan solo unos días había batido por siete goles a uno al Español en el estadio de Vallecas.

—¿Cómo estás tan enterado? —preguntó Cáiser—. ¿No estabas en

Alemania?

—Sí, pero allí recibimos puntualmente el *Marca* por valija diplomática. Es lo primero que leemos, antes que el Boletín Oficial del Estado.

Rieron los dos de buena gana.

La común afición al fútbol ayudó a superar los mutuos recelos. A Cayetano no le pareció que Cáiser encajara con la imagen del miliciano inculto y sanguinario que la propaganda franquista divulgaba, los que aparecían en los dibujos de Sáez de Tejada. Quizá solo fue uno de los muchos descaminados que habían hecho la guerra con la República y ahora pagaban las consecuencias de su error.

—No te puedes presentar en Alemania vestido como un obrero —le comentó Cayetano subiendo por la Gran Vía—. A los alemanes hay que demostrarles que somos alguien, que aunque sean buenos camaradas se lo tienen muy creído. Bueno, motivos no les faltan. Se han merendado Francia en cinco semanas.

En diversos comercios del centro de Madrid adquirieron una maleta y renovaron el vestuario de Cáiser por cuenta de la jefatura de Falange: ropa interior, camisas, un terno de buen paño, gabardina, abrigo y sombrero.

—Bueno, ya hemos terminado la faena que teníamos para hoy —dijo Cayetano—. ¿Te apetece un café? Invito yo.

En el antiguo café Fuyma, frecuentado por militares y toreros, tomaron asiento en un velador con tapa de mármol. Un camarero delgado, patillas de boca de hacha y mandil ceñido acudió solícito.

—Para mí un café solo, que sea del bueno, ¿eh? ¿Y tú qué tomas?

Cáiser pidió una gaseosa.

—Con eso no te vas a emborrachar —bromeó Cayetano—. No te cortes, hombre, que paga la Falange.

El aristócrata extrajo del bolsillo interior de la chaqueta una pitillera dorada con las armas familiares grabadas en la tapa y ofreció un pitillo que Cáiser rechazó:

—Gracias. No fumo.

—Un hombre sin vicios... —comentó jocosamente Cayetano mientras se llevaba un cigarrillo a la boca. Lo encendió con un zippo cromado y exhaló una bocanada hacia el artesonado ennegrecido por capas de humo y barniz.

—Me han dicho que eres maestro de escuela —afirmó.

Cáiser se encogió de hombros.

—Bueno. No tengo el título, pero terminé los estudios. Estaba opositando cuando estalló la guerra.

—Yo soy abogado —dijo Cayetano—. Bueno, licenciado en Derecho. Mi difunto padre, que era coronel, cuando vio que no tenía vocación militar, se empeñó en que cursara la carrera, por apartarme de las malas compañías. — Una sombra de tristeza le oscureció el semblante—. Al pobre lo fusilaron en Paracuellos: no vivió para verme abogado. Ejercer, lo que se dice ejercer, no creo que lo haga. Tendré que ocuparme de los asuntos de la familia porque mis otros dos hermanos son militares y solo les interesa ascender en el escalafón. El patrimonio familiar les trae sin cuidado. Tenemos casas y tierras en Guadalajara y Segovia. Bastante desatendidas. En manos de administradores.

—¿Por qué no te haces cargo de ellas?

—Eso me digo a veces. Acepté lo de la embajada de Berlín por voluntad de servicio, porque necesitaban gente de confianza hablando alemán. La Falange quiere mayor presencia del partido en la embajada. Por otra parte, me llevo bien con el embajador, don Eugenio Espinosa de los Monteros. Durante la guerra coincidimos los dos refugiados en la embajada de Francia. Él nos daba clase de matemáticas a unos cuantos jovencuelos.

—Lo que son las cosas —dijo Cáiser—. Con la de veces que pasé en guerra ante la embajada de Francia. Teníamos en el parque del Retiro un depósito de municiones y de vez en cuando iba a recoger material para mi compañía.

—Ya podías haberte pasado algún día a saludar —bromeó Cayetano—. Te hubiera invitado a una taza de achicoria.

Guardaron silencio un rato.

—¡Yo envidio a mis hermanos, que combatieron! —dijo Cayetano al fin.

Necesitaba sincerarse con alguien sobre aquella congoja que crecía en su alma, pero Cáiser se encogió de hombros. La guerra había quedado atrás y él prefería olvidarla para concentrarse en el acucioso presente: en su padre enfermo y cautivo, en su madre encogida de frío y de hambre, en su prohibición de ejercer como maestro debido a su pasado republicano.

Cuando llegó la noche, habían amistado lo suficiente como para que Cayetano cambiara su plan inicial de comprarle un bocadillo y devolverlo temprano al cuartel de Falange donde se hospedaba en calidad de transeúnte.

—Te invito a cenar en Casa Alberto.

—No quisiera molestar más de lo necesario —dijo Cáiser.

—¡Qué va, hombre, así seguimos hablando y me cuentas!

Era lunes, día del plato único, en que se servía solo un plato, pero se cobraba el menú completo. La diferencia se destinaba a beneficencia. Cayetano conocía a los camareros y obtuvo un reservado en el que les sirvieron sopa de marisco, cochinitillo asado y natillas.

—Hacía años que no comía así —reconoció Cáiser apurando la última copa de rioja.

—Me alegro de que te haya gustado —dijo Cayetano encendiendo un Cohiba de Partagás—. Si te digo la verdad, en Alemania, con todo lo que son, se echan de menos estas comidas.

Salieron. La plaza de Santa Ana estaba desierta y silenciosa. Aunque hacía una noche fresca, tomaron asiento en un banco para proseguir la charla.

—Dentro de poco, cuando entremos en guerra al lado de Alemania, mejorarán las cosas —dijo Cayetano. Apoyado en el respaldo, echaba volutas al cielo—. Ahora vivimos de la caridad de lo que los ingleses dejan llegar a los puertos españoles, pero muy pronto podremos hartarnos de pan blanco cuando luchemos al lado de los alemanes.

—¿Crees que nos conviene entrar en guerra? —preguntó Cáiser.

—En cuanto entremos se terminarán las restricciones. Los alemanes nos suministrarán locomotoras, tanques, aviones, centrales eléctricas, industrias... Todo lo necesario. Me hago cargo de que tú eres de izquierdas y eso te repugnará, pero ahora mismo es lo que interesa a España.

—No soy rojo —replicó Cáiser—. Yo nunca me he metido en política. Me tocó la guerra en Madrid y me alistaron para defender a la República. Es la pura verdad.

—Me han dicho que tu padre sigue en la cárcel.

—Lo condenaron a muerte porque fue alcalde de nuestro pueblo durante la guerra. Luego, cuando supieron que había salvado la vida de algunos propietarios a los que iban a dar el paseo, le conmutaron la pena por diez

años de cárcel, pero al paso que va no creo que viva tanto. Está muy mal de salud y la cárcel lo está matando.

—¿En qué frente hiciste la guerra? —preguntó Cayetano.

—Aquí, en el de Madrid, excepto unos meses en que anduve con las Brigadas Internacionales haciendo de intérprete. Había muchos alemanes. Comunistas.

—Verías cosas...

—Algunas, sí. —Cáiser se quedó pensativo, repasando recuerdos—. Una vez, en una casa bombardeada, ayudé a sacar a una niña muerta.

—Y de las trincheras, ¿qué me dices?

—Supongo que luchaba por camaradería, por defender a los pipiolos que combatían a mi lado, reclutas inexpertos frente a los legionarios de enfrente que ya lo traían todo aprendido. Quería pensar que defendía a las pobres ancianas y a los niños que pasaban hambre y miedo en Madrid.

Cayetano fumó en silencio unas caladas. Cabizbajo.

—¿Sabes que te envidio? —dijo al fin.

—¿Me envidias? —se sorprendió Cáiser.

—Hiciste la guerra y tengo entendido que te condecoraron varias veces. Eso me han dicho en la jefatura.

—Para lo que me sirve...

—Yo la pasé refugiado en la embajada de Francia, temblando de miedo cada vez que oía tiros en la calle y temiendo que un día entraran los milicianos a hacer una saca. —Arrojó la punta del puro lejos, lo que produjo un reguero de chispas—. He visto pasar la historia a mi lado sin participar en ella. Mis hermanos sí combatieron. A uno lo hirieron en Bilbao.

Conversaron todavía un rato más y después Cayetano acompañó a Cáiser al cuartel de Falange. Antes de despedirse, Cayetano se volvió y dijo:

—Cáiser, sincerémonos. Entre los dos media un abismo, el mismo que separa ahora a vencedores y vencidos. A lo mejor, antes de la guerra nos hubiéramos encontrado, cada uno en su circunstancia, y habríamos sido amigos. Tú tendrás tus ideas y yo tengo las mías, y a lo mejor hace un año nos habríamos matado por defenderlas, pero la guerra ha pasado ya. Te propongo, honradamente, que nos llevemos bien y seamos amigos.

Le tendía una mano fina y nada trabajada, de señorito. Cáiser vio ante sí a

un muchacho desamparado, un poco inmaduro. Después de un breve titubeo, estrechó con un firme apretón la mano que le ofrecía.

Capítulo 10

TRENES Y PAISAJES

El 28 de octubre de 1940 amaneció neblinoso y frío. Cayetano recogió a su compañero de viaje en el cuartel de Falange y juntos se encaminaron a la estación del Norte en cuyos andenes se congregaban los miembros de la delegación que Falange enviaba a Alemania, todos de camisa azul, algunos incluso de uniforme. Reinaba entre los expedicionarios un humor excelente. Cayetano asistía un poco ajeno a las grandes muestras de camaradería, a los saludos brazo en alto, a los abrazos palmeados. Varias muchachas de Sección Femenina, los encantos disimulados bajo las amplias capas de paño azul, repartieron humeantes tazas de achicoria y chocolate de algarrobas e hicieron circular una bandeja de porras calientes. Uno de los camaradas sacó de su maleta una botella de anís.

—Nos lo bebemos ahora —propuso alegremente—, no sea que nos lo requisen al llegar a Alemania.

La propuesta se aprobó por aclamación.

El tren partió con solo media hora de retraso. Esa noche durmieron en el cuartel de la Falange de Irún y al día siguiente entraron en Francia después de mudarse a otro tren adaptado al ancho de vía europeo.

En los dos días restantes de viaje, a medida que crecían el cansancio y las incomodidades, se fueron apagando los entusiasmos y las canciones patrióticas o pícaras. El traslado se hizo lento e incómodo, aunque viajaban en compartimento de segunda y el pase diplomático les ahorra los rutinarios y frecuentes chequeos de los agentes de tránsito, siempre dos alemanes de paisano acompañados por un gendarme francés.

Los expedicionarios dormían en el mismo tren por razones de seguridad. En todas las estaciones, incluso en humildes apeaderos, veían retenes de soldados alemanes, con sus cascos de acero, y banderas del Reich. No obstante, el personal ferroviario seguía siendo francés y parecía colaborar de buena gana con el ocupante. A veces se bajaban a estirar las piernas y a tomar sopa en las estaciones en tránsito, pero fuera de ese alimento caliente y de las tazas de achicoria o té con que desayunaban, solo comieron bocadillos de mortadela o de sardinas.

Las monótonas horas de tren daban sobrado tiempo para hablar de lo divino y de lo humano. Cuando decaía la conversación, Cáiser y Cayetano dormitaban mecidos por el traqueteo o miraban pasar prados verdes y arboledas, bosques y sembrados, barbechos de buena y esponjosa tierra negra que contrastaba con la sequedad del campo español que dejaban atrás. El tiempo era igualmente voluble: a veces chaparrones, a ratos claros del sol. La mudanza del paisaje parecía presagiar la de sus vidas.

Cayetano y Cáiser trabaron conversación con un joven falangista de Zamora, Fernando Capiscol, al que había invitado el sindicato Deutsche Arbeitsfront a impartir algunas conferencias a los obreros españoles en Berlín.

—El legado de José Antonio está por hacer —sostenía Capiscol—. La nuestra debe ser una revolución social, verdadera. Ni partidos de derechas consagrados a mantener los privilegios de una casta de grandes propietarios, banqueros y obispos, ni partidos de izquierdas que envenenan al obrero prometiéndole falsos paraísos soviéticos. No fue casual que José Antonio adoptara una bandera con los colores de la CNT y una camisa del color de los monos que usan los obreros industriales.

—Eso suena un poco mussoliniano, ¿no? —dijo Cayetano—. Y lo del imperio no digamos.

—El imperio es una exigencia de nuestra historia y de la economía —sostenía Capiscol—. Todo país que aspire a ser algo necesita un imperio, pero nosotros somos realistas y sabemos que ese camino va a ser largo. Tenemos que asumir el pasado de España en lo que tiene de glorioso, pero también la penosa decadencia que nos ha conducido al estado de postración en que nos encontramos. Queremos regenerar España. Comulgamos con

Ortega y Gasset y Unamuno, con Joaquín Costa y Ganivet. Esas son las fuentes de la verdadera Falange, no el conjunto de aprovechados que pululan ahora en ella. No éramos muchos al principio, pero en la guerra crecimos tanto que la Falange se llenó de oportunistas. Ha sido como añadir agua al vino. Materialmente no ha dado tiempo a formar a tantos nuevos militantes ni a separar a los que acudían atraídos sinceramente por nuestras doctrinas de los que solo buscan su medro personal. Inevitablemente hemos degenerado.

Cayetano asentía. Evidentemente no estaba muy ducho en doctrina falangista. Como tantos otros, quizá solo se había afiliado al partido arrastrado por la oleada de patriotismo que siguió a la liberación de Madrid.

Capítulo 11

HUÉSPED DEL REICH

—Estamos en Alemania —anunció Cayetano con un tono de voz neutro, como si constatará un hecho irremediable.

El día había amanecido frío, pero al elevarse la mañana el cielo se despejó, y un sol radiante disipó la escarcha y manifestó el verde intenso de los prados.

Los de intendencia organizaron el desayuno, el consabido café de achicoria recalentado en infernillo de alcohol y las galletas que Fernando Capiscol distribuyó equitativamente, cinco por barba.

—¿Esto es comida para un hombre? —protestó un gracioso.

—A joderse, como todo el mundo.

Volvieron a sonar la guitarra y el acordeón. ¡Estamos en Alemania! Una alegría pueril se sobrepuso a la fatiga e incomodidad del largo viaje.

Acomodado junto a la ventanilla, Cáiser no participaba del jolgorio del grupo. Disfrutaba del paisaje. Cómo le gustaría esta belleza de postal a su madre, que siempre había echado de menos el verdor de su Asturias natal, tan distinta de los pardos y grises dominantes en la España meseteña.

El propio tren parecía participar de la impaciencia de sus viajeros. A los intensos bosques otoñales de abetos, hayas y robles sucedieron verdes prados en los que pastaban vacas de hermosas ubres que levantaban la cabeza al paso del convoy.

Las pintorescas aldeas, las amplias mansiones de muros blancos y cubiertas de pizarra, los cuidados jardines, los caminos asfaltados, los canales surcados de gabarras, los tendidos telegráficos, los sólidos puentes de hierro o

cemento, los coquetos puentecitos de ladrillo, el aseo y el orden que abarcaba incluso a los desmontes y escombreras del ferrocarril, todo pregona la prosperidad de Alemania y el bienestar material de sus moradores. No parecía un país en guerra. Más bien daba la impresión de un lugar idílico, ni siquiera estropeado por las industrias que en el imaginario español constituían la principal seña de identidad germana.

Solamente en el tramo final del viaje comenzaron a aparecer enormes naves de ladrillo oscuro cubiertas de uralita o cristal y rodeadas de hileras de diminutas casas, que conformaban calles y plazas. Muchas de las viviendas tenían un coche a la puerta.

Las colonias de los obreros industriales, con sus iglesias de aiosos campanarios, sus parques y sus cuidados campos de deportes mostraban el bienestar material que el Nuevo Reich había traído a sus clases más humildes.

Las naves industriales y las humeantes chimeneas fabriles aumentaron a medida que el tren se aproximaba a Berlín, sin que por ello desaparecieran los núcleos arbolados, los parques y las zonas deportivas. Incluso las traviesas ferroviarias cuidadosamente apiladas al lado de la vía parecían participar de la idea de orden y aseo que presidía el paisaje.

—Trabajo y orden, sentido de la responsabilidad y patriotismo, eso es Alemania —dijo Cayetano.

En el tramo final, el ferrocarril se emparejó a una autopista de seis carriles con las dos direcciones separadas por un seto verde nítidamente recortado. Un enjambre de modernos automóviles, camiones y autobuses iban y venían a respetable velocidad, sin estorbarse. Desde la ventanilla, Cáiser lo contemplaba todo con indisimulada admiración. La España pobre, deprimida y en ruinas que dejaba atrás, a pocas horas de viaje, quedaba a mil años luz de todo aquello.

La megafonía del convoy anunció la proximidad de la Anhalter Bahnhof, la estación terminal de Berlín. En cuanto el tren aminoró la marcha, muchos españoles abandonaron sus asientos e, impacientes, comenzaron a bajar los bultos que habían colocado en la redecilla. Algunos pasaron al vagón contiguo, como si quisieran adelantar la llegada en esos pocos metros. Los pasajeros alemanes, disciplinadamente sujetos a la norma de permanecer en los asientos hasta que el convoy se detuviera, los contemplaban con

indisimulada sorna no exenta de simpatía. Se habían percatado de que eran españoles. Ruidosos e indisciplinados, pero aliados del Reich. No tardarían mucho en unir sus armas a las alemanas.

El convoy se internó en un laberinto de vías que se entrecruzaban, aminoró la velocidad e ingresó bajo una gran nave de hierro y cristal de la que pendía una enorme bandera roja con la cruz gamada negra en un círculo blanco. Cáiser contempló admirado la catedralicia cubierta que cobijaba no menos de doce trenes impulsados por locomotoras eléctricas de moderno diseño. Elevó la mirada a los potentes muros de ladrillo rojo rematados en una cornisa y taladrados por una fila de airosos ventanales de quince metros de altura. De las pilastras de hierro y ladrillo pendían largos gallardetes rojos con la esvástica. En letras de dos metros de alto, el nombre de la estación ocupaba todo el frontis del edificio: Anhalter Bahnhof.

En el pensamiento del antiguo soldado se deslizó la confirmación de una vieja idea: «Cómo íbamos a ganar la guerra las milicias del pueblo si esta gente ayudaba a Franco, con todo este poder».

En el andén, un funcionario del Ministerio de Propaganda se hizo cargo de la expedición de falangistas, a la que esperaba un autobús que los llevaría al albergue de la organización Kraft durch Freude («Fuerza a través de la Alegría») donde iban a hospedarse. Se despidieron ruidosamente de Cáiser y Cayetano.

—¡Nos vemos en el cabaret! —les gritó Capiscol, jovial, mientras se alejaban trotando, con sus macutos auestas, en pos del guía.

A Cayetano y a su acompañante los esperaba un funcionario joven, con aspecto de oficinista, que había saludado brazo en alto la aparición de las primeras camisas azules, pero después se mantuvo severamente apartado del bullicio mientras el guía alemán se hacía cargo de sus tutelados.

—El camarada Ambrosio Moraleda —lo presentó Cayetano.

Moraleda entrechocó los tacones y tendió una mano franca más fuerte de lo que cabía esperar en una persona de tan frágil apariencia.

—Moraleda, adjunto a la embajada, es el hombre imprescindible para que aquello funcione —explicó Cayetano.

Moraleda hizo un gesto de falsa modestia.

—Bienvenidos a Berlín. ¿Qué tal el viaje?

—Un poco molidos, pero sobreviviremos.

El chófer de la embajada que acompañaba a Moraleda acomodó los equipajes en una carretilla y se abrió camino entre el gentío.

—Se nota que hay una guerra —comentó Cáiser a la vista de los andenes y vestíbulos atestados de soldados.

Predominaban los uniformes gris claro de la Wehrmacht, los azules de la Luftwaffe y los azul marino de la Kriegsmarine.

En la guerra española, Cáiser había presenciado muchos desbordamientos emocionales en las despedidas de madres y novias cuando decían adiós a los que marchaban al frente. En Berlín le llamó la atención la entereza de las alemanas, la aparente frialdad con que contenían sus sentimientos. Los padres, algunos de ellos luciendo sobre el traje civil condecoraciones de la guerra anterior, se limitaban a estrechar la mano de los hijos con viril serenidad. El ambiente era de un civismo aleccionador, sin dramatismos. Gente ordenada. Ni una voz más alta que otra, ni un papel en el suelo.

—No es nada extraño, amigo mío —comentó Cayetano—. Esta gente es así de disciplinada. Tienen a gala no alterar su ritmo de vida porque haya una guerra.

Los reclutas de una reciente expedición hacían cola ordenadamente frente a los puestos de la Liga de Mujeres Alemanas, en los que entusiastas chicas de uniforme y delantal servían té y bollos de mantequilla a las tropas en tránsito.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó Cayetano a Moraleda.

El otro hizo un gesto de indiferencia.

—No nos aburrimos. No hay día sin sobresalto. ¿Te has enterado de que Mussolini ha invadido Grecia? Aquí piensan que ya mismo entramos nosotros en guerra. Los españoles, digo.

—A ver si es verdad. ¿Y esos niños?

Un tropel de niños y niñas acompañados por sus familias aguardaban disciplinadamente en el andén. Muchos vestían el uniforme de las Juventudes Hitlerianas debajo de los abrigos.

—Goebbels quiere que los niños evacuen Berlín. Por los bombardeos. Desde que te fuiste ha habido unos cuantos. Ahora llevamos una semana que parece que han amainado.

Atravesaron el espacioso y atestado vestíbulo y abandonaron la estación por la puerta de la fachada principal, bajo el gigantesco reloj franqueado por dos esculturas de cinc que representaban el Día y la Noche. Ante ellos se abría, amplia, una plaza circular rodeada de hermosos edificios.

—La Askanischer Platz —informó Cayetano a su amigo—. Ese edificio de enfrente es el Excelsior, el mayor hotel de Europa. De la estación al hotel hay un túnel que pasa por debajo de la plaza, con tiendas a un lado y a otro la mar de lujosas. Eso lo veremos otro día. Ya verás que aquí todo se hace a lo grande.

En pos del chófer llegaron hasta un vetusto Mercedes aparcado a un lado de la calle que lucía sobre el guardabarros el banderín de la embajada española. Cáiser y Cayetano se acomodaron en los asientos traseros, Moraleda en el del copiloto. Se despojó de la vistosa boina roja del uniforme falangista y dejó al descubierto una prematura calva de bombilla.

—Cáiser va a quedarse en mi apartamento —advirtió Cayetano—, pero antes, si te parece, vamos a darle una vuelta para que conozca Berlín.

—A sus órdenes —dijo Moraleda imitando el estilo militar, y dirigiéndose al chófer—: A ver, Cornelio, coge por la Wilhemstrasse.

—La calle de Guillermo —tradujo Cayetano—. Por Guillermo I, el emperador que unificó Alemania hace un siglo más o menos. En esta calle se decide el destino del mundo. Aquí están casi todos los edificios del gobierno alemán.

El chófer condujo despacio por una calle amplia jalonada de majestuosos edificios gubernativos, sólidas construcciones palaciegas de la época guillermina, con fachadas de piedra neorrenacentistas o neogóticas recargadas de balconadas, de volutas, de festones y molduras.

—Ese que ves a la izquierda es la Oficina de Seguridad. A la vuelta, en la Prinz-Albrecht-Strasse, están la sede de las SS y la central de la Gestapo.

Franqueaban la puerta dos imponentes centinelas enfundados en sus tabardos grises, largos hasta las lustrosas botas de media caña, los pies separados un poco chulescamente para el gusto del español, en la posición torera del pase natural, el fusil al hombro, casi vertical, firmemente asido por la mano enguantada, la cabeza cubierta por un brillante casco de acero, el barboquejo ajustado, el gesto impassible.

—Acojonantes, ¿eh? —comentó Cayetano—. Ten en cuenta que para el batallón de la guardia de los edificios oficiales los escogen de dos metros de altura y creo que hasta guapos, para que los visitantes vean lo que es la raza alemana. Este edificio de las pilastras rematadas en águilas que pasamos ahora es el Ministerio del Aire. Ya sabes que el águila es el símbolo de la Luftwaffe. Algún día te traeré para que veas la escalera más monumental de Europa, diseñada por el propio Göring. Y a la derecha tienes la Cancillería del Führer.

—¿Ahí vive Hitler? —preguntó Cáiser.

—No. En realidad es un edificio de oficinas. El Führer reside un poco más arriba. Esta calle que cruza es la Leipziger Strasse y aquí a la izquierda tienes el Ministerio de Transportes y a la derecha el de Finanzas, y ahí a la vuelta, en aquellos árboles del fondo, el hotel Kaiserhof. Notarás que el nombre de muchos edificios acaba en *hof*, que significa finca, casa, patio. El chalecito que tiene el Führer en los Alpes se llama Berghof, como si dijéramos «la casa de la montaña».

—Muy poético —murmuró Cáiser como para sí.

—Ahora cruzamos la Vosstrasse. Ese edificio de la izquierda es la nueva cancillería, residencia oficial del Führer, aunque siempre anda de un lado para otro, visitando los frentes de combate, en contacto con las tropas.

—Este parece menos palacio que los otros —observó Cáiser.

—Es que la época guillermina gustaba del lujo y la apariencia. La arquitectura nazi es voluntariamente adusta, como el propio Führer. Monumental, pero sobria, así lo quiere él. ¿Sabes que en realidad le habría gustado ser arquitecto? Pero sacrificó su vocación para dedicarse a la política, a reconstruir Alemania. Ese de la derecha es el Ministerio de Propaganda, enorme, como ves. Aquí tiene su oficina el doctor Goebbels, aunque él vive en la Göringstrasse, no lejos de aquí. Este de la derecha es el Ministerio de Asuntos Exteriores, al que yo vengo un par de veces por semana, a veces más, acompañando al embajador. No es que yo sea importante, ya que soy el último mono de la embajada, pero como hablo alemán... Y ahora continuamos por el Ministerio de Agricultura. Y esta es la antigua embajada inglesa, que ahora permanece sellada.

—Pero la puerta está abierta... —observó Cáiser.

—Debe ser la hora del cambio de vigilancia. El Führer la mantiene intacta porque en el fondo lo que quiere es hacer la paz con los ingleses y repartirse con ellos el mundo. Y finalmente, este es el hotel Adlon, el más lujoso de Berlín. Aquí es donde agasajan a los visitantes ilustres y a los ministros extranjeros. ¿Qué te va pareciendo?

—Muy impresionante todo.

Abandonaron el barrio gubernamental y discurrieron por calles jalonadas de edificios igualmente imponentes, con amplias aceras animadas de gente camino del trabajo. Hombres de gabardina y sombrero de fieltro caminaban aprisa, descendían o subían a los tranvías o brotaban como de un hormiguero de las bocas del metro. Cáiser admiraba la animación laboriosa de la ciudad: escolares en pantalón corto o uniforme, ellas con gruesas trenzas rubias, camiones y furgonetas de reparto, abaceros que sacaban sus coles y sus manzanas a la acera, jóvenes vendedores de periódicos que voceaban su mercancía y la acercaban a los automóviles detenidos ante la luz roja del semáforo, tahonas cuyas puertas exhalaban un agradable aroma a pan recién horneado. ¿Era aquella la capital de una nación en guerra? La única señal de la guerra era la abundancia de uniformes militares verdigrises y uniformes pardos del partido nazi. También las revistas ilustradas que en los quioscos de prensa traían portadas de tema militar. Y por todas partes soldados rubios en actitudes felices, triunfantes.

Notó que las jóvenes eran atractivas, aunque no se contoneaban como las españolas. Más bien le pareció que caminaban como gañanes, asentando firmemente el pie. Quizá porque apenas usaban tacones, intentó disculparlas, ya que solían ser de aventajada estatura y no los necesitaban. A esta impresión coadyuvaba el hecho de que en su mayoría usaran zapatos sólidos, anchos, hombrunos, sin concesiones a la estética, y que anduvieran con las piernas intonsas, aunque la reciedumbre de las medias y el tono rubicundo del vello disimulara un tanto la pelusa crural.

—Berlín es una ciudad compleja —seguía diciendo Cayetano—, pero pronto te haces con ella porque aquí todo marcha como un reloj. Al norte y al este se extienden las barriadas industriales, y en torno a las fábricas, suburbios de colmenas de cinco pisos que aquí llaman Hinterhöfe o los barracones de alquiler, Mietkasernen, construidos aprisa y corriendo para

albergar a los obreros que llegaban de toda Alemania en los tiempos del hambre, el *rote Berlin*, el Berlín rojo, comunista. Hoy no quedan comunistas, claro, porque los nazis los obligaron a regresar a las cloacas o a reformarse y militar en el Partido. En contraste con ese Berlín sórdido que más vale no visitar, está el opulento que se extiende por el sur y el oeste: lujosas urbanizaciones en medio del verdor de cuidados bosques, mansiones de aúpa a la orilla de los ríos o de los lagos, diseñadas por famosos arquitectos, en las que viven los industriales, los jefes nazis y la gente de posibles.

Pasaron ante el teatro de vodevil Scala, donde representaban *Die Lustige Witwe*, de Lehar.

—*La viuda alegre* —tradujo Cayetano—, la opereta favorita del Führer. Todavía la representarán hasta después de Navidad. Si quieres venimos a verla cualquier día. Aquí en Berlín hay de todo lo que se quiera: drama, comedia, ópera, variedades, circo, ballet, *boîtes*... Lo que quieras. Y conciertos a porrillo, ya sabes lo aficionados que son los alemanes a la música. Hasta patinaje hay, bajo techo, en pista de hielo. La repera. Como si no hubiera guerra.

Notó Cáiser la sobreabundancia de banderas y carteles patrióticos, la marcialidad con que transitaban los militares, marcando el paso instintivamente aunque solo fueran de paseo.

Alemania en marcha. Todo sólido y solvente. Largos carros tirados por caballos percherones repartían barriles de cerveza, flamantes furgonetas con diversos logotipos comerciales iban y venían, la circulación se detenía disciplinadamente frente a los majestuosos semáforos que pendían del aire, sujetos por cables de acero, en las intersecciones de las avenidas. En algún momento, la ciudad se le ofreció como una confusa Babel apurada en contener su propia abundancia: omnibuses de dos pisos, trenes metropolitanos bajo tierra o en vías elevadas, tranvías de vivos colores, tupidos cruces de catenarias de las que brotaban chispas azules, enormes automóviles negros, color crema, azules...

—Tendrás que aprender a distinguir los timbres de los tranvías del claxon de los autobuses si no quieres que te atropellen —dijo Moraleta volviéndose en su asiento.

Recorrieron varias calles céntricas con edificios de viviendas y comercios

que mostraban pujanza mercantil, bienestar social y orden nacionalsocialista. Modernos edificios con fachadas de cristal y chaflanes curvos, mansiones grandiosas con escalinatas de mármol. A través de las ventanas bajas se veían salones magníficos, bien amueblados, pianos de cola, alfombras persas...

El automóvil se internó por el barrio comercial. Cáiser contempló las tiendas de moda, con grandes escaparates poblados de estilizadas maniqués, los negocios de muebles, de antigüedades, de lámparas, de joyas. Berlín aparecía como una metrópoli que aunaba lo antiguo y lo moderno. Todo parecía sólido y solvente: las estilizadas farolas *art déco* diseñadas por Speer, las tiendas de grandes escaparates con vidrios tan grandes que ocupaban media fachada, los rótulos de letras brillantes de latón sobre fondos de noble marquetería, las verjas de barras de hierro terminadas en puntas de lanza sobredoradas, los grandes cilindros publicitarios que disimulaban en su interior potentes transformadores eléctricos, los tranvías fragorosos tocando la campanilla.

—Alemania es como una maquinaria perfectamente engrasada —dijo Cayetano adivinándole el pensamiento—. Algún día, cuando se imponga en el mundo, todos los países avanzados serán así.

Cáiser, el hombre que venía de la miseria de un país devastado, el que por unos días había escapado del hambre y los piojos de una miserable chabola, se sintió abrumado por aquella plétora. Por un momento le asaltó la tentación de participar de todo aquello, de que el inesperado giro de su vida pudiera no ser provisional, de incorporarse definitivamente al disfrute de cuanto allí se le ofrecía, aunque ello comportara cierta servidumbre. Rechazó ese pensamiento con una íntima punzada de vergüenza.

—No te enseñe los famosos cabarets porque están en otros barrios, claro —seguía diciendo Cayetano—. Los alemanes son un poco cabezas cuadradas y no mezclan nada. Separan mucho el trabajo del placer, ¿no es eso, Moraleda? —El interpelado asintió con la cabeza—. Este es el barrio administrativo al que se viene a trabajar. Bueno, ahora estamos en la mayor avenida de Berlín, la famosa Unter den Linden, que significa «bajo los tilos».

—Y los tilos ¿dónde están?

—Bueno, los tilos los talaron hace unos años para ensanchar la avenida, porque este es el sitio de los desfiles y las procesiones cívicas, pero los viejos

berlineses la siguen llamando así. Ahora, en lugar de tilos han puesto esas pilastras rematadas con el águila alemana que sostiene entre las garras una corona de laurel con la esvástica. La habéis visto muchas veces en los noticiarios del cine. Esta es la Pariser Platz y eso que tenéis delante...

—La puerta de Brandeburgo —se adelantó Cáiser.

—Ya veo que la has reconocido. El centro palpitante de la ciudad, Unter den Linden, Potsdamer Platz y por allá delante la Kurfürstendamm. Aquí estamos en medio del gran eje este-oeste, ese bulevar de seis carriles que ves ahí te lleva hasta las afueras de Berlín por el oeste. Bueno, ahora torcemos por la Göringstrasse y nos vamos a casa. Vivo en un apartamento la mar de coqueto en el barrio de Charlottenburg. Allí cerca tenemos unas cuantas oficinas de la legación mientras nos acaban la nueva embajada, que está todavía en obras.

En uno de los cilindros publicitarios se reproducía la portada de *Der Stürmer* que representaba la feroz caricatura de un judío, la nariz corva, la mirada maligna, inclinado sobre una gran bolsa de dinero.

—Menuda perra tienen estos con los judíos —comentó Cáiser.

—Son su chivo expiatorio —dijo Moraleda—. Los necesitan para explicarse por qué perdieron la Gran Guerra. Los acusan de haber desertado de las trincheras y de haberse enriquecido con el comercio bélico a expensas del pueblo alemán, que mientras tanto pasaba hambre.

—¿Y no fue así?

—Yo he conocido a judíos que lucharon en Verdún y Flandes y que se sienten tan alemanes como los demás, pero los nazis han propagado la idea de que no tienen patria, de que conspiran para dominar el mundo.

Moraleda se apeó cerca de la embajada.

—¿Sabes cuándo regresas? —preguntó a Cáiser desde la ventanilla.

—Ni idea. A ver para qué me quieren —dijo Cáiser.

Moraleda asintió.

—Le diré al embajador que habéis llegado.

Capítulo 12

‘BEGIN DE BEGUINE’

El coche dejó a Cáiser y a su anfitrión en el número 20 de la Richard-Wagner-Strasse, al pie de un moderno bloque de pisos de hormigón y cristal, de una blancura deslumbrante, con amplias ventanas en arco y terrazas abiertas a un antepecho redondeado del que pendían plantas verdes.

—Buena casa —comentó Cáiser.

Cayetano la miró como si la descubriera por primera vez.

—La diseñó el arquitecto Erich Mendelsohn, un judío de la escuela Bauhaus que hacía viviendas para millonarios, pero esta la hizo para gente más normal.

El ascensor los condujo a un distribuidor luminoso de la tercera planta en el que había cuatro apartamentos.

—Toma posesión de tu hogar berlinés —dijo Cayetano tras abrir la puerta con un minúsculo llavín.

El declinante sol invernal entraba a raudales por los ventanales. El mobiliario era funcional y parecía un poco perdido en las enormes habitaciones. A Cáiser le pareció de un lujo desmesurado.

—¿Y tú vives solo aquí? —preguntó casi intimidado por tanto aparato.

—Solo y feliz, amigo mío. El alquiler se me lleva casi todo el sueldo, pero a pesar de ello merece la pena. Los tres años pasados en la embajada de Francia, donde dormíamos nueve en un cuartucho y había un retrete para treinta, me dejaron un poco trastornado, por eso necesito mucho espacio para mí solo.

—Comprendo.

La habitación de invitados, amueblada como el resto del apartamento en estilo *décoratif*, tenía su propio cuarto de aseo con bañera de mármol y ducha.

Cáiser nunca había conocido lujo semejante. La cama era enorme.

—Aquí dormirás como un bendito —comentó Cayetano—. Y la cama agradecerá seguramente un poco de sosiego. —Cáiser puso cara de no entender—. Algunas veces organizo fiestas con la gente de las embajadas y traemos chicas —aclaró Cayetano con un guiño pícaro—. Esta habitación es de las más solicitadas.

Al salir del apartamento, se cruzaron en el descansillo con un mozalbete enfundado en un pesado abrigo dos tallas mayor de la suya.

—¡*Heil* Hitler! —dijo cuadrándose y dirigiendo una mirada suspicaz a Cáiser.

—¡*Heil* Hitler, Franz! Te presento a mi amigo *Herr* Esternocleidomastoideo, que acaba de llegar de España y va a pasar unos días conmigo.

El chico dio muestras de estar sufriendo un cortocircuito cerebral. Tartamudeó una excusa y siguió su camino escaleras arriba, sin usar el ascensor, como se recomendaba a la juventud alemana para ahorrar un fluido eléctrico necesario para la patria.

—Oye, ¿quién era ese que me miraba tan raro? —preguntó Cáiser.

—¿Ese? Es el Spitzel. En cada manzana de casas hay un nazi fiel que hace las veces de las porteras en España, solo que gratis, o sea, vigilar al vecindario e informar a la policía de cualquier movimiento sospechoso.

—¿Por qué le has dicho que me llamo esternocleidomastoideo?

—Es el nombre de un músculo.

—Hasta ahí llego, Cayetano —afirmó Cáiser.

—Descuida, hombre. Ya sé que, aunque seas rojillo, tienes estudios. ¿Te imaginas los apuros que va a pasar el muchacho mañana cuando comparezca en la comisaría más cercana e intente reproducir tu nombre?

Cáiser comprendió la humorada.

—Ahora entiendo. Y sospecho que, aunque seas falangista, no terminan de gustarte los nazis.

—Tampoco estoy seguro de ser falangista —confesó Cayetano—. Media

España se ha puesto la camisa azul para demostrar que pertenece a los que ganaron la guerra, no por ideología.

—¿Y tú por qué te la has puesto?

—Pues mira, creo que un poco por dejarme llevar por la corriente, otro poco por molestar a mis hermanos, que son muy monárquicos, y otro poco por conseguir un puesto en la embajada, lejos de mi madre. No sabes lo dominante que puede llegar a ser doña Petronila.

—Te entiendo —dijo Cáiser—. La mía también se las trae.

Empezaba a crearse entre ellos una buena camaradería, acrecentada por el hecho de hallarse en tierra extraña.

Almorzaron en un restaurante rumano cercano en el que Cayetano era cliente asiduo. El diplomático bromeó con algo más que cortesía clientelar con Anikó, la grácil camarera que los servía.

Cuando la muchacha se alejó a pedir la comanda, Cayetano notó que Cáiser la contemplaba con interés.

—Guapa, ¿eh? Y muy alegre, aunque a veces me llora en el hombro porque tiene al novio en Rumanía, custodiando los intereses petrolíferos del Reich, y aunque allí no hay guerra, ella teme por él, ya sabes cómo son las mujeres. Le he pedido que nos traiga mi plato favorito. Te gustará.

A Cáiser, acostumbrado a manjares modestos y escasos, aquella comida le pareció un banquete: *goulash*, pimientos fritos y un postre típicamente rumano, el pastel que llaman «leche de pájaro». Anikó se reía a carcajadas de los cómicos cumplidos que le hacía Cayetano imitando a un militar prusiano de la vieja escuela.

A la hora de pagar, Cayetano depositó junto al dinero unos cuantos cupones que cortó de un talonario.

—La comida está racionada desde que empezó la guerra —explicó—. En los restaurantes, además de pagar, se entregan los cupones correspondientes para que ellos repongan los víveres que han gastado.

—¿Hasta ese punto controlan?

—Qué va. Ya puedes imaginarte que eso es imposible, pero como son tan cabezas cuadradas...

Cuando salieron del restaurante, la temperatura había descendido hasta hacer desapacible el paseo.

—Hora de recogerse, amigo mío —dijo Cayetano—. Descansemos hoy, que mañana será otro día y saldremos a conocer la ciudad. Ese túnel que ves allí enfrente protegido por sacos terreros es la entrada del refugio que corresponde a nuestro vecindario. ¿Ves el cartel que pone Luftschutzkeller, o sea, refugio? Si esta noche hubiera alarma aérea, Dios no lo quiera, tendríamos que dormir ahí.

Cáiser pareció sorprendido.

—¿Bombardeos? En nuestro recorrido no he visto ninguna ruina.

—Hasta ahora han afectado más a los barrios periféricos y zonas industriales, pero en cualquier caso, cuando suenan las sirenas, todo Berlín baja disciplinadamente al subsuelo. Aquí se cumplen a rajatabla las normas del apagón. Verás que no se encienden las farolas.

El piso estaba caldeado. Corrieron las cortinas oscurecedoras. Cayetano se dirigió a lo que parecía un mueble aparador que resultó ser un equipo musical Telefunken, lo encendió y colocó la aguja sobre el microsurco que giraba en el plato.

—¿Te gusta el jazz? —preguntó.

—Me temo que yo me he quedado en la copla y en Miguel de Molina —reconoció Cayetano.

Pasaron la tarde charlando. A Cayetano le preocupaba la situación política internacional. Estaba convencido de que el final de la guerra era cuestión de meses, que Inglaterra firmaría un armisticio honorable y que la triunfante Alemania fundaría la Neuordnung, el Nuevo Orden que preconizaba Hitler.

—En el futuro no habrá más guerras —decía—. Nos aguarda un prolongado periodo de paz y prosperidad con el mundo repartido entre la tutela de Alemania y de Estados Unidos. Yo estoy bien aquí, pero, no obstante, si voy a seguir en la carrera diplomática, me gustaría que me destinaran a Estados Unidos. Será estupendo vivir en Nueva York y asistir todas las tardes después del trabajo al Vanguard Club para escuchar swing.

—Veo que el jazz te encanta —notó Cáiser.

—¡Ay, amigo! Yo adoro esta música. Y el swing. Aquí lo han prohibido los nazis, porque como proviene de los negros americanos lo consideran *Entartete Musik*, o sea, música degenerada, pero yo tengo una colección

aceptable. No veas lo que se liga trayendo a chicas a escuchar jazz o a bailar. Si te quedas en Berlín el tiempo suficiente, te haré un especialista en swing. Déjame que ponga algo bueno.

Cayetano cambió de disco.

—*Begin the Beguine*, ¿te suena? —preguntó—. Una de las joyas de mi colección. El arreglo de Artie Shaw con una orquestación en tiempo de swing.

Escucharon en recogido silencio. Cayetano movía los brazos como si dirigiera la orquesta.

—Me encanta —reconoció Cáiser.

Después repasaron otras piezas favoritas del anfitrión: Count Basie, Billie Holiday, Glenn Miller, Artie Shaw y Ella Fitzgerald.

Fue una tarde muy musical e instructiva. Cáiser comprendió que existía todo un mundo fuera del suyo, un mundo al que jamás había tenido acceso. «No es tarde para empezar», pensó. Era joven y estaba abierto a todo. Berlín era una ciudad atractiva a pesar de la guerra. Seguro que también era una ciudad de grandes oportunidades para aquellos que supieran aprovecharlas.

Los dos hombres charlaron hasta que se hizo de noche, cenaron embutidos y bizcocho que Cayetano había traído de España y a eso de las ocho se fueron a la cama.

El sonido de un claxon despertó a Cáiser al día siguiente. Comprobó la hora en el despertador de la mesita de noche: pasaba de las siete. Saltó de la cama y descorrió las cortinas. Hacía un día desapacible, con algo de niebla. Por el asfalto mojado transitaban algunos automóviles y muchas bicicletas. En las anchas aceras se apresuraban camino del trabajo viandantes bien abrigados, con bufandas, sombreros y gorras, casi todos con la bolsa o la cartera del almuerzo.

El piso estaba caldeado. Cáiser se dio una ducha y compareció en la cocina, donde ya trasteaba Cayetano.

—*Guten Morgen*, Herminio —saludó jovial—. ¿Has dormido bien?

—Como un lirón. Hacía tiempo que no dormía tan bien. Lo único es que la cama no tenía sábana encimera.

Cayetano rio de buena gana.

—Y has dormido dentro del nórdico, plegado como una crisálida, ¿no?

—Pues sí —reconoció Cáiser—, pero como venía cansado del viaje he dormido estupendamente.

—Se me olvidó advertirte que aquí no usan sábana encimera. La sábana de arriba es la propia funda del nórdico.

—Coño. Todos los días se aprende algo nuevo.

Cayetano había preparado café con leche y bollos de mantequilla, que calentó en el grill. Comieron con apetito.

—He hablado con la embajada. A las nueve vendrá a buscarte un coche del Ahnenerbe que te llevará a las pruebas. Creo que te van a entretener todo el día, pero seguramente podremos cenar juntos y dar un paseo por Berlín.

—Oye, ¿y cómo me entiendo con esta gente? No hablo palabra de alemán.

—No te preocupes, viene a buscarte la rubia aquella de la excavación de Castiltierra, ¿la recuerdas? La de las tetas...

—Claro.

—Je, je, es difícil olvidarla, ¿eh? Qué buena está la *joía*.

Capítulo 13

AHNENERBE

La torre de la iglesia Kaiser Wilhelm daba nueve lentas campanadas cuando un Mercedes Benz 320 Cabriolet B negro con los distintivos de las SS se detuvo junto a la acera de la Richard-Wagner-Strasse y un chófer uniformado se apeó y abrió la portezuela posterior para que Cáiser subiera.

Meike von Appen lo aguardaba con una inédita sonrisa amable. Vestía traje de chaqueta cruzado, labios carmín, y recogía sus cabellos rubios en una corona de trenzas Gretchen.

—Volvemos a vernos, *Herr Cáiser*. —Lo saludó tendiéndole la mano—. ¡Bienvenido a Berlín!

—Gracias, señorita —respondió Cáiser.

Meike tocó con su mano enguantada el hombro del chófer.

—En marcha, Gregor.

Empezaba a llover. El agua producía un adormecedor tamborileo sobre la capota del automóvil que obligaba a elevar el tono de voz. Como anfitriona concienzuda, Meike iba explicando a su invitado los lugares por donde pasaban y sus edificios más notables. Recorrieron un par de calles del sector de las embajadas antes de salir a la Puerta de Brandeburgo.

—Esta puerta neoclásica es de la época de Federico Guillermo II de Prusia, finales del siglo XVIII. Antiguamente, solo la familia real podía pasar por el arco central. La cuadriga representa a la Victoria. Napoleón se la llevó a París como trofeo, pero, años después, su vencedor, el general Blücher, la recuperó.

—Pensaba que el vencedor de Napoleón fue Wellington, el inglés —dijo

Cáiser.

—No lo hubiera vencido sin la ayuda de Blücher —repuso Meike. Miró a su interlocutor con interés antes de añadir—: Veo que sabes algo de historia.

—Cuatro cosas elementales, señorita —se excusó Cáiser.

—En el año 33, cuando Hindenburg nombró a Hitler canciller de Alemania, yo era todavía una cría, pero mi padre me trajo para que presenciara el desfile conmemorativo: veinte mil militantes del partido uniformados portando antorchas. El suelo retumbaba bajo las botas. Habían apagado las farolas y los escaparates para que lucieran las antorchas... ¡Fue emocionante! Aquel edificio inmenso de la derecha, con torres esquineras de setenta metros, es el Reichstag, el antiguo parlamento. Ahora está en desuso desde que hace un par de años lo incendiaron los judíos.

El automóvil se deslizó a lo largo de la Siegesallee, la avenida de la victoria.

—Esas estatuas a un lado y otro del bulevar encarnan a prohombres prusianos. Son noventa y seis en total y representan toda la grandeza de nuestro pasado. Los berlineses los llaman «*Puppen*».

—¿*Puppen*?

—Las muñecas —tradujo Meike—. La gente de aquí gusta de ese humor corrosivo. Este es el parque del Tiergarten, o sea, el jardín de las fieras, en recuerdo de cuando era coto de caza. Aquí cazaba jabalíes y ciervos la nobleza prusiana. Estamos en el *Ost-West-Achse* (Eje Este-Oeste) que cruza Berlín. Aquella columna central, que supera en altura a la Trajana de Roma, conmemora nuestro triunfo sobre Dinamarca. Una escalera de caracol permite ascender hasta la estatua. Los berlineses la llamamos *Gold-Else*, o sea, isabelita de oro, pero en realidad representa a la diosa Victoria.

—Veo que no podéis vivir sin la victoria —comentó Cáiser—. En doscientos metros, dos estatuas de la Victoria...

—¡*Touché!* ¡Es muy cierto! —reconoció Meike, divertida.

Al reír entrecerraba los ojos, lo que acentuaba cierta expresión infantil, virginal. El sol incidía oblicuamente en su cabello trenzado y recogido en un moño Gretchen que dejaba al descubierto un cuello moderadamente rollizo y una nuca que, al trasluz, aparecía tapizada de una leve pelusilla dorada. A Cáiser le apeteció besar aquel cuello, aspirar el perfume de aquella piel. Por

otra parte, había algo en ella, una cierta severidad quisquillosa, que no lo animaba a mayores avances. Quizá era solamente una peculiaridad del carácter alemán.

El automóvil había girado en la columna de la Victoria para tomar la Martin-Luther-Strasse y la Rheinstrasse en dirección a Dahlem, el barrio universitario berlinés donde se encontraba la sede del Ahnenerbe.

La agencia preferida del Reichsführer Himmler ocupaba un complejo de tres edificios de granito en forma de runa, lindantes con el Jardín Botánico.

En el aparcamiento exterior del complejo había hasta dos docenas de automóviles, casi todos oscuros, con matrículas SS. Meike despidió al conductor y con paso firme, nada femenino, precedió a Cáiser hasta el edificio principal, cuya severa fachada estaba festoneada por un tupido seto de majuelo.

Sobre la entrada, de una altura de diez metros, campeaba el emblema del Ahnenerbe. Meike entregó el pasaporte de Cáiser al funcionario de la caseta de control de visitas, en el amplio vestíbulo. El hombre tomó nota del número en un libro, hizo firmar al visitante y le devolvió el documento con una amable sonrisa.

—*Vielen Dank!*

Franquearon una puerta interior custodiada por dos guardias SS y tomaron un ascensor hasta el piso tercero, donde, al final de un largo corredor decorado con retratos de jóvenes inmaculadamente arios y carteles que animaban a la mujer alemana a tener hijos, llegaron al Instituto Anatómico del Ahnenerbe. Era en todo similar a una sala de hospital. Dos camillas regulables en el centro, varias mesas, estadiómetro y las paredes recorridas por vitrinas de acero esmaltadas en cuyas baldas de cristal se alineaban paquímetros para calibrar dolicocefalias, plicómetros para calibrar pliegues cutáneos, tablas alométricas, comparativas de tamaños y proporciones corporales y otros extraños instrumentos de antropometría y craneometría.

Mientras aguardaban la llegada del médico, Meike tradujo a Cáiser el lema de la organización inscrito en el muro frontero en severa letra gótica:

—«Un pueblo solo puede vivir feliz en el presente y en el futuro si es consciente de su pasado y de la grandeza de sus ancestros».

—Se refiere al pueblo alemán, claro —comentó Cáiser.

—Claro, claro, a la raza indogermánica, a nosotros, los arios —respondió Meike.

A veces creía captar algo de socarronería en los comentarios de su pupilo, pero rápidamente descartaba tal idea. Cáiser no podía ser como los demás españoles. Creía en él. Era un nórdico-germánico puro, solo que había crecido en un medio adverso, lejos de la cultura alemana. Un diamante en bruto que ella se proponía incorporar al Reich. Pondría en esa obra sus cinco sentidos. Una de las directrices del Ahnenerbe consistía precisamente en rescatar para el Reich especímenes arios nacidos en medios adversos. La incorporación de Polonia había permitido obtener una buena cantidad de niños racialmente aprovechables que habían sido arrebatados a sus familias para entregarlos en adopción a buenas parejas alemanas.

La llegada de un septuagenario alto de bata blanca, el pelo gris cortado a cepillo, interrumpió estas reflexiones. El hombre entrechocó los tacones y estrechó efusivamente las manos de Cáiser mientras notaba aprobadoramente el pelo rubio trigueño, casi blanco, y las armónicas facciones del español.

—El doctor Kleiber es nuestro más reputado antropólogo —informó Meike—. Te va a someter a un examen físico. Yo ayudaré con el idioma.

A un requerimiento del doctor Kleiber apareció su *Helferin* o auxiliar, una enfermera de mediana edad, corpulenta, que lucía un ligero bozo sobre el labio superior y el emblema del Ahnenerbe bordado sobre la aventajada pechera del blanco uniforme.

El doctor Kleiber tomó del archivador una ficha de cartulina en la que había impresa una esquemática cabeza asexuada de perfil, de frente y de espaldas. Cáiser alcanzó a leer su nombre en la parte superior. Lo habían caligrafiado en elegante letra gótico-alemana.

El doctor Kleiber indicó amablemente a su objeto de estudio que tomara asiento en un taburete de acero. En esta postura, la enfermera le acercó al pelo un muestrario de colores que oscilaban entre el castaño claro y el rubio platino pasando por hasta quince tonalidades intermedias. Después de cierta vacilación, escogió el más parecido.

—B. 11, *Herr Doktor* —dijo.

Kleiber lo comprobó y estuvo de acuerdo. La enfermera lo anotó en una ficha. Después se sacó del bolsillo unas tijeritas de punta roma, le cortó un

mechón del flequillo y lo guardó en un botecito. Cáiser miró a Meike, que le sonrió fraternalmente como diciendo: «Tranquilo, que es el proceso rutinario».

A continuación, la enfermera abrió una de las vitrinas y sacó un artilugio metálico parecido a un bastidor que terminaba en una cruceta de goma convexa. Se lo aplicó sobre la cabeza.

—Es un craneómetro —lo tranquilizó Meike.

La enfermera la miró con cierta hostilidad, como si interfiriera en su trabajo. Ajustó una regla corredera que se deslizaba por la parte superior del bastidor y midió sucesivamente la distancia entre las sienes, entre el entrecejo y el occipucio, entre los pómulos y entre los lados de la mandíbula, la nuca y las cervicales. Mientras lo hacía iba cantando los números. El doctor Kleiber los anotaba en la ficha.

El paso siguiente fue medir las distancias del rostro con una calibradora flexible. Kleiber ajustó las reglas calibradoras a uno y otro lado de la cabeza y tomó medidas precisas de la distancia entre los ojos, de la amplitud y curvatura de la frente, del arco de la nariz, de la forma de las fosas nasales, del espacio sobre el labio superior, de la prominencia del mentón, de la distancia del arco subnasal, de la del entrecejo a la punta de la nariz, de la base de la nariz a los labios.

Cáiser se sometía al manoseo con paciente indiferencia.

—El doctor Kleiber te felicita —dijo Meike—. Tienes un cráneo perfecto de varón ario con agente nórdico.

—¡Ah, estupendo! —comentó Cáiser con fingido entusiasmo.

Tras la felicitación, Kleiber pronunció una nueva orden.

—¿Puedes desnudarte, por favor? —tradujo Meike.

—¿Desnudarme? —Cáiser no pudo evitar que una oleada de sangre le subiera a la cara. Alarmado, miró a Meike.

—Sí, es para el examen físico —lo tranquilizó la muchacha—. No temas, Herminio. Tanto la *Helferin* como yo estamos habituadas a ver hombres desnudos.

Después de una breve vacilación, Cáiser se desnudó. «Menos mal que esta mañana me duché y me cambié de calzoncillos», pensó con alivio.

Notó que la enfermera intercambiaba con Meike una mirada de cómplice

sorpresa después de una fugaz ojeada a su sexo. También en ese particular se apreciaba la superioridad de la raza nórdico-germánica: libre de los calzoncillos, aparecía un pene de turgencia y longitud superior a la media.

Kleiber emitió otra de sus órdenes.

—¿Puedes subirte a la báscula? —tradujo Meike.

Setenta y cuatro kilos, anotó la enfermera en un recuadro de la ficha.

—Y ahora en la camilla, por favor —pidió Meike.

Durante una hora, el doctor lo sometió a un escrupuloso examen físico, exhaustivas mediciones con el antropómetro y sesión de rayos X incluida. Prestó especial atención a los resultados de la percusión del martillo de reflejos sobre tendones, músculos y nervios. También obtuvo un molde de la dentadura, para lo cual tuvo que morder dos veces una espátula semicircular sobre la que la enfermera había extendido una especie de barro verdoso que sabía a cieno.

—Ahora te extraerán un poco de sangre —tradujo Meike a requerimiento del doctor.

Después de trastear en uno de los cajones del armario, la enfermera emergió con una bandeja de porcelana en la que portaba una jeringa de considerable tamaño y dos botecitos con tapón de goma. Le aplicó una banda elástica alrededor del antebrazo.

—Cierra la mano —tradujo Meike la orden de la enfermera.

La vena del brazo se dilató al instante. La enfermera la palpó un momento antes de practicarle la venopunción, soltó el brazaletes de presión, extrajo la sangre hasta llenar la jeringa y retiró la aguja.

—Aprieta la gasa para evitar la salida de sangre —tradujo Meike.

La enfermera vertió la sangre extraída en los dos botes pinchando a través de sus tapas de caucho. Después se volvió hacia Cáiser y le entregó un tubo de ensayo.

—Necesitamos una muestra de semen.

—¿Semen?

Meike asintió con semblante serio.

—Puedes hacerlo detrás de ese biombo —le indicó.

—No sé si podré —objetó Cáiser.

—Bueno, en el pasillo hay un retrete. Hazlo allí.

Tampoco resultó fácil, pero al cabo de unos minutos Cáiser emergió con el semen solicitado. Un nuevo doctor, un joven espigado con gafas de montura metálica, se había agregado al grupo. Tomó el tubo de las manos de Cáiser, lo selló con una tapa de cristal y desapareció con él y con las muestras de sangre camino del laboratorio.

Kleiber, que sonreía satisfecho, hizo una observación.

—Comenta el doctor que es una buena cantidad.

Cáiser se sonrojó nuevamente.

—Es que llevaba casi un mes sin... En fin.

—Eyacular —apuntó Meike.

Había terminado el examen. El doctor se lavó las manos concienzudamente, se las secó con la toalla que le tendía la enfermera y, tras murmurar unas palabras de despedida, estrechó firmemente la mano de Cáiser y desapareció seguido por la auxiliar.

—Vístete, Herminio —dijo Meike cuando se quedaron a solas. Repentinamente pudorosa, desviaba la mirada para evitar su desnudez—. Yo te espero en el pasillo.

—¿Hemos terminado?

—Todavía, no. Ahora te examinará un oftalmólogo.

Bajaron al piso inferior. Una enfermera los hizo pasar a un consultorio presidido por un optotipo en el que se presentaban hileras decrecientes de letras y símbolos.

—La doctora no tardará —advirtió la enfermera.

La oftalmóloga era una mujer de mediana edad, con el pelo canoso recogido en un moño bajo y grandes ojeras cárdenas. La lámpara de hendidura parecía soldada a su frente. Antes de concentrarse en el examen del paciente, se desinfectó las manos con el líquido lechoso y murmuró una queja sobre la cantidad de soldados que se repatriaban del frente con heridas oculares.

Invitó a Cáiser a sentarse en la silla oftalmológica y estudió cada ojo con ayuda de una linternita que llevaba al cuello, colgada de una cinta.

—Ligero astigmatismo en el derecho —concluyó al rato. Meike traducía—. Lo demás, una vista excelente. Pasemos al protocolo siguiente.

Con una lupa de mesa le observó atentamente el color de la pupila y la

fue comparando con el abanico de tonos que había desplegado en el atril contiguo. Primero observó un ojo, luego el otro.

—¡Notable, más que notable! —comentó al fin, asintiendo gravemente con la cabeza—. He aquí un iris incontaminado, completamente exento de pigmentación mestiza. Hacía mucho que no encontraba semejante pureza racial. Empezaba a creer que solo se encontraba en los libros.

Meike tradujo las elogiosas palabras de la doctora.

—Dígale que le agradezco su amabilidad —repuso Cáiser fingiendo algún entusiasmo.

Ya sabía que su vista era excelente. Durante la guerra había figurado entre los primeros tiradores del regimiento. Incluso lo escogieron como auxiliar de un francotirador ruso dedicado a cazar legionarios y moros en el frente de Madrid.

Acudió a su imaginación la imagen del tirador soviético. Andrei Sminov se llamaba, ¿qué habría sido de él? Cuando lo repatriaron recibió una postal matasellada en Frunze, cerca de Moscú, a la que respondió con una larga carta. Después, el silencio. «La guerra hace extraños amigos», pensó. Quizá más que amigos, camaradas, un grado de hermandad más importante que el de la sangre.

Regresó de sus ensoñaciones. La oftalmóloga intercambiaba largas parrafadas con Meike. Parecían extasiadas. Era evidente que el espécimen nórdico-germánico hallado en España estaba superando todas las expectativas. Se sentía halagado, pero tanta obsesión por la raza le parecía una chifladura. En realidad, ese era todo su mérito y por eso estaba allí, porque lo habían encontrado rubio y alto en un país predominantemente habitado por españoles bajitos y morenos, y porque su apellido denotaba un origen alemán.

La doctora estrechó efusivamente la mano de Cáiser, dijo «*Heil Hitler*» y se marchó.

—Quedan las pruebas físicas, que serán mañana —informó Meike, profesionalmente seria—. Ahora vamos a almorzar. ¿Tienes apetito?

En la última planta del edificio había un pequeño comedor con amplias vistas al botánico. Era la hora del almuerzo y estaba muy concurrido, con más uniformes que trajes de paisano. El humo del tabaco se mezclaba con el tufo

a salchicha asada, hervida y ahumada que escapaba de las cocinas. Cáiser recorrió el salón con la mirada. Erguido y ensimismado, el doctor Kleiber consumía parsimoniosamente un humeante cuenco de sopa de patatas en la zona de los doctores. Su auxiliar, la enfermera robusta, conversaba animadamente con otras chicas de bata blanca y cofia en el otro extremo de la sala. «Dos mundos —pensó Cáiser— solo conectados por la misma sopa de patatas y col». Ya le había advertido Cayetano que en Alemania las jerarquías eran sagradas.

Imitando a Meike, Cáiser tomó una bandeja, dos platos y un juego de cubiertos y se puso en la fila. Cuando le llegó el turno, entregó los correspondientes cupones de su cartilla de racionamiento provisional que la muchacha le había señalado, dijo «*Danke schön!*» a la matrona arremangada que servía y siguió a Meike hasta una mesa despejada en el sector de los oficiales.

La faena matinal le había despertado el apetito. Devoró con placer un par de salchichas Bratwurst que acompañó con una jarra de espumosa cerveza.

Cuando empezó a cortarlas a la manera española, con su piel, Meike le dijo:

—Un momento, por favor. Así no se hace en Alemania. Tienes que acostumbrarte a los modales alemanes. ¿Me permites?

Se acercó el plato y, sujetando la salchicha con el tenedor, sajó la piel a todo lo largo y después la propia salchicha a lo ancho, en cuatro trozos. Cáiser la miraba hacer con cierta ternura condescendiente. Aquella mujer tan hermosa y tan rigurosa en su trabajo se había propuesto a conciencia la tarea de hacer de él un perfecto alemán con ese candor voluntarioso que los de su raza ponían en sus trabajos, por disparatados que fueran. Sus sentimientos hacia ella eran menos nobles: seguirle la corriente, puesto que de ello parecía depender su bienestar y el de su familia. Y también, si fuera posible, intimar con ella. La había deseado desde el mismo instante en que la vio, tan altiva y distante, aquella mañana de diluvio, en Castiltierra.

Ajena a esos pensamientos, Meike le devolvió el plato.

—¿Ves? —dijo—. Ahora solo tienes que separar la piel de cada trozo e ir cortando sucesivamente de los trozos pelados cada porción que te vayas a llevar a la boca.

—Procuraré no olvidarlo —prometió Cáiser.

—Siento entrometerme tanto —se excusó Meike—, pero es que en Alemania todo está minuciosamente reglamentado, y eso incluye los modales en la mesa. Algún día, cuando domines el idioma, nos invitarán a cenas importantes y conviene que conozcas la etiqueta de mesa alemana.

—¿Cenas importantes?

—Sí, incluso a la del Reichsführer, que sigue con mucho interés tus progresos.

—¿Es posible? —se sorprendió Cáiser.

—Tú eres el ejemplar de prueba de un programa piloto para germanizar a personas singulares que, por distintas circunstancias, no pertenecen al pueblo alemán, pero se hacen merecedoras del privilegio de obtener su ciudadanía.

—¡Es un gran honor! —dijo Cáiser, y se llevó un trozo de salchicha a la boca. Estaba deliciosa.

Meike, complacida por el pequeño avance en su tarea, se concentró en añadir un poco de perejil picado y unas rodajas de huevo cocido a su sopa de col.

Mientras almorzaban, Cáiser se sumió en una profunda meditación. Dos dudas lo asaltaban: ¿cómo esta mujer, que es, por otra parte, inteligente, no capta jamás una ironía? Y la segunda: ¿cómo esta banda de tronados puede creerse esa sarta de tonterías raciales e incluso pretende apoyarlas con argumentaciones científicas?

La salchicha canónicamente pelada estaba deliciosa, pero Cáiser dejó en el plato la guarnición de chucrut después de probarla. Meike, cuidadosa de su figura, se limitó a la sopa de patatas y col.

—¿Café? —ofreció a los postres.

El café era *Ersatz*, o sea, malta que a falta de azúcar endulzaban con miel artificial.

—Está rico —comentó Meike.

—Bastante —concedió Cáiser—. Calienta por donde pasa.

El día se había despejado y un tímido sol lucía entre nubes algodonosas. El comedor se iba despejando. Los funcionarios apenas apuraban el plato abandonaban la mesa y regresaban a sus tareas. Era admirable la vehemencia germánica, o nazi, que aquella gente ponía en el trabajo.

—¿Te apetece dar un paseo por el Jardín Botánico? —invitó la muchacha.

—Claro.

Tomaron nuevamente el ascensor. El edificio del Ahnenerbe tenía su propia salida al botánico, por una puerta trasera.

—Es uno de mis lugares favoritos —confesó Meike cuando salieron al ordenado bosque—. Aquí se reproducen más de cincuenta variedades de roble, el árbol alemán por excelencia, del mismo modo que en España lo es el naranjo.

—¡Ah!

Charlaron de España. Meike evocó algunos recuerdos de su infancia levantina. Había sido una niña rica y feliz que acompañaba a su padre a ver los campos de naranjos, a navegar en el barquito de recreo del cónsul alemán, a callejear por pueblecitos costeros, a asistir a las festividades de los nativos, la Semana Santa, las explosivas Fallas, incluso a las crueles corridas de toros. Su padre quería que comprendiera aquella tierra, por si alguna vez heredaba el negocio.

—Le tengo aprecio a España, aunque a los españoles no tanto —concluyó Meike su evocación.

—Y eso, ¿por qué? —se sorprendió Cáiser—. ¿Qué te hemos hecho?

Meike titubeó antes de confesarlo.

—Demasiado fulleros. Poco honrados. Bueno, quizá respiro por la herida, como vosotros decís. Últimamente he tenido alguna mala experiencia, precisamente en tu tierra, en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena.

—Será porque no estaba yo allí para defenderte —bromeó Cáiser.

Ella no captó la galantería.

—La Agencia Alemana para la Instrucción en Política Poblacional y Bienestar Racial había encomendado al Ahnenerbe la medición antropométrica de los descendientes de los colonos alemanes asentados allí en el siglo XVIII. El objeto del estudio era comprobar el comportamiento de la raza aria en un medio climático exógeno.

—¿Exógeno?

—Distinto al alemán, quiero decir. Nos interesaban las eventuales perturbaciones genéticas provocadas por la contaminación racial con

indígenas de razas... distintas.

Cáiser entendió que el ligero titubeo se debió a que su interlocutora iba a decir «inferiores» y había sustituido esa palabra por otra que sonara menos ofensiva.

—Entiendo —dijo—. Y me parece un estudio de lo más interesante.

Otra chifladura nazi.

—Dado que el trabajo debía desarrollarse en un medio rural español —prosiguió Meike—, con las dificultades del idioma, el Ahnenerbe me encomendó la dirección del equipo (dos médicos y una enfermera) fiándose de mis habilidades como conocedora del idioma y de la idiosincrasia de los indígenas.

—O sea, de mis paisanos —aclaró Cáiser.

—Claro. Durante mes y medio recorrimos los pueblos de la antigua colonia rellenando fichas craneométricas de hasta seiscientos descendientes de alemanes (multitud de apellidos como Warner o Eisman, abundantes en la comarca, lo certificaban). El Reich gratificaba con cincuenta pesetas, pagaderas en el acto, a todo individuo de apellido alemán (atestiguado por la correspondiente partida de nacimiento) que se dejara examinar la cabeza y fotografiarse de frente y de perfil.

—O sea, le hacíais una ficha completa.

—De eso se trataba. Para sorpresa nuestra, los casos de mellizos y hasta trillizos univitelinos abundaban extraordinariamente entre los descendientes de alemanes. Esta circunstancia, transmitida telefónicamente a Berlín, entusiasmó a la Agencia para la Instrucción en Política Poblacional y Bienestar Racial.

—¿Por qué? —se interesó Cáiser.

—Es que el Führer aprecia mucho los partos múltiples. Uno de sus principales desvelos es aumentar significativamente la población alemana con vistas a la futura repoblación del espacio vital que el Reich debe obtener en Eurasia.

—¿En Eurasia? —se extrañó Cáiser—. Eso es Rusia, ¿no?

—Sí, Rusia y otros países del Este.

—Pero Alemania ha firmado un tratado de paz con Stalin —objetó Cáiser.

—Por diez años. Tarde o temprano tendremos que expandirnos hacia el Este, ese es nuestro espacio vital, lo mismo que los españoles conquistasteis el resto de España a los moros partiendo de Asturias.

—Un momento —replicó Cáiser—, solo fue la reconquista de lo que nos pertenecía. Los moros nos lo habían arrebatado.

—Es el mismo caso nuestro —insistió Meike—. Alemania va a conquistar el antiguo solar de los arios. Hace unos años el Reichsführer Himmler envió una expedición de estudiosos al Tíbet que confirmó la teoría: los arios surgieron de aquellas montañas hace unos milenios y la gran *Völkerwanderung* o emigración de naciones los extendió por el espacio comprendido entre aquella región y el norte de Europa. Todo ese territorio pertenece a los arios y es legítimo que lo recuperemos. Es nuestro *Lebensraum*, nuestro espacio vital.

—Pero es un espacio que ya tiene dueño: la URSS, con la que Hitler mantiene un tratado de amistad —insistió Cáiser.

—El Führer no engaña a nadie. Esto que te cuento está bien explícito en *Mein Kampf*: «Los alemanes tienen el derecho moral de adquirir territorios ajenos gracias a los cuales se espera atender al crecimiento de la población» —citó de memoria.

Cáiser asintió. Cuando se confrontaba con ciertas ideas disparatadas, había comprendido que era mejor no discutir las. Aquella religión nazi de su gentil amiga tenía sus dogmas de fe, y los dogmas no se discuten.

—Volviendo a lo de España, ¿qué mala experiencia te llevó a aborrecer a los españoles?

—Fue por el asunto de la abundancia de gemelos entre los descendientes de alemanes —explicó Meike—. En el Ahnenerbe pensamos que si descubriéramos el mecanismo genético que había permitido aumentar tan espectacularmente la fecundidad de la mujer, podríamos aplicarlo en Alemania y la población del Reich crecería exponencialmente hasta alcanzar la tasa de nacimientos que el Führer demanda.

—Comprendo —dijo Cáiser.

—Es lo que se necesita para impulsar la producción de bebés arios en las maternidades Lebensborn establecidas en 1935 por la Agencia. Si se logra descubrir la fórmula de los embarazos gemelos, los Lebensborn se

beneficiarán extraordinariamente.

—Eso lo entiendo —admitió Cáiser—, pero, insisto, ¿qué te ocurrió para que estés tan dolida con mis compatriotas?

Meike emitió un leve suspiro. Le dolía tener que evocar aquel fracaso, pero, por otra parte, había comprobado en otras ocasiones que esta confesión poseía cierto efecto expiatorio, bueno para su alma.

—El inicial entusiasmo del equipo investigador se trocó en desánimo —confesó—. Resultó que nuestro minucioso trabajo estaba viciado de origen. Un aldeano rencoroso porque habíamos detectado la falsificación de su partida de nacimiento (había corregido con lápiz-tinta el apellido García, para hacerlo pasar por alemán: Garcien) reveló que los gemelos y trillizos que tanto nos entusiasmaban eran, en realidad, los mismos individuos con distintas ropas.

—¿Es posible?

—Sí —afirmó Meike, seria—. Una estafa en toda regla. El mismo individuo se personaba ante nuestro equipo investigador en días sucesivos provisto de los correspondientes certificados de nacimiento, falsificados por los sacristanes de las parroquias, a razón de cinco pesetas el certificado, más los cincuenta céntimos que costaba el impreso. Bastaba cambiar el nombre de pila. De un Braulio Kramer Cusculluela salían un Esteban Kramer Cusculluela y un Francisco Kramer Cusculluela, gemelos del todo idénticos si no fuera porque el segundo se había afeitado el bigote y el tercero se había recortado algo el pelo. El estudio en el que tanto trabajo y tanta ilusión había puesto quedó invalidado por vicio de forma.

Cáiser rio de buena gana.

—¿Te parece gracioso?

—En absoluto —dijo recobrando la seriedad, pero todavía regocijado en sus adentros—. Es indignante. Comprendo que estés tan dolida.

Inasequible a la cistitis, la muchacha aria se había sentado en uno de los gélidos bancos de hierro fundido que festoneaban la alameda. Cáiser la imitó, qué remedio, sintiendo inmediatamente en las posaderas el helor del metal.

—Tanto trabajo para nada —prosiguió Meike—. Y para colmo de males, la enfermera que nos acompañaba, una sencilla chica de Turingia, recién licenciada en la escuela de enfermeras de la Universidad de Düsseldorf, la

más capacitada de la facultad en estudios raciales, regresó preñada y trajo al mundo un bebé tan moreno que resultaba francamente repulsivo.

—Fue un alivio que no pariera gemelos —comentó Cáiser.

Meike no captó la ironía.

Regresaron del paseo y el mismo chófer devolvió a Cáiser a su albergue de la Richard-Wagner-Strasse.

Meike pretextó otros deberes para declinar la invitación de subir para tomar una copa y proseguir la conversación racial.

—Esta tarde procura descansar —recomendó a su pupilo—. Mañana te recogeremos a la misma hora para las pruebas físicas.

Capítulo 14

KABARETT DER KOMIKER

—¿Cómo te ha ido con la tetona? —preguntó jovial Cayetano.

—Regular. Me han hecho un examen médico completo, me han medido el cráneo, me lo han medido todo menos las vergüenzas, me han sacado sangre y me he tenido que hacer una paja.

—¿Una paja? —se sorprendió Cayetano.

—Lo que oyes. Para analizar el semen.

—¿Tú solo, sin ayuda de la tetona? —bromeó.

—Ya me dirás.

—Pero, hombre, teniendo a la rubia al lado, con lo buena que está... ¡Es que no se os puede dejar solos! A ver si despabilas, que en Alemania, con tanto hombre movilizado, lo que sobran son mujeres. Además, viéndote tan arrio, rubio y alto, cualquier chica de la BDM estaría encantada de encamarse contigo a poco que te lo propongas.

—¿La BDM?

—La Liga de Muchachas Alemanas (Bund Deutscher Mädel), el equivalente a nuestra Sección Femenina, aunque mucho menos beatonas que las nuestras. En cada asamblea del partido salen preñadas docenas de ellas.

—Será porque son más liberales que las españolas —observó Cáiser.

Cayetano sirvió dos whiskys generosos y tendió uno de los vasos a su amigo.

—Tomemos esta medicina infalible, el agua de fuego que nos dé calefacción interior, no sea que con estos fríos caigamos enfermos —se justificó—. Hablando de chicas liberales. Esta noche hemos quedado unos

cuantos colegas de la embajada para ir al cabaret. ¿Tú has estado alguna vez en un cabaret?

—Un par de veces en cafés cantantes de Madrid —confesó Cáiser.

—O sea, nada —sentenció Cayetano—. Uno no ha visto nada hasta que ve un cabaret berlinés. Mejores que los de la madre patria, sin punto de comparación. Y que los de París, me atrevería a decir.

—No sé si debo —titubeó Cáiser—. Meike me ha recomendado que me acueste temprano porque mañana tengo las pruebas físicas.

—¡Tonterías! —dijo Cayetano—. Tú te vienes con nosotros y ya verás como mañana estás hecho un jabato. A ti te han sacado hoy sangre, pero a mí me la han quemado. Necesito un poco de asueto. No veas el día movidito que hemos tenido en la embajada. En Grecia la cosa está que arde: los griegos han resultado un hueso duro de roer, han contraatacado y los italianos han puesto pies en polvorosa.

—Como en Guadalajara —comentó Cáiser.

—Algo así. Parece que los griegos los han corrido a gorrazos hasta el río Kalamas y que en cuanto amanezca les seguirán zurrando a los *italiani*. Mussolini se ha vengado bombardeando Atenas. Hemos pasado el día intentando conectar por teléfono con nuestra embajada de allí a ver qué está pasando, pero hasta ahora ha sido imposible. —Apuró el whisky de un trago—. ¿Hace un café?

—Hace.

—Un cafelito escuchando a Cole Porter y que le den morcilla al mundo —dijo Cayetano mientras conectaba el *pick up*.

Cáiser, arrellanado en un sillón de cuero junto al calefactor, que irradiaba un agradable calorcillo, cerró los ojos a los primeros compases de *My Heart Belongs to Daddy*. Mi corazón pertenece a papá. Pensó en su padre, pasando frío en una cárcel de Franco, enfermo, malnutrido y falto de cuidados médicos; en su madre, que vivía en una casucha miserable, en su propia vida fracasada en lo mejor de su edad y sin un futuro medianamente esperanzador. La derrota se lo había arrebatado todo. Ni siquiera le habían quedado amigos.

Se oía a Cayetano trastear en la cocina.

—En cuanto venga Moraleda nos tomamos un pisolabis y nos largamos —avisó.

Empezaba a apreciar su amistad. Era superficial y un poco cínico, como criado en una clase caprichosa y libre de problemas económicos, pero al propio tiempo Cáiser descubría en él una bondad esencial y cierto desamparo ante la vida.

Vencida la tarde, un poco antes de que los laboriosos alemanes atascaran el transporte público de regreso a casa, Cayetano, Moraleda y Cáiser abordaron el suburbano para dirigirse a la Lehniner Platz, donde se ubicaba el famoso Kabarett der Komiker.

Desde el comienzo de la guerra, se había decretado la *Verdunkelung*, el oscurecimiento: las ciudades deberían permanecer rigurosamente a oscuras para evitar que los bombarderos enemigos las detectaran. Berlín oscurecido y fantasmal no dejaba de tener su encanto. Los escasos automóviles circulaban muy lentamente con los faros tintados excepto una rendija de exactamente un centímetro de ancho por siete de largo, que apenas emanaba una leve luz azulada sobre dos o tres metros de pavimento. En las aceras, tan solo se veían los puntos incandescentes de los cigarrillos y alguna linterna de tenue luz rojiza con la que se alumbraban los viandantes para evitar colisiones con otros semovientes. Algunos llevaban en la solapa botoncitos fosforescentes en forma de hoja de trébol o un bastón que hacían resonar sobre el pavimento.

—Te acostumbrarás pronto —dijo Cayetano—. Los primeros días, la gente entrechocaba y era un poco cómico verlos pidiéndose mil perdones después del encontronazo, pero ahora han desarrollado visión de gato.

A pesar de las tinieblas dominantes, la Lehniner Platz estaba muy animada. Respetables hombres de negocios que habían acudido a Berlín por razones de trabajo se mezclaban con soldados de permiso y burócratas del partido que acudían con sus esposas o sus amigas a las cervecerías, los cines y los locales de espectáculos concentrados en aquella zona.

Las restricciones de combustible para uso civil habían reducido considerablemente el tráfico rodado fuera de las horas laborables. No obstante, los peatones aguardaron disciplinadamente a que el semáforo nocturno emitiera el pitido de paso antes de cruzar la calle que los separaba del cabaret.

El famoso Kabarett der Komiker no parecía nada extraordinario en su

exterior. Había cierta animación en torno a la entrada, que estaba presidida por una enorme fotografía de la cantante Dörte Löwe, cuyos rotundos muslos enfundados en medias de mallas ocupaban buena parte de la fachada. A la débil luz del indicador de las taquillas, un tipo moreno y mofletudo leía el *Völkischer Beobachter* (El observador del pueblo) ajeno al bullicio de entorno.

—Ramón, tan puntual como siempre —dijo Moraleda asestándole una afectuosa palmada en la espalda—. Y leyendo los periódicos de la competencia.

Cayetano hizo las presentaciones.

—Aquí tienes a Ramón Garriga, el corresponsal de la agencia EFE en Berlín y el español que mejor conoce Alemania y a los alemanes. Lleva tiempo aquí y todavía no lo han engatusado.

Garriga sonrió, halagado.

—Y tú debes de ser Cáiser, la nueva adquisición de la Gran Alemania —dijo estrechándole la mano con un firme apretón—. Cayetano me ha contado que te han traído para someterte a pruebas raciales. Si me permites un consejo, no te los tomes demasiado en serio, porque son una banda de pirados, dicho sea desde el resentimiento de ser bajito y de mi pertenencia a la inferior raza mediterránea.

—Ingresemos sin más preámbulos en el templo de la corrupción, que aquí fuera nos vamos a quedar helados —propuso Cayetano.

Pasaron por taquilla, adquirieron las papeletas y entraron. El espacioso vestíbulo que precedía a la coctelería estaba abarrotado de parroquianos elegantemente vestidos entre los que abundaban los uniformes pardos del Partido acompañados de damas enfundadas en vestidos de noche, largos hasta los pies y guarnecidos de brillantes lentejuelas que centelleaban bajo los abrigos de visón.

—¿Sorprendido, eh? —dijo Cayetano tocando con el codo a su amigo.

—Pues sí, la verdad —reconoció Cáiser—. Nadie diría que el país está en guerra. Ni que las mujeres vienen al cabaret con tanto lujo.

—¿Lo dices por los tiros largos de las damas? —preguntó Garriga—. Aunque las veas emperifolladas con los trajes que reciben de París, muchas de ellas son antiguas obreras, incluso fregonas semianalfabetas habilitadas

para señoras gracias a la promoción política de sus cónyuges. Esta es la nueva aristocracia de Alemania. Y ellos, ahí donde los ves, tan superiores, con la gorra de plato levantada por el frontal para parecer más altos y estirados, de manera que el cogote liso se alinee con la columna vertebral, en cuanto se quitan el uniforme o se toman dos copas son gente simple y bruta y sorprendentemente ingenua, incluso menguada de discernimiento.

—Menos cháchara —cortó Cayetano—. Vamos al ambigú y nos refrescamos el gaznate.

Se abrieron camino hasta el bar y solicitaron una ronda de cervezas.

—¿Qué te parece el sitio? —preguntó Garriga a Cáiser levantando la voz para hacerse escuchar.

—Muy animado.

—Esto no es nada —comentó Garriga—. Tenías que haberlo conocido en sus buenos tiempos, cuando lo regentaba Robitschek. Entonces sí que era bueno, pero Robitschek era judío y en cuanto los nazis subieron al poder, barruntó que llegaban tiempos difíciles, hizo las maletas y se mudó a Estados Unidos. Ahora lo dirige Willi Schaeffers, pero está bastante decaído. Antes no encontrabas sitio si no reservabas las localidades con una semana de anticipación. Hoy no se llena.

—Es que ya no es tan atrevido como antes —intervino Moraleda—. Antes el *Conférencier* hacía chistes políticos de lo más corrosivos y la gente se partía de risa. Venías aquí y no tenías necesidad de leer el periódico.

—Tendrás que explicarle quién es el *Conférencier* —dijo Cayetano—. No ves que viene de España y está tierno...

Antes de ilustrar al novato, Moraleda bebió un buen trago de cerveza y se pasó el índice por la espuma del bigote. Con la calefacción, la calva le brillaba como una bombilla.

—El *Conférencier* era un señor que salía al escenario y desde su perfecta seriedad te largaba un mitin burlesco imitando el estilo de los políticos, pero soltando verdades como puños y poniendo de verde perejil a los ministros y demás gerifaltes. Naturalmente, con los nazis eso no se puede hacer porque en cuanto te descantillas un milímetro te enchironan. Los *Conférenciers* han perdido toda la gracia y ahora el plato fuerte de los cabarets son los números cómicos y las coristas que enseñan el tetamen y las nalgas.

Sonó un timbre y parpadearon las luces. La gente apuró las bebidas e ingresó ordenadamente en el salón. A Cáiser le admiró su aforo: era un espacioso teatro en forma de herradura con capacidad para casi mil espectadores entre la sala y la corona de palcos que la rodeaba.

Mientras los espectadores se acomodaban, una orquesta semioculta en el foso de la platea ejecutó la música de bienvenida.

—¿Te suena? —le preguntó Cayetano.

—¿Cómo no? *Carmen*, de Bizet.

Los otros rieron con cierta complicidad. Cayetano lo sacó de dudas:

—Eso será en España y en el resto del mundo, querido amigo, pero aquí significa otra cosa, como casi todo lo que veas u oigas. A la famosa habanera de Bizet le puso una letra transgresora el compositor Hollaender. Ahora está prohibida porque se mofa de los nazis. Garriga se la sabe.

—*An allem sind die Juden schuld* —canturreó el aludido por lo bajo—, o sea, «Los judíos tienen la culpa de todo».

—Entiendo —dijo Cáiser—. La tocan, pero no la cantan.

—No vas descaminado —reconoció Cayetano—. De ahí la cara de cachondeo que pone todo el mundo. La gente en lo que menos piensa es en la letra de Bizet.

—Pero se ríen incluso los nazis —notó Cáiser.

—Es porque también les hace gracia el guiño. No son autómatas, fuera de los desfiles y de los mítines son personas con su corazoncito —aclaró Moraleda.

—Su corazoncito tendrán, pero hay que andarse con cuidado —advirtió Garriga, más serio—. Si vas a trabajar con ellos en el Ahnenerbe, tendrás que hacer un esfuerzo titánico por emanciparte de la razón.

—O sea... —comenzó a decir Cáiser.

—Que están tronados. Los propios nazis saben que lo que hay en ese instituto es una panda de locos o de jetas que viven del cuento. El caso es que Meike me parece una chica inteligente, pero participa totalmente de esas tonterías de la raza.

—¿Conoces a Meike? —se sorprendió Cáiser.

Garriga se sonrió como si hubiese escuchado una gran simpleza.

—Aquí nos conocemos todos —afirmó—. Berlín es un pañuelo. Y te diré

más: no intentes tirártela. Otros lo han intentado y al final han tenido que desistir y se la han tenido que pelar. La chica estará todo lo buena que quieras, pero es del otro palo. Los colegas suyos del Ahnenerbe la llaman «la Virgen», o sea, la valkiria.

—¿Del otro palo?

—Lesbiana —tradujo Moraleda con semblante serio y doctoral.

—No creo que lo sea —afirmó Cayetano—. Lo que pasa es que no habéis sabido entrarle.

—Pues a ver si le entras tú, tío listo —replicó Moraleda.

Terminó el arreglo orquestal, se oscurecieron las luces y se hizo el silencio en la sala. Un cañón de luz iluminó un extremo del escenario.

A una señal del director, la orquesta comenzó una popular canción de Schiffer que el público celebró entusiasmado. Detrás de las bambalinas, apareció un ondulante brazo femenino, después una pierna larga e insinuante y finalmente el resto de la celebrada cantante Dörte Löwe, cubierta de una capa de satén de la que se despojó enseguida dejando al descubierto sus armoniosas formas dentro de un ceñido conjunto que alcanzaba a cubrirle la entrepierna y los pezones.

La cantante recorrió con una lánguida mirada platea y palcos mientras se contoneaba cómicamente de un lado a otro del escenario. Finalmente regresó al centro y adelantándose hasta el borde del foso comenzó a cantar con voz pastosa y sensual:

*Ich wär' so gern ein Sex-Appeal!
Sowohl en face als auch profil!
Ach, was wär' das für ein Gefühl,
ein Sex-Appeal im Garbostil!*

En voz baja, Moraleda traducía en beneficio de Cáiser: «Cómo me gustaría tener sex-appeal / tanto de frente como de perfil. / Debe de ser maravilloso sentir / un sex-appeal como el de Greta Garbo».

La canción se prolongó durante unas cuantas estrofas en las que la cantante, cada vez más descarada en gesto y palabra, se imaginaba por fuera cálida, por dentro fría, mitad sex, mitad appeal, tan irresistible que los

directores de cine la acosarían y destronaría a la mismísima Greta Garbo.

Un prolongado aplauso y algunos entusiastas hurras saludaron el final de la actuación. Dörte Löwe lo agradeció con cómicas y exageradas reverencias hacia los cuatro puntos cardinales. En una de ellas, un pecho se le escapó del corpiño y apareció a la vista del respetable, hermoso, firme y con el pezón maquillado de carmín. Ella fingió no advertirlo y continuó con las reverencias, con lo que el público redobló el entusiasmo y prolongó la ovación.

El número siguiente fue el del *Conférencier*. Un señor gordito elegantemente ataviado de chaqué negro, pantalón gris de raya diplomática, chaleco blanco cruzado, corbata prendida con una gruesa aguja y chistera salió al escenario portando con aparente ligereza un atril de iglesia tras el que se parapetó. Con la sala expectante se introdujo una mano en el pecho, extrajo unas gafas de montura dorada, se las acercó sin desplegar a los ojos y fingió consultar unas notas del folio pardo que había sobre el atril. Tosió, miró ceñudo al público —lo que provocó las primeras risas— y enunció:

—¿Quién lleva pluma y no es gallo?

Paseó una mirada indagadora por el público. Como nadie respondiera, comentó para sí:

—Ignorancia total. Bien, a ver esta otra: ¿quién lleva casco y no es soldado?

Miró al público, que seguía silencioso.

—Ignorancia total —riñó de nuevo a los espectadores—. A ver la última: ¿quién anda hacia atrás y no es cangrejo?

Una voz surgió del público.

—¡Los italianos!

La sala prorrumpió en carcajadas.

El *Conférencier* señaló al acertante.

—Premio para el caballero. Le ha correspondido la estupenda muñeca Ingrid. Y ahora una nueva adivinanza para ver si hay alguien viajado en la sala: ¿sabéis qué cartel han puesto los franceses en la Riviera? —Dejó transcurrir unos segundos y recorrió con la mirada los distintos sectores de la sala y los palcos—. ¿Nadie lo sabe? Bueno, han puesto un cartel que dice: «Griegos, no sigáis que esto es Francia».

Esta vez la carcajada fue apoteósica. El *Conférencier* aguardó a que aminoraran las risas y los comentarios antes de proseguir.

—Os diré algo de *Herr* Hitler que quizá no sepáis —anunció levantando el brazo en saludo nazi al pronunciar el nombre del Führer.

Se hizo un expectante silencio en la sala. Algunos altos oficiales del partido se removieron incómodos en sus asientos. Evocar al Führer en el contexto de un cabaret rayaba en lo peligroso y quizá podía acarrear la ruina no solo en el que pronunciaba su nombre, sino también en los que lo escuchaban pasivamente.

—No sé si sabéis que *Herr* Hitler ha escrito un libro, *Mein Kampf*.

Los espectadores intercambiaron miradas. De sobra lo sabían, pero dudaban sobre si reír el chiste.

—Veo que sí, lo sabéis. Ah, ahora caigo: es porque todos estáis felizmente casados y el empleado del registro donde anotasteis vuestro nuevo estado os regaló un ejemplar. Os felicito entonces... Por estar casados. El matrimonio puede ser una desgracia, lo admito, pero también es un deber hacia la patria. —El auditorio se relajó algo—. Por cierto, que el sagrado fin del matrimonio es engendrar hijos: no sé qué hacéis aquí perdiendo el tiempo en lugar de estar en vuestros hogares dale que te pego ensayando el animalito de las dos espaldas...

Una carcajada colectiva acogió el chiste. Amainados los aplausos, el *Conférencier* prosiguió:

—Bien. Ya he comprobado que todos conocéis el libro que ha escrito Hitler, pero ¿alguien conoce el libro que está escribiendo Mussolini?

—¡No! —gritó una voz.

—*Dein Kampf und mein Sieg*. —«Tu lucha y mi victoria».

Una nueva carcajada conmovió la sala.

El *Conférencier* continuó con algunos chistes judíos y otros relativos a Roosevelt, el presidente de Estados Unidos.

—Lástima que no hayáis conocido los buenos tiempos del cabaret —dijo Garriga desentendiéndose de lo que ocurría en el escenario.

—Ahora me parece divertido —dijo Cáiser—. ¿Es que conoció mejores tiempos?

Garriga miró a Moraleda en busca de aquiescencia. El otro asintió con la

suficiencia que le otorgaba su veteranía.

—Antes —continuó Garriga— había *Conférenciers* mucho mejores, cuando la censura era más libre, antes de que Goebbels lo prohibiera todo. Muchos eran judíos que, obviamente, cuando vieron lo que se les venía encima, hicieron la maleta y emigraron. Había uno... Max Ehrlich, ¿lo recuerdas, Moraleda? —Nueva afirmación del susodicho—. Este pasó una temporada dando la tabarra, siempre hacia el final de la actuación, con las terribles consecuencias de la encefalitis letárgica aguda alemana, una enfermedad muy contagiosa que había afectado en forma de epidemia a muchos alemanes entre 1918 y 1926. Se mostraba muy preocupado y en cada actuación daba mayores detalles de la enfermedad: en su primera fase, los afectados se volvían inquietos e irritables, y a veces construían en su imaginación quimeras sin sentido. En su segunda fase, que era ya un punto sin retorno ni posibilidad de curación, se mostraban agresivos y perdían todo sentido moral, robaban, mentían, agredían a personas inocentes, se volvían paranoicos y crueles. Cuando más interesante estaba la conferencia, decía: «Debo seguir investigando». Y se marchaba. Un día, esto fue a mediados de 1937, dijo al despedirse: «Permanezcan atentos porque el próximo día les prometo que expondré las conclusiones de mi estudio...».

—¿Y cumplió su promesa? —preguntó Cayetano.

—En su última aparición, con la sala de bote en bote, nos dedicó una actuación apoteósica, con los mejores chistes imaginables. La gente reía a mandíbula batiente. Llegó el momento de hablar de sus conclusiones sobre la encefalitis letárgica aguda alemana. Muy serio, enumeró los síntomas en las distintas etapas de la enfermedad, incidiendo especialmente en la crueldad y la estupidez de las personas afectadas, y finalmente terminó: «Al principio parecía difícil de detectar y de diagnosticar, pero hete aquí que cuando entra en su tercera y más definitiva fase, la enfermedad se manifiesta en signos exteriores fácilmente identificables: a los afectados les da por vestir de pardo, y son presa de movimientos espasmódicos que se manifiestan en el alargamiento innecesario del paso y en la extensión frecuente de la extremidad superior derecha». Dijo eso y, dejándonos con la helada sonrisa en la boca, salió del escenario y, en lugar de ir al camerino a desmaquillarse y cambiarse de ropa, fue directamente a la trasera del teatro, donde lo esperaba

un coche con el motor en marcha que lo llevó a Dinamarca y de allí tomó un barco a Estados Unidos. Había planeado cuidadosamente su fuga. Incluso había dejado pistas falsas para que los nazis lo buscaran en la frontera suiza. Una jugada maestra.

Garriga terminó su relato cuando salía al escenario el número siguiente, un grupo de teatro que representó un juguete cómico en un acto. En un dormitorio de aspecto burgués, a través de cuya ventana se veía el puente de Londres, una pareja copulaba espectacularmente bajo las sábanas entre cómicos gemidos placenteros. En esto llegaba el marido, un soldado británico que regresaba del frente, y los sorprendía en plena acción.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —gritaba la mujer, embravecida—. ¿Cómo puedes ser tan descortés con una dama?

—¿Encima me lo reprochas? —replicaba el marido, encolerizado.

—A ti no, desgraciado. Se lo reprocho a Hitler, que ha terminado la guerra antes de que yo alcanzara el orgasmo. ¡Qué poca consideración!

La sala se vino abajo de aplausos y carcajadas.

Todavía hubo varios números musicales en los que reapareció Dörte Löwe con diversos atuendos, a cual más sensual, unas veces en corsé, otras en un *déshabillé* transparente que permitía gozar de su desnudo apenas velado en la zona del sexo por varios dobleces de la seda que le prestaban cierta opacidad.

El espectáculo terminó a la hora preceptiva, las diez de la noche.

Ordenadamente pasaron por el guardarropa, rescataron sus prendas de abrigo y salieron a la calle. Había dejado de llover, pero la ciudad estaba oscura y silenciosa, en observancia de las normas de defensa antiaérea. Los que salían de los cines y de los teatros encendían diminutas linternas de luz azul apenas potentes para iluminar el rodal de la acera por el que transitaban, y se dispersaban en grupos. Notó Cáiser que la gente hablaba en susurros.

El suburbano pasaba cada cuarto de hora. Mientras aguardaban, Cayetano propuso una última copa en su casa.

—He traído licor de hierbas para los borrachos y chacina para los hambrones.

—Aprobado por unanimidad —sentenció Moraleda. Un tupido gorro de lana le abrigaba la calva.

Afuera comenzaba a helar, pero la casa se mantenía agradablemente caldeada a pesar de los recortes en calefacción. Arrellanados en sendos sofás, Garriga y Cáiser reanudaron su conversación, mientras Moraleda y Cayetano preparaban las bebidas.

—El Ahnenerbe es una ocurrencia de Himmler, que intenta mejorar la raza del pueblo alemán aplicándole sus ideas de criador de pollos, la única profesión que ha tenido —explicó Garriga—. Hace unos años enviaron una expedición al Tíbet, al país de los lamas, porque a uno de sus cerebritos se le había ocurrido que la raza aria proviene de allí. Imagina el chasco: solo encontraron a unos asiáticos bajitos y morenos a los que había que maniatar para que se dejaran fotografiar. En esa casa, encontrarás a poca gente normal.

—Hasta la presente no he tratado a mucha gente —dijo Cáiser—. Meike me lleva a todas partes y como no entiendo el idioma...

—¡La valkiria! —dijo Garriga—. Te habrás dado cuenta de lo buena que está, ¿no? Y lo puritana que es. No se encama con nadie, y mira que le han tirado los tejos incluso pantalones de raya roja.

—¿Raya roja?

—Sí, hombre, los generales —aclaró Garriga—. Ya lo hemos comentado antes.

—No me parece lesbiana —dijo Cáiser—. Más bien diría que está tan entregada a lo suyo que no piensa en los hombres.

Cayetano y Moraleda regresaron con las bebidas.

—Sé que desborda vuestros merecimientos, queridos amigos —anunció Cayetano—, pero vais a tener el placer de degustar mi afamada versión del cóctel Corina: ginebra, champán y pomelo a partes iguales.

—¿Y de dónde has sacado pomelo? —preguntó Garriga.

—Muy agudo —reconoció Cayetano—. Bueno, a falta de pomelo, he usado un *Ersatz*, que lo sustituye con ventaja: el limpiametales que abrillanta hebillas, botones y otros elementos metálicos del uniforme del glorioso Reich.

Degustaron el cóctel, que estaba realmente sabroso.

—Lo inventó una gran señora, Corina Lambart, una aristócrata de origen rumano a cuyo salón acudía yo algunas veces en otro tiempo —dijo Cayetano—. Entonces daba gusto. Había gente distinguida, profesionales de altura

discutiendo amablemente de poesía, artes y política... del mundo.

—¿Es que ya no queda gente distinguida? —preguntó Cáiser.

—Ahora es otra cosa —explicó Garriga, melancólico—. Los salones han decaído y esa casta de gente exquisita se ha evaporado. El nacionalsocialismo ha barrido ese mundo cosmopolita, tolerante y un poco frívolo y decadente también, y lo ha sustituido por la pesadez de su doctrina.

—En Madrid ha ocurrido otro tanto —intervino Cayetano—. La guerra acabó con los salones exquisitos.

—Aquí no ha sido la guerra, sino las vacaburras de la nueva aristocracia nazi las que han suplantado a la aristocracia de sangre, las Magdas Goebbels, las Emys Göring, las Gerdas Bormann...

—Todo lo bueno ocurrió antes de la guerra, amigo querido —dijo Cayetano—. Anda, Ramón, cuéntale a Herminio de dónde saca Himmler el dinero para sus extravagancias.

Garriga se rio por lo bajo.

—No te lo vas a creer —dijo—: de los pedales de las bicicletas.

Cáiser puso cara de extrañeza.

—Sí, hombre. Un chófer de Hitler, Anton Loibl, inventó una placa reflectante que se adosaba al pedal de la bici y resultaba la mar de útil para evitar atropellos. Vas conduciendo en medio de la niebla o de noche y la luz de tus faros se refleja en forma de dos lucecitas que suben y bajan al compás del pedaleo. Pues bien, Himmler le arrebató la idea, patentó el invento a nombre de su Ahnenerbe y después se las arregló para que los dichosos reflectores fueran obligatorios, y como en Alemania se fabrican cientos de miles de bicicletas, imagina la ganancia. Solo en su primer año, el Ahnenerbe ingresó más de setenta mil marcos.

—¡Caramba!

—En fin —concluyó Garriga—, que vas a asistir a muchas locuras, porque esta gente tan buena en cuestiones técnicas y tan trabajadora loquea un poco y parece que tiene un tornillo suelto. Si quieres caerles bien, sígueles la corriente y no los contradigas.

—Pero la guerra la tienen ganada, ¿no? —dijo Moraleda.

—Eso cree todo el mundo, pero yo lo tengo muy discutido con Rocamora, nuestro agregado militar, y no lo vemos tan claro. Aquí hay que

distinguir entre la propaganda, que es muy buena, y los hechos. Hace poco estuve en Madrid y me sorprendió la cantidad de revistas *Signal* que se venden en los quioscos. Si te guías por esa revista, llena de estupendas fotografías en color, los alemanes tienen un ejército mecanizado, todo tanques, vehículos acorazados, camiones, aviones, etc. Pero aquí, entre los corresponsales, tenemos una opinión distinta.

—¿Distinta?

—Sí. No hay tantos tanques ni tantos camiones. Casi todas las divisiones alemanas se mueven con carros de mulos y caballos. El ejército que exhiben en los noticiarios es el que tenían proyectado, pero han empezado la guerra antes de tenerlo a punto. Comenzaron a armarse hace seis o siete años con idea de construir un ejército motorizado invencible en el plazo de diez años, pero después de lo de Checoslovaquia, Francia, Inglaterra y Rusia, que estaban medio dormidas, se alarmaron y emprendieron su propio rearme. Eso obligó a Hitler a precipitar la guerra, cuando ya creía que les llevaba ventaja.

—¿Y qué me dices de esas campañas fulgurantes de Polonia, de Noruega, de Francia?

—¿El *Blitzkrieg*? Una combinación de osadía y métodos novedosos de combatir, pero si la guerra se prolonga, no la podrán mantener, no tienen fondo.

—¿Es posible? —dudó Cayetano—. Yo creo que acabarán derrotando a Inglaterra.

—Los ingleses son unos enemigos demasiado correosos y tienen un imperio económico que los respalda. Estos valentones de la cúpula nazi no saben con quién se han metido. Me consta que sus generales no eran nada partidarios de la guerra, como profesionales que son. No se hace la guerra con apariencias y ellos, repito, tienen más apariencia que fondo. El mejor ejemplo de lo que digo lo tenemos en la Nueva Cancillería, ¿la conocéis?

—Solo por fuera —dijo Cayetano—. Un edificio impresionante.

—En efecto, por fuera parece un edificio tan grande como El Escorial, pero si lo miras sobre el plano resulta que solo es una fachada de casi medio kilómetro de largo por cuarenta metros de ancho. Un decorado. A los diplomáticos extranjeros que visitan a Hitler (yo ya se lo tengo advertido a Serrano Suñer) los hacen entrar por la puerta de la Wilhelmstrasse, que está

en un extremo, y tienen que darse esa caminata hasta llegar al despacho del Führer, que está en el otro extremo, cuando podrían acortar el camino entrando por la puerta principal, en la Vosstrasse, que dista quince metros del despacho del Führer.

La conversación se prolongó hasta las dos de la madrugada. Después Moraleda y Garriga se despidieron y Cayetano y Cáiser se fueron a la cama.

Capítulo 15

EL ARIO ANCESTRAL

Puntualmente, a las nueve de la mañana del día siguiente, un Mercedes del Ahnenerbe recogió a Cáiser en el número 20 de la Richard-Wagner-Strasse.

—*Guten Morgen* —saludó Meike, jovial—. ¿Has descansado bien?

—Como un tronco. Me fui a la cama a eso de las ocho y he dormido de un tirón.

—Disciplinado —comentó Meike con una sonrisa, propinándole una palmadita en la rodilla—. Eso está bien. Hoy toca un día duro.

Era la primera vez que tenían un contacto físico, aparte de saludarse a veces con un apretón de manos. Cáiser lo interpretó como un avance en su intimidad, tenue desde luego, pero algo es algo.

—Te noto especialmente feliz —dijo Cáiser.

—Lo estoy. Esta mañana la radio ha difundido que nuestro crucero Almirante Scheer ha hundido cinco naves de un convoy británico y al crucero que las escoltaba.

—¡Mi enhorabuena! —exclamó Cáiser aparentando entusiasmo—. Ese Almirante Scheer, ¿no es el mismo barco que bombardeó Almería durante nuestra Guerra Civil?

Siguió una entusiasta conferencia de Meike sobre las hazañas de la *Kriegsmarine* en el Atlántico. A Cáiser no le interesaba mucho el tema. Ya había tenido suficiente guerra en su vida. La dejó hablar sin prestarle demasiada atención. Tan solo contemplaba la belleza de la muchacha, que aquella mañana, desprendida de su acostumbrada adustez, lucía especialmente. De pronto comenzó a verla simplemente como a una mujer

joven y bella, y por un momento la deseó, pero enseguida rechazó la tentación de intentar un acercamiento. No nos compliquemos la vida. Son dos días aquí y luego vuelta a la ladrillera.

Discurrieron por un barrio más modesto en el que, sin embargo, los edificios seguían siendo imponentes. En los semisótanos iluminados convertidos en viviendas con ventanas a ras de calle, se veían amas de casa en zapatillas de fieltro y bata que se afanaban en las labores hogareñas.

El campo de entrenamiento de las SS estaba a las afueras de Berlín, pasados los bosques de Rehberge. Un instructor con las runas SS en la camiseta y los galones de teniente en los hombros recibió a Cáiser marcialmente, taconazo y «*Heil Hitler*» con el brazo estirado.

—Vamos a probar nuestro esfuerzo en la senda de Sigfrido —tradujo Meike.

—¿La senda de Sigfrido? —repitió Cáiser—. ¿No es una ópera?

—Bueno, sí, también lo es. Sigfrido es nuestro héroe mítico. Las unidades especiales de las SS tienen un entrenamiento que incluye diferentes clases de obstáculos llamado en su honor «la senda de Sigfrido».

—Ya entiendo —asintió Cáiser—. Que Dios nos coja confesados.

Meike no captó el sentido. Tradujo lo que el instructor iba enumerando.

—Dice que a lo largo de este campo y del bosque contiguo pasarás puentes, tirolinas, cuerdas, redes, fosos de barro, muros, barras de escalada y otros obstáculos.

Cáiser asintió. La prueba prometía ser bastante más dura de lo que imaginó. «No debería haber trasnochado», pensó.

—En esa caseta tiene la vestimenta y el calzado adecuados —le indicó el instructor.

Ataviado con el uniforme de campaña de las SS, Cáiser compareció nuevamente. Meike lo contempló con interés. Era hermoso y ario como una escultura de Arno Breker. «Solo le falta el corte de pelo alemán, rasurado a cero por las sienes —pensó—, para parecer el propio Sigfrido que hubiese regresado del Walhalla para enfrentarse nuevamente al dragón».

Meike se encomendaba a todos los dioses de sus nuevas creencias suplicando que los superiores del Ahnenerbe consideraran la posibilidad de comenzar cierto programa de arianización que el Instituto Racial había

aplazado en varias ocasiones por problemas de presupuesto. Se trataba de recuperar para la raza y para la cultura alemana a los ejemplares impecablemente arios que pudieran detectarse fuera de los territorios nacionales del Reich. ¿No suministraba Cáiser un espécimen perfecto para comenzar en él ese programa con plena garantía de éxito? Si finalmente aprobaban su instancia, Meike se había propuesto hacer de aquel hombre un ario ejemplar. Seguramente no se opondrían a encomendarle la misión, puesto que era ella su descubridora. En tal caso sería su mentora, su Pigmalión. El fracaso de la misión española de marras, la de los falsos gemelos, cuando regresó de las Nuevas Poblaciones con aquellos resultados científicamente deplorables y con la enfermera auxiliar preñada, quedaría sobradamente subsanado con esta victoria. Se imaginaba los parabienes que recibiría del propio Reichsführer cuando pudiera presentar su obra.

Durante el resto de la mañana, el instructor acompañó a Cáiser y veló por la correcta ejecución de sus pruebas de fuerza, velocidad, resistencia y flexibilidad. Primero recorrieron la senda de Sigfrido, después realizaron diversos ejercicios en un gimnasio dotado de los más modernos instrumentos. Después de cada tanda, un equipo médico que seguía a los gimnastas en una ambulancia realizaba las mediciones físicas pertinentes para observar la respuesta orgánica de Cáiser al esfuerzo.

Pasaban ya las tres de la tarde cuando dieron por finalizadas las pruebas y, después de una reconfortante ducha, Meike acompañó a Cáiser a su hospedaje.

—El equipo médico que debe evaluarte se reúne esta tarde —le dijo al despedirlo en el portal—. Si no hay que repetir ninguna prueba, es posible que te devuelvan a casa, quiero decir, a España. Solo quiero decirte que ha sido un placer y un honor acompañarte en estos días.

Le tendió la mano, pero Cáiser adelantó un paso y la besó en la mejilla. Meike se ruborizó ligeramente.

—Adiós, amigo.

Él la contempló marchar con la pesadumbre del cazador que ve escaparse a su presa.

Aquella tarde se reunió una comisión evaluadora presidida por Wolfram Sievers, director ejecutivo del Ahnenerbe. Sobre la mesa estaban las

radiografías tomadas a Cáiser, así como los resultados de sus análisis y los informes correspondientes.

—Hemos encontrado en *Herr Cáiser* una resistencia orgánica óptima —informó el doctor Kleiber—. Esta característica resulta tanto más sorprendente cuando nos consta que ha vivido en condiciones de extrema pobreza sin acceso a una alimentación adecuada. Tiene una resistencia orgánica fuera de lo común.

—¿Qué es eso de resistencia orgánica, *Herr Doktor*? —preguntó Sievers.

—Es la capacidad de efectuar un ejercicio prolongado sin que su corazón deje de recibir el oxígeno necesario —explicó Kleiber—. Nuestro objeto de estudio ha soportado el ritmo de una carrera de mil metros sin agotar sus posibilidades y con suministro continuo de oxígeno. Eso significa que posee unos excelentes sistemas respiratorio y circulatorio. En cuanto a su resistencia muscular, la capacidad de soportar durante el mayor tiempo posible una carencia de oxígeno, es igualmente óptima. También es cierto que sus pulmones son capaces de almacenar siete litros de aire, lo que está por encima de la media, y que su nivel de hematíes en sangre supera los seis millones por milímetro cúbico, una cifra que aventaja con mucho a la media. En términos inteligibles, digamos que estamos ante un perfecto espécimen ario.

Sievers escuchaba atentamente y asentía mientras se retorció alternativamente las guías del bigote.

—Además hemos determinado que reúne los caracteres de los ectomorfos —intervino el doctor Kohlheim, deseoso de compartir protagonismo.

—¿Ectomorfos? —intervino Sievers.

—Bueno, en la jerga de medicina deportiva que usamos en el Ahnenerbe significa que esos individuos son delgados y fibrosos, con preponderancia de fibras lentas, el factor determinante para asegurar una gran resistencia física, que en el caso de nuestro sujeto se combina con una notable fuerza natural en el hemicuerpo superior, o sea, los brazos, como corresponde a la raza aria.

—Eso suena bien —convino Sievers.

—Lo interesante es que, en el caso de *Herr Cáiser*, esas cualidades son compatibles con un notable desarrollo del hemicuerpo inferior, o sea, las piernas, en el que suelen tener cierta ventaja las razas inferiores.

Sievers frunció el ceño y dejó de acicalarse las guías del bigote.

—¿Qué me dice, *Herr Doktor*? ¿Insinúa que las razas inferiores poseen alguna ventaja sobre el ario puro?

El doctor Kohlheim se sonrojó visiblemente.

—Lamento haberme explicado mal, *Herr Sievers*. Por decirlo en sus justos términos, diría que el ario puro tal como hoy lo conocemos ha retroevolucionado en algún aspecto de su desarrollo, probablemente contagiado por la penetración del elemento judío en nuestras sociedades, un hecho histórico repetidamente denunciado por el Führer, lo que permitió un debilitamiento que, en algún aspecto, lo dejó en inferioridad de condiciones respecto a otras razas.

La evocación de Hitler como argumento ponía el razonamiento a salvo de cualquier crítica, así que Sievers aceptó la explicación, aunque no acabara de entenderla. No obstante se hizo un silencio embarazoso hasta que Kohlheim, visiblemente incómodo, reunió valor para añadir:

—Cuando hablo de otras razas me refiero concretamente a la camita.

—¿Camita? —rezongó Sievers.

—Los negros —aclaró Kohlheim.

—Sé perfectamente que los camitas son los negros —dijo Sievers, molesto—. Una conclusión preocupante, *Herr Doktor*, por decirlo en términos suaves.

—Por desgracia, la experiencia ratifica esa conclusión —admitió Kleiber, saliendo muy a pesar suyo en defensa de su colega Kohlheim—. Eso explica que en las pasadas olimpiadas aquel africano, ¿cómo se llamaba...?

—Jesse Owens —apuntó el entrenador de las SS, que hasta entonces había permanecido en un discreto mutismo.

—Eso. Pues este insignificante individuo, que debido a su corta inteligencia solo había llegado a botones en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York, poseía sin embargo un excepcional hemicuerpo inferior que le permitió ganar cuatro medallas en pruebas de velocidad y agilidad.

—Cien metros lisos, doscientos metros lisos, salto de longitud y carrera de relevos de cuatro por cien metros —informó el entrenador. Iba a seguir la retahíla, pero una mirada colérica de Sievers lo contuvo.

Una sombra se abatió sobre la reunión. Todos recordaban el malhumor

del Führer, que abandonó el estadio olímpico airado para evitarse el bochorno de estrechar la mano del negro. Fue realmente humillante.

—El comité médico estudió el caso y concluyó que existía una ventaja biomecánica en la infraraza negra: su cadera más flexible y su mayor capacidad para almacenar energía elástica en el tejido conjuntivo del tendón de Aquiles y de los músculos tríceps sural.

—El doctor Kohlheim quiere decir en el gemelo —apuntó Kleiber.

—Sé perfectamente que el tríceps sural es el gemelo —dijo Sievers.

—Nuestro objeto de estudio, *Herr Cáiser*, nos demuestra que esa ventaja era también natural en la raza aria. Representa en cierto modo lo que podríamos denominar un ur-ario, un ario ancestral, una cepa pura milagrosamente conservada por algún misterio de la evolución.

—Y ¿cómo es que se ha conservado en un espécimen que ha estado sometido a un medio extraño, con el determinismo geográfico que implica un medio más cálido y la exposición, durante generaciones, al mestizaje con razas inferiores? —inquirió el jefe.

—Es lo que nos estamos preguntando, *Herr Sievers* —convino Kleiber—. Nos hallamos ante un sujeto excepcional, un elemento que nos retrotrae a la cepa más pura de la raza aria.

—Un sujeto digno del ulterior estudio que nos propone *Frau Von Appen* con vistas a un posible inicio del programa de arianización de individuos nacidos fuera del Reich —remachó Kohlheim. La aludida le hizo una ligera venia en señal de reconocimiento—. Su semen es de excelente calidad. —Consultó sus papeles—. Niveles de ácido cítrico superiores a 52 micromoles y fructosa muy por encima de los 13 micromoles habituales en la raza aria. Y no solo es calidad, cuenta también la cantidad: cinco mililitros en una sola eyaculación que debió expeler con gran potencia, dado que dejó salpicaduras en el espejo del baño donde realizó la recogida de la muestra. Añadamos a ello que el examen físico denota unos testículos y un pene de aventajado volumen. En resumen, que no deberíamos desaprovechar sus posibilidades como reproductor de una estirpe regenerada de la raza aria.

Sievers meditó un momento mientras retorció la guía del bigote.

—¿En qué situación legal se encuentra? —preguntó.

—Es invitado del Ahnenerbe, cedido por el gobierno español, que le ha

concedido un pasaporte diplomático eventual —informó Meike—. Su situación familiar es apurada. Su padre está en prisión porque ocupó un cargo menor bajo el gobierno comunista de la república española.

—Hablaré con el Reichsführer hoy mismo para que nos lo transfieran permanentemente —decidió Sievers—. ¿Habla alemán?

—Ni una palabra, *Herr* Sievers —reconoció Meike—, pero es muy inteligente y tiene un grado medio universitario que no pudo ejercer debido a la guerra. Creo que, llegado el caso, aprenderá rápido.

—Es intolerable que un ario tan puro no hable alemán —rezongó Sievers—. Hay que instruirlo y agregarlo al Ahnenerbe.

—El único problema es que es ciudadano español —objetó Meike.

—Eso se arregla fácilmente: le concederemos también la ciudadanía alemana —concluyó Sievers—. Ese hombre es genéticamente nuestro. Debemos recuperarlo para el Reich. Mantégame informado.

Aquella tarde Sievers lo llevó a conocer a Himmler. Después de hacer antesala un buen rato, se abrió la puerta y un espigado coronel de las SS salió caminando con vigorosas zancadas. A Cáiser le llamó la atención la cabeza demasiado estrecha, como aplastada, la frente despejada y los ojillos serpentinos, azules, rasgados y demasiado juntos: Reinhard Heydrich.

—Ahora pueden pasar —indicó el secretario—, el Reichsführer los recibirá.

Fue una visita breve, en un despacho espacioso de la última planta que daba a los jardines botánicos, presidido por un gigantesco retrato de Hitler y decorado con emblemas de los regimientos SS y diagramas clasificatorios de las narices típicamente judías.

Convenientemente instruido por Sievers, Cáiser saludó con un vigoroso «*Heil* Hitler» al entrar y permaneció en posición de firmes, la mirada fija en la lámpara del techo, en actitud de autómatas, hasta que Himmler le tendió la mano después de recrearse un momento en la contemplación de su restallante arianidad. Comentó con Sievers su satisfacción al adquirir para el Ahnenerbe aquel soberbio ejemplar de la raza milagrosamente preservado después de dos siglos de inmersión en la basura étnica de los pueblos meridionales.

El ministro nazi gastaba corte de pelo alemán, sienes y nuca apuradas hasta hacerse sangre y corta melena color paja en la parte alta del cráneo a la

que se pegaba con fijador. Por lo demás, larguirucho, gafitas y estrecho de pecho, distaba mucho de encarnar el ideal de la atlética raza aria.

Al despedirse, el Reichsführer lo hizo en español:

—Tú *hablarás* súbito tudesco, ¿*vero*?

O sea: «Hablarás pronto alemán, ¿verdad?».

A lo que Cáiser respondió sin vacilación en rotundo alemán:

—*Jawohl!*

O sea, una terminante afirmación. El Reichsführer asintió complacido y acentuó su risilla de conejo.

Nuevo saludo «*Heil Hitler*», taconazo incluido, y salieron.

Sievers estaba encantado.

—Dice que te lo has metido en el bolsillo —le tradujo Meike—. ¿Qué te ha parecido el Reichsführer?

—Un hombre impresionante —mintió Cáiser—. Eman..., no sé, majestad.

En realidad le había parecido un petimetre infatuado. En especial le había llamado la atención su cabeza, un par de tallas inferior al cuerpo, y su aspecto de empollón acusica (Garriga le confirmaría el acierto de su impresión: lo fue en el colegio), además de unas manos delicadas, como de novicia, y un poco húmedas, con el tacto de la piel de las serpientes.

—Un hámster con gafas —sentenció Garriga—, pero cuídate de decirlo muy alto porque aquí las paredes oyen.

—¿La Gestapo? —preguntó Cáiser.

—No se la ve, pero está en todas partes. Cada ciudadano alemán responsable es un delator en potencia, cualquier transgresión, por inocente que sea, es materia de investigación para la policía. O sea, ándate con cuidado. Y, por cierto, si te invitan a un salón de té llamado Kitty en la Kneselbechstrasse, un lugar exclusivo frecuentado por diplomáticos extranjeros, procura hacerte el mudo porque hay sospechas de que las chicas te sonsacan información de parte de Ribbentrop, que es el que paga las prestaciones.

—¿Te refieres a prestaciones sexuales?

Garriga hizo un gesto despreocupado.

—Es otro modo de llamarlo —dijo.

—Me dejas estupefacto, ¿eso hacen?

—Estás en Alemania, *mein Kamerad*. El Estado vela por el sistema y no vacila en meterse en las propias braguetas de los visitantes.

Capítulo 16

EL CONTRATO SE VA A PROLONGAR

Cáiser contempló la enorme fotografía de Franco que presidía el antedespacho del embajador: el caudillo de uniforme, con el abrigo militar echado sobre los hombros y el enorme cuello de piel subido, la manita que tantas sentencias de muerte había firmado recogiendo graciosamente el borde inferior, como si se tratara de una capa.

Caía mansa la nieve tras la ventana del segundo piso del palacio Tiele-Winler, no lejos de Potsdam, cedido a la embajada española provisionalmente mientras se construía su sede definitiva en el barrio diplomático.

Un secretario de gafas, bigotito lineal y camisa azul mecanografiaba un informe al otro lado del cuarto y de vez en cuando lanzaba una mirada admirativa al hombre al que el propio Reichsführer había recomendado al embajador en una conversación telefónica aquella misma mañana. El embajador había respondido: «Siempre a tus órdenes, *Kamerad*», y después había pasado la mañana haciendo gestiones telefónicas con Madrid e interrogando a Cayetano sobre su amigo.

Cáiser no tuvo que aguardar mucho. Se abrió la puerta, asomó Cayetano la cabeza y dijo:

—Pasa, Herminio, que el señor embajador te recibirá ahora.

El embajador, Eugenio Espinosa de los Monteros y Bermejillo, era un hombre corpulento con la cabeza rasurada a la prusiana. Habría podido pasar por alemán si no lo desmintiera un bigotito fino, no más ancho que la ceja de una cerda, a la moda española.

—Mi general, aquí tiene a Herminio Cáiser Escañuela —lo presentó Cayetano.

El embajador abandonó el parapeto de su imponente mesa de escritorio y se avino a estrechar la mano del visitante.

—Efectivamente, parece más alemán que español —le confirmó a Cayetano. Y dirigiéndose al aludido con una sonrisa franca, añadió—: Ya se ve que eres descendiente de los colonos de Carlos III. Bueno, muchacho, te felicito porque te ha venido Dios a ver. Se te presenta la ocasión de redimirte y redimir a tu familia por los errores cometidos durante la dominación roja. Además harás un buen servicio a la Nueva España. —Cáiser asintió gravemente—. Te vas a instalar en Alemania definitivamente y trabajarás para el Reichsführer. ¿Qué te parece?

Tras unos instantes de vacilación, Cáiser alcanzó a decir:

—Le agradezco su generoso ofrecimiento, mi general, pero no puedo dejar desatendida a mi madre. No sé si usted sabe que está enferma y sola.

El embajador lo observó con interés. Esperaba que se mostrara más humilde, incluso verdaderamente agradecido.

—Conozco tus circunstancias, muchacho, y ese amor filial te honra, pero por ese lado no tienes que preocuparte. Tu madre va a estar mejor de lo que ahora está. El Ministerio de Exteriores te asignará un sueldo de quinientas pesetas mensuales como empleado del Movimiento. Podrás dejárselo íntegramente a tu madre, porque el gobierno alemán te abonará por su parte un salario suficiente. Piensa que este es un asunto oficial por el que se han interesado de lo más alto. —Señaló vagamente al techo, como refiriéndose a algún jerarca domiciliado en el piso de arriba—. La vivienda actual de tu familia es, según me dicen, bastante humilde. —Cáiser imaginó aquella caseta de adobe techada a tejavana, con dos estancias separadas por una cortina de arpillera en la que a veces hacía más frío que en la calle—. A tu madre se le asignará una casa digna en Fresno del Cantespino, con corral, pozo y hasta unas gallinas, y traeremos al familiar que designes para que la acompañe y cuide de ella. Tu madre es maestra, ¿no? Por tanto, sabe leer. Podrás escribirle cuando quieras por la valija diplomática y recibirás puntuales noticias de ella por el mismo camino. Y a tu padre, que sabemos que está enfermo, lo trasladarán de la cárcel de Segovia a la cárcel-hospital

del castillo de Cuéllar, comerá decentemente y recibirá todos los cuidados que la medicina puede ofrecerle. La enfermedad pulmonar que padece, ya te puedes imaginar que no se le va a curar en el penal de Segovia con sopa de nabo y postre de algarrobas. Además, puedo prometerte que, cuando hayas cumplido con las misiones que te asigne el gobierno alemán, se revisará la pena de cárcel de tu padre con la benevolencia que corresponda al grado de cumplimiento con que hayas satisfecho tu trabajo. Incluso pudiera ser que revisáramos el expediente de tu madre para que pudiera reintegrarse a sus labores como maestra. ¿Qué me dices?

No podía negarse. El ofrecimiento era sobradamente generoso, y aunque precisamente por eso lo escamaba, tampoco estaba en condiciones de rechazarlo. Más valía colaborar hasta ver en qué terminaba todo aquello.

—Me parece bien. Le quedo muy agradecido por sus gestiones, mi general.

*¡Saludo a Franco! ¡Arriba España!
Señor don Herminio Cáiser Escañuela
Embajada de España, Berlín, Alemania
Fresno de Cantespino, 7 de noviembre de 1940*

Hijo mío muy querido:

El alcalde, don Rosendo, me ha traído tu carta hará una hora y todavía no repuesta de la sorpresa te escribo, pues me dice que si se la doy hoy mismo, volverá en la misma estafeta y pronto la tendrás en tus manos.

Ante todo debes saber que estoy bien, que han venido unos días más bonancibles sin tantas aguas y el reuma se me ha aliviado un poco, aparte de que las friegas de vinagre caliente y los cocimientos de corteza de sauce parece que me empiezan a beneficiar. De tu padre tuve noticias ayer y me decía que estaba bien, pero ya sabes que de lo que él diga no nos podemos fiar, porque oculta sus males para evitarnos preocupaciones. Le escribí a doña Paquita, la que iba a ver a su hijo al penal, por si me traía noticias de tu padre, pero todavía no sé nada de ella.

De lo que me dices del trabajo que te ha salido en Alemania me alegro mucho porque veo que es en tu mejora. Lo único que me preocupa es que allí

están en guerra y hay bombardeos, por lo que se comenta, y ya es triste que apenas hayas salido de una guerra te tengas que meter en otra, aunque no seas soldado. En fin, rezaré para que no te pase nada.

De lo que me dices de cambiar de casa debes saber que don Rosendo ha estado muy atento y me ha explicado que van a arreglarme un poco una de las casas que tiene el ayuntamiento junto a la plaza de la iglesia. Eso me llena de alegría, como puedes figurarte, pues ya ves cómo estamos en esta, pero por otra parte no deja de preocuparme si el trabajo que te ha salido en esa no será peligroso, pues de otro modo no me explico cómo nos pueden hacer esa mejora. En fin, espero que todo sea para bien.

Don Rosendo, que se está portando estupendamente, me ha dicho que él se ocupará de escribirle al interventor de la Delegación de Falange Española en Córdoba para que le entregue a la prima Gertrudis un salvoconducto a nombre de la prima Rosa y el dinero del billete para que se venga conmigo. No sabes el favor que le haremos, porque la pobre lo está pasando muy mal desde la muerte del tío Juan y le vendrá bien quitarse una boca de encima.

Bueno, nada más por hoy, hijo. Que Dios te guarde y que tú tengas mil cuidados con todo. Que no te metas en líos y que te comportes en todo momento como un caballero. Le escribiré hoy mismo a tu padre para que sepa que estás bien. Yo creo que también podrías escribirle tú al hospital, que seguramente le llegaría la carta.

Tu madre que te quiere y piensa en ti

Elvira

—¿Clases a domicilio? —Cáiser se sintió abrumado—. No quisiera causar tanta molestia.

—No es molestia, Herminio —dijo Meike—. El Reichsführer se interesa personalmente por ti y ha ordenado que recibas clases intensivas de alemán con la mayor diligencia. El idioma forma parte de la sangre y hasta que lo recuperes y te sirvas de él no habrás desarrollado tu potencial plenitud. El Reichsführer ha encomendado tu formación en alemán al capitán Erwin Weigel, su enlace con el Oberkommando des Heeres (OKH), el Alto Mando

del Ejército de Tierra, que tiene experiencia como profesor de español en la escuela de oficiales. Bajo su tutela muy pronto hablarás alemán.

—Se hará lo que se pueda —convino Cáiser repitiendo la clásica respuesta del torero Belmonte a Valle Inclán.

Meike quedó algo pensativa. Después, adoptando una postura humilde inédita en ella, se sinceró:

—Debes saber que existe un proyecto de formar un departamento de Pureza Racial en el Ahnenerbe que encuadrará a pocos y escogidos ejemplares de la raza. En cierto modo, tú vas a ser pionero en el estudio de la viabilidad del proyecto. No quiero abrumarte con más responsabilidad de la que puedas asumir, pero me consta que eres una persona voluntariosa y capaz de afrontar retos. También debo decirte que mi promoción personal depende mucho de ti.

Cáiser sintió un vehemente deseo de abrazarla, un deseo no exactamente sexual, aunque quizá ella lo habría tomado por tal, por eso lo reprimió.

—Intentaré no defraudarte, Meike. Después de todo, tú y yo estamos en el mismo equipo y tengo mucho que agradecerte.

—Gracias, Herminio.

Aquella misma tarde, un vehículo oficial del Ahnenerbe trasladó a Meike y a Cáiser a la Prinz-Albrecht-Strasse, en el distrito donde se encontraban los centros de poder. El número 8, en el que tenía su sede la policía secreta, era un edificio de recargado estilo neobarroco construido en 1905 como Escuela de Artes y Oficios. Una gran bandera con la esvástica ondeaba en la fachada gris sobre una historiada entrada que flanqueaban dos imperturbables centinelas, capote negro hasta los pies, fusil al hombro. Meike señaló a su acompañante la bruñida placa de latón atornillada en el muro:

—Geheime Staatspolizei —leyó—. Más conocida por su abreviación, Gestapo. Esta es su sede central. Desde aquí se persigue a los enemigos del Estado.

Pasaron al cuerpo de guardia. Cinco hombres uniformados abandonaron la cháchara y la lectura del periódico para contemplar a la atractiva rubia. Meike ignoró las miradas y se dirigió al que ostentaba mayor graduación en la bocamanga. Por su catadura mostraba ser uno de aquellos camorristas de la antigua SA no demasiado aventajados intelectualmente que, cercano a la edad

de jubilación, todavía no había superado el grado de capitán.

—¿Es usted el oficial de servicio? —preguntó.

Asintió el otro, cachazudo.

—Veamos en qué podemos servir a esta atractiva *Fräulein* —dijo haciendo gala de una cortesía teatral que desmentía su zafia sonrisa.

Meike, seria, desplegó la solapa de su carpeta de cuero con cierta violencia, hurgó en su interior y extrajo un folio mecanografiado que entregó desdeñosamente al camorrista.

La firma autógrafa del Reichsführer Himmler estampada al pie de la orden surtió el efecto que Meike esperaba: el truhan borró aquella estúpida sonrisa de la cara y pasó instantáneamente de la jactancia a la lisonja.

—A sus órdenes —dijo entrechocando los tacones. Devolvió el folio a Meike y le indicó—: La oficina del Hauptsturmführer Weigel se encuentra en el tercer piso.

El ascensor era de los de jaula antigua. Con un traqueteo tranviario condujo a los visitantes hasta el nivel indicado. Salieron a un ancho pasillo, sobriamente decorado con banderas de esvástica y reproducciones del omnipresente busto oficial del Führer, obra de Arno Breker, e iluminado por amplios ventanales en forma de arco, grandes como bocas de túnel, que daban al jardín interior.

Un ujier de uniforme y botas altas indicó a los visitantes el despacho de Weigel. Meike llamó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz.

Entraron en una pieza amplia, amueblada con sobriedad. Meike saludó con un vigoroso «*Heil Hitler*», brazo en alto. El hombre que había tras la mesa se puso en pie marcialmente y la imitó.

—¿El SS-Hauptsturmführer Erwin Weigel?

—Así es, señora. Los estaba esperando.

—Le presento al camarada Herminio Cáiser.

Weigel era un caballero de la vieja escuela: entrechocó los tacones, inclinó la cabeza un segundo y celebró el encuentro con un vigoroso apretón de manos. Le faltaba el brazo izquierdo, perdido en la campaña polaca, y llevaba plegada y cosida la manga vacía de la guerrera.

—Tomen asiento, si son tan amables —ofreció.

Se acomodaron en un gran sofá de cuero bajo el retrato de Hitler en uniforme de campaña. Weigel lo hizo en una silla casi castrense, de respaldo recto.

—El Standartenführer Sievers me ha informado —dijo Weigel en español entrando directamente en materia—. Si le parece a usted, dedicaremos dos sesiones diarias a las clases de alemán, una por la mañana, de nueve a diez treinta, y otra por la tarde, de seis a siete y media. Algún día perderemos clases si me surge algún trabajo inaplazable, pero espero que eso no ocurra demasiado a menudo.

—Perfectamente —dijo Meike—. ¿Cuándo empiezan?

—Mañana por la mañana, aquí mismo, en mi despacho. Tendré preparados los libros, cuadernos de ejercicios y todo eso.

—Muy bien —aprobó Meike—. En ese caso no lo entretenemos más.

Weigel los acompañó hasta la puerta.

—Esta tarde a las seis tengo una reunión con viejos camaradas de la Legión Cóndor en la cervecería Berthof. Beberemos vino español y cantaremos a coro las canciones de entonces. ¿Quieren acompañarnos?

Meike miró a Cáiser dubitativa.

—Por mí será un placer —dijo él.

—De acuerdo, allí estaremos —dijo Meike.

Weigel era un hombre menudo y pálido, un poco autómata a la moda prusiana, pero muy sentimental a la moda alemana, como manifestó a lo largo de la distendida conversación aquella tarde en la cervecería. Cuando iban por la tercera ronda —la cerveza y el *Schnaps* eran su debilidad—, bromeó con el hecho de que después de todo había tenido suerte, porque de haber perdido el brazo derecho no podría saludar correctamente con el «*Heil Hitler*». Después se explayó rememorando sus andanzas por España. Había pilotado un Heinkel 111 al mando del general Hugo Sperle, el viejo Sander, como él lo llamaba familiarmente, y se había enamorado simultáneamente de una leonesa, de una sevillana y de una catalana.

—Cada una tenía sus gracias, pero yo me habría casado con la sevillana si no hubiera desaparecido con mi billetera, mi reloj y las botas de vuelo.

—¿Y no pudo encontrarla?

—La Guardia Civil la buscó, pero no dio con ella. Con las botas sí, que

las tenía un pescadero de Triana que decía que se las había comprado a un gitano en el mercadillo del Jueves, pero renuncié a recuperarlas por temor a que apestaran a pescado en la cabina del Heinkel.

Capítulo 17

FIESTA EN LA ARCADIA NAZI

El 12 de noviembre de 1940 amaneció frío y lluvioso.

—¿Una invitación diplomática? —se extrañó Cáiser.

—Sí, hombre, hasta que seas ciudadano del Reich podremos ser amigos, ¿no? —se burló Cayetano—. El embajador Espinosa no podrá asistir porque está en Múnich, pero me ha encomendado mucho que me acompañes, así verán los cogotes lisos que los españoles somos también altos y rubios. De camino conoces al cuerpo diplomático y a los corresponsales de prensa. Habrá champán francés, ahumados noruegos, cerveza checa y salchichón polaco, que se note que el Reich se está comiendo Europa.

—Pero ¿qué pinto yo allí sin hablar alemán? —se resistía Cáiser.

—Irá mucha gente del cuerpo diplomático que no lo habla. Allí todo el mundo se entiende en francés o en italiano: tú dedícate a los canapés y al vino, y le sonríes a todo el mundo. Por cierto, tendremos que alquilarte un chaqué.

El Mercedes de la embajada disponía de seis asientos, ampliables a ocho si se desplegaban los transportines. Antes de dirigirse a su destino recogieron a Moraleda y a varios colegas de las embajadas de Italia, Portugal y Bulgaria, y finalmente a Garriga y a su amigo Kordas, diplomático lituano.

Cáiser se sorprendió al encontrar las calles principales engalanadas de banderas rojas con la hoz y el martillo.

—¿Qué es esto? ¿Ha triunfado la revolución?

Cayetano soltó una carcajada.

—No, amigo. Refrena tu entusiasmo. Es que Mólotov, el ministro de

Asuntos Exteriores soviético, ha venido a Berlín para entrevistarse con Hitler.

—¡Coño! Pues va a ser verdad que están a partir un piñón —exclamó Cáiser.

—... Le dijo la víbora a la cobra —completó Garriga la imaginaria frase. Vestía para la ocasión el uniforme de gala de Falange: camisa azul, guerrera blanca de cuatro bolsillos, el superior izquierdo con el yugo y las flechas bordados en rojo, y hombreras negras.

—¿La víbora y la cobra? —quiso saber Cayetano—. ¿Por qué lo dices?

—Porque está cantado que se dan una moratoria hasta que llegue el momento fatal de los garrotazos, o sea, de ir a la guerra, para la que los dos se están preparando. Si anduvieseis con los ojos abiertos, os enteraríais de lo que pasa a vuestro alrededor, diplomáticos de pacotilla. Esta mañana, mientras vosotros roncabais tan calentitos, y sospecho que Cayetano con la mano entre los muslos de una *Fräulein*, Banqueri y yo estábamos en Tempelhof debajo del aguacero, con mi gabán, mi paraguas y mi cuaderno de notas, aguardando la llegada de Mólotov. ¿Por qué lo hago? Porque la historia está pasando ante nuestras narices y no quiero perdérmela.

—Y ¿qué visteis?

—Yo, nada, porque me subí la bufanda hasta las cejas —dijo Banqueri—. Y aun así me parece que he cogido un enfriamiento.

Garriga rio por lo bajo.

—Pues yo vi a «culo de hierro», como llaman a Mólotov en Rusia, en una de sus mejores actuaciones. Impertérrito bajo la lluvia, nada más descender del avión pasó revista a la compañía que le rendía honores y, al llegar ante el portaestandarte que inclinaba a su paso la bandera de la esvástica, se quitó el sombrero en posición de firmes e inclinó la cabeza respetuosamente, dejando que la lluvia le resbalara por la nariz. ¡Qué actor!

—Desde luego si Alemania y Rusia se entienden, unidas serán invencibles —dijo Banqueri.

—El entendimiento es coyuntural —dijo Garriga—. Tarde o temprano acabarán zumbándose.

—¿Zumbándose? —dijo Banqueri sin entender la expresión.

—Alemania invadirá Rusia, dicho de otro modo.

—¿Atacar a Rusia? De dónde sacas esa idea.

—No la saco yo, está bien clara en el catecismo de Hitler, el *Mein Kampf*. Y es lo que inculcan a todo alemán desde el *Kindergarten* a las universidades: ellos son la raza superior, constreñida a un territorio nacional escaso y pobre en materias primas, y se ven impelidos por la Historia a extenderse hacia el Este, o sea, a costa de Rusia, en busca de su espacio vital.

—Pero si Hitler y Stalin están a partir un piñón...

—Porque por ahora le conviene a Hitler, pero en cuanto doblegue a Inglaterra o llegue a un armisticio con ella, atacará a Rusia... Si es que Stalin no se huele la tostada y ataca antes.

Por la autopista del sur, a veintisiete kilómetros de Berlín, llegaron a su destino, la urbanización de lujo sobre el río Havel.

—Aunque no lo parezca esto es una isla —informó Garriga—. Sus moradores la llaman *Schwänenwerder*, o sea, la isla de los Cisnes, con la típica cursilería alemana. Para que se ajustara a la denominación la repoblaron con cisnes hace treinta o cuarenta años, cuando Friedrich Wessel, su avisado propietario, la parceló y la convirtió en colonia veraniega de los millonarios de Berlín. Hasta entonces habían tenido sus residencias de vacaciones en el Wannsee, pero cuando la gente de medio pelo comenzó a acudir a aquellas playas fluviales, los pudientes alzaron el vuelo y se trasladaron a esta isla.

—El Wannsee es ahora una zona recreativa popular adonde acuden los berlineses a bañarse en verano —explicó Cayetano. Como el Jarama para los madrileños.

—Más o menos —concedió Garriga—. O sea, playas de medio pelo.

Al otro lado del puente había una caseta con un guarda que les dio el alto. Moraleda detuvo el automóvil, bajó el cristal de la ventanilla y entregó al guardia la invitación.

—Gracias, señor —dijo el guarda después de comprobar su lista y echar un vistazo al número de viajeros—. Sigán esa carretera hasta el número 32 —indicó.

Moraleda saludó con un inesperado «*Heil Hitler*», lo que obligó al guarda a cuadrarse marcialmente y disparar el brazo con otro saludo nazi. Sonrió Moraleda complacido y arrancó.

—Algún día van a notar el cachondeo y vamos a tener un disgusto —le

advirtió Cayetano.

—¿Notar el cachondeo? —repuso Moraleda—. Mal los conoces. Aparte de que lo único que hago es seguirles la corriente para darles gusto. A ellos les encanta eso de cuadrarse y dar taconazos.

La carretera estaba ajardinada a la izquierda. A la derecha aparecían las entradas de las parcelas, a cual más monumental, separadas por amplias zonas de bosque o jardín.

—No hay más carretera que esta que le da la vuelta a la isla —informó Garriga—. Hace años los nazis llamaban a esta isla «la república judía», porque casi todos sus moradores eran millonarios judíos, dueños de grandes industrias o cadenas comerciales. Aquí vivían los Berthold Israel y los Karstadt, los Schliter, los Goldschmidt, los Salomonsohn, los Solmsen y algunos otros, los banqueros Barmann, los cerveceros Schultheiss, los de las chocolaterías Monheim. En los años de la República de Weimar usaban estos palacetes como residencia veraniega o de fin de semana, pero luego muchos establecieron aquí su residencia permanente e iban a diario a Berlín a atender sus negocios. Con la llegada de los nazis al poder, los camorristas de las SA se aficionaron a invadir la isla con sus camisas pardas y rompían farolas, destrozaban jardines, hacían pintadas nazis, rajaban ruedas de automóviles, se cagaban sobre las mesas de los elegantes cenadores, tiraban cerdos muertos a las piscinas y perpetraban barrabasadas por el estilo. Los elegantes moradores de la isla llamaban a la policía, pero estaba tan infiltrada por los nazis que solo acudía cuando los camisas pardas se habían ido. Total, que los millonarios se sintieron inseguros y comenzaron a vender sus propiedades por cuatro perras a los propios jerarcas nazis. El palacete de Goebbels al que vamos perteneció antes al banquero Schliter. Cuando entremos observad, en el quicio de la puerta, las marcas de la mezuzá.

—¿Qué es la mezuzá? —preguntó Cáiser.

—Es una caja metálica que contiene un pergamino con unos versículos de la Biblia judía y que los hebreos atornillan al dintel de sus viviendas. Cuando se mudan se llevan la mezuzá familiar, pero dejan los agujeros en la puerta o en la pared.

—Con gran dolor de su alma, porque si pudieran, también se los llevarían —agregó Moraleda.

Banqueri hizo notar el lujo de las residencias.

—¡Cómo se ve adónde va a parar el dinero de las conquistas!

—Esa de la derecha es la choza de Gertrud Scholz-Klink, la jefa de la sección femenina nazi —siguió indicando Garriga—, y aquella de la avenida de robles es la del actor Gustav Frölich, que encarna a la raza aria en las películas de la UFA. La de al lado, esa del seto corrido, era de otro millonario judío, Samuel Goldschmidt, que tuvo que malvenderla a su vecino Goebbels y emigrar. Así Goebbels ha juntado dos parcelas de las más extensas y ha construido un estupendo parque particular. Entre esos setos se ha follado el Gauleiter a lo más granado de las artistas de la UFA.

—¿Queda alguna parcela libre? —preguntó Cayetano—. No me desagradaría hacerme aquí un chalecito.

—Ni una, amigo mío. Hace seis años era la isla de los judíos. Ahora es la isla de los nazis, una urbanización exquisita y *judenrein*, o sea, limpia de judíos.

Llegaron al palacete campestre del doctor Goebbels. El automóvil giró a la izquierda y se detuvo delante de otro control. Uno de los guardias indicó dónde podían aparcar a un lado de la carretera, con dos ruedas en la cuneta, porque el aparcamiento de la residencia estaba reservado a las limusinas de los jerarcas del partido.

Atravesaron un jardincito coquetuelo, ornado a un lado y a otro con sendas esculturas de Arno Breker que representaban a un fauno itifálico y a una náyade dudosa entre continuar su huida o rescatar una sandalia perdida.

—¿Habéis visto la herramienta que calza el fauno? —comentó Cayetano.

—Tengo entendido que la obra disgustó al Führer, que es muy puritano —comentó Garriga—. La encontró excesivamente naturalista.

—Como que él está casado con Alemania —dijo Banqueri.

Subieron tres peldaños de granito procedente de las canteras de Mauthausen y entraron en la mansión. Después de dejar los abrigo en el guardarropa, atravesaron el amplio corredor que conducía al parque trasero, el que descendía hacia el lago, en el que se había instalado una carpa no menor que la de un circo, capaz para quinientos invitados. Grandes calefactores de cerámica dispuestos a lo largo del contorno contribuían a crear la temperatura adecuada para que las señoras pudieran lucir sin

escalofrió sus rutilantes escotes, especialmente la treintena de actrices y actricillas de la UFA que concurrían al evento, «el harén del doctor Goebbels», como Garriga lo denominó.

Cerca de la entrada había un amplio mostrador tras el que preparaban cócteles varios reputados *barmen* ataviados con chaquetillas, mandiles y corbatas de pajarita. Los representantes de la embajada española se proveyeron de sendas copas de champán antes de entrar en el gran salón, donde se congregaban hasta cincuenta uniformes de gala de las distintas armas del Reich, algunos con pantalones *breeches* y botas altas, otros tantos diplomáticos de chaqué y un número similar de corresponsales de prensa extranjeros ataviados con el traje de las grandes ocasiones.

Habría pasado por el set de rodaje de una comedia vienesa ambientada en la corte de Sissí. Robustas señoras aparecían envueltas en elegantes sedas y gasas multicolores que adquirían sus maridos a los grandes modistos del París ocupado. Cáiser pensó cuánto le habría gustado a doña Elvira ver a su hijo en aquel ambiente de lujo. Brillos de moaré, encajes, medias de seda, tonos rosas, malvas, verde manzana contrastaban vivamente con los severos chaqués de un grupo de financieros gordos que discutían sobre las ventajas del empréstito danés.

—Sí, pero en Suiza el Reichsmark ha bajado cinco puntos —decía uno de ellos mostrando en la mano extendida cinco dedos gordos como morcillas, dos de los cuales lucían anillos aderezados con valiosas piedras.

En un extremo de la estancia se había congregado un nutrido grupo de generales en el que destacaba el forro rojo sangre de las solapas vueltas.

—Son como los culos encendidos de los babuinos —comentó Garriga, mordaz—. Así indican quién es el macho de la manada.

Los animados corrillos comentaban el tema del día: el encuentro de Hitler con Mólotov, el ministro de Exteriores soviético, aquella mañana en la cancillería. Se especulaba si Stalin se uniría al Pacto de Acero con Alemania e Italia.

En otro punto de la sala, un corro de mujeres rodeaba al galán cinematográfico Werner Krauss.

Garriga se sonrió ante el espectáculo.

—Las cónyuges de la aristocracia del partido alborotando como

modistillas históricas en torno al *Staatsschauspieler*, el actor del Estado favorito de Goebbels —comentó—. Las fregonas ascendidas a señoras a lomos de truhanes pardos, la brigada de las piernas varicosas.

Se unieron a la fiesta con la determinación de quienes estaban habituados a ese tipo de saraos. Entre los extranjeros el idioma predominante era el francés, que Cáiser entendía. Cuando lo presentaban como funcionario de la embajada española casi todos se sorprendían de que no fuera alemán, dado su aspecto germánico.

Hubo un momento en que tanto Garriga como Cayetano lo desampararon para saludar a algunos conocidos.

Cáiser sintió un golpecito en el hombro. Se volvió.

—¡Te lo han puesto como cabra a polla de pastor! —le espetó un hombretón que hablaba español con fuerte acento ruso.

—¡Andrei Sminov! —exclamó Cáiser—. ¿Tú? ¿Y aquí?

—Yo, en persona —dijo el otro—. ¡Ya veo que no se os puede dejar solos!

Era Andrei Sminov, el rostro iluminado por una enorme sonrisa, la nariz rota que le daba aspecto de boxeador, contrastando con los ojos sentimentales anegados de lágrimas.

Se abrazaron como dos viejos camaradas. Eso eran.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —preguntó el ruso en sibilante español. Era fornido y parecía algo incómodo enfundado en el frac.

—Es largo de contar, Andrei. Ahora trabajo para la embajada española.

—¿Es que chaqueteas? ¿Te has pasado a Franco? —Soltó una carcajada.

—La verdad es que no lo sé. Parece que los alemanes me consideran ario y me van a dar trabajo.

—¿Aquí, en Berlín?

—Sí.

—Pues entonces tenemos que vernos. Yo soy secretario del agregado comercial de la embajada rusa. Tenemos que quedar para comer y hablar más despacio. Aquí tienes mi tarjeta —dijo, introduciéndosela casi subrepticamente en el bolsillo.

Andrei se alejó del brazo de otro diplomático ruso.

Y entonces vio aparecer a Meike con una copa de ponche en la mano.

—Veo que haces amigos, Herminio...

—¡Ah! ¿Ese? Un camarada de la guerra.

—¿De la Guerra Civil española? —se interesó—. Claro, tú la hiciste en el bando de la República. ¿Estaba él también allí?

Cáiser la contempló. ¿Era aquello una sonrisa pícara y cómplice, como si lo hubiera cogido en un renuncio? Meike llevaba un vestido sencillo de corte ajustado, con grandes hombreras y un casquete adornado con un broche orlado de diminutas esvásticas, bajo el que se desprendían algunos bucles del moño bajo. Ligeramente maquillada en los ojos, los labios perfilados de *rouge*, estaba bellísima.

—Hoy tienes el guapo subido, Meike. —Cáiser sonrió, cambiando de conversación. El encuentro con Andrei en aquel insólito contexto lo había alegrado y turbado a la vez.

—¿El guapo subido? —La alemana no entendía la expresión.

—Que tu belleza habitual luce especialmente este día.

Ella agradeció el cumplido con una sonrisa tímida. Probablemente no se sentía tan cómoda entre aquella gente como en un campo de entrenamiento o con los arqueólogos y los científicos del Ahnenerbe.

—¿Vemos los cuadros del doctor? —propuso, refiriéndose a la colección pictórica de Goebbels.

Cáiser advirtió que la muchacha quería salir de aquel bullicio o quizá simplemente estar a solas con él. La remota esperanza de intimar con ella lo animó. Salieron a la galería acristalada del palacete. Unos cuantos invitados conspiraban por parejas en cómodos butacones orientados hacia el jardín.

Había hasta doce cuadros de considerable tamaño decorando los muros. El primer óleo, obra de Ivo Saliger, representaba a unos campesinos recogiendo la cosecha, ellas con pañuelos en la cabeza y gavillas de cebada entre los brazos, el padre de familia con un biello que usaba para elevar las gavillas al carro. Dos niños y una niña jugaban debajo de una toldilla, ellos con tanques y aviones, la niña con una muñeca. Todos atléticos, todos rubios, todos arios.

—El nuevo arte alemán es naturalista y práctico, arte figurativo, clásico, que hunde sus raíces en Grecia y Roma, incontaminadas de influencias judías, un arte concreto con una temática racial o heroica —explicaba Meike,

convencida de su propio discurso—. Bellos cuerpos germánicos en contextos patrióticos de lucha o trabajo. El nuevo arte está libre de las corrupciones del cubismo, del expresionismo y de todas esas extravagancias del arte degenerado.

—¿Arte degenerado?

—Sí. Me refiero a los mamarrachos que hacen Picasso, Kandinsky, Munch, Chagall y demás ralea. En estos cuadros se ven escenas reales y se entiende el mensaje.

Se habían detenido ante el óleo siguiente, obra de Ferdinand Spiegel, que representaba a un grupo de rubios y guapos soldados arios en un descanso de la batalla, a la sombra de un carro de combate enemigo destruido, con un suave paisaje rural, quizá francés, al fondo. Unos charlaban, otros limpiaban sus armas, otro le vendaba el brazo herido a un camarada, aquel del fondo se afeitaba ante un trozo de espejo sostenido entre dos granadas.

—Muy castrense —comentó Cáiser—. Me recuerda a los cromos coloreados de Nestlé que coleccionaba en mi infancia.

—¿Cromos infantiles? Eso parece ofensivo —bromeó Meike.

—No lo es. En modo alguno era esa mi intención —lo enmendó Cáiser—. Antes bien, lo he dicho como una alabanza. Aquellos cromos representaban la vida real, animales, plantas, obras de ingeniería, trajes, escenas de la Biblia.

Meike aceptó la excusa.

—¿Conoces la Biblia? —preguntó.

—En España no se lee, pero se escucha en los sermones —explicó Cáiser.

—La Biblia está sobrevalorada —dijo Meike—. No es más que un centón de historias judías con las que han embaucado a la humanidad. El Ahnenerbe está rescatando la religión de los antiguos germanos *Blut und Boden*, sangre y suelo —tradujo—. ¡Ay, es exasperante tener que hablarte en español! Cuando sepas alemán, nos podremos comunicar mucho más fácilmente.

Se desentendieron de los cromos murales del doctor Goebbels y abordaron otros temas de conversación. Meike admiraba la cultura de su pupilo, aunque la encontraba excesivamente provinciana. Nombres como Ortega y Gasset o Eduardo Zamacois, que él mencionaba, no le sonaban a nada. Y no había leído a Schopenhauer, aunque sabía que era un filósofo

alemán.

Andaban debatiendo sobre la germanidad del mito de san Jorge y el dragón cuando los distrajo el paso de Dörte Löwe, la chica del Kabarett der Komiker, a la que Cáiser reconoció inmediatamente a pesar de que esta vez iba disfrazada de gran dama, enfundada hasta los pies en un vestido de satén guarnecido de lentejuelas brillantes que estilizaba su figura sin dejar de resaltar sus armónicos pechos, menudos y pujantes, y su firme trasero. La acompañaba, solícito, un oficial gordo y calvo cuyo principal atractivo residía en la doble lista roja en los pantalones y la medalla *Pour le Mérite* sobre la que le descansaba la papada.

—¿Conoces a esa mujer? —preguntó Meike, que había captado el interés de su acompañante por la beldad. Por el tono parecía bastante contrariada.

—¿No es la esposa de algún gerifalte? —preguntó Cáiser candorosamente—. Creo que la he visto en algún noticiario de la UFA.

—No. No la has visto en ningún noticiario —afirmó despechada—. Mañana te recogerá el chófer a la hora de siempre.

Y lo abandonó dándole la espalda.

—Parece que se ha enfadado la tetona —comentó Moraleda acercándose. Había presenciado la escena—. Te digo yo que a esta la tienes en el bote.

—¿No decís que es lesbiana?

—Eso lo dicen los otros. Yo tengo para mí que le da a todo. Con ese cuerpazo bien puede permitírselo.

De nuevo en el automóvil, de regreso de la fiesta un poco achispados (Kordas, completamente borracho), sueltas las corbatas de pajarita y abiertos los uniformes, Cayetano preguntó:

—Te he visto muy acaramelado con la tetona. ¿Te la has beneficiado ya?

—Me estuvo enseñando la galería artística del doctor Goebbels.

—Un hombre de gustos depurados —dijo Garriga—. Si te invita otra vez, regálale una estampa con un bodegón de caza de los calendarios de Unión de Explosivos Riotinto, que acertarás. —Miró distraídamente por la ventana y añadió—: El champán francés estaba buenísimo. A ver si le meten pronto mano a los soviets y podemos degustar caviar ruso.

—¿Qué dices? —replicó Moraleda—. Si están a partir un piñón con Stalin.

—Tiempo al tiempo y ya veréis como acaban llegando a las manos —
vaticinó Garriga.

Capítulo 18

HACKESCHE HÖFE

A la hora convenida, puntual como siempre, Meike se presentó en el número 22 de Richard-Wagner-Strasse con un enorme Maybach SW 35 negro que lucía las runas de las SS plateadas sobre las puertas. Disipado el enfado de la noche anterior, la muchacha lucía otra vez una luminosa sonrisa.

Fue un breve recorrido por la palpitante ciudad a la hora en que la gente se apresuraba al trabajo a pie o en bicicleta y los ruidosos tranvías tomaban las curvas chirriando y traqueteando.

Estaba bien vivir en Berlín. El automóvil se deslizó por las amplias calles del Scheunenviertel, a unos pasos de la Alexanderplatz. La vivienda que el Ahnenerbe había asignado a Cáiser se encontraba dentro de la urbanización Hackesche Höfe, un conjunto de patios interiores comunicados por arcadas. Los bajos, ocupados por antiguos comercios, permanecían cerrados, los escaparates protegidos por planchas de madera clavadas en los marcos o sujetas con bastidores metálicos sobre las que el tiempo había ido acumulando, pegados unos sobre otros, carteles de propaganda nazi o estatal: soldados rubios en actitudes heroicas, madres rollizas rodeadas de su progenie rubia, obreros sonrientes sobre fondos fabriles llenos de humeantes chimeneas. Un país en marcha.

El coche se detuvo ante el número 12 de la calle Torstrasse. Descendieron a la ancha acera.

—Tu nuevo hogar —anunció Meike—. ¿Te gusta?

Era una casa señorial estilo *art déco*, de seis alturas, la armónica fachada dividida en ventanales tripartitos coronados por vidrieras coloreadas, el

remate abuhardillado respunteado por plaquitas de pizarra que le daban una apariencia casi animal, como si toda la casa fuese el pedestal de un dragón.

El chófer abrió la puerta, la empujó con cierto esfuerzo para barrer el correo acumulado en el suelo y accionó el conmutador que encendía la lámpara del techo, una precaución innecesaria porque del patio penetraba la luz a raudales a través de una vidriera monumental.

Precedido por Meike, Cáiser entró en un apeadero para automóviles empedrado de pequeños adoquines de mármol blanco que figuraban festones. A la derecha, una ancha escalinata circular con pasamanos de mármol rosado conducía al primer piso. En el primer escalón y en el último, dos colosales lansquenets de bronce sostenían en la punta de sus alabardas sendos faroles que difundían una luz ambarina.

—¿Te gusta? —preguntó Meike.

—¡Es un palacio! —murmuró Cáiser sin salir todavía de su asombro.

—Además estarás la mar de tranquilo porque las ocho viviendas de la casa están deshabitadas. Tú ocuparás uno de los dos apartamentos del cuarto piso.

Dejaron al chófer recogiendo la suciedad acumulada a la entrada y tomaron un ascensor de doble puerta. La caja interior era de maderas nobles, brillantes de barniz, con un banco corrido tapizado de terciopelo. Meike pulsó el cuarto piso y el elevador se puso en marcha con un suave zumbido.

—¿Cómo es que un edificio tan regio está vacío? —preguntó Cáiser.

—El apartamento pertenece al Estado, que me lo ha asignado a mí, pero como yo vivo con una amiga, puedes instalarte tú —explicó Meike—. Antiguamente vivían aquí potentados que obtenían beneficios de negocios fraudulentos.

El ascensor se detuvo. Salieron a un recibidor amplio iluminado por una lámpara cenital de moderno diseño que se encendía automáticamente. En la puerta, un rectángulo más claro marcaba el lugar de la desaparecida placa del nombre del propietario. Meike abrió, accionó el conmutador y entró. Oía a productos de limpieza.

—Lo estuvieron fregando ayer y no han ventilado bien —explicó.

Recorrieron el piso. Era enorme y estaba espléndidamente equipado con muebles *art déco* que hacían juego con la arquitectura interior. Habría

parecido un hogar en pleno uso si no fuera porque algunos recuadros de color más vivo marcaban el contorno de numerosos cuadros desaparecidos sobre el tapizado de seda de las paredes.

—Tendrás mucho que estudiar para recuperar toda la cultura alemana que necesitas —iba diciendo Meike—, pero en este apartamento no te faltará un lugar donde hacerlo.

Lo hizo pasar a un espacioso despacho panelado de maderas nobles. Tres de las cuatro paredes estaban recorridas por muebles estantería de los que habían desaparecido los libros. Sobre la mesa de escritorio, sólida y amplia, la escultura de bronce sobredorado de un escriba faraónico sostenía con sus brazos alzados una hermosa lámpara con pantalla traslúcida verde y en el faldellín de su regazo, dos tinteros, un plumier, un tampón secante y una plegadera.

—Te enseño ahora la cocina —dijo Meike.

Era amplia y luminosa, con un hornillo de gas cuádruple, un horno enorme, una nevera del tamaño de un armario y una despensa que Meike inspeccionó brevemente.

—No sé si te gusta cocinar. En cualquier caso, aquí tienes una buena provisión de conservas para instalarte. Espero que te acostumbres pronto a la comida alemana.

Vueltos al corredor, Meike abrió brevemente una puerta y echó una ojeada al interior de la estancia.

—Este dormitorio no tiene buenas vistas, por eso ordené que lo dejaran tal cual, sin limpiarlo.

La muchacha recorrió con la mirada la cama cubierta por una colcha rosa, el tocador con espejo circular y asiento sin respaldo, los visillos de raso a juego con la colcha y un amplio festón de encaje a la medida del ventanal. Un entorno evidentemente femenino, pensó Cáiser. Meike cerró la puerta con suavidad, como si temiera despertar los recuerdos que dejaba allí dormidos.

—Prefiero que respetes esta habitación tal como está —le dijo—. Hay otras habitaciones de invitados en el resto del apartamento si alguna vez recibieras a alguien.

A Cáiser le extrañaron las reservas de Meike sobre aquel cuarto, pero se abstuvo de indagar sobre ello.

En la habitación del lado opuesto del pasillo las persianas estaban echadas, pero una lama defectuosa dibujaba una raya de luz en el suelo. Meike tanteó la pared en busca del interruptor. Una majestuosa lámpara de Murano que figuraba una galera verde y rosa se encendió en el techo.

A un ruego de la muchacha, Cáiser accionó la manivela que subía las persianas. La luz de un claro de sol en el cielo encapotado entró a raudales y arrancó destellos de la tarima de roble, barnizada hasta brillar como un espejo.

—Esta será tu habitación —dijo Meike—. Espero que te sientas cómodo.

Cáiser solo había visto dormitorios como aquel en las películas de Hollywood. A la luz de un ventanal trilobulado que recibía su luz del patio interior aparecían una cama espaciosa, un armario neogótico de cuatro cuerpos, con luna biselada, enorme, y un tocador rematado por un espejo semicircular rodeado de bombillas blancas. Banquetas y descalzadores tapizados de piel blanca completaban el mobiliario. Al otro lado del cortinaje que dividía la estancia aparecía un gabinete presidido por un secreter de persiana con tiradores de marfil. Un biombo chino disimulaba la puerta de un espacioso cuarto de baño equipado con sólidos sanitarios de loza.

Cáiser se volvió y encontró a Meike contemplándolo con una sonrisa abierta.

—¿Te gusta?

—Todo esto me parece demasiado —confesó—. Realmente me abruma. Estos últimos años he dormido en cuarteles, cuando no en trincheras. No sé si podré conciliar el sueño aquí.

—Seguro que sí —dijo la muchacha—. La cama es mullida y la habitación, silenciosa.

Se había sentado en la cama y parecía comprobar su solidez.

—¡Una cama de muelles! —exclamó—. Sabía que existían, pero nunca había visto una.

Meike reía divertida. Cuando no estaba envarada representándose a sí misma, resultaba tentadora. Cáiser cedió al arrebató e intentó besarla, pero ella se zafó del abrazo.

—No, Herminio. —Lo contuvo con un gesto—. Entre nosotros solo debe existir una buena amistad. Somos camaradas.

—Perdona. No quería ofenderte.

—No me ofendes. Es más, te comprendo. Eres joven, provienes de una tierra donde los hombres sois fogosos y tienes tus necesidades. En Alemania no te van a faltar mujeres, te lo aseguro, pero algunas no podemos ser como las demás.

—Lo entiendo, Meike, perdona mi atrevimiento. —Cáiser se disculpó nuevamente—. Si tú lo prefieres, seremos solamente buenos amigos. Te respeto y te estoy muy agradecido por todo.

Esta vez Meike parecía conmovida. Lo tomó de las manos.

—Pues si merezco tu agradecimiento, no intentes invadir mi vida. Quiero que veas en mí solo a una colaboradora que quiere hacer tu estancia en Alemania agradable, no una posible conquista o algo así. Hay alguien en mi vida y le soy fiel. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo.

—Bueno, ahora dejaré que te instales. Haz una lista con cuanto creas que vas a necesitar. Esta tarde a las cuatro te recogerá el chófer. Yo te estaré esperando en los almacenes Wertheim. ¡Ah, por cierto, se me olvidaba: toma este sobre!

Abrió el bolso y extrajo un sobre abultado, color vainilla, con el membrete del Ministerio del Interior.

No estaba cerrado. Cáiser lo abrió y extrajo su contenido.

—Es tu cartilla de racionamiento y el documento con tu número provisional de registro como súbdito extranjero, para que puedas circular por Berlín. El definitivo te lo entregarán en cuanto tengan tu foto. La haremos en el propio Ahnenerbe, donde hay un gabinete fotográfico, pero quizá antes quieras pasar por el barbero.

—¿Por el barbero?

—Sí, quizá sea mejor un corte de pelo más..., no sé..., más alemán.

—¿Qué tiene este de malo? —preguntó Cáiser.

—Ese pelo tan largo no se estila en Alemania. Aquí los jóvenes usan un corte militar, al cero alrededor de la cabeza y un poco más crecido por arriba.

—Pensarán que soy alemán.

—De eso se trata. —Meike sonrió—. El Reich va a acogerte como a uno de los suyos. No dejarás de ser español, por supuesto.

El sobre contenía también un folleto desplegable.

—Es para la *Verdunklung-Aber wie?* —dijo Meike.

—Ni idea, lo siento.

—«Oscurecimiento, pero ¿cómo?» —tradujo ella—. Son las instrucciones para el oscurecimiento que deben cumplirse en Berlín. A partir de las seis tienes que correr las cortinas de cualquier habitación antes de encender la luz. Te aconsejo que, además, salgas a la calle y compruebes que no se filtra ni el más leve resplandor. Hay multas para los transgresores. Si algún transeúnte descubre una raya de luz en tus ventanas, le faltará tiempo para denunciarlo a la policía. Sobre la mesa del recibidor tienes una linterna con su filtro por si alguna vez tienes que salir a la calle, porque las farolas no se encienden.

Cáiser dedujo el motivo de tantas precauciones.

—Pero ¿es que hay bombardeos?

—Unos pocos —comentó Meike, elusiva—. Comenzaron este verano. Los piratas ingleses siempre vienen de noche. Ahora parece que se han calmado porque perdían muchos aviones.

Meike se despidió.

Por la tarde, a la hora indicada, el Mercedes del Ahnenerbe recogió a Cáiser y lo llevó a la Leipziger Strasse, un bulevar con tranvías donde se agrupaban muchas tiendas de bronce, de porcelana de Dresden, de seda oriental y de artículos de cuero. Los almacenes Wertheim ocupaban toda una manzana.

Meike lo recibió sonriente al borde de la acera. Ya llevaba en las manos unos cuantos paquetes que transfirió al chófer.

Cáiser levantó la cabeza para abarcar los seis pisos y dos áticos del edificio.

—¿Todo esto es tienda? Nunca he visto nada semejante. —Pensó en su madre, en cómo disfrutaría allí, aunque solo fuera mirando aquella abundancia. Quizá algún día podría traerla.

—¡Todo tienda! —dijo Meike. Le divertía la admiración del español por algo que a ella, berlinesa, le parecía tan natural.

Entraron. El edificio tenía ochenta y tres ascensores, pero Meike prefirió llevar a su huésped por las escaleras mecánicas, cuyos gastados peldaños de madera subían y bajaban transportando cómodamente a una muchedumbre de

compradoras.

Cáiser expresó su admiración por aquel ingenio.

—¡Y además hay ascensores, qué derroche!

Adquirieron un ajuar completo: sábanas, toallas, mantas, un albornoz, ropa interior de caballero, cacharros de cocina, una cubertería, una vajilla y unas botas de montaña, imprescindibles para el futuro ciudadano alemán.

De regreso tuvieron que hacer tres viajes de ascensor para depositarlo todo en el piso.

—Casi una mudanza.

—Queremos que te sientas cómodo. Piensa que en tu vida se abre una nueva etapa. Tu vida verdadera será esta, no la que dejas atrás. Ahora ordénalo todo porque mañana a las nueve me paso a recogerte: visitaremos cierto lugar fuera de Berlín.

Cáiser acompañó a su anfitriona hasta la puerta y le abrió el ascensor.

—*Heil Hitler* —se despidió ella.

Un poco sorprendido de que el saludo siguiera vigente en la intimidad, Cáiser correspondió con otro «*Heil Hitler*» algo deslabazado. Era ridículo, pero pensó que tendría que acostumbrarse si no quería desentonar.

El ascensor se puso en marcha. Miró como Meike, tan apetecible, se hundía en el suelo. Cuando desapareció, se volvió hacia la entrada del piso que permanecía abierta. En el marco de la puerta descubrió una hendidura regular con las señales de dos tornillos: el lugar donde un día estuvo la mezuzá. Comprendió que aquella vivienda había pertenecido a una familia judía. Probablemente también el resto de la casa, como todos los comercios cerrados de los patios porticados que la rodeaban.

Aquella tarde, cambiando impresiones con Cayetano, le dijo:

—Oye, me han endilgado una cartilla de racionamiento, como en España.

—No creas que es lo mismo —le advirtió Cayetano—. Aquí se come mucho mejor, como verás. No es que haya hambre. Lo de las cartillas es solo para controlar los abastecimientos y para que la gente no olvide que estamos en guerra.

Capítulo 19

BAJO LAS BOMBAS

Dos días después de estrenar su flamante vivienda, en la madrugada del 15 de noviembre, el aullido de las sirenas despertó a Cáiser. Alarma aérea. Súbitamente despabilado, encendió la lámpara de la mesita de noche y miró la hora. Las cinco y cuarto de la madrugada, todavía noche cerrada. Meike lo había aleccionado sobre la obligación de bajar a la carbonera del sótano, que era suficientemente sólida para servir de refugio, pero Cáiser decidió quedarse arriba para asistir al espectáculo. Ya había padecido bombardeos artilleros durante la guerra española, pero nunca un bombardeo aéreo tan intenso como los que padecía Alemania. Al parecer, los berlineses habían salido a una media de dos bombardeos semanales aquel otoño, pero entrado el invierno las visitas de la RAF se habían ido espaciando.

Cáiser se encajó las zapatillas de felpa, se puso un jersey sobre la chaqueta del pijama y la bata de lana, y fue al salón. Con las luces apagadas, apartó el oscurecedor de la ventana principal. La niebla nocturna había mojado los raíles del tranvía, que despedían un brillo tenue. Un solitario *Luftschutzwart*, como llamaban al vigilante del oscurecimiento, le recordó a los serenos madrileños. El hombre recorría la acera a paso ligero mirando las ventanas del vecindario en busca de algún resquicio de luz que denunciar o de algún transeúnte despistado al que guiar antes de ponerse a salvo él mismo en el refugio más próximo.

Un creciente rumor lejano que le resultó vagamente familiar provenía del cielo, pero los aviones volaban demasiado altos para que pudiera distinguirlos. Aún debió aguardar diez minutos antes de que, en la oscuridad

de la noche, aparecieran unas estrellitas rojas, las bengalas con pequeños paracaídas que lanzaban los aviones exploradores para delimitar el blanco. De pronto se encendieron hasta cien potentes focos antiaéreos y otros tantos chorros de luz exploraron el cielo al tiempo que las baterías de la defensa antiaérea, la Flak, disparaban contra el cielo y arriba se abrían, como fuegos artificiales, las flores de fuego de las explosiones.

El bombardeo duró menos de una hora. Cuando se alejó el rumor de los aviones y la Flak dejó de disparar, todavía permanecieron encendidos los focos, explorando las tinieblas, en busca de algún aparato rezagado. Después, sonaron las sirenas avisando de la *Entwarnnung*, el final de la alarma.

Eran ya más de las seis, y aunque todavía era de noche, no valía la pena regresar a la cama. Cáiser se dirigió a la cocina y se preparó una tostada de pan de centeno y Kaffee-Ersatz. Estaba desayunando cuando sonó el teléfono. Era Meike.

—¿Has visto el bombardeo de los bandidos ingleses? —Su voz sonaba alarmada—. ¿Has bajado al sótano?

—En cuanto sonaron las sirenas —mintió—. Acabo de regresar.

—Las bombas han caído en los alrededores de Alexanderplatz, en Wedding y en el Lustgarten. Parece que iban buscando la fábrica de tanques de Wedding. En cualquier caso, este incidente no altera nuestro programa. Te recojo en la acera, frente a tu casa, a las nueve.

Aquel día el tema de conversación fue el bombardeo de los bandidos ingleses. «Bandidos», así los calificaba la prensa, la misma que alababa los bombardeos alemanes sobre Inglaterra, practicados sobre industrias o sobre objetivos militares, nunca sobre la población civil, o eso aseguraban.

La gente se desviaba camino del trabajo para pasar ante los edificios siniestrados, donde los bomberos intentaban averiguar si quedaba alguien vivo bajo los escombros. En los cafés, parroquianos y camareros estaban pendientes de la radio. Todavía no se conocían las cifras de las víctimas ni se podían evaluar los daños. La defensa antiaérea había derribado no menos de veinte «aparatos piratas». Uno de ellos había caído sobre un barracón de la Reichsarbeitsfront, de los trabajadores extranjeros, en el distrito de Marienfelde, matando a treinta y tres de ellos.

Por la tarde telefoneó Cayetano.

—¿Cómo has escapado del bombardeo?

—Sin novedad —dijo Cáiser—. Ha sido muy vistoso.

—¿Tienes mucho que hacer esta noche? Es que le damos una copa de bienvenida en el restaurante Frasquita al nuevo corresponsal de *ABC*, Jacinto Miquelarena, que ha llegado el hombre justo a tiempo de ver los fuegos artificiales. ¿Te acuerdas de la camarera granadina? ¡Se la está tirando el bueno de Moraleda!

Capítulo 20

REMANDO POR EL LAGO

Meike consultó el reloj. Las nueve menos cinco y todavía esperaban en la confluencia de la Wilhelmstrasse con la Niederkirchnstrasse a que pasara la comitiva del ministro de Exteriores de Hungría camino de la cancillería del Reich. La habían desviado de su itinerario habitual para hurtarle la visión de un edificio alcanzado por las bombas. Por fin pasaron los tres mercedes negros con banderines del Reich y los nueve motoristas de escolta.

El policía urbano se apartó del centro de la calzada y con un vigoroso pitido y un movimiento del brazo dio licencia a los coches retenidos para que continuaran su camino.

—Acelere, Franz —le pidió Meike al chófer—. Debemos dar ejemplo a nuestro invitado de la escrupulosa puntualidad germana.

Había recibido la tarea de educarlo y estaba dispuesta a cumplirla. Hacer de Cáiser un nazi perfecto, un ejemplar irreprochable de la raza nórdico-germánica.

El tráfico era denso a aquella hora de la mañana, y para colmo un carro de reparto de cerveza se había accidentado en la Oranienstrasse. Un buen tramo de la calzada aparecía cubierto de apetitosa espuma. Tuvieron que aguardar a que retiraran unos cuantos barriles de la calle y a que el cochero apartara de la calzada a los dos percherones que tiraban del carro siniestrado.

Cáiser aguardaba en la acera, un gran paraguas negro abierto bajo la lluvia.

—Mil perdones —se excusó Meike—. Hemos tenido algunas incidencias por el camino. ¿Qué tal la clase de ayer con el capitán Weigel?

—Un profesor excelente. Ya sé decir: «*Ein Volk, Ein Reich, Ein Führer*».

—No está mal para el primer día —lo elogió Meike—. Hoy tenemos un programa de asueto, vamos a visitar un hogar del Lebensborn, o sea «fuente de vida», en el que jóvenes madres alemanas velan por la pureza de la raza aria.

Durante el trayecto, Meike se esforzó en instruir a su pupilo sobre las grandes ventajas sociales que había aportado el Führer al pueblo alemán.

—Antes se producían muchos abortos de madres solteras. Hoy, gracias al Lebensborn Eingetragener Verein o Asociación Registrada Lebensborn, el Estado les ofrece la posibilidad de permanecer y dar a luz en los hogares instituidos y de acompañar a sus hijos durante el periodo de lactancia. Después, el Estado busca una pareja adoptiva para el bebé. De este modo, la patria alemana no pierde lo más precioso que tiene, la sangre aria.

—Una labor muy humanitaria —ironizó Cáiser.

—No es solo por humanidad —apuntó Meike—. Es que Alemania necesita perentoriamente aumentar su población en, al menos, treinta millones de personas para cumplir con su destino histórico y ser una gran nación, el Grossdeutschland que deseamos. Al propio tiempo ese aumento debe hacerse procurando mejorar la raza para purificar el tronco ario de mezclas indeseadas. Por eso se aconseja a cada escogido miembro de las SS que tome esposa y la deje embarazada antes de partir al frente.

Cáiser, vuelto en su asiento, se deleitaba con fingida atención en la contemplación de aquella muchacha tan bellamente aria. La deseaba. Hacía más de un mes que no tenía entre sus brazos a una mujer y lo acosaban urgencias varoniles, especialmente desde que había mejorado su dieta alimenticia.

Mientras la mente de Cáiser vagaba en pos de estos pensamientos, Meike proseguía con su lección de germanidad.

—Los alemanes guerreamos para conseguir nuestro *Lebensraum*, el espacio vital, ¿entiendes? Una nación solo existe cuando ocupa el territorio necesario para mantener a su gente. En otro tiempo, los germanos poseíamos un espacio vital amplio que abarcaba desde las llanuras de Asia hasta España. ¿Recuerdas la necrópolis de Castiltierra donde nos conocimos? En aquellas tumbas visigodas estaba el testimonio vivo de la expansión de los antiguos

germanos. Tú mismo, en tu familia, eres un testimonio vivo de la pervivencia de nuestra sangre tan al sur de Europa.

Cáiser se volvió entre sorprendido y divertido.

—¿Me estás diciendo que el territorio español pertenece al Reich?

—No es eso —replicó Meike—. España es un buen aliado de Alemania. Lo que digo es que existe un grado de parentesco. Sin embargo, Alemania precisa nuevas tierras para desarrollarse como la nación poderosa que debe ser. Existe una intolerable desproporción entre la población alemana y la superficie territorial que ocupa, ¿entiendes?

—Entiendo. Quieres decir que estáis como piojos en costura.

—¿Cómo?

—Es un dicho español. Quiere decir que estáis demasiado apretados, como en un autobús en hora punta, ¿comprendes?

A Meike le costó un poco captar la idea, distendió un poco aquella boca tan jugosa y deseable, frunció el ceño abriendo camino al pensamiento, pero finalmente asintió.

—Eso. Exactamente. Por eso Alemania debe expandirse hacia el Este, por el territorio polaco y por el soviético. No se trata solo de recuperar la tierra que nos arrebataron tras la Primera Guerra Mundial, sino de conquistar y después colonizar nuevos espacios al Este. No solo para asegurar el sustento a la población, sino, y sobre todo, para garantizar su supervivencia.

—Pero ¿qué me dices de la gente que puebla esas tierras?

Meike miró a su pupilo con cierta piedad. Era un hombre inteligente y culto, pero a causa de las deficiencias de su educación ignoraba conceptos básicos que en Alemania todo mozalbete que hubiera pasado por los campamentos de la Hitlerjugend conocía. Se armó de paciencia para explicárselo.

—Esas feraces tierras del Este están ocupadas ahora por individuos de raza eslava, infrahombres de inteligencia limitada, descendientes de los antiguos bárbaros de las estepas. Como dignos descendientes de aquellas hordas, viven prácticamente en pocilgas y cultivan la tierra solo lo justo para sobrevivir. Son como animales. A la larga tendrán que cedernos esas tierras que racialmente nos pertenecen.

—¿Cómo es que os pertenecen?

—La raza nórdico-germánica vino del sureste, de Nepal.

Cáiser no salía de su asombro.

—¿De verdad crees que Alemania debe expandirse hasta el Himalaya?

—Tanto no será necesario, pero al menos hasta los Urales y hasta el Cáucaso. ¿Tú has visto el espacio del globo que ocupa el imperio británico? De una islita de nada, que además es pobre, han forjado el mayor imperio del mundo. ¿Y Francia? Media África es suya. ¿Por qué Alemania debe conformarse con no tener imperio? Alemania necesita materias primas para subsistir, buenas llanuras agrícolas y sobre todo petróleo, todo el que sobra en Rumanía y en la URSS. Los norteamericanos han exterminado a los indios en su expansión hacia el oeste, el destino manifiesto llaman a su *Lebensraum*, ¿por qué no podemos nosotros buscar nuestro espacio y nuestras materias primas en el Este? Los rusos poseen dieciocho veces más tierra por habitante que los alemanes. Alemania empujará a esos bárbaros de vuelta a las estepas originarias, más allá de los montes Urales, y recuperará el territorio que un día perteneció a nuestros ancestros. Nosotros le sacaremos todo el provecho necesario y produciremos alimentos suficientes para alimentarnos y alimentar al mundo. Alemania impondrá un Orden Nuevo más justo cuando sea la gran potencia rectora de la humanidad.

Meike acabó su perorata con una alusión a la limpieza de la sangre y a la mejora de la raza.

—¿Es cierto que el Reichsführer tuvo una granja de pollos antes de ingresar en el partido nazi? —preguntó Cáiser.

—Creo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

Parecía un poco desconcertada.

—Bueno, ese puede ser el origen de su preocupación por la mejora de la raza.

—Aunque así lo fuera, no invalida la excelencia de la propuesta —replicó Meike, molesta—. La raza humana se puede y se debe mejorar, del mismo modo que los ganaderos mejoran la de los animales.

Se había sulfurado verdaderamente la rubia. Cáiser comprendió que era mejor no contrariarla. Tenía tan arraigados los dogmas de la religión nazi que rechazaba agresivamente cualquier discusión. Quizá fuera prudente gastar con ella menos confianzas y guardarse los pensamientos para sí o para

cuando estuviera con los amigos españoles. Ya le había advertido Garriga que los alemanes están educados para velar por la ley y denunciar al que la transgrede.

—En España despistamos a la policía si podemos para proteger al delincuente, porque nos parece que es una víctima de la sociedad —decía Garriga—. En Alemania, no. Ves cualquier desviación de la norma en tu vecino, en tu compañero o en un familiar y le vas con el cuento a la policía. Incluso han acuñado una expresión, «vistazo alemán», que es el que ocurre cuando dos amigos se encuentran y, antes de intercambiar un comentario que pudiera ser peligroso, echan un rápido vistazo a un lado y a otro para asegurarse de que nadie los escucha. La Gestapo, a la que todo el mundo teme, tiene en realidad poco personal, porque el pueblo alemán, con pocas excepciones, actúa como informador. Es un caso parecido al de nuestra Inquisición. La Inquisición tenía «familiares», así llamaban a los agentes voluntarios que informaban de cualquier persona sospechosa.

Garriga no exageraba, advirtió Cáiser. «Más vale que te andes con cuidado con la rubia», pensó. La perspectiva de regresar al tejero de Fresno de Cantespino y de que sus padres perdieran las ventajas obtenidas lo alarmó. Hizo firme propósito de que en lo sucesivo seguiría la corriente a sus anfitriones del Ahnenerbe, por extravagantes que le parecieran sus propuestas.

Habían salido de Berlín y discurrían por la autopista del sureste. Pasado el puente sobre el Spree tomaron la desviación a la derecha y, después de atravesar un bosquecillo en el Grosser Müggelsee y dejar atrás un par de granjas con melancólicas vacas en los prados del entorno, llegaron a un altozano sobre el que se levantaba un edificio blanco con aspecto de hospital u hotel en cuya fachada ondeaba una bandera negra con las dos runas de las SS en plata.

—El Lebensborn Dora —anunció Meike.

Aparcaron en el rectángulo de gravilla que delimitaba el jardín delantero. Cáiser señaló la inscripción en letra gótica que recorría la fachada del muro exterior, entre la planta baja y el primer piso.

—Solo entiendo la primera palabra: Deutschland —dijo representando su aceptado papel de gustoso colaborador del Reich.

—Pronto entenderás el resto —le aseguró Meike en tono conciliador, apreciando su nuevo talante. Y le tradujo—: «Alemania debe procurar que solo engendren hijos los individuos sanos, porque el hecho de que personas enfermas o incapaces pongan hijos en el mundo es una desgracia, en tanto que el abstenerse de hacerlo es un acto altamente honroso».

Cáiser hizo un gesto apreciativo como si aquello le pareciera de lo más puesto en razón.

La directora del Lebensborn, *Frau Schulze*, una cincuentona de aspecto castrense, zapatos bajos, severo traje cruzado y moño occipital, hacía pocas concesiones a la femineidad. Recibió a los invitados en el amplio vestíbulo de su establecimiento, decorado con carteles que encomiaban la fecundidad alemana y, después de un vistazo fugaz a las tetas de Meike, observó a Cáiser descaradamente, con la mirada perita que él conocía de los tratantes de ganado en las ferias de su lejana patria española, una mirada evaluadora de quien sabe apreciar a un soberbio ejemplar nórdico-germánico.

—Iréis después al campamento de Glaube und Schönheit, supongo —dijo a Meike.

—Esa es la idea —respondió la muchacha.

La visita al Lebensborn resultó muy instructiva. Fuera hacía frío, pero dentro se estaba calentito. Cáiser notó la abundancia de radiadores en salas y pasillos.

—Aquí viven setenta y tres mujeres, entre internas y personal médico, y solo tres hombres: un chófer, un encargado de mantenimiento y un anciano administrador y contable —traducía Meike las explicaciones de la directora según pasaban de una estancia a otra.

—Admirable —comentaba Cáiser.

Enfermeras, gestantes y lactantes vestían la misma bata blanca y hacían la misma graciosa inclinación, acompañada de una sonrisa, al paso de los visitantes. Recorrieron todas las instalaciones: el comedor colectivo, el paritorio, el hospitalillo, la sala de cunas —en la que hasta quince bebés aguardaban la hora de amamantarse— y la sala de estar de las madres lactantes, provista de un gran receptor de radio Telefunken, de cómodos sillones y de mesitas bajas con un surtido de revistas patrióticas. También visitaron los dormitorios de las internas, algunos de ellos individuales, otros

colectivos, la bien provista cocina y los amplios lavaderos, en los que cuatro mujeres contratadas en las aldeas del entorno atendían la colada y la plancha.

La directora del centro los acompañó hasta la entrada.

—Pregunta qué te ha parecido —tradujo Meike.

—Estoy impresionado —mintió Cáiser—. Admirable organización y orden. Me parece... una fábrica de patriotas.

Frau Schulze dedicó al adonis ario una afectuosa sonrisa, seguida de la típica inclinación castrense, y lanzó un enérgico «*Heil* Hitler», brazo en alto, que sus huéspedes correspondieron debidamente.

De regreso al coche, dijo Meike:

—Ahora nos toca visitar un campamento de Glaube und Schönheit que hay aquí cerca, donde nos esperan para comer. Cuando una joven alemana cumple diez años se encuadra en la Jungmädelgruppe de su lugar de residencia y entre los catorce y los dieciocho años, en Bund Deutscher Mädel (BDM).

—El equivalente en España es la Sección Femenina.

—Lo sé, la han copiado de la nuestra —comentó Meike con orgullo—. Las chicas del BDM pasan obligatoriamente dos periodos en granjas, ayudando a los campesinos, y otros dos en estos campamentos. «Glaube und Schönheit», aquí tienes dos palabras nuevas para añadir a tu vocabulario, significan «creencia y belleza», porque en estos campamentos se atiende tanto a la formación del espíritu alemán como a la del cuerpo, con ejercicios gimnásticos y gimnasia artística. También se turnan para hacer prácticas de puericultura en el Lebensborn que acabamos de visitar.

—Eficiencia alemana —comentó Cáiser, atento a su propósito de no emitir críticas y de alabarlo todo.

A Meike se le saltaron las lágrimas. Aquel hombre empezaba a ser de los suyos y ella lo estaba modelando, lo estaba ganando para el Reich. Pronto sería un modelo de la raza.

—En el fondo son todos unos románticos —le había advertido Garriga—. Bestiajos, pero románticos.

El campamento era un conjunto de barracas de troncos, cada una con capacidad para veinte chicas. Las barracas se agrupaban en torno a una plaza circular, empedrada, en cuyo centro se levantaba un airoso mástil del que

pendía fláccida, empapada por las recientes lluvias, una gran bandera con la esvástica.

En la adyacente pista de deportes, una cincuentena de muchachas predominantemente rubias trotaba con gran bamboleo pectoral a las órdenes de una instructora. Los atuendos deportivos, camiseta blanca y pantaloncitos negros, dejaban al descubierto el aterido muslamen. En ciertos movimientos incluso se les veían las bragas.

—¿No pasan frío esas criaturas? —preguntó Cáiser.

—Se trata de endurecerlas para que sean fuertes madres alemanas —dijo Meike—. ¿En España no hacen gimnasia las chicas de Falange?

—También, pero llevan pololos.

—¿Pololos? ¿Eso qué es?

—Una especie de calzones anchos hasta cerca de las rodillas.

Meike rio de buena gana.

—¡Muy gazmoñas! Aquí cultivamos la belleza del cuerpo desnudo y el sexo sano.

—Eso me estaba pareciendo.

—Pero después no son nada descocadas. Las mujeres, como los hombres, nos debemos al Estado. Ya sabes, las tres kas: *Kinder, Küche, Kirche*, «niños, cocina e iglesia», del mismo modo que los hombres tenéis vuestras tres kas: *Krieg, Kraft y Kampf*, «guerra, fuerza y lucha».

—Tomo nota —dijo Cáiser. Y pensó: «Voy a necesitar paciencia para tragarme muchos sapos. Todo sea por la causa familiar».

Las chicas acometieron un cuadro de gimnasia rítmica con aros y balones. Era un espectáculo de singular belleza, las muchachas tan bellamente conjuntadas, atentas a los pitidos de la instructora.

—A veces, Glaube und Schönheit organiza bailes y convivencias con soldados que regresan del frente, visitas a fábricas y cuarteles, expediciones para los congresos del partido y convivencias con chicos de las juventudes hitlerianas, *das Deutsche Jungvolk in der Hitler-Jugend*. De este modo, las chicas entran en contacto con chicos de su edad y con la vida de la nación.

—¿Y no resultan algunas preñeces de esas convivencias patrióticas? —se atrevió a preguntar Cáiser.

—Cierto —respondió Meike—. En el gran mitin de Núremberg, en 1936,

convivieron durante dos días cien mil muchachos y muchachas de las Juventudes Hitlerianas, lo que resultó en novecientos embarazos de menores de dieciocho. En más de la mitad de los casos no se pudo determinar quién era el padre, pero todas ellas tuvieron a sus hijos y los alimentaron en los Lebensborn. Después de la lactancia, ellas regresaron a sus hogares, orgullosas de ser madres alemanas, para seguir con sus vidas, casarse y formar familias, y los niños que tuvieron se entregaron a familias adoptivas que los educan como buenos ciudadanos. No hay de qué avergonzarse. Son hijos del Estado, apadrinados por el Führer. Ni una gota de excelente sangre aria se pierde. La sangre y nosotros pertenecemos al Reich. En Alemania, toda mujer en edad de procrear tiene la obligación patriótica de hacerlo.

Por un momento Cáiser sintió la tentación de preguntar: «¿Por qué no procreas tú?», pero se contuvo considerando que quizá Meike tenía razones íntimas para sustraerse a la norma general.

—En Alemania ser estéril es una desgracia —seguía explicando Meike—, pero afortunadamente no abundan los *bevölkerungspolitische Blindgänger* o fracasos demográficos.

Lo decía con absoluto convencimiento, incluso con vehemencia, lo que la hacía parecer a los ojos de Cáiser todavía más irresistible.

—Ya veo que está todo calculado, pensado y medido —dijo Cáiser—. Eficiencia alemana.

Meike, emocionada, era incapaz de captar la ironía. Tampoco captaba la sensualidad implícita en aquella mirada atenta con la que el español parecía recibir su adoctrinamiento.

Pasaron junto a un panel de ladrillo en el que había un poema en letra gótica con capitales en rojo.

—Es la letra del himno de la escuela: «La sangre es sagrada y sacrosanta» —dijo Meike—. ¿Reconoces algunas palabras?

Cáiser repasó aquellas líneas ininteligibles que la caligrafía gótica tampoco contribuía a facilitar. Señaló unas pocas palabras que entendía, pero su alemán era todavía insuficiente para captar el sentido del mensaje. Meike tradujo, señalando cada verso: «Mantén pura tu sangre, / No te pertenece en exclusiva, / Te llega de muy lejos, / Y más lejos fluye. / De mil antepasados / El rastro aún conserva / Y contiene el futuro. / Ella es tu vida eterna».

—Es admirable —mintió Cáiser—. Y debo decir que en los labios de una mujer hermosa suena especialmente bien.

Meike no captó el cumplido.

—Hitler nos devolvió el orgullo de ser alemanes —prosiguió con los ojos arrasados en lágrimas—. ¿Tú sabes cómo nos encontró el Führer cuando se hizo cargo de nosotros, su pueblo? Humillados por los vencedores de la guerra y empobrecidos por los políticos del Weimar, que vendieron la industria y la agricultura al capital extranjero y condenaron al paro y a la pobreza a millones de alemanes. Antes de la Gran Guerra éramos la admiración del mundo por el orden, la capacidad de trabajo, la disciplina, el ahorro y la capacidad moral. Ningún pueblo del mundo había alcanzado nuestro bienestar ni nuestra cultura. Después vino la guerra, a la que nos abocaron Inglaterra y Francia, temerosas de que les arrebatáramos sus mercados. Tras la derrota, los comunistas y los especuladores judíos colaboraron con los enemigos en la postración de Alemania. Hacía falta un Führer que nos redimiera, que nos devolviera la ilusión, que nos alumbrara nuevamente el camino de nuestro destino y que hiciera de nosotros el pueblo orgulloso y dueño de su futuro que hemos vuelto a ser.

En la cabecera del comedor, sobre una tarima elevada presidida por la imagen del Führer y la bandera de la esvástica, habían dispuesto una mesa corrida donde se sentaron los invitados, acompañados de la directora del campamento, otra cincuentona de cabello gris recogido y aspecto de virago, y media docena de instructoras.

Durante unos momentos reinó cierto desorden cuando una tromba de muchachas irrumpió en el salón y ocupó las mesas con bancos adosados que se alineaban hasta el fondo. Cuando estuvieron acomodadas, la directora hizo una señal a la instructora de más autoridad, que hizo sonar el silbato imponiendo silencio.

En posición de firmes frente a sus platos y vasos de aluminio, las muchachas atendieron a las palabras con las que la directora presentaba a sus invitados y en especial al soberbio ejemplar de raza nórdico-germánica que atraía las miradas de las chicas, todas en esa edad romántica en la que anhelan la llegada de un príncipe azul guapo, alto, rubio y de ojos azules; ario, en suma.

A continuación tomaron asiento, y mientras las demás se enfrascaban en animada charla, la jefa de cada mesa se dirigió a la cocina para recoger la sopa del grupo.

En la mesa presidencial servían dos muchachas que habían añadido guantes blancos al uniforme de las *Deutscher Mädels*. Notó Cáiser que lo miraban con cierto arrobo y lo atribuyó al alboroto hormonal de la edad y al hecho de que llevaran tiempo encerradas sin compañía masculina.

A la sopa de patata, sabrosa, con sal abundante, siguió una gruesa salchicha *Blutwurst*, de sangre e hígado, con guarnición de col fermentada y puré de nabo. A Cáiser le sirvieron una salchicha entera, pero el resto de los comensales de la mesa presidencial solo alcanzaron media salchicha y las internas que llenaban la sala, tan solo un tercio de salchicha por cabeza. Un pueblo observante de las jerarquías.

La salchicha estaba estupenda, pero el gusto español no se acomodaba igual a la col. Cáiser procuró dispersarla por el plato para que no pareciera que la dejaba intacta.

El día había estado indeciso, con intervalos de nubes. De pronto un rectángulo de sol penetró por la ventana y al incidir en el muro se reflejó en el retrato del Führer y alegró los colores del centro floral que adornaba la mesa.

El glorioso momento mereció un comentario de Meike:

—*Frau* Miller, la directora, tiene un hermano aviador. Me estaba contando que el bombardeo del otro día sobre Coventry arrasó por completo la ciudad. Al parecer los ingleses están tan aterrorizados que las turbas se están manifestando para obligar al gobierno a firmar un armisticio.

—Eso está bien —comentó Cáiser—. A ver si se acaba la guerra.

Cáiser, nuevamente ajeno a la conversación, se centró en vencer la tentación de coger otro panecillo de la cestita y rebañar con una sopa la salsa que quedaba en el plato. Ya Cayetano le había advertido de que los alemanes son muy rigurosos con las normas de comportamiento en la mesa, como con todo lo demás, y que mojar sopas se considera en el Gran Reich indicio de muy mala educación. Cáiser rechazó la tentación. «Después de todo, el pan de centeno que come esta gente no empapa bien», se consoló.

—Se han retirado las nubes —dijo Meike—. Al final va a quedar un día estupendo.

Meike y la directora del campamento intercambiaron una mirada cómplice.

—Quizá —dijo Meike— te apetezca un paseo por el lago. Es uno de los lugares más paradisíacos de los alrededores de Berlín.

Llegaron de nuevo las chicas con los postres: natillas *Ersatz* hechas Dios sabe de qué en abollados cubiletes individuales de aluminio.

Había una inscripción gótica —otra— en el muro. Cáiser llevaba rato intentando descifrarla.

—¿Lo entiendes? —preguntó Meike, solícita.

—No mucho, la verdad.

—Es una cita del Führer: «También la mujer tiene su campo de batalla; con cada niño que trae al mundo y ofrece a la nación participa en la lucha por el bien de esta».

—Admirable, admirable.

Levantados los manteles, salieron a pasear por el prado. Bajo el sol, que avivaba los colores, relucía la hierba mojada como si la llanura estuviese tapizada de brillante esmeralda.

Era la hora del recreo antes de las tareas de la tarde. Las chicas desplegaban sobre la hierba mojada toallas y esteras de gimnasia y se tendían al sol, las faldas levantadas.

La directora llamó a las dos beldades que habían oficiado de camareras de la mesa presidencial y las invitó a unirse al grupo de directivos que acompañaba a los visitantes en su recorrido por las instalaciones. Bajaron charlando hasta el embarcadero del lago, en el que se alineaban hasta seis barcas de remos y alguna más de pedales.

El sol espejeaba en el agua y las ramas de los árboles que festoneaban la orilla se reflejaban en ella creando inéditas combinaciones de color y luz.

Cáiser, aislado por su desconocimiento del idioma, observaba en silencio. Quizá recordaba algunos pasajes de su vida, paseos por el Retiro en buena compañía, en torno al lago del Palacio de Cristal.

Bruscamente, una llamada de Meike lo sacó de sus pensamientos.

—Le he contado a la directora que te interesa la Historia y te propone una visita a las ruinas de un castillo, al otro lado del lago.

—*Ich danke Ihnen* —pronunció Cáiser, echando mano de la fórmula de

agradecimiento en alemán culto que el capitán Weigel le había enseñado la víspera.

—Inge y Elfriede te acompañarán —dijo Meike, refiriéndose a las chicas que habían servido la comida.

Ellas sonreían expectantes.

Las chicas eran expertas remeras, pero a ruegos de Cáiser le cedieron los remos. Sentadas frente a él, las faldas arremangadas para que el sol les bronceara los muslos, intercambiaban confidencias entre pícaras risitas. Un poco cohibido, pero también excitado, Cáiser se esforzaba en desviar la mirada de los muslos adolescentes.

Al otro lado del lago había un rústico embarcadero. Amarraron la barca a la anilla pendiente de un grueso tronco. Ayudadas por Cáiser, Inge y Elfriede saltaron a tierra. Por señas le indicaron que Inge prefería nadar mientras ellos visitaban las ruinas. Uniendo la acción a las palabras, la chica se despojó de la ropa, mostrando fugazmente un pubis tenuemente revestido de vello rubio, y se lanzó al lago.

Las ruinas no tenían demasiado interés, apenas unos muros carcomidos y cubiertos de yedra entre los que crecía potente la arboleda. Una torre que conservaba parte de la techumbre servía de caseta de herramientas para los peones forestales. Elfriede se volvió hacia Cáiser y, sin decir palabra, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en los labios. Era mucho tiempo sin mujer. Inmediatamente se sintió crecer el miembro, la atrajo contra su pecho y se lo hizo sentir. Elfriede se desasíó un momento, tomó una estera de paja que había encima de las canastas, la extendió sobre la hierba seca y, despojándose de los vestidos, se tendió sobre ella sonriente, expectante.

Boca arriba, dejando a Elfriede la iniciativa, Cáiser contemplaba el acompasado vaivén de los grávidos pechos en el marco de un copudo roble cuyas ramas tornasolaba el sol de mediodía.

Cuando regresaron al embarcadero, Inge tomaba el sol medio adormecida, todavía desnuda. Las muchachas intercambiaron pareceres y risas. Un poco incómodo, Cáiser supuso que Elfriede le estaba relatando a su amiga detalles de su reciente aventura. Eso debió ser, porque Inge se puso de pie y, tomándolo de la mano, se dirigió a las ruinas. A Cáiser se le disiparon las últimas dudas cuando vio que la muchacha se encaminaba derechamente a

la estera de paja.

Después de dos horas de agradable esparcimiento al otro lado del lago, los excursionistas regresaron al campamento, con Elfriede e Inge a los remos mientras Cáiser descansaba de los trabajos pasados.

De regreso a Berlín, Meike notó al español un poco ensimismado.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó.

—Sí, ha sido una visita muy interesante.

—¿Y las chicas del lago han sido amables contigo?

—Muy amables.

Meike reprimió apenas una carcajada.

—Ya veo que ha habido *rekrutenmachen* —dijo.

—No entiendo —dijo Cáiser un poco mosqueado.

—Sí, hombre, *rekrutenmachen*, literalmente «hacer reclutas». Nada de qué avergonzarse: has contribuido al crecimiento del ejército alemán forjando dos futuros soldaditos.

—¿Te lo han contado? —dijo Cáiser, sintiendo que se sonrojaba hasta la raíz del cabello.

—¡No tenían que contármelo, me lo he imaginado! Las chicas lo deseaban. ¿No viste cómo te miraban durante la comida? Espero que lo hayáis pasado bien.

Cáiser se tomó unos minutos para asimilarlo. A Meike no le importaba. Era una chica liberal, tan distinta de las españolas.

—Solo me preocupa que, en fin, no quisieron tomar precauciones —dijo Cáiser—. Ninguna de las dos.

—¿Por qué habían de tomarlas?

—No sé. Alguna podría quedar embarazada.

—Es lo que las dos quieren: quedar encinta. La directora las escogió como acompañantes tuyas porque las dos estaban en el décimo día después del comienzo de la menstruación, el óptimo momento reproductivo.

—¿Y me lo dices así?

—Claro. Es que es algo natural. No hay nada de malo en ello. Alemania necesita hijos.

—Pero así, solteras...

—¡Oh, Herminio, olvida tus prejuicios españoles! Estás en Alemania, tu

nueva patria. Debes empezar a pensar como alemán. Ya te dije que muchas mujeres solteras tienen hijos y el Führer los apadrina. Son el futuro de Alemania. No necesitan ser hijos de padre reconocido, basta con que sean arios e hijos del Reich.

Aquella noche, en la cervecería Taufel, le preguntó Cayetano:

—¿Cómo te ha ido tu primer día de trabajo? ¿Te tratan bien los germanos?

—A cuerpo de rey. Fíjate que no soy muy de Iglesia y le estoy rezando a san Ataúlfo en agradecimiento por los favores recibidos...

Cayetano soltó una carcajada franca.

—Y ¿por qué a san Ataúlfo?

—Hombre, el primer rey godo. Si él no invade España, esta gente no me tendría ahora en palmitas.

—Ni tú serías descendiente de los godos.

—Vete a saber de quién desciendo. También podría ser que este pelo mío viniera de los moros sirios que invadieron España cuando el emirato de Córdoba. Antes de la guerra asistí a una conferencia de don Miguel Asín Palacios en la que nos contaba que los sirios eran de pelo azafranado, piel pecosa y ojos claros.

—Pues eso no se lo digas a la teutona, no sea que te deje sin cenar. — Cayetano se rio.

Capítulo 21

LA SANGRE DE LOS HÉROES

En los días siguientes, Cáiser se sometió a un programa de germanización intensiva. Por la mañana tomaba el tranvía y cruzaba la ciudad para desplazarse hasta la sede del Ahnenerbe en Dahlem. En Berlín era frecuente que la policía militar o la Gestapo solicitara la documentación a hombres en edad militar ataviados con ropas civiles. Para conjurar la eventualidad de una detención, Cáiser iba provisto de un pasaporte firmado por el propio Himmler en el que se instaba a la autoridad a tratarlo con todo miramiento y a facilitarle las cosas, dado que era un huésped ilustre del Reich.

Almorzaba en la propia sede del Ahnenerbe, casi siempre en compañía de Meike y de algún otro miembro de la ilustre institución. Por la tarde se trasladaba al número 8 de la Prinz-Albrecht-Strasse, donde lo aguardaba el capitán Weigel con su gloriosa manquedad, subrayada por la manga vacía y prendida a la guerrera. Después de hora y media de alemán intensivo, Cáiser tomaba el tranvía número 10 para reunirse con Meike en Dahlem para otra clase de doctrina racial, el tema recurrente del Ahnenerbe. Esas dos medias horas de trayecto entre un centro y otro eran el único tiempo de recreo del que podía disfrutar en su atareada jornada laboral.

Cáiser no dejaba de asombrarse ante las peregrinas teorías raciales que los científicos del Ahnenerbe habían desarrollado. Algunas le parecían auténticas chifladuras, pero se guardaba bien de criticarlas, consciente de que a aquella gente tan dogmática era mejor seguirle la corriente. En sus conferencias, Meike traducía párrafos esenciales del manual del doctor Hans F. K. Günther *Kleine Rossenkunde des deutschen Volkes*, «Breve teoría de la raza del

pueblo alemán», el vademécum del Ahnenerbe. El doctor Günther había demostrado, tras complejos estudios, que la raza pura era la nórdico-germánica o aria, limitada a los alemanes, los suizos, los nórdicos y a algunos, no todos, los ingleses. Por razones históricas también habían quedado pinceladas de sangre aria en algunas comunidades de Polonia y Checoslovaquia e incluso más lejanas, que las SS se esforzarían en repatriar para devolverlas al tronco ario común del Reich.

Menos aceptables le parecían a Meike las teorías de algunos científicos españoles, fieles discípulos de la escuela alemana, que se empeñaban en demostrar la ascendencia aria del español. En la bien surtida biblioteca del Ahnenerbe figuraban los libros del doctor Misael Bañuelos, *Antropología actual de los españoles*, y del psiquiatra militar Vallejo Nájera, autor de *Política racial del nuevo Estado*, ilustre ensalzador del militarismo como máxima expresión de la raza superior y autoproclamado descubridor de la existencia de un «gen rojo».

—Tenemos cierta relación de padrinazgo con el Gabinete Español de Investigaciones Psicológicas fundado por Vallejo Nájera —confesó Meike—, pero la verdad es que sus investigaciones sobre las raíces biopsíquicas del marxismo y su relación con diversas patologías mentales y físicas nos parecen poco fundamentadas.

—¿Y lo que dicen de que los españoles son nórdico-germánicos? —inquiría Cáiser con fingido interés.

—Dudoso y problemático —respondía Meike—. ¿Tú ves muy ario al caudillo Franco, bajito, panzón y con esa nariz tirando a ganchuda? Lo que no advierten es que no se precisa ser ario puro para establecer una sólida amistad con el Reich alemán. En el futuro nuevo orden mundial, España será un estado amigo tutelado por Alemania, que recibirá apoyo tecnológico a cambio de sus productos mineros y agrícolas. Ya sabes que mi padre era exportador de naranjas. Siempre pensó que España no estaba suficientemente explotada. Cuando nuestros técnicos se hagan cargo de ella, demostrará sus potencialidades.

—No sabes cómo me consuela oírtelo decir —declaraba Cáiser sin perder la seriedad—. La verdad es que yo, aunque me sienta cada día más alemán, no puedo negar que le sigo teniendo cierto cariño a mi país.

—¡Ay, Herminio, cuándo acabarás de aceptar que el único país es la sangre! —le reñía cariñosamente Meike—. Tú te debes a tu sangre y solamente perteneces a Alemania.

En aquellas lecciones intensivas, que Meike se preparaba concienzudamente con ayuda de fichas minuciosamente rellenas con su bella caligrafía gótica, Cáiser vino a saber que fuera de los superhombres arios (*Übermenschen*), llamados a dominar el mundo en su calidad de pueblo de señores (*Herrenvolk*), existían numerosas razas más o menos degradadas, lo que se manifestaba en el grado de oscurecimiento de su piel y en otros rasgos físicos. Estas razas inferiores oscilaban entre la levantina, propia de los pueblos del entorno mediterráneo, y el negro más retinto de las selvas subsaharianas, estrechamente emparentado con los simios, pasando por los diferentes mestizajes igualmente degradantes observables en las subrazas caribeñas, asiáticas y afroamericanas. Entre estas razas inferiores de infrahombres (*Untermenschen*) destacaba especialmente la eslava, que por circunstancias históricas ocupaba las fértiles tierras del Este, los trigales de las llanuras soviéticas. El destino histórico de los *Übermenschen* arios era desplazar a estas razas inferiores y colonizar la tierra que ocupaban.

Las aulas del Ahnenerbe estaban profusamente ilustradas con carteles explicativos y fotografías de elementos típicos de las diferentes razas y subrazas: nórdica, occidental, dinárica, oriental, báltica oriental, faliana sudete y otras más menudas. Entre las razas inferiores ocupaba el lugar más ínfimo la judía, que no era en realidad una raza humana, sino una monstruosa alteración genética nacida de mestizajes abominables. Para preservar la raza aria en su prístina pureza era necesario erradicar a los elementos judíos que como una planta parásita se habían aferrado al noble tronco ario y amenazaban con estrangularlo. «Un único coito de un judío con una mujer aria basta para envenenar su sangre para siempre», citó Meike a Julius Streicher, uno de los más prestigiosos teóricos raciales.

—¿Es posible? —se asombraba Cáiser—. En España tenemos un dicho, un tanto brutal, referente al órgano de la mujer: se lava y se estrena.

—Efectivamente, brutal y desde luego de lo más acientífico —replicaba Meike—. Esa mujer que ha copulado con un judío, aunque solo lo hiciera una vez y después se casara con un ario, ya nunca podría concebir hijos arios

puros, sino bastardos en cuyo pecho residirían dos almas.

—¡Algo tremendo! —comentaba cínicamente Cáiser.

Tal era la fuerza de los maléficos genes de la raza maldita. Por eso el bienamado Führer, consciente de que, de no estorbarlo, la infección judía acabaría aniquilando a la larga a la sangre aria, había dictado en 1935 las *Nürnberger Gesetze*, las Leyes de Núremberg, «para la protección de la sangre y el honor alemanes», que prohibían todo matrimonio, cohabitación o relación sexual entre judíos y alemanes.

En un par de ocasiones Meike acompañó a Cáiser al instituto Kaiser Wilhelm de Antropología, Genética Humana y Eugenesia, un moderno edificio situado en el número 22 de la Ihnestrasse, donde lo sometieron a nuevas mediciones y pruebas.

—¿Sabes una de las cosas que impresionaron a la comisión examinadora de tu caso?

—¿Que soy rubio y alto?

—Bueno, eso también, pero yo me refería a tu nombre.

—Ya sé que Kaiser, con ka de kilo, significa «emperador» en alemán.

—Me refiero a tu nombre de pila: Herminio.

—¿Es alemán?

—No solo es alemán: deriva directamente de Arminio, el nombre de nuestro héroe más significado, más glorioso incluso que el Cid o el Gran Capitán, o Cortés para los españoles.

—Ahora entiendo por qué la comisión se interesaba tanto por saber si ese nombre era tradicional en mi familia —comprendió Cáiser—. A mí me lo pusieron por mi abuelo.

Cáiser silenció el hecho de que a su abuelo se lo hubieran puesto por el santo del día en que nació, 25 de abril, día de san Herminio, abad y obispo de Laón que profetizó la victoria de Carlos Martel sobre los moros y, llegado el momento de la muerte, la afrontó con humildad y mansedumbre.

La explicación facultada de Meike lo arrancó de sus pensamientos.

—Arminio fue un jefe de la tribu querusca contemporáneo de Cristo que aniquiló a las legiones romanas de Publio Quintilio Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo. Después intentó unificar a los germanos para plantar cara a Roma, pero eran tribus tan desunidas que no lo logró. Arminio fue el

primero en tener conciencia de la nación alemana.

—Impresionante.

—Gracias a Arminio los romanos renunciaron a conquistar la tierra alemana hasta el Elba, como era su propósito, y fijaron la frontera de su imperio en el Rin.

—¿Y no pudiera ser eso una desgracia para Alemania? —repuso Cáiser. Meike estaba sorprendida.

—¿Desgracia? ¿Por qué?

—Porque si los romanos hubieran penetrado hasta el Elba, las tribus germanas se habrían romanizado. La romanización aportó cultura y progreso a los pueblos sojuzgados por Roma.

—Como los españoles —dijo Meike.

—Como los españoles, los franceses, los italianos, los portugueses...

—Todas razas endebles, razas de segunda —repuso Meike—. ¿No te das cuenta de que la pujanza de Alemania tiene que ver con el hecho de que jamás se ha humillado ante vencedor alguno? Somos la raza nórdico-germánica, la raza superior, la estirpe aria destinada a dominar el mundo.

Cáiser recordó que valía más no discutir. De nuevo se hizo el firme propósito de aceptar como buenas, sin discutir las, las extravagantes doctrinas del Ahnenerbe. Era consciente de que lo estaban usando como semental para crear niños arios, pero ese papel tampoco lo incomodaba: fecundar un par de chicas bobaliconas con vocación de amas de cría era mejor que trabajar en el tejedor cocinando ladrillos, descargando camiones de arcilla, comiendo poco pan con una raspa de bacalao y llevando un jornal miserable a casa.

A menudo, cuando se desvelaba por la noche, examinaba su situación. En realidad había tenido un golpe de suerte. Lo único que realmente le importaba tras el naufragio de la guerra eran sus padres. Mientras estuviera en Alemania gozarían de todos los cuidados y de una vida decente. Regularmente recibía cartas de doña Elvira en las que le contaba lo bien que estaban. Ella y la prima Rosa cosían para la calle y no les faltaba trabajo, pues el alcalde don Rosendo les había encomendado repasar los uniformes del Frente de Juventudes que la alcaldía cedía a los militantes para los actos patrióticos y las excursiones. En cuanto a su propia situación, era consciente de que el Ahnenerbe era un reducto de chiflados aferrados a unas doctrinas

extravagantes. Mejor fingir que las aceptaba sin cuestionárselas.

A lo que le costó algo acostumbrarse fue a tanto saludo brazo en alto preceptivo en Alemania excepto para la tropa. Lo encontraba molesto y ridículo. En España los falangistas saludaban disparando el brazo, pero la población civil solo estaba obligada al saludo fascista cuando se entonaba el *Cara al Sol* en los actos públicos o en los cines, antes de la proyección de la película.

Garriga entendía sus íntimas cautelas. En una ocasión lo encontró meditabundo y ajeno al jolgorio del grupo, lo tomó del brazo, confianzudo, y le susurró:

—Es mejor adaptarse y aprovechar lo bueno. Tú estás en Alemania como el moro devoto en el paraíso de Mahoma.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me dirás. —Se reía Garriga—. Cada vez que te pica la entrepierna tienes un bomboncito o dos dispuestos a que las fecundes. Eres el macho de la manada. ¡Te podrás quejar!

—Lo malo es que no siempre me pica la entrepierna.

—Quizá tengas razón —reconocía Garriga—. Lo mucho cansa, por bueno que sea.

Garriga lo decía sin pizca de envidia. A los corresponsales extranjeros les sobraban las chicas. Aunque no tuvieran especiales atractivos físicos, ellos disponían de buenos apartamentos surtidos de bebidas, discos de jazz e incluso de artículos fumables no siempre legales que estaban fuera del alcance del alemán medio.

Por la tarde, después de la clase de alemán, aquella hora y media encerrado con el infatigable capitán Weigel, los funcionarios de la Geheime Staatspolizei celebraban un acto comunal en el que a veces se brindaba por alguna señalada victoria del Reich o por la incorporación de un nuevo pueblo ario, caso de Eslovaquia, a la batalla que la raza superior empeñaba contra el mundo de las tinieblas.

Cuando empezaba a oscurecer, lo que en aquella latitud ocurría antes que en España, Cáiser regresaba a Berlín y se reunía con Cayetano o con Garriga y sus amigos periodistas para terminar el día en alguna cervecería o en el Kabarett der Komiker.

De la mano de aquellos amigos, Cáiser iba conociendo los lugares de la ciudad donde todavía podía uno aislarse de la guerra: el mesón Frasquita, regentado por un asturiano, refugio de españoles; el café Josty, en la Potsdamer Platz, o el enorme complejo Haus Vaterland, cuyos cinco pisos albergaban doce restaurantes, uno de ellos ambientado en el Salvaje Oeste, con camareros ataviados con botas de vaquero, zahones y sombreros tejanos. También se hicieron habituales de la terraza de vinos Renania y del restaurante húngaro de la Kurfürstendamm, especializado en *goulash*, donde un pianista y un violinista interpretaban melancólicas canciones zíngaras. A los corresponsales de prensa no les faltaban invitaciones a actuaciones de artistas de su tierra. A instancias de Garriga, Cáiser asistió al espectáculo del payaso más celebre del mundo, Charlie Rivel, en el teatro Scala. En esta ocasión acudió acompañado de Meike, que no quería perderse la actuación de un artista tan devoto del Führer.

El sueldo de la embajada con sus pluses por guerra permitía a los corresponsales ciertos desahogos, aparte de que al disponer de estatus diplomático, percibían unas cuatro raciones más que el alemán corriente, a las que sumaban paquetes de comida que recibían de casa, en especial Cayetano, por valija diplomática.

A veces se les unía Meike, que, rodeada de latinos, mitigaba un poco su severidad germánica, aunque sin bajar jamás la guardia ante las insinuaciones de aquella partida de garañones en celo.

En estas reuniones, las conversaciones solían girar en torno a la añoranza de España, la dilucidación de si Franco entraría en la guerra al lado de Hitler o la marcha del conflicto. Banqueri y los otros amigos italianos de la pequeña colonia de diplomáticos y corresponsales de prensa andaban bastante abatidos después de los reveses de su ejército en Grecia. Los griegos habían expulsado a los italianos de su territorio y amenazaban con invadir Italia.

—¿Sabéis el último chiste de *italianini*? —preguntaba Moraleda—. Decidido a terminar con la resistencia de los griegos, Mussolini ordena que diez bombarderos escoltados por veinte cazas castiguen la resistencia de Atenas. Cumplido el tiempo de la misión, sale a la explanada del aeródromo con una caja de medallas para condecorar a sus héroes. Se escucha un rumor en el cielo y, en efecto, aparecen los aparatos. Mussolini, ufano, los va

contando: uno, dos, tres..., cinco, nueve..., veintiocho, veintinueve, treinta..., treintaiuno. «¡Coño! ¡Si viene uno más de los que partieron!». Entonces el jefe de la base se le acerca y le dice: «Mi Duce, los nuestros son los treinta delanteros, el último es un caza griego que los viene persiguiendo».

—Ja, ja, ja...

—Y este no es el chiste más cruel que circula —advirtió Garriga.

Los fines de semana libres se reunían en el jardín de la embajada para cocinar una paella o cualquier otra comida española. A uno de los secretarios que era madrileño de Lavapiés se le daba bien el cocido, que elaboraba con garbanzos y productos de matanza recibidos de España por valija diplomática. Otros fines de semana, Cáiser acompañaba a Meike a la rutinaria visita a un Lebensborn, en los que indefectiblemente se repetía, con pocas variantes, lo ocurrido en el Dora: contemplación de algún ejercicio gimnástico de las internas, comida comunal en la que se cuidaban especialmente de atenderlo y alimentarlo como huésped muy especial y unas horas de solaz en las que se encontraba a solas con alguna muchacha, a veces hasta con tres.

—Te están usando como semental, ¿te das cuenta? —se burlaba Moraleda.

—¡Qué mala es la envidia! —señalaba Cayetano.

Bien pensado era humillante, pero, por otra parte, en el propio acto estaba la compensación. Mejor tomarlo por el lado bueno:

—Soy consciente de ello, pero ¿qué queréis que haga? La carne es débil.

Un día recibió una llamada.

—¡Te lo han puesto como cabra a polla de pastor!

—¡Coño, Andrei!

—Va siendo hora de que nos veamos y tomemos un chato juntos... Si es que todavía te codeas con los rojos.

—Esta tarde tenía previsto salir con el grupo de los españoles, ¿por qué no te unes a nosotros?

—¿Tú crees que aceptarán, sin más, a un peligroso comunista?

—Los diplomáticos sois gente tolerante. No habrá problema.

Andrei acabó incorporándose al grupo en casi todas sus cuchipandas. Era

un tipo jovial, buen bebedor, chistoso en los momentos oportunos, y tenía cosas interesantes que contar, especialmente cuando relataba recuerdos de la guerra de España, en la que actuó como consejero militar del ejército republicano. Algunas veces capitaneaba al grupo y los llevaba a tomar sopa *soljanka* y platitos de *zakuskas*, con degustaciones variadas, en un restaurante ruso de la Uhlandstrasse donde los músicos vestían de cosacos y las camareras de sarafán, diadema *kokóshnik* y botas hasta media pierna, lo que unido a que la camisa les dejaba al descubierto los pechos realzados por el estrecho corpiño y la falda se acortaba hasta medio muslo, les prestaba un singular encanto.

Meike se sentía un poco incómoda en presencia de Andrei, no solo porque era ruso y le parecía una amistad contaminante para Cáiser, del que intentaba hacer un ario perfecto, sino porque intuía una tensión sexual en aquella alegría un poco feroz y primitiva del ruso, algo que la incomodaba. Además el hecho de que utilizase con Cáiser una jerga de soldados que ella no entendía establecía un vínculo entre ellos del que se sentía excluida, y de paso le recordaba que, a pesar de todo, su dominio del español era deficiente.

Una tarde, el grupo se trasladó a Schwielowsee, uno de los idílicos lagos rodeados de bosque del río Havel donde los berlineses van a pasear o a bañarse y a hacer comidas campestres cuando la temperatura lo permite. Hacía un día soleado y apetecía pasear a pesar de las bajas temperaturas. Antes de la comida estuvieron curioseando por los tenderetes y casas de pintores de Havelland, la colonia de artistas creada por Karl Hagemeste a mediados del siglo XIX. Almorzaron temprano en un restaurante de cocina alsaciana. En la sobremesa, después del *Schnaps*, pasaron a lo largo de la orilla. El grupo inicial se fue disgregando en parejas, dejando a Meike y Andrei un poco rezagados. Andrei andaba algo melancólico.

—¡Qué putada lo de Andrei! —comentó Moraleda con Garriga—. Se le muere el padre y el embajador no le concede permiso para ir al entierro.

—Tiene su lógica —respondió Garriga—. Parece que en estos días tienen problemas en la embajada y los necesitan a todos.

—¿A un agregado comercial? —se sorprendió Moraleda.

—Suponiendo que lo sea —dijo Garriga.

Moraleda asintió. También él tenía barruntos de que Andrei pudiera ser

uno de los abundantes espías que bajo distintas coberturas trabajaban en la embajada soviética. No parecía casual que el personal adscrito a aquella embajada duplicara el de cualquier otra legación.

—Por otra parte —continuó Garriga—, los rusos y los alemanes son menos amigos de lo que parece. En la visita de Mólotov quedó claro que Hitler y Stalin se disputan los Balcanes. Ahora Hungría ha firmado su adhesión al Eje y eso no les hace gracia a los rusos. Recuerda que la Gran Guerra empezó por la rivalidad entre rusos y austriacos. El corresponsal de la agencia Tass, mi colega Filipov, ha tenido un encontronazo con el acólito del doctor Goebbels que nos pastorea a la prensa extranjera: le ha prohibido que utilice su corresponsalía para difundir notas de su agencia en Berlín.

—¿Eso puede hacerse?

—Ellos pueden hacer lo que les sale.

Moraleda se detuvo y permaneció unos instantes cabizbajo.

—¿Crees que pueden llegar a las manos? —preguntó—. Rusos y alemanes, digo.

Garriga se encogió de hombros y emitió un profundo suspiro.

—No lo sé. Stalin es tan de fiar como Hitler, aunque quizá más astuto, y desde luego tan desprovisto de escrúpulos como él, pero Alemania necesita los envíos rusos de materias primas y Rusia los de maquinaria alemana. Ahora que parece que la guerra se prolonga y que Inglaterra no dobla...

—Los alemanes desprecian a los rusos —apuntó Moraleda—. Creen que son unos soldados de pacotilla porque hicieron el ridículo cuando invadieron Finlandia.

—Puede que se equivoquen —dijo Garriga, sombrío.

Más retrasados paseaban Andrei y Meike. Después de un minuto de caminar en silencio, cada cual abstraído en sus pensamientos, Meike preguntó:

—Cáiser y tú sois buenos amigos, ¿verdad?

—Hicimos juntos la guerra de España, ¿no te lo ha contado?

—No habla mucho de esa etapa de su vida —dijo la muchacha—. Supongo que le trae malos recuerdos. Al fin y al cabo militó en el bando derrotado.

A la memoria de Andrei Sminov acudió el recurrente recuerdo de su

encuentro con Cáiser. Aquel día había amanecido gris y feo, en nada parecido a los cielos luminosos que él esperaba de la soleada España. Hacía unas semanas que había llegado de la URSS como instructor de los nuevos carros T-26B vendidos por Stalin al gobierno de la República. La situación era tan apurada en el frente de Madrid que no daba tiempo a instruir a los tanquistas españoles en el manejo de las nuevas máquinas. En esta tesitura, el capitán Armán, responsable del grupo de técnicos, decidió que los propios instructores rusos encabezaran el ataque. Eran quince flamantes carros con la pintura del camuflaje español todavía fresca. Irrumpieron por Seseña y arrollaron las defensas franquistas, incluido un escuadrón de mercenarios marroquíes. Sin aguardar a que los siguiera la infantería, como era preceptivo, Armán ordenó a los carros proseguir el avance hacia Esquivias, donde atropellaron a dos carros ligeros italianos Ansaldo, de dos toneladas, que les salieron al paso. También se llevaron por delante a dos batallones de infantería, dos escuadrones de caballería, diez cañones y varios camiones y autos. Cuando regresaban victoriosos a sus líneas, al pasar por Seseña, varios pelotones de moros y legionarios los aguardaban emboscados en las ruinas y los atacaron con botellas de gasolina.

El T-26B que tripulaba Andrei quedó inmovilizado cuando el fuego afectó a los rodillos de goma de la parte superior de la cadena. Ardieron tres tanques con sus dotaciones dentro, a las que los moros impidieron salir. Andrei intentaba abrir la escotilla inferior del suyo, pero se había atorado. En tan apurada situación apareció Cáiser, la cara tiznada como un demonio, por la escotilla superior, le gritó algo, le tendió la mano y lo sacó a rastras. Afuera llovían las balas. Cáiser se abrió camino disparando el subfusil que pendía de su hombro y puso a salvo al ruso. Los otros dos tanquistas que componían la tripulación no tuvieron tanta suerte y prefirieron suicidarse de sendos pistoletazos dentro de su horno de fuego antes que morir achicharrados.

Andrei regresó de sus recuerdos.

—Sí —concluyó—. A Cáiser le escuecen muchas cosas. Fue mi mejor amigo durante el año que estuve en España. Incluso lo acompañé al entierro de su novia, Virtudes, una enfermera morena, pizpireta, siempre compasiva con las miserias de la guerra. La pobre murió cuando vosotros bombardeasteis el hospital donde trabajaba.

—¿Nosotros?

—Vosotros o los italianos, ¡qué más da!

Meike asintió, comprensiva.

—Debió ser un golpe terrible para Cáiser.

—Hasta ese momento era un muchacho expansivo y jaranero. Desde entonces se le puso ese velo negro de tristeza que lo acompaña. Cuando lo conocí era un veterano experto que adivinaba por los aullidos del obús si este iba a caer cerca o lejos. Si un aeroplano enemigo picaba para ametrallar el suelo, predecía el campo que iba a batir la rociada de balas. Después de la muerte de Virtudes, no cuidó de protegerse. Derrochaba un valor suicida. Lo vi hacer muchas locuras, pero la muerte no lo quiso aceptar.

Capítulo 22

RACHEL

El capitán Weigel estaba tan griposo que había suspendido la clase de la tarde. Meike había adelantado la suya para cubrir el hueco.

—De este modo regresas pronto a casa y dedicas el resto de la tarde a leer *Mein Kampf* —le encomendó—. Mañana lo comentaremos.

Y le había entregado la edición española del reverenciado libro de Hitler, impresa en Múnich en 1937. En la portada aparecía Hitler en su mejor pose, camisa parda, correa, flequillo, mirada intensa y bigotito Charlot.

Tenía Cáiser la costumbre del sigilo, adquirida en la guerra, cuando había que moverse en los chabolos de las trincheras sin molestar a los compañeros que dormían, o intentaban dormir, entre turnos de guardia. Cuando entró en el piso de Torstrasse, al dejar las llaves en la repisa del perchero, lo alertó un rumor que creyó percibir en el interior del apartamento. ¿Ratones quizá? ¿Carcoma? Recorrió el pasillo con el oído avizor. No, no eran ratones ni carcoma. Era un rumor de agua agitada que procedía del baño principal. Cáiser no creía en fantasmas y, por otra parte, estaba seguro de no haberse dejado ningún grifo abierto. Había alguien allí, dedujo lógicamente. Apagó la luz del pasillo y comprobó que bajo la puerta aparecía una raya de luz. Se paró a escuchar, la respiración contenida. Alguien se estaba bañando. Por un momento pensó en Meike, pero enseguida rechazó el pensamiento. No hacía media hora que la había dejado en el Ahnenerbe. Abrió la puerta de golpe. Había una muchacha desnuda en la bañera. La chica miró alarmada en la dirección del intruso, profirió un grito e instintivamente se cubrió los pechos con los brazos.

—*Wer du bist?* —preguntó Cáiser en su vacilante alemán.

La chica alcanzó una toalla, cubrió con ella su desnudez y salió de la bañera. Hizo ademán de escapar hacia el pasillo, pero Cáiser la agarró firmemente por la muñeca.

—*Wer du bist?* —repitió intentando tranquilizarla—. No te preocupes, que no te haré nada.

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Hablas español? —preguntó.

—Claro, soy español. Y ya veo que tú también lo hablas.

—Sí.

—Tranquila —asintió Cáiser—. Dime quién eres y qué haces aquí.

—¿Puedo vestirme? —Con la mano libre señaló la ropa que tenía sobre una banqueta.

—Claro —dijo Cáiser. Y la soltó.

La chica no se decidía.

—¿Puedes...?

Cáiser cayó en la cuenta de que necesitaba intimidad.

—Oh, perdona —dijo—. Te espero fuera.

Iba a salir, pero ella lo retuvo por la manga.

—Por favor, no me denuncies —suplicó—. Me voy y no volverás a verme.

—Tranquilízate. No voy a denunciarte, claro que no —dijo Cáiser un poco escandalizado de que la chica lo creyera capaz de tal felonía.

Ella asintió agradecida y le soltó la manga. Cáiser salió y encendió la luz del pasillo.

Un minuto después, la muchacha compareció vestida con ropas bastante ordinarias, de obrera, la melenita recogida en un moño bajo.

—Me llamo Rachel.

—Yo, Herminio. ¿Qué haces aquí?

—Esta era mi casa —explicó—. Es largo de contar.

—¿Te parece que tomemos un café mientras me lo cuentas?

Pareció pensárselo. Quizá era una chica bien educada a la que habían enseñado a rechazar la invitación de un extraño, pero la necesidad pudo más.

—No quiero molestarlo más, pero se lo agradecería —respondió.

Fueron a la cocina. Cáiser hizo café y sacó de la despensa un plato con medio pastel de zanahoria. Se sentaron en la amplia mesa de amasar que ocupaba el centro de la estancia.

—¡Ummm...! —murmuró complacida la muchacha—. ¡*Kaffee und Kuchen*, como en los buenos tiempos! En el sitio de donde vengo no disponemos de estos manjares.

Se sirvió un trozo pequeño de pastel y lo comió con avidez, aunque intentando guardar las formas. Al final recogió incluso las miguitas. Cáiser la contemplaba con interés. Le llamaron la atención las manos, que ella procuraba ocultar: incluso después del baño, las cutículas de las uñas seguían ennegrecidas.

Era más atractiva que guapa. Espigada, fina de rasgos, el pelo castaño, la nariz levemente aguileña, los ojos grandes rodeados de leves ojeras cárdenas, producto quizá del insomnio o del hambre, los labios finos pero bien delineados. No era muy alta, pero tenía un cuerpo armonioso, en lo que fugazmente había podido ver en el baño, especialmente en sus grávidos pechos, que ahora se disimulaban bajo las toscas ropas de obrera.

¿Qué es esto? Una repentina pulsión de deseo. La situación insólita, el desvalimiento de la muchacha, la transgresión del orden rígido al que lo habían sometido contribuían a su excitación por aquella chica sencilla que impensadamente había aparecido en su vida. Estaba un poco cansado de las hembras de remonta, insulsas rubias de carnes lechosas, cortadas por el mismo patrón, devotas nazis deseosas de fabricar niños arios que cada pocos días se ponían a su alcance para ser mecánicamente fecundadas.

Ella lo sorprendió estudiándola y le sonrió. Parecía tímida, aunque engullía como si no lo fuera.

—¿Cómo es que sabes español? —preguntó Cáiser.

Rachel tragó el bolo antes de contestar.

—He veraneado algunos años en España, cuando era niña. Después he procurado mejorar el idioma. Un tío mío argentino me enviaba libros de Leopoldo Lugones, de Galdós y de Ramón Gómez de la Serna y de Valle-Inclán. Y practicaba el español con algunos compañeros de universidad.

—¿Y cómo es que no vives aquí si esta era tu casa y todavía conservas la llave?

—¿Cuánto hace que estás en Alemania? —preguntó Rachel.

—Poco tiempo.

—Lo entiendo. No vivo aquí porque soy judía. Los otros pisos de la casa eran también de la familia, de mis tíos y de mis abuelos. Mis tíos emigraron y mis abuelos murieron. Mi padre se empeñó en que nos quedáramos en Berlín. No pensaba que los nazis llegaran a tanto, pero se equivocó. Confiscaron la casa y tuvimos que abandonar nuestro hogar. También nos expulsaron de la universidad, donde yo cursaba el último curso de económicas y mi padre era catedrático de física.

Le explicó el resto de su historia mientras Cáiser le servía más café y más tarta. Después de la *Kristallnacht*, el padre de Rachel se preocupó y comprendió que les iban a hacer la vida imposible. Demasiado tarde. Las trabas a la emigración se habían multiplicado y ya no era fácil abandonar el país. Tuvieron que permanecer un año más, malviviendo en un albergue de la comunidad judía. Finalmente, él pudo huir a Suiza, con un colega de la facultad que lo sacó en el portamaletas de su automóvil, pero a ella la detuvieron en la frontera y la devolvieron a Berlín. Trabajaba en una fábrica de balas en Weissensee, por eso tenía los dedos manchados de pólvora. Vivía en uno de los *Judenhäuser*.

Cáiser puso cara de no entender.

—Una casa para judíos —explicó—. Nos han deportado a barrios deprimidos para quedarse con viviendas como esta, en el centro de la ciudad. En el *Judenhaus* comparto habitación con seis compañeras. Lo peor es que solo disponemos de un baño para cuarenta personas y sin agua caliente. Por eso vengo aquí una vez por semana para asearme. Bueno, ahora que el apartamento está ocupado, no volveré más.

—Puedes volver —dijo Cáiser—. No me importa.

—¿De veras? —Rachel abrió desmesuradamente los ojos. Cáiser pensó que aquella muchacha tenía la femineidad que le faltaba a Meike.

—Claro. Puedes venir siempre que quieras. Tienes llave, ¿no?

La chica titubeó antes de responder. Aquel hombre le inspiraba confianza. Quizá guardaba un recuerdo romántico de los españoles. En cualquier caso, no veía en él indicios de que pudiera delatarla.

—Conservo una llave de la puerta de servicio —confesó—. Cambiaron la

cerradura del portal, pero yo procuro esquivar al *Spitzel* y accedo por la puerta que da al callejón de la tienda. En los buenos tiempos fue un comercio de máquinas de escribir regentado por un familiar mío, pero en la *Kristallnacht* lo saquearon y destrozaron y ya no volvió a abrir.

—¿*Kristallnacht*? —preguntó Cáiser. Era la segunda vez que pronunciaba aquella palabra.

—«La noche de los cristales rotos» —tradujo Rachel—. Así la llamamos aquí, como si hubiera sido un acontecimiento memorable. Un judío perturbado asesinó a un funcionario de la embajada alemana en París y los nazis se vengaron atacando sinagogas, centros y negocios judíos por toda Alemania. Los SA, los nazis y muchos ciudadanos respetables que todavía no se tenían por nazis se echaron a la calle a romper escaparates y a saquear tiendas y hogares judíos. Esas fueron las primeras horas. Luego vino lo peor. Cuando la gente se percató de que la policía se mantenía al margen, media Alemania se sumó a los desmanes, una horda de bárbaros atacando impunemente a sus vecinos judíos mientras la otra media observaba desde detrás de los visillos y tácitamente aprobaba lo que estaba ocurriendo. Por todo el territorio del Reich incendiaron sinagogas, más de doscientas. Pandillas de nazis armadas de palos y porras apaleaban a los judíos que intentaban defender sus hogares y propiedades. Oficialmente hubo noventa muertos, en realidad debieron ser muchos más, y no se sabe cuántas violaciones. No quiero recordar las salvajadas y los actos de sadismo que se perpetraron sobre personas inocentes. Unos años antes habría parecido increíble que aquello ocurriera en la nación más culta del mundo, pero ocurrió, y desde entonces se ha abierto la veda del judío y todo ha ido a peor. Fue un acontecimiento sonado internacionalmente. América incluso retiró en protesta a su embajador. ¿No os llegaron noticias en España?

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace ahora dos años. El 9 de noviembre del 38.

Cáiser hizo memoria.

—Me temo que en España no nos enteramos, o al menos no me enteré yo. En esos días leía poca prensa. Había en España una guerra y yo estaba pendiente de otros ruidos más cercanos.

Al recuerdo de Cáiser acudieron imágenes de aquel preciso 9 de

noviembre del año 38. Antes de que amaneciera, metido en el agua helada hasta el pecho, colocaba cargas de dinamita para volar el puente de hierro de Flix después del repliegue del ejército republicano al otro lado del Ebro. Todavía no habían terminado de conectar los cables cuando llegaron a la orilla los primeros fascistas y empezaron a tirotearlos. Cáiser continuó su trabajo calmadamente mientras las balas silbaban a su alrededor o rebotando en los hierros del puente. Temerariamente acertó las mechas para que el enemigo no tuviera tiempo de retirarlas, y solo cuando regresó jadeante al terraplén, desde el que sus compañeros hacían fuego de cobertura, advirtió algo húmedo en el costado. Un balazo. Había perdido tanta sangre que unos minutos después se desvaneció y no supo más de lo ocurrido aquel día hasta que despertó en el hospital.

Rachel había terminado su plato. Se llevó a la boca las últimas migajas.

—¿Quieres más? —ofreció Cáiser.

Titubeó.

—No quisiera abusar.

—No abusas, mujer.

—¿Puedo llevarme un trozo de pastel para luego?

—Por supuesto. —Cáiser buscó en el cajón del armario de la cocina un papel parafinado y le envolvió el resto de pastel.

Rachel se levantó. Apuró las gotas de café que habían quedado en el fondo de la taza.

—Adiós, entonces.

—Adiós, no. *Auf Wiedersehen* —corrigió Cáiser usando su precario alemán—. Solamente hasta la vista. ¿Cuándo volveré a verte?

La muchacha sonrió por primera vez. Estaba guapa cuando sonreía. Nuevamente sintió deseos de abrazarla.

—¿De veras quieres que vuelva?

—Claro, tomaremos de nuevo café y charlaremos.

—Dentro de una semana, entonces. ¿Te parece bien el jueves que viene?

—Si no puede ser antes...

Capítulo 23

MISIÓN ESPAÑOLA

Ramírez era portador de una carta y de algunas prendas de lana que doña Elvira había tejido para su hijo.

—¿Cómo está mi familia? —preguntó Cáiser.

—Mis noticias son que están bien y que tu padre, muy repuesto de su enfermedad, está ahora empleado en la oficina del hospital. Al parecer se ha ganado el aprecio del coronel director. ¿No te escriben?

—Sí. Y me dan buenas noticias.

Ramírez miró a un lado y a otro. Estaban en la embajada española, donde había citado a Cáiser, y no paraba de entrar y salir gente.

—Oye, ¿podríamos dar un paseo por algún lugar discreto para charlar tranquilamente?

Tomaron un tranvía hasta el Tiergarten y pasearon por la alameda que había junto a la casa de las fieras.

—Te veo bien instalado —comentó Ramírez—. Me dicen que los camaradas alemanes te tratan a cuerpo de rey y que te has hecho muy amigo de la rubia aquella.

—Es mi jefa en el Ahnenerbe —explicó Cáiser intentando disipar cualquier equívoco.

Ramírez asintió. Iba a preguntarle si se la estaba tirando, pero no se atrevió por falta de confianza. Ahora era difícil reconocer en Cáiser a aquel pobre muerto de hambre que había recogido el día de marras en Fresno de Cantespino. Había engordado algo, se había disipado de su rostro la palidez cenicienta del hambre y con el corte de pelo a la alemana parecía uno de

aquellos bizarros soldados nazis que posaban para la revista *Adler*.

—Parece que Alemania te sienta bien —comentó.

Dejó pasar a una escuadra de muchachos de las Juventudes Hitlerianas que trotaban detrás de un instructor en pantalón corto.

—Estas criaturas tan poco abrigadas, con el frío que hace —observó.

—Alevines de futuros guerreros arios —dijo Cáiser.

Ramírez entendió a medias el sarcasmo.

—Por lo que me dicen se te aprecia mucho en el Ahnenerbe ese que se dedica a estudios raciales. Incluso cabe dentro de lo posible que, si perseveras, te concedan la nacionalidad alemana. Eso sería un gran honor, y por nuestra parte no hay problema, pues sería un signo más de la hermandad y camaradería reinante entre nuestros dos pueblos, pero no te olvides de que eres español y de que la que te ha puesto aquí es la jefatura de la Falange.

—No lo olvido.

Ramírez se quedó un momento pensativo. Ahora viene la exigencia, calculó Cáiser.

—Algún día regresarás a España y tendrás que incorporarte a tu nación. El camarada ministro Galarza, que está enterado de tu caso, me ha encomendado que te hable con franqueza. Cuando regreses te buscaremos un buen empleo con el que ganarte la vida e indultaremos a tu padre, pero antes necesitamos un servicio de tu parte.

Cáiser se detuvo. Miró a los ojos a Ramírez.

—Solo va a ser una muestra de patriotismo —siguió Ramírez—. Se trata de que nos informes puntualmente de cuanto se hace y se piensa en ese Ahnenerbe, así como de los mandos y jerarquías de las que tengas conocimiento.

—O sea, que haga de espía —aclaró Cáiser.

—Yo no diría tanto —repuso Ramírez suavemente—. El espía hace un trabajo activo, indaga y se expone. Tú no tendrás que exponerte, o apenas. Lo tuyo será observar, hacer que eres uno de los suyos, tomar nota e informar. Digamos que cada quince días. Escribes un memorándum detallado y se lo entregas en mano al camarada Manuel Collado. Debe parecer una carta que le envías al camarada Manuel Bermúdez de Castro, cónsul de España en Colonia.

—Collado es el secretario del agregado comercial, ¿no?

—Sí, algo así. Comprobarás que es bastante reservado. Es conveniente que no seáis amigos. Ya sé que te llevas bien con algún personal de la embajada, con Moraleda y con el periodista Garriga. Lógicamente, a ellos ni una palabra. Esto debe quedar entre nosotros. Por si te sirve de cautela, en la embajada tenemos infiltrado a un informador de los ingleses. No lo hemos localizado todavía, pero es conveniente que no confíes en nadie.

Llegaron en su paseo a la entrada del zoológico. Un grupo de soldados salía comentando jocosamente el comportamiento sexual de los bonobos.

—Viéndolos reír como chiquillos nadie diría que se han comido el mundo —comentó Ramírez—. Buena gente. Tú estarás aprendiendo mucho aquí, ¿no? Aquí el más tonto hace relojes.

Cáiser fingió no haberlo oído. Miró las copas de los árboles, de las que descendían ligeras rociadas de lluvia cuando las agitaba el viento. Abrió el paraguas.

—Bueno, cumplida mi misión, te invito a comer —dijo Ramírez repentinamente jovial—. La embajada me ha dado un taco de vales de comida y me los tengo que fundir antes de regresar a España pasado mañana. A ver dónde me llevas, que se vea que te mueves con soltura por Berlín.

Tomaron el tranvía hasta el restaurante Löwenbräu en Potsdamer Platz. Ramírez se quedó boquiabierto ante la magnificencia del complejo Haus Vaterland.

—¡Joder! Esto no se ve ni en las películas americanas —repetía.

—En todo el edificio hay veinte restaurantes, varios cines y el café más grande del mundo —explicó Cáiser—. Lo que no hay es café, o sea, el brebaje propiamente dicho.

—¿Café-café? —preguntó Ramírez.

—Sí —afirmó Cáiser—. Con la guerra ha desaparecido.

—Cosa de la autarquía —lo disculpó Ramírez—. Bueno. Beberemos cerveza.

Subieron a la tercera planta. Cáiser lo condujo a un enorme salón panelado de maderas nobles, la tarima de roble en el suelo cubierta de mullidas alfombras que amortiguaban los pasos.

—Es como pisar una mata de grama —observó Ramírez, maravillado de

tanto lujo. Iba a añadir: «¿No nos habremos equivocado de sitio?», cuando se percató de que Cáiser no podía oírlo. Lo había dejado atrás e intercambiaba unas palabras con un *maître* vestido como un marqués, de frac, que llevaba al cuello un extraño medallón semejante a una venera de Santiago. El *maître* asintió a las palabras de Cáiser y con una elegante reverencia los invitó a seguirlo hacia una de las mesas de la sala Zugspitze, la que normalmente se reservaba para el personal del cuerpo diplomático y jefes nazis.

Ramírez recorrió con la mirada aquel espacio amueblado con sólidos aparadores tiroleses y presidido por una gigantesca fotografía coloreada del monte homónimo, el más alto de Alemania. Cáiser rechazó los libretos del menú que el *maître* presentaba y, haciendo uso de su creciente alemán, solicitó sendos *Gebratene Schweinshaxn*. También pidió que sustituyeran las consabidas bolas gelatinosas de semolina y sabe Dios qué por unas simples *Salzkartoffeln*, o sea, patatas hervidas.

—¿Qué beberán los señores? —se interesó el *maître*—. ¿Traigo la carta de vinos?

—No es necesario —dijo Cáiser—. Estamos en Alemania: tráiganos dos jarras de cerveza, *bitte*.

Mientras aguardaban a que les sirvieran, Ramírez, que estaba exultante por el buen éxito de la misión y porque vivía la experiencia de viajar a la Gran Alemania a gastos pagados, confió a Cáiser, en plan compadre, sus últimas andanzas.

—Oye, ¿a ti te han llevado al salón Kitty?

Cáiser fingió ignorarlo.

—¿Qué es, una peluquería?

—¡No, hombre! Es... Bueno... Yo diría que es... Bueno... —titubeó Ramírez—, más bien debe ser lo que parece: una casa de putas cara. Se suponía que nos llevaban a una especie de bar privado, porque el agasajo corría a cuenta del Ministerio de Asuntos Exteriores y los que nos llevaron eran unos funcionarios de uniforme, en plan camarada. Llegamos, nos pasan a un salón con sofás de esos circulares, lámparas lujosas de cristalitos y las paredes tapizadas de seda roja con muchos espejos y cornucopias doradas... Vamos, un lujazo, y cuando nos trajeron las bebidas, tazas de una especie de carajillo...

—*Pharisäer* —supuso Cáiser—, café con nata y un lingotazo de *Ersatz* de ron.

—Sí, algo así sería. Pues ya te digo, estábamos dándole a eso para entrar en calor, aunque la calefacción estaba a tope, y de pronto suena una especie de pasodoble y aparece cosa de doce o trece muchachas, así con vestidos elegantes pero ligeros, y empiezan a rodearnos para que las saquemos a bailar...

—Caramba.

—Coño, Cáiser, como las casas de putas españolas, pero en más fino. La gachí que me tocó a mí chapurreaba español. Me dijo que era rumana y que estaba en Berlín estudiando idiomas y ballet. No veas cómo metía la pierna bailando, y yo, que tampoco hay que rogarme mucho, le di un muerdo en el pescuezo y la apalanqué detrás de una columna, en plan fino, pero ella se encendió y me dijo: «Aquí no, torero», y me llevó a su habitación. Tenías que verlo: una cama como un campo de fútbol, con un espejo en la cabecera bien hermoso, *pa* verse.

—¡Menuda aventura! —corroboró Cáiser.

—Le eché tres sin sacarla. Bueno, dos. ¡Cómo estaba la tía! Allí estuvimos un buen rato dándome conversación, preguntándome cosas de España y qué hacía en Berlín y si iba a venir más veces. Le digo: «¿Venir? Todas las veces que pueda, hermosa, y la próxima vez te voy a traer una mantilla española y lo que tú me pidas». Yo me hacía cargo de que tenía que ser puta, pero me dije: «Aquí estamos, en Alemania, y tienes que quedar como un caballero español y dejar el pabellón bien alto». Pues acabamos, tan cariñosos. Se lava los bajos y me lava los míos en un lavabo de esos que parecen una guitarra y me ayuda a vestirme, y cuando le pregunto: «Oye, ¿esto dónde se paga?», me dice que nada, que como éramos amigos no había nada que pagar, ni los carajillos siquiera. ¡Verdaderamente es un país admirable!

En esto llegó la comanda, servida por una robusta camarera muy aventajada de busto y ataviada con el traje nacional bávaro.

—¡Coño, pero si son codillos asados! —exclamó Ramírez al ver los platos.

—Lo mejor que se puede comer en Alemania —observó Cáiser—. Eso sí,

cuestan treinta cupones la unidad.

—Barato no es —estimó Ramírez—, pero como estamos celebrando la ocasión...

Comieron con apetito.

—Oye, ¿has visto a la rubia esa, la camarera, digo, los brazacos que gasta? —dijo Ramírez, confianzudo, sin dejar de mascar a dos carrillos—. En una mano, las jarras, y en la otra, la bandeja con los platos. ¡Esa te mete una hostia y te arranca la cabeza!

Capítulo 24

LECCIÓN DE ALEMÁN

El capitán Weigel resultó ser un excelente profesor y Cáiser, un aplicado alumno. De los textos y situaciones conversacionales de los primeros días habían pasado a oraciones complejas, a luchar con las declinaciones, con los géneros y los plurales aleatorios que no se someten a regla alguna, a las oraciones subordinadas, a las partículas separables, a relacionar palabras en su orden adecuado teniendo en cuenta la posición de los verbos, que cuando son calificativos dejan paso a palabras y más palabras, aparentemente sin sentido, y se reservan su aparición estelar para el final, dando, por fin, sentido a todo lo precedente. Finalmente, la pesadilla de los españoles que intentaban chapurrear el idioma del Reich: esa tendencia a construir una palabra muy larga soldando varias cuando se trata de precisar con exactitud un concepto.

—No debes temerle a esto —decía Weigel—. Pocas veces los alemanes nos vemos precisados a decir *Rindfleischetikettierungsüberwachungsaufgabenübertragungsgesetz*. Ni siquiera el Führer bienamado se atrevería a pronunciarla.

—¿Es posible que exista una palabra tan larga, *Herr* Hauptmann? —preguntaba Cáiser, asombrado.

—Existir, existe, pero nadie la usa.

Cáiser empezaba a tener oído para el alemán, lo que, a juicio de Garriga, era la parte esencial del aprendizaje. Era capaz de escribir al dictado textos de cierta complejidad, casi siempre tomados de los discursos de Hitler o de las consejas que decoraban las paredes en la sede del Ahnenerbe: «El muchacho alemán del futuro debe ser delgado y flexible, rápido como un galgo,

resistente como el cuero y duro como el acero Krupp. Debemos educar un nuevo tipo de ser humano, hombres y mujeres absolutamente disciplinados y saludables. Nos hemos comprometido a dar al pueblo alemán una educación que comienza en la infancia y nunca termina. (Palabras del Reichsführer Henrich Himmler)».

Gracias a su progreso con el alemán y con la endemoniada caligrafía gótica, Cáiser ya era capaz de descifrar la pílora de sabiduría inscrita en el muro del vestíbulo: «Nuestra misión sagrada es preservar la pureza de la sangre alemana que nos ha sido asignada por la Providencia. La pérdida de la pureza de la sangre destruye la felicidad para siempre, degenera al hombre para toda la eternidad y sus funestas consecuencias perduran eternamente en el cuerpo y en el espíritu».

Del grupo de españoles, el único que dominaba el alemán con cierta perfección era Garriga.

—Si quieres hablar alemán, tienes que pensar como ellos, o sea, tirarte a la piscina —le aconsejaba—. No intentes decir en alemán lo que has pensado en español, que vas a fracasar siempre. Piensa directamente en alemán.

—Eso va a ser arduo.

—El idioma es el espíritu de la raza —bromeaba Garriga—. Consuélate. Un chico alto y rubio como tú tiene todas las cartas en la mano.

Cáiser no era muy bebedor. Por consejo de Cayetano, había traído en su equipaje una botella de coñac jerezano para usarla como regalo.

—Antes se llevaba un ramillete de flores a la señora de la casa, pero ahora, con la guerra, los alemanes aprecian más algo que pueda comerse o beberse. Por el coñac español se pirran.

Se la regaló a Weigel.

—¡Ay, el *Veterano* de Osborne! —exclamó el antiguo piloto con lágrimas en los ojos—. ¡Qué de buenos recuerdos sevillanos!

El trato diario engendró bastante confianza entre maestro y alumno. Weigel, debido a su minusvalía, tenía cierta dificultad para encender la salamandra de leña que caldeaba el despacho.

—Si me lo permite, la encenderé yo, *Herr* Hauptmann —se ofreció Cáiser—. En mi casa era yo quien encendía la lumbre.

—Muy agradecido —dijo Weigel.

Cáiser tomó de la papelera un folio arrugado, lo puso sobre la parrilla de la estufa, arrancó unas cuantas cortezas secas de los tacos de leña y las dispuso encima en forma de pirámide que después remontó con unos cuantos palitroques antes de cubrir el conjunto con un par de turros pequeños. Con una cerilla prendió el papel. Al instante creció un fuego vivo, casi sin humo. Vistasas lenguas de fuego empezaron a lamer los turros arrancando de ellos un agradable aroma a resina tostada.

—Muy hábil, muchacho —lo aprobó Weigel—. En adelante te nombro estufero mayor del Reich.

Y soltó una carcajada bonachona.

Weigel era el típico alemán meticuloso en su trabajo y concienciado con las normas de austeridad que había promulgado el Reich para cooperar con el esfuerzo de la guerra. Nada debía desaprovecharse. Los papeles inservibles se destinaban a la estufa tanto si eran documentos originales que ya habían cumplido su misión como impresiones de prueba de la máquina ciclostil que había en un rincón al servicio exclusivo de Weigel.

El grupo de Cayetano y Garriga, a menudo acompañado por novias o amigas, se reunía con frecuencia en el Club de la Prensa extranjera del Ministerio de Relaciones Exteriores, instalado en un palacete de la Fasanenstrasse, donde, dado el carácter internacional y semiprivado de la institución, se relajaban las severas normas tocantes al alcohol que regían en los locales públicos.

El 6 de diciembre, un día gris y nevado en que Cáiser libraba, sonó el teléfono a la hora del desayuno. Era Garriga.

—¿Te interesa conocer al Führer de Grossdeutschland? —preguntó a bocajarro.

Ya le había advertido que era posible que le pincharan el teléfono, dado que se había convertido en un elemento de interés nacional para el programa de mejora de la raza.

—Sería un gran honor —respondió, exagerando el tono para que Garriga percibiera la parodia.

—Pues entonces quedamos en el Club de Prensa a las diez.

El discurso de Hitler se celebró en el Sportpalast de Schöneberg, un enorme edificio construido para las olimpiadas, con aforo para catorce mil

espectadores en gradas y palcos a los que había que sumar casi otros tantos en las filas de sillas distribuidas en el terreno de juego. La enorme sala estaba decorada con banderas, gallardetes con la esvástica y verdes guirnaldas de abeto. Una multitud de miembros del partido con la preceptiva camisa parda bajo los abrigos se había congregado para escuchar al Führer en un discurso que se retransmitiría por radio al resto de la nación y se escucharía no solo en fábricas, escuelas, cuarteles, iglesias y otros edificios de uso público, sino incluso en lugares tan distantes como los brumosos fiordos noruegos, los arenales de Túnez y los submarinos sumergidos en el Atlántico, los dilatados horizontes donde la juventud alemana se batía por un mundo mejor bajo la égida de la Gran Alemania.

El discurso se prolongó durante dos horas y media, un tiempo no excesivo en comparación con otras comparencias del Führer.

—Verás qué buen actor y cómo modula la voz y se sulfura y finge indignación —dijo Garriga.

—¿Por qué crees que la finge? —preguntó Cáiser.

Garriga se quedó mirándolo como si hubiese dicho una gran simpleza.

—¿Por qué va a ser? Porque si sus cabreos fueran sinceros, estaría para ponerle la camisa de fuerza.

Ese día el Führer se esmeró, especialmente cuando al referirse a los bombardeos de los británicos, dijo: «Si su aviación nos arroja tres o cuatro mil kilos de bombas, nosotros les arrojaremos cien, ciento cincuenta, doscientos, trescientos, cuatrocientos mil kilos y aún más en una sola noche».

Al parecer, los ingleses desoyeron la advertencia, porque poco después, el 16 de diciembre, volvieron sobre Berlín. El bombardeo afectó especialmente a las tiendas y almacenes de Tauentzienstrasse, la calle comercial de Berlín, donde la onda expansiva de las bombas no dejó escaparate sano. Los cristaleros tuvieron más trabajo que cuando la *Kristallnacht*.

—Esto no ha sido nada comparado con lo de Mannheim —le dijo Cayetano cuando se encontraron por la tarde. Había citado al grupo en su piso para abrir un paquete de *delikatessen* recién llegadas de España—. La BBC ha dicho que es la respuesta por el bombardeo de Coventry. Como sigan así, la tuya sobre la mía, no va a quedar piedra sobre piedra ni en Inglaterra ni en Alemania.

Aquella noche Cáiser se desveló. Durante la lección de la tarde en el despacho de Weigel, al encender la estufa, había encontrado en la papelera una bola de papel en la que creyó leer la palabra *Geheim*, secreto, sellada en tinta roja. Siguiendo un impulso impremeditado se la había guardado en el bolsillo de la guerrera. En casa la alisó sobre la mesa e intentó descifrarla con ayuda del diccionario. Parecía una orden a la ferroviaria del Reich sobre la precedencia en cierto movimiento de tropas hacia las fronteras de Polonia. Algo rutinario quizá, pero ¿por qué llevaba el sello *STRENG GEHEIM*, «estricto secreto», por duplicado y en rojo? ¿Porque era doblemente secreto o simplemente porque al funcionario prusiano de turno le sabía a gloria el característico doble impacto del sello de caucho primero sobre la almohadilla de entintar y luego sobre el papel? Pensó que quizá le interesara a Ramírez y que, si se lo hacía llegar como testimonio de la diligencia que ponía en su tarea de informador, esta buena disposición podría redundar en beneficio de sus padres.

Lo metió en un sobre que entregó al día siguiente al delegado de Falange en la embajada, quien lo hizo llegar a Ramírez por valija diplomática.

Capítulo 25

ALPES NEVADOS

—¿Una excursión a la nieve? —dijo Cáiser—. ¿Y eso dónde está?

—En los Alpes, ¿dónde va a ser? —dijo Cayetano—. La estación invernal de Oberstdorf: pistas excelentes, chimenea ardiendo como el infierno, aire puro, montañas nevadas y banderas al viento como en el Frente de Juventudes y ¡lo mejor de todo!... Barra libre.

—¿Qué ha pasado, han ganado ya la guerra?

—Mejor todavía, la guerra que dure lo que haga falta. Es que el doctor Schmidt, el jefe de prensa de Ribbentrop, invita a los corresponsales extranjeros a pasar allí unos días de convivencia, aleccionamiento y soborno. Me ha llamado Garriga: quedan tres plazas libres para los españoles, o sea, Moraleda, tú y yo. Andrei ha quedado en que irá con los corresponsales rusos.

Cáiser se lo pensó un momento. Por una parte, estaba bien ir con los amigos y escaparse de Berlín por unos días, pero si aceptaba la invitación, no vería a Rachel, con la que se había citado el jueves. Suponiendo que regresara, lo que no era seguro. Incluso había comprado un tarro de mermelada y un pastel de zanahoria pensando en ella.

Cayetano seguía esperando al otro lado del hilo.

—No sé si me dejará la valquiria —dijo al fin.

—¿La tetona? Tráetela también, hombre —lo animó—. A ver si se toma una copa de más y te la puedes trajinar.

—Bueno, se lo diré.

Apartó a Rachel de su pensamiento. Le apetecía salir de Berlín, ver un

poco más de Alemania y descansar por unos días del curso de nazificación intensiva al que lo sometían en el Ahnenerbe.

Telefonó a Meike.

—¡Es una gran idea! —dijo entusiasmada—, pero debo consultarlo con los jefes.

Los jefes estuvieron de acuerdo. Había que darle un poco de asueto a Cáiser, que estaba cubriendo sobradamente todas las expectativas de la organización, en especial lo referente al aumento de la cabaña aria del Tercer Reich.

Meike devolvió la llamada.

—Oye, Herminio, que sí, que podemos ir. ¿Tres días, no? Así aprovecho para enseñarte un poco de tu nueva patria y quizá de regreso podamos visitar algún Lebensborn. Me ilusiona que conozcas Suabia, el estado de donde procedían los suevos que invadieron España antes que los godos.

—¡Ah, estupendo! —dijo Cáiser intentando fingir que le entusiasmaba la idea de visitar el hogar ancestral de los suevos, los bárbaros vestidos de pieles que, en compañía de vándalos y alanos, asolaron la Hispania romana.

Salieron temprano, muy de mañana, ya desayunados, en una vieja berlina Benz 11/40 del Ahnenerbe. El primer tramo del viaje discurrió por la estupenda autopista de Breslau, dos carriles de negro cemento en cada dirección separados por una espaciosa lista de hierba. La noticia del día era que el ministro de Exteriores de Franco, Serrano Suñer, estaba visitando al Führer en el Berghof, el chalecito alpino del gran señor de Alemania.

—Me imagino que es para fijar el día en que España entra en la guerra —supuso Moraleda—. El embajador está que trina porque a él no lo han invitado.

La autopista se interrumpía bruscamente a noventa kilómetros de Berlín, en las inmediaciones de Lichberg, para convertirse en la vieja carretera nacional de dos direcciones que discurría entre pueblecitos pintorescos y dejaba a cierta distancia los núcleos industriales.

La conversación recurrente era la marcha de la guerra. Los ingleses habían cercado a los italianos en Cirenaica, y Mussolini había suplicado al Führer que lo sacara del apuro. Hitler le había prometido apoyarlo con una división blindada. En Albania tampoco les iba mejor a los italianos. Los

griegos les estaban metiendo las cabras en el corral.

Hicieron un alto para repostar en una estación de servicio. Mientras Meike rellenaba los impresos correspondientes y entregaba los cupones —la gasolina estaba estrictamente racionada—, Garriga aprovechó su ausencia para exponer su opinión sobre la marcha de la guerra.

—No creo que Franco sea tan loco como para meternos en la guerra. Los ingleses no se van a rendir. Por lo pronto, están ganando la batalla en el aire porque, según parece, tienen mejores aviones. Y luego está que los italianos entorpecen más que ayudan. Hitler los quería a su lado para aprovechar la escuadra italiana y ya veis, en unas pocas horas, la han perdido. En la Primera Guerra Mundial los que pedían ayuda continuamente eran los austriacos. Por eso los generales alemanes se quejaban: «Nos hemos esposado a un cadáver». Ahora han repetido el error cuando aceptaron que Italia entrara en la guerra.

—Pero Mussolini es un aliado poderoso —argumentó Cayetano.

—Mussolini tal vez, pero los italianos son un pueblo viejo y se resisten a combatir por un imperio en el que no creen, y mucho menos subordinándose a los alemanes.

—Es que la arrogancia alemana enajena muchas simpatías —intervino Moraleda—. Eso lo vemos de día en día los que vivimos aquí.

Regresó Meike y prosiguieron el viaje. A la hora del almuerzo pararon en un coqueto hotelito y tomaron asiento en una mesa cercana a la chimenea del salón.

—Hoy no hay carta, señores —advirtió el posadero—. Es *Eintopftag*.

—Con eso no contábamos —dijo Garriga con fastidio—. Día del plato único.

—Bueno, vamos a ver qué es —dijo Cayetano.

Un estofado de carne escasa y dura con nabo en lugar de patata. La única que acabó su plato, disciplinadamente, fue Meike. Llegaron al pueblecito de Oberstdorf cuando ya anocheecía y el blanco paisaje tomaba una coloración espectral, como si un fulgor azulado se desprendiera de la nieve.

Acababan de cerrar las pistas y los esquiadores se concentraban en torno a las bulliciosas tabernas que animaban la calle principal. Los hombres estaban en franca minoría. Abundaban los grupos de mujeres solas.

—Esposas de pilotos que sirven en Francia o en Grecia y de

submarinistas que navegan por el Atlántico —dictaminó Moraleda.

Pasó un alegre hato de jóvenes esposas. Meike se percató de las ojeadas indiscretas que dirigían a Cáiser.

—No sé si hemos hecho bien en venir —comentó.

—¿Demasiadas hembras en celo? —ironizó Cayetano.

—Son esposas respetables de soldados en campaña —lo reprendió Meike.

—Cierto —corroboró Moraleda—. El personal civil tenemos comprobado que las esposas sin marido se dejan meter mano un poquito en los bailes, pero luego no consuman y te dejan con la miel en los labios.

No se veían uniformes, pero los cogotes rasurados que asomaban bajo los gorros de lana, sumados al hábito de marcar el paso observable en los grupos, denotaban la condición militar de la inmensa mayoría de los varones presentes en la estación. Algunos se hacían acompañar por sus queridas o apaños, lo que se echaba de ver en la diferencia de edad; otros, por sus esposas, venerables matronas casi esféricas dentro de sus abrigos de pieles bajo los que se adivinaban muchas capas de ropa.

Los españoles y Meike se inscribieron en el hotel Viktoria, dejaron los equipajes en las habitaciones y desde la recepción telefonaron a Andrei, que se hospedaba con los rusos en el hotel Tannheimer.

—¿Andrei Sminov? —dijo la recepcionista—. ¿Son sus amigos españoles? Ha dejado dicho que los esperaba en la hostería Oberstdorfer Dampfbierbrauerei.

Cuando salieron estaba nevando. Por una vereda practicada a través de medio metro de nieve se encaminaron a la dirección que les había indicado la recepcionista. La barahúnda del Oberstdorfer Dampfbierbrauerei se escuchaba desde la calle. Empujaron la pesada puerta, en la que la escultura policromada de un alegre bebedor ataviado con los *Lederhosen*, los pantalones de cuero bávaros, les daba la bienvenida con una jarra enorme en la mano. Entraron. Detrás de la doble puerta se abría un amplio guardarropa rodeado de percheros cargados de prendas. Dejaron allí sus abrigos y pasaron a un enorme salón lleno de humo y atestado de parroquianos que, en distintos grados de embriaguez, conversaban ruidosamente. Una docena de macizas matronas vestidas de tirolesas y capaces de acarrear hasta cinco jarras de a litro en cada mano se deslizaban ágilmente entre la concurrencia. Cerca de

una de las dos enormes chimeneas de piedra que caldeaban la estancia, encontraron a Andrei.

—¡Como cabra a polla de pastor! —exclamó con su fórmula de saludo habitual.

Estaba muy achispado. Repartió abrazos y besos excepto a Meike, que lo contuvo con un gesto hostil. Le fastidiaban los borrachos.

—Sí que habéis tardado —protestó—. Había pedido bebida para todos y me la he tenido que beber yo solo.

—Ya se nota, ya —dijo Cayetano.

Pasaron al comedor contiguo, que estaba decorado con fotografías dedicadas de los ases del esquí que habían visitado el establecimiento, entre ellos Hans Berger. Tomaron un caldo de carne para entrar en calor y una variedad de salchichas a la moda bávara que remojaron con ponche muy cargado.

Afuera nevaba copiosamente.

Conversaban esparcidamente cuando el dueño del establecimiento repicó una campanilla solicitando silencio. Era hora de escuchar el habitual parte de guerra. Los presentes guardaron patriótico silencio y prestaron atención, algunos incluso en posición de firmes. La voz modulada del locutor fue desgranando los acostumbrados éxitos. Las tropas inglesas se batían en retirada en el norte de África, los submarinos habían hundido nueve buques enemigos y la Luftwaffe había asolado los muelles de Londres y un par de aeródromos británicos sin pérdidas propias. Cuando terminó el parte, un patriota regularmente bebido se levantó y comenzó a entonar el «Horst Wessel» brazo en alto. Al instante se le unieron diez o doce más. Finalmente, el resto del comedor se puso en pie y asistió respetuosamente al himno.

Andrei permanecía sentado, dormijoso, la mano en la mejilla, en difícil equilibrio.

Cáiser empezaba a sentirse incómodo. Venía de una tierra escasa en la que la embriaguez menoscaba al hombre y no terminaba de acostumbrarse a los excesos alcohólicos de sus anfitriones.

—Aquí el que puede agarra una curda de no te menees el viernes y no la suelta hasta el domingo por la tarde —le había advertido Cayetano—. Eso sí, el lunes los tienes al pie del cañón, cumpliendo como el que más.

—El primer ruso que conozco que no aguante bien el pirriake —observó Moraleda—. Tengo notado, de muchas recepciones diplomáticas, que los rusos son los que más empujan el codo y se quedan tan frescos.

—Este tiene la mitad de estómago —dijo Cáiser en tono lúgubre—, porque se lo cosieron malamente en Brunete.

Moraleda puso cara de no entender.

—De dos balazos —añadió Cáiser, sombrío.

Miró a su amigo ruso y de pronto le pareció desvalido. Él conocía sus circunstancias personales: un hombre condenado a servir en tierras extrañas, sin familia, procedente de un orfanato en el que lo ingresaron a los cinco años después del asesinato de sus padres durante la revolución, sin verdaderos amigos, solo al servicio de aquella hidra de mil caras que llamaban la Internacional Comunista.

—Me parece que Andrei no está en muy buenas condiciones —dijo Cáiser—. Voy a sacarlo a que le dé un poco el aire.

—A ver si vais a coger una pulmonía —advirtió Moraleda.

Cáiser lo levantó de la banqueta y, ayudado de Moraleda, lo sacó hasta el vestíbulo. Le pusieron el abrigo y el gorro de piel.

—Déjalo, Moraleda, ya me apañó yo —dijo Cáiser.

Moraleda regresó con los otros.

—¡Ay, Andrei, Andrei! —riñó Cáiser a su amigo mientras empujaba la pesada puerta con la espalda y lo sacaba a la calle—. ¿Por qué bebes si sabes que no lo aguantas?

Había dejado de nevar, pero hacía un frío mortal que formaba nubes de vapor delante de las narices. Del alero de la hostería colgaba un festón de carámbanos. Cáiser se pasó por el hombro el brazo de su amigo, le rodeó con el brazo diestro la cintura e intentó dar con él un corto paseo, pero la nieve blanda entorpecía tanto el paso que desistió.

—Vamos a sentarnos aquí tranquilamente —dijo Cáiser.

Limpió la nieve del alféizar de una ventana y apoyó a su amigo. Detrás del amplio ventanal, medio empañado a causa de la diferencia de temperatura, se desarrollaba una fiesta privada en la sala noble del hostal. Una veintena de hombres y mujeres lujosamente vestidos conversaban animadamente en torno a mesas repletas de los más variados manjares,

producto del saqueo de Europa. Camareros de librea circulaban entre los invitados, atentos a reponer la bebida en las copas vacías. Cáiser comprendió: una alegre francachela de hombres de negocios y altos oficiales del gobierno en compañía de mujeres alegres, ninguna de las cuales encajaría en el esquema de la perfecta esposa nazi, la de *Kinder, Küche, Kirche*: niños, cocina e iglesia.

Entonces la vio.

¿Era ella? Increíblemente, tuvo que observarla un momento a través del cristal hasta cerciorarse de que realmente era ella.

Era Rachel, la pobre judía fugitiva que había conocido días atrás. Allí estaba. El pelo ondulado con ondas y fijador, las cejas perfiladas a la moda, los labios maquillados de rojo intenso. Lucía un liviano vestido verde de chifón que descendía hasta el suelo adaptándose a las formas voluptuosas que Cáiser había percibido fugazmente días atrás, cuando la sorprendió en el baño. Alta, delgada, hermosa, la supuestamente desventurada Rachel componía una elegante pose de mujer mundana: medio sentada al desgaire en un extremo de la mesa, una mano abierta sobre el tablero mostrando el bello escorzo de su brazo desnudo, la otra doblada sobre sí sosteniendo grácilmente una copa Pompadour. Habrá pasado por una estrella rutilante de la UFA, interpretando un papel de lánguida dama de la alta sociedad.

La pobre judía explotada en una fábrica de munición, compartiendo cuarto con otras nueve chicas y retrete con cuarenta obreros, se había metamorfoseado, como cenicienta, en una alta dama.

¿Qué se había hecho de la pobre obrera hambrienta que conoció días atrás? El tipo barrigón y calvo que conversaba con ella la instó a beber y ella obedeció tras una breve resistencia.

Perplejo ante lo que acababa de ver, Cáiser ayudó a su amigo por el camino de vuelta al interior del hostel.

—¿Qué, se ha despejado algo? —preguntó Cayetano.

Andrei intentaba enderezarse, la mirada extraviada de beodo.

—Se despejará cuando duerma la mona —dijo Cáiser—. Anda, acercad el coche que vamos a llevarlo a su hostel.

A cien metros del Tannheimer se escuchaba el coro de los corresponsales soviéticos entonando *Kalinka* con unas copas de más. Cáiser dudó un

momento si dejarlo en sus manos y regresar al mirador donde había descubierto a Rachel. Finalmente descartó la idea. No habría sido prudente confiar a aquella horda de cosacos borrachos el cuidado de Andrei para que siguiera bebiendo. Preguntó por su habitación y, con ayuda de un botones que le franqueó la puerta, lo dejó acostado.

—Volvamos ahora a nuestra cuchipanda —propuso Cayetano.

—A mí me vas a disculpar, prefiero volver al Viktoria e irme a la cama.

—Yo también me retiro —dijo Meike—. ¿Vamos dando un paseo?

—Vale.

Moraleda y Cayetano regresaron al automóvil.

—¿Tú crees que estos están liados? —preguntó Cayetano viéndolos alejarse del brazo—. Ella tiene fama de tortillera, pero nunca se sabe.

En el camino al hotel, Meike dijo:

—Hay una cosa que envidio de vosotros, de Andrei y de ti.

Cáiser la miró extrañado.

—Que sois como hermanos —repuso—. Dos hombres tan distintos y sin embargo tan próximos. Os he observado cuando estamos en grupo. Hay como un permanente entendimiento, tan diferentes, él tan expansivo, tú tan concentrado, tú tan ario, él tan...

Titubeaba Meike antes de utilizar la palabra.

—¿Tan *Untermensch*, tan infrahombre? —ironizó Cáiser echando mano del término con el que en el Ahnenerbe se definía a los eslavos—. Es lo que trae haber vivido algunos apuros juntos, la camaradería. ¿Tú no tienes hermanos?

Meike jamás hablaba de su familia, pero aquella noche hostil y oscura, y los dos vasos de ponche caliente que había consumido la invitaban a la confidencia.

—Mi padre murió —dijo con la voz velada por la tristeza—. Queda mi madre, que vive en Colonia, al cuidado de mi abuela, que padece demencia senil. Tenía dos hermanos, Fritz y Sigfried, pero Fritz, que era teniente de la Kriegsmarine, murió en Narvik, en la campaña de Noruega, y Sigfried está lejos. En realidad estoy sola.

Cáiser se lo pensó antes de preguntar:

—A veces me digo por qué una mujer tan hermosa, tan culta e inteligente

no tiene esposo, familia, hijos. Tú te preocupas por que otras mujeres tengan hijos para el Führer. ¿Por qué no se los das tú?

Notó cierta tensión. Por un momento disminuyó la presión del brazo de la muchacha en el suyo, como si quisiera desasirse.

—Yo... —titubeó buscando la palabra—. Soy distinta. Todavía no he encontrado mi amor. Mejor dicho, lo encontré y lo perdí.

—¿Murió? —preguntó Cáiser.

Meike negó con la cabeza. Se había entristecido.

—Prefiero no hablar de eso.

Habían llegado al hotel. En el vestíbulo, un alegre grupo de esposas de héroes alemanes acosaba a un astrólogo húngaro que les adivinaba el porvenir mientras tanteaba cuál de ellas le brindaría hospitalidad en su cama.

La chica de recepción les entregó las llaves de las respectivas habitaciones y los contempló con envidia cuando se dirigían a la escalera. Subieron al piso superior y recorrieron el corredor en silencio. La habitación de Meike era la primera. Introdujo la llave en la cerradura y se volvió hacia Cáiser.

—*Ich danke Ihnen sehr Freund* —le agradeció en alemán al tiempo que lo besaba en la mejilla.

Por un momento, Cáiser creyó que lo invitaría a pasar, pero ella le sonrió tristemente, negó con la cabeza y cerró la puerta. La oyó pasar el cerrojo y algo parecido a un profundo suspiro seguido de sollozos.

¡La fuerte, la dura Meike llorando! Cáiser sintió el impulso de abrazarla y consolarla. Permaneció un momento indeciso, la mano levantada, a punto de llamar con los nudillos, pero los sollozos se alejaron y finalmente se tornaron inaudibles. Seguramente se había echado en la cama, el rostro contra la almohada, imaginó.

Cáiser desistió y se dirigió a su cuarto. Aquella noche durmió mal. Le daba vueltas a la cabeza. Su pensamiento iba de la imagen de Rachel deslumbrante, cortejada por el viejo ventrudo, a Meike, tan desamparada, llorando su soledad contra la almohada.

Rachel. ¿Qué misterio había en aquella mujer tan codiciable que había espiado desde la ventana? ¿Era en realidad la misma muchacha desventurada y hambrienta que había conocido en Berlín? Al día siguiente, mientras

Cayetano y Meike se lo pasaban estupendamente esquiando y Moraleda intentaba iniciarse torpemente en la pista de los principiantes, Cáiser recorrió el pueblo y las instalaciones de la estación en busca de Rachel. En vano. No halló rastro de la muchacha. Como si todo hubiera sido un sueño.

Los tres días en la estación invernal transcurrieron veloces. Al regreso se desviaron para pasar por Nördlingen, donde tres siglos atrás un antepasado de Cayetano, general de los tercios, había defendido una colina, la Montañeta, contra el asalto de las tropas más escogidas del ejército sueco.

Sobre un mapa turístico encontraron la referencia de la colina de Albuch, el nombre alemán de la Montañeta. Un granjero les indicó el camino de ascenso, marcado por una modesta señal. Desde la breve altura, en medio del paisaje nevado, Cayetano revivió la emoción del destino heroico de su estirpe que las circunstancias de su vida le habían escamoteado.

—Cuando era adolescente pasé muchos días indagando en la Biblioteca Nacional sobre esta batalla —explicó—. Era ya el momento de la decadencia de nuestros tercios, pero todavía éramos alguien en el mundo. El general sueco Horn despreció a la tropa española formada por soldados desharrapados. El 6 de septiembre, al anochecer, los suecos tomaron este cerro. En cuanto amaneció los imperiales lo atacaron, primero dos regimientos de alemanes y el tercio italiano de Toralto; después, el tercio de Idiáquez. Los suecos lanzaron una carga de caballería que puso en fuga a los alemanes, pero Toralto resistió la embestida y los fijó sobre el terreno el tiempo necesario para que nuestra caballería contrarrestara la carga. Idiáquez resistió en total quince ataques suecos, después de los cuales, con los protestantes ya extenuados, pasó a la ofensiva y cargó sobre ellos. Los suecos y los sajones cedieron terreno y finalmente huyeron en desbandada perseguidos por los nuestros.

—Huyamos ahora nosotros antes de que se nos hielen los huevos —propuso Moraleda.

Regresaron al coche y emprendieron el regreso.

Capítulo 26

EN LOS DESVANES

Pasaron lentos los días hasta el jueves siguiente. Cáiser anduvo un poco distraído en las lecciones del Ahnenerbe con Weigel y con Meike. No podía apartar a Rachel de su pensamiento. Cuando se quedaba solo en el piso de la Torstrasse, entraba en el baño y rememoraba la escena del día en que la conoció, ella asustada y desnuda, él sorprendido en la puerta.

¿Era solo el desconcierto de haberla descubierto en su papel de hembra seductora en Oberstdorf o era otra emoción más íntima la que la traía continuamente a su pensamiento?

La sombra de Rachel lo acompañaba por el apartamento. Iba a la cocina, abría el armario del que sacó la tarta de zanahoria para alimentar a aquella muchacha tan desamparada e indefensa. Y de pronto se superponía su otra imagen, la de la seductora vampiresa que había descubierto a través de los cristales empañados del salón privado de la Oberstdorfer Dampfbierbrauerei. ¿Había sufrido una alucinación? ¿Realmente era Rachel o era otra mujer la que había visto? ¿Una hermana gemela quizá que hubiera sucumbido a la tentación de entregarse a la protección de un nazi importante?

Por otra parte, ¿por qué le preocupaba tanto? Apenas habían hablado. Tuvo que confesarse que, en efecto, se sentía atraído por ella. Quizá porque no era tan simple y banal como aquellas chicas rubias con vocación de madres, un poco atocinadas por la alimentación de cebadero a que las sometían en las Lebernsborn, con las que se encontraba fugazmente, ya sin fingimientos de cortejo, a veces en las propias instalaciones del Ahnenerbe, un par de veces por semana. Las candidatas solían ser hermosas y muy

participativas. La única objeción era que el cuarto donde copulaban estaba presidido por una gigantesca fotografía de Hitler con expresión deliberadamente intensa que lo desconcentraba. No podía ser casual que muchas aspirantes a madres mantuvieran la vista fija en el Führer durante el acto. Seguramente venían aleccionadas desde el Lebensborn.

Llegó por fin el jueves. Cáiser procuró regresar pronto a casa. Mientras viajaba en el traqueteante tranvía sentía el corazón dividido entre la esperanza de volver a ver a Rachel y el temor de que no compareciera.

Fue directamente al baño. Rachel no estaba. Pasó la mano por el fondo de la bañera. La encontró seca. Rachel no había estado allí. La pastilla de jabón francés que había adquirido para ella seguía intacta en la jabonera. ¿Se había retrasado o es que ya no vendría? Se sentó en una banqueta sintiéndose de pronto muy solo.

«¡Qué iluso soy! —se dijo—. No volverá. Además, si me sobran mujeres, ¿por qué pienso tanto en esta? ¿Es solo porque las otras se me dan sin necesidad de que las conquiste o es que me siento burlado? ¿Cuál es la verdadera, la que conocí o la de la estación de esquí?».

«En realidad, las dos», pensó. Solo que la pobre obrera había encontrado un benefactor y ya no tenía necesidad de venir a él mendigando un baño y un trozo de pastel. La muchacha desamparada había dejado de serlo. Ahora tenía un protector solvente que la había sacado de la miseria.

Fue a la cocina. Miró el paquetito de papel parafinado atado con hilo de bramante que había dejado sobre la mesa un minuto antes: los embutidos que había adquirido para ella en el mercado negro, los bollitos Pfannkuchen que le había traído en la pastelería Buchwald, de regreso a casa. Bueno, se consoló, ya tenía desayuno y cena para un par de días.

El techo se le desplomaba encima. La tarde era desapacible. Se había oscurecido el cielo y nevaba. Reprimió la tentación de telefonar a Cayetano o a Andrei para salir de parranda. Emborracharse con un amigo, cantar *Asturias, patria querida* en el mesón de Frasquita no iban a resolver sus problemas.

«Eres un hombre: déjate de chiquilladas —se dijo—. Esa mujer no volverá y es mejor que no vuelva. Solo iba a traerte problemas».

Regresó al salón, reguló la temperatura de la estufa y abrió el cuaderno de

ejercicios de alemán. Empezó a recitar *ich bin, du bist, er ist, sie ist, es ist, wir sind...* Lo dejó. No conseguía concentrarse.

Entonces sonó la llave en la cerradura de la puerta de servicio. El corazón le dio un vuelco. Allí estaba Rachel, tímida y sonriente, con el mismo atuendo de obrera que le vio el primer día. El único rastro de la mujer que había visto en la estación de esquí era un vestigio de ondas de permanente que perduraba en su cabeza.

Cediendo a un impulso, la abrazó. Ella lo miró entre sorprendida y temerosa.

—Es que pensé que no vendrías —excusó Cáiser su arrebató. La desasíó sintiéndose un poco ridículo.

—Aquí estoy —dijo Rachel sonriendo tímidamente—. Me he retrasado por un encargo.

Había en su voz una cualidad de terciopelo. ¿Cómo no enamorarse de ella?

—El otro día te vi en la estación de Oberstdorf. Estabas muy bien acompañada. ¿De veras eres la pobre chica que finges ser?

Fue como un mazazo. Rachel bajó la mirada, dejó caer la mochilita de lienzo que llevaba a la espalda y tomó asiento lentamente en una silla de la cocina.

Rompió en sollozos.

Cáiser lamentó su brusquedad.

—Eres libre. No me tienes que dar explicaciones.

—Pero yo quiero dártelas —dijo ella entre lágrimas.

—Está bien.

—Necesito medicinas para mi padre. Un ingeniero de la fábrica que lleva tiempo rondándome se ofreció a conseguirlas si lo acompañaba a Oberstdorf. Tuve que ceder porque mi padre está muy mal. Antes me llevó a un almacén donde trafican con la ropa requisada y escogió lo que debía ponerme. Ya le di lo que iba buscando, pero insiste. Quiere que sea su protegida.

—Creí que tu padre había huido a Suiza.

—Sigue aquí. Oculto.

Cáiser asintió en silencio. Eso lo explicaba todo. Rachel, la vista fija en el mantel, se miraba las manos, las cutículas teñidas de pólvora.

—No lo habría hecho por mí, pero mi padre está muy enfermo y necesitaba urgentemente esas medicinas. Ahora parece que está mejorando.

—¿Dónde está él?

—¿El ingeniero?

A Cáiser le molestó que lo mencionara nuevamente.

—No, tu padre —aclaró un poco alterado.

Rachel titubeó antes de responder.

—Aquí, en Berlín. Escondido. Era físico en el Kaiser Wilhelm Institut. Cuando expulsaron a los judíos de sus cátedras se ganó la vida como contable, pero después supo que lo buscaban y se escondió. Lleva tres años oculto en distintos lugares.

—¿Lo buscaban? ¿Por qué?

—Estaban buscando físicos de cierto renombre para hacerlos trabajar en proyectos militares. Muchos de sus compañeros habían huido al extranjero. Andan escasos de científicos. Entonces decidió pasar a la clandestinidad. No quería colaborar con los nazis.

—¿Y lo siguen buscando?

—Ahora, no. Les hemos hecho creer que consiguió pasar a Suiza y reunirse con el tío Samuel en América. Para que su fuga sea creíble, el tío Samuel me envía de vez en cuando una carta fingiendo que es mi padre.

—Y ahora, ¿dónde está?

—Aquí.

—¿En Berlín?

—No, aquí. En este edificio. En los desvanes. —Rachel señalaba al techo—. Ya le advertí la semana pasada que no hiciera ruido alguno, que tú estabas en la casa. Se alarmó y quiso irse con unos amigos, pero se lo desaconsejé porque allí estaría peor. Yo prefiero que siga aquí. Estos días he estado viniendo con un médico amigo judío y lo hemos estado cuidando. Arriba tenemos un infernillo de excursionista para calentar la sopa.

Cáiser asintió, grave.

—Está bien, Rachel —dijo—. Yo os ayudaré. Creo que será mejor que lo conozca. En este piso sobran habitaciones. Podría dormir aquí, aunque durante el día se oculte arriba. Compartiré la comida con él. Tengo comida de sobra.

Rachel lo miró con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿De veras harás eso por nosotros?

Cáiser se encogió de hombros.

—No sé por qué lo hago. Supongo que porque tengo vocación de perro de san Bernardo.

Rachel puso cara de no entender.

—Sí, mujer, los perros esos que en Suiza salen a buscar montañeros perdidos en la niebla y en la nieve, con un barrilito de coñac al cuello.

Rachel estaba radiante. Esta vez lloraba de alegría.

—Ya le advertí que eras una buena persona —dijo entre sollozos—, que nos ayudarías.

—Ahora debes dejar de llorar —le recomendó Cáiser—. Más bien debes regocijarte. ¿Sabe él que estoy en el Ahnenerbe?

Ella cortó el llanto y lo miró, preocupada.

—No, eso no se lo he dicho... todavía.

—Subamos a verlo —propuso Cáiser.

Los grandes edificios decimonónicos de apartamentos de Berlín solían tener, bajo la sólida cubierta del tejado, un amplio espacio abierto de techos decrecientes que se dividía en trasteros separados por débiles cerramientos de tablas abiertos a pasillos que se entrecruzaban hasta formar un verdadero laberinto. Servían los trasteros para guardar muebles, maletas viejas, baúles con ropa pasada de moda y una variedad de objetos inservibles. Cada propietario de apartamento acondicionaba su trastero a su manera, algunos lo dejaban abierto al pasillo, otros lo cerraban con un tabique de tablas y una puerta con candado, algunos incluso lo empapelaban para aislarlo aún más de los vecinos. No faltaba agua arriba. En un extremo de los trasteros había un lavadero comunal con hasta doce pilas con sus grifos y un espacio abierto con tendales para secar la ropa. También un retrete modesto, para el servicio.

Herr Lieberman se había acondicionado uno de aquellos trasteros de tablas mal ajustadas para vivir su clandestinidad. Una compacta barrera de muebles sabiamente apilados dejaba detrás el espacio suficiente para extender un catre de campaña y una minúscula mesita de noche. El habitáculo recibía su escasa luz de una rendija de ventilación practicada bajo el alero del tejado, lo suficientemente estrecha como para evitar que entraran los pájaros y lo

suficientemente ancha como para que se filtrara la luz necesaria para leer. Un viejo saco de dormir de montaña reforzado con una manta y un abrigo de pieles ayudaban al fugitivo a combatir las bajas temperaturas. Para acceder al escondite se abría la puerta lateral de un gran armario de tres cuerpos, se apartaba la ropa colgada de la barra y se descorría el entrepaño que cerraba la parte posterior del mueble.

Herr Lieberman, ya avisado por Rachel, los estaba aguardando en uno de los guardamuebles donde había un enorme sofá chéster cuyo cuero roto dejaba ver la crin de caballo del relleno.

Cuando Cáiser apareció en compañía de su hija, *Herr* Lieberman se levantó, se quitó el sombrero, hizo una breve inclinación, volvió a cubrirse la cabeza y tendió una mano blanca, pálida, helada, hacia el español. Un apretón firme, acompañado del entrechocar de tacones apenas audible, completó el saludo.

—Lamento, señor, que nos conozcamos en estas penosas circunstancias —dijo *Herr* Lieberman en un español perfecto, mejor aún que el de su hija.

—Rachel me ha puesto al tanto —explicó Cáiser—. Solo quiero que sepa que haré cuanto esté en mi mano para que usted esté cómodo y atendido.

—Que Dios se lo pague —dijo Lieberman usando la vieja fórmula española.

—Aquí hace frío —dijo Cáiser mirando a Rachel—. ¿Qué te parece si bajamos al piso?

Descendieron los cuatro tramos de escalera, por la de los criados, con gastados peldaños de pino, y se acomodaron en el salón, que estaba agradablemente caldeado por una monumental estufa Kachelofen alicatada con placas de cerámica verde refractaria.

Rachel fue a la cocina a preparar un té. Acomodados en sendos sillones, los dos hombres conversaron sobre la situación de los judíos en Alemania.

—Debo reprocharme haber sido demasiado confiado —confesó *Herr* Lieberman—. Debí haber salido de Alemania cuando todavía era fácil hacerlo, como hicieron mis hermanos. Ahora es demasiado tarde, la situación ha empeorado con la guerra y no sé cuándo será posible. Lo que más me duele es haber condenado a Rachel a esta vida menesterosa.

Regresó Rachel con el servicio de té, depositó la bandeja en la mesita

auxiliar y sirvió las tazas con la ceremonia que solía usarse en las casas burguesas alemanas.

Herr Lieberman debió notar que Cáiser contemplaba a su hija con ternura.

Tomaron las tazas y bebieron.

—¡Ah, qué delicioso brebaje! —suspiró *Herr* Lieberman, y reanudando la conversación que habían interrumpido, dijo—: Éramos en Alemania medio millón de judíos. La mitad ha emigrado a tiempo, gracias a Dios, pero los que permanecemos aquí estamos sufriendo el progresivo deterioro de la situación. En Berlín quedamos unos sesenta mil diluidos en una población de cuatro millones, y ya ve qué existencia la nuestra. Primero nos expulsaron de nuestros trabajos, después de nuestras casas y nos confiscaron los bienes. Luego nos retiraron los cupones de racionamiento. Mi hija tiene uno, de categoría inferior, solo porque trabaja en una fábrica de armamento. Eso la faculta también para usar el transporte público, que de otro modo tendría prohibido. En fin... Esperemos tiempos mejores. Ya saldremos de esta como hemos salido de otras. Los alemanes somos un pueblo orgulloso.

—¿Somos? —se extrañó Cáiser—. Pero a usted lo persiguen por judío.

—Antes que judío soy alemán, querido amigo. Toda mi vida me he esforzado en ser un buen alemán. Combatí por mi patria en la Gran Guerra y fui condecorado con una cruz de caballero de primera clase, más importante que la que consiguió *Herr* Hitler, aunque, he de reconocerlo, menos que la Blauer Max del mariscal Göring. Göring siempre será un hombre de más peso que yo —bromeó.

—Lamento interrumpir la interesante conversación —dijo Rachel—, pero tengo que marcharme. No quiero que se me haga de noche en el tranvía.

Se despidieron. Rachel había preparado la cama de su padre en la habitación antaño destinada a las criadas, cerca de la puerta de servicio por la que debía escapar en caso de peligro.

La despedida, en presencia de *Herr* Lieberman, no fue tan cálida como Cáiser habría deseado. Un mero apretón de manos y la reiteración de su agradecimiento por tanta bondad.

Después de la marcha de la muchacha, el anciano se retiró pronto a dormir y Cáiser hizo lo propio. Le resultó difícil conciliar el sueño después

de un día tan intenso en acontecimientos y emociones. Lo conmovía la gratitud de Rachel, aunque no se le ocultaba que la situación, con un judío fugitivo a su cuidado, era ahora muy peligrosa si descubrían que estaba ocultando a un enemigo del Estado.

Rachel solo podía viajar al centro una vez por semana. Ese día acordaron que prepararían para ella una cena especial. El resto de los días, *Herr Lieberman* aguardaba al regreso de Cáiser para tomar un té y charlar. El anciano pasaba el día leyendo a los clásicos y escuchando alternativamente las noticias de la BBC y las de la radio alemana. Escuchar una emisora extranjera se consideraba delito estatal. Para evitarlo, la autoridad radiofónica había prohibido fabricar receptores capaces de captar emisiones de largo alcance. El alemán que quería oír la radio con una calidad razonable debía sintonizar una emisora cercana, local, que a su vez emitía programas nacionales. No obstante, algunos alemanes ingeniosos, entre ellos *Herr Lieberman*, habían manipulado sus receptores y antenas para posibilitar la captación de la BBC. *Herr Lieberman* intentaba exprimir algunos gramos de verdad de la confrontación de los dos noticieros, nacional y británico. Según la radio alemana, Inglaterra estaba contra las cuerdas y a punto de colapsar, sus ciudades bombardeadas, su industria devastada, sus barcos fácil presa de los submarinos en el Atlántico. El infalible Führer había vaticinado que la guerra acabaría en 1941 con una resonante victoria alemana, pero *Herr Lieberman* sostenía una opinión distinta.

—Me temo que la guerra será larga. Nos hemos equivocado una vez más al poner nuestro futuro en las manos de un loco.

—¿Cómo ha podido hacer eso un pueblo tan culto? —preguntaba Cáiser.

—Ha sido una concatenación de calamidades de la que todos somos culpables. Los grandes industriales, porque lo sostuvieron financieramente pensando en servirse de él para contrarrestar a los comunistas que se estaban adueñando de sus fábricas; la burguesía y la espantadiza clase media, porque se veían amenazadas por la proletarización: para ellos, la paz social significaba recuperación económica... Hitler, que había sido pocos años antes un vagabundo sin oficio ni beneficio, asiduo de los comedores de beneficencia, se puso un frac y un sombrero de copa para mezclarse con la alta sociedad y engatusar al viejo mariscal Hindenburg, que ya chocheaba.

Luego, en cuanto alcanzó el poder, suprimió las libertades, cerró el parlamento, prohibió los partidos políticos y nos metió en la guerra. Los dos grupos de prensa liberal, los Ulstein y los Mosse, tuvieron que malvender sus agencias y emigrar. Mis hermanos lo advirtieron a tiempo. Hicieron las maletas en cuanto Hitler comenzó a perseguir a los judíos. —*Herr Lieberman* esbozó una sonrisa triste. Se miró el dorso de las manos, surcado de venas azuladas—. Cuando en el futuro se escriban los libros de historia, la gente se preguntará por qué el pueblo más culto y avanzado de Europa traspasó las fronteras de la civilización para secundar las locuras de una cuadrilla de malhechores que en cualquier otro lugar estarían en la cárcel o recibiendo asistencia psiquiátrica. La República de Weimar intentó liberarnos de nosotros mismos, hacer de nosotros un pueblo de individuos libres, pero eso no va con la idiosincrasia alemana, lo que queremos es a alguien con autoridad que nos indique el camino, somos borregos que se desconciertan si les das la responsabilidad de regir sus propias vidas. Preferimos pensar colectivamente, como hormigas en hormiguero. No hemos tenido inconveniente en asumir los prejuicios de la pandilla nazi. A eso llamamos coordinación, o sea, *Gleichschaltung*. Si quieres vivir tranquilo, debes asumir tu propia *Selbstgleichschaltung*. Aquí todo funciona como un reloj y los nazis son los relojeros.

Capítulo 27

EL BOMBARDEO

Hacia las cinco de la madrugada del 21 de diciembre, Cáiser estaba sumido en el más profundo de los sueños cuando lo despertó bruscamente el aullido de una sirena cercana. Alarma de bombardeo. Esta vez los británicos habían tenido la deferencia de sobrevolar Berlín a una hora más razonable, cuando la población estaba a punto de levantarse para iniciar el trabajo diario. Hasta entonces solían bombardearla en torno a la medianoche, cuando la ciudad descabezaba su primer sueño. Ya Meike le había indicado a Cáiser que debía dejar preparado, junto a la puerta de entrada, el hatillo de supervivencia que todo alemán llevaba consigo al refugio: documentación, careta antigás, una botella de agua y galletas. A él le correspondía el refugio de la calle contigua, cuya entrada estaba claramente marcada con pintura reflectante, pero también podría simplemente bajar al sótano de la casa, que estaba dotado de sólidas bóvedas de ladrillo industrial, muy capaces de soportar el peso de los escombros si una bomba alcanzaba el inmueble.

Cáiser se vistió rápidamente con los pantalones de pana que usaba en casa, una camisa de franela y dos jerseys de los que doña Elvira le envió. De esta guisa, se echó el abrigo por los hombros y, linterna en mano, recorrió el apartamento abriendo puertas y ventanas, como aconsejaban las ordenanzas de defensa aérea. *Herr* Lieberman no estaba en su habitación. Solía contemplar los bombardeos desde los lavaderos, envuelto en su abrigo de piel, el gorro de lana calado hasta las cejas.

—*Herr* Lieberman, ¿está bien? —preguntó Cáiser.

—*Guten Morgen, Herr* Cáiser —saludó el anciano con voz firme—. Veo

que madruga —bromeó—. ¿Ha venido a presenciar los fuegos artificiales?

—¿No quiere bajar al sótano? —ofreció Cáiser—. Es sólido como un refugio.

—Se lo agradezco, señor, pero ya me he acostumbrado a ver estos espectáculos desde la platea. Me recuerdan mis días de Verdún, cuando llovían del cielo toneladas de acero y temblaba la tierra.

Cáiser entendió al anciano. También él había vivido los bombardeos desde dentro: el olor a cordita, el estruendo, la presión del aire, el fuego...

—Hoy están bombardeando la zona de Alexanderplatz, Wedding y Lustgarten —señaló *Herr Lieberman*—. Me temo que Berlín no esté preparado para esto.

Contemplaron en silencio el espectáculo de luz y fuego que ofrecían los reflectores antiaéreos recorriendo la noche con sus potentes haces de luz, las baterías del Flak que disparaban sincopadamente hacia las alturas, las balas trazadoras que se elevaban como incandescentes líneas de puntos, las bengalas de diferentes colores que descendían mansamente retardadas por pequeños paracaídas, los estallidos de las bombas de trescientos kilos, el respunteo de las pequeñas bombas incendiarias...

El aire traía los rebufos de las explosiones y el aroma del fuego, de la trilita quemada. Había una terrible belleza en aquel espectáculo.

—¡Qué locura! —murmuró *Herr Lieberman*—. ¡El mundo se ha vuelto loco! ¡La civilizada Europa! ¡Pobre Berlín!

Los dos hombres aguardaron arriba conversando sobre los respectivos recuerdos de la guerra durante la hora larga que duró el bombardeo. Finalmente se alejaron los aviones, se apagaron los reflectores y las sirenas emitieron un único y largo aullido.

—Los aviones se han retirado —dijo el anciano—. Ahora viene el granizo.

—¿El granizo?

Herr Lieberman hizo un gesto imponiendo silencio y se llevó la mano al oído.

—Escuche.

En efecto, un momento después se percibió una especie de tamborileo sobre el tejado. Una retorcida viruta de metal tintineó sobre el canalón de

latón que evacuaba el agua de los lavaderos.

—*Voilà* —dijo *Herr Lieberman*—, la metralla de los proyectiles de la Flak descende en forma de lluvia. Los *Luftschutzwarte* que cuidan del orden público en los refugios retendrán a la gente unos minutos hasta que esta lluvia cese.

Aullaban las sirenas de los bomberos abriéndose paso hacia los edificios siniestrados. Lentamente Berlín volvía a la vida.

—Regresemos a nuestra actividad cotidiana —dijo *Herr Lieberman*—. Por favor, si tuviera noticias de Rachel, hágamelo saber. Espero que esté bien. Ella vive cerca de uno de esos refugios para judíos. Me dice que es seguro, pero nunca se sabe. Solo me quedo tranquilo cuando la veo de nuevo.

Al día siguiente, Cayetano compareció con cuatro localidades para el teatro Scala. Cáiser intentó excusarse sin resultado.

—Tú te vienes y te despejas de tanta tontería como te estarán metiendo en la cabeza. Hoy actúa nada menos que Charlie Rivel y van a ir a verlo todos los capítostes del partido. Nosotros iremos acompañando al embajador, pero cuando termine el espectáculo y don Eugenio se acerque al camerino para cumplimentar al artista, nos piramos al Frasquita.

—¿Nosotros?

—Moraleda, tú y yo. Moraleda está encalabrinado con la camarera. Hay que ayudarlo a ver si se la cepilla.

—Vale.

En el Frasquita se les unieron Ismael Herráiz, corresponsal del diario *Arriba*, y Jacinto Miquelarena, que venía de entrevistar a Charlie Rivel para *ABC*.

—¡Chicos, eso es vida! Desde que les hace reír lo tienen en palmitas. Se aloja en el hotel Eden y lleva consigo a toda la *troupe* familiar: esposa, hijos, profesor de baile y maestros de sus hijos. Y mañana almuerza con el doctor Goebbels.

—Este ya va camino de ser nazi —bromeó Moraleda señalando a Cáiser—. En las SS le dan clases diarias, pero él se hace de rogar. Yo se lo tengo dicho: hazte de los pardos y verás como te tiras a la tetona. Aprovéchate, hombre, que los falangistas solo tenemos a las vírgenes ríspidas de la Sección Femenina.

Cáiser prefería no mencionar las lecciones del Ahnenerbe, no fuera a filtrarse que sus elaboradas teorías científicas le merecían tanto crédito como las páginas del horóscopo en los periódicos. No obstante procuraba hacerse merecedor de la vida privilegiada que le ofrecían y se mostraba como un discípulo aplicado en la asimilación de las teorías indoeuropeas de Kossinna.

A medida que Cáiser profundizaba en las raíces del Ahnenerbe, encontraba mayores motivos para horrorizarse de la institución que lo acogía. Al principio pensaba que era solo una consecuencia del nazismo, pero después advirtió que aquella barbarie tenía raíces mucho más profundas. En 1881, la Sociedad Antropológica de Berlín, dirigida por el prestigioso profesor Virchow, en combinación con la misión de capuchinos bávaros establecida en el sur de Chile, comisionó al empresario Karl Hagenbeck, proveedor de animales exóticos de los mejores circos de Europa, para que secuestrara a una docena de indios patagones, hombres, mujeres y niños, que terminaron en una jaula del zoológico de Berlín. En 1883, catorce indios mapuches fueron rotando por diversos zoológicos alemanes. La ocupación alemana del Camerún en 1908 permitió extender estos estudios a los negros africanos. Los cadáveres de estos indígenas se facilitaban a las facultades de medicina alemanas implicadas en investigación racial para su estudio.

En un par de ocasiones, Cáiser asistió a las reuniones preparatorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, que intentaba impulsar una arqueología nacional de signo falangista tutelada por el Archäologisches Institut des Deutschen Reiches. En estas reuniones de equipos conjuntos germano-hispanos se hablaba y se hablaba, con intermediación de traductores ajenos a la disciplina arqueológica, y se diseñaban ambiciosos planes de colaboración en los que Alemania pondría la ciencia y España los yacimientos. Por parte del Ahnenerbe se insistía en la necesidad de excavar los yacimientos guanches de las islas Canarias, pues tanto Himmler como Sievert albergaban la vehemente sospecha de que los guanches exterminados por los conquistadores españoles en el siglo XV fueran descendientes de antiguos atlantes que permitieran reconstruir el origen de la raza nórdico-germánica en la Atlántida.

En una de las visitas a un campamento femenino, una de las muchachas acompañantes de Cáiser, apasionada de la arqueología, le preguntó:

—¿Cree usted en la existencia de la Atlántida?

—Firmemente —respondió él sin vacilación—. Para mí es un dogma tan sagrado como la virginidad de María.

Ya le habían advertido que todo patriota alemán es un informador potencial de la policía.

Garriga entendía mejor que nadie la postura de Cáiser. Alguna vez comentó:

—Nuestro amigo comulga con ruedas de molino del mismo modo que los corresponsales nos tragamos los sapos que nos sirve *Herr Ribbentrop*. Gracias a ello disfrutamos de esta vida regalada.

—Excepto cuando nos llueven bombas británicas —replicó Miquelarena.

—Incluso cuando nos llueve la trilita de esos hijos de la Gran Bretaña —se reafirmó Garriga—. Ya se ve que nunca has pasado un bombardeo en el refugio del hotel Adlon.

—¿Qué pasa en ese refugio? —inquirió Miquelarena.

—Compite con Versalles en comodidad: buenos sofás, mullidos sillones, música ambiental, ambiente perfumado, barra libre de los más exquisitos caldos franceses y caviar persa a cucharadas. Solo les falta que los atiendan las pupilas del salón Kitty, aunque si la guerra se prolonga, todo se andará.

Capítulo 28

NAVIDAD GAMADA

Nevaba mansamente sobre los abetos del parque botánico. En los aparcamientos del Ahnenerbe habían rociado sal para evitar que cuajara la nevada en peligrosas placas de hielo. El Reichsführer Himmler había invitado a los responsables culturales de todos los *Gaue* o distritos del Reich a asistir a la conferencia que iba a pronunciar el Sturmbannführer-SS doctor Walther Wuest, rector de la Universidad de Múnich. El acto estaría presidido por el propio Himmler, lo que provocó una afluencia adicional de Gauleiters o gobernadores de distrito, deseosos de cumplimentar al poderoso jefe de las SS y de la Gestapo.

El salón de actos del Ahnenerbe estaba abarrotado de rutilantes uniformes con una predominancia de los colores pardo del partido y negro de las SS.

El tema de la conferencia, señalado en el expositor portátil de la entrada, no podía ser más sugerente: «Recuperemos la *Jullefest*, genuina Navidad germana, y liberémosla de la intoxicación judía».

El salón, con un aforo de seiscientas personas, estaba especialmente decorado para la ocasión con guirnaldas de abeto y banderas y gallardetes con la esvástica. Sobre el escenario se leía, en enormes letras góticas: *Meine Ehre heißt Treue*, «Mi honor es lealtad», el lema de las SS. Muchos viejos camaradas que llevaban tiempo sin verse manifestaban su felicidad con grandes muestras de aprecio, brazos oblicuos, *heil* hitlers y taconazos vigorosos.

Cáiser, Meike y Weigel ocuparon sus asientos en las filas posteriores. Los delanteros estaban reservados a autoridades y delegados provinciales.

—¿Qué es aquello sobre el escenario? —preguntó Weigel.

Meike miró en la dirección señalada.

—El árbol de Navidad.

—No, lo que hay al lado, sobre el expositor —señaló Weigel.

—Ah, camarada, ¿te refieres al *Julleuchter*, el candelabro de Yule? Es el símbolo de la nueva Navidad nacional-socialista —informó Meike—. A la salida nos obsequiarán a los asistentes con un *Julleuchter* de pequeño tamaño para que brille en las ventanas de nuestros hogares durante las fiestas.

—¿Una luz en la ventana? —se extrañó Weigel—. ¿Y el *Verdunkelung*?

—Pues es verdad —reconoció Meike—. No habíamos caído en las normas de oscurecimiento para los bombardeos. Si ponemos luminarias en las ventanas, los malditos británicos pueden aguarnos la fiesta.

—Mejor guardar las velas para los apagones —propuso Cáiser con fingida inocencia.

Le molestaba tener que asistir a una fiesta de pavos reales, como los subversivos denominaban a las concentraciones de uniformes.

En el escenario habían dispuesto una mesa corrida con cinco sillas, cubierta por una gualdrapa de terciopelo negro que lucía en el centro una esvástica dorada y runas nórdicas.

Un aplauso entusiasta celebró la aparición del Reichsführer. Himmler, larguirucho, pálido, gafitas, avanzó por el escenario braceando con impostada marcialidad, seguido por el director de la Oficina Central de Seguridad del Reich, Reinhard Heydrich, por Sievers, Wuest y otro baranda de menor cuantía.

Después de unas palabras introductorias en las que el Reichsführer glosó los destacados logros del Ahnenerbe en su afán por depurar la raza aria y robustecer el tronco que constituía el verdadero soporte del Reich, cedió la palabra al doctor Wuest.

El doctor Wuest era uno de aquellos oscuros profesores universitarios que se promocionaron con las cátedras universitarias vacantes tras la expulsión de sus colegas judíos. Tras agradecer al Reichsführer sus acertadas y generosas palabras, reconocimiento que él apreció con una leve inclinación de cabeza, señaló al abeto que presidía el escenario y dijo:

—Abeto y esvástica, los símbolos de nuestra madre Alemania.

Siguió una pesada perorata de la que Cáiser, con su alemán todavía elemental, solo entendió palabras sueltas. Versaba sobre el simbolismo del árbol que debe presidir los hogares, fábricas y cuarteles alemanes. Al parecer, novedosas investigaciones de folkloristas e historiadores probaban que la adoración del árbol fue común entre los pueblos nórdico-germánicos y que aquella era la más antigua manifestación de la unidad esencial de la raza. Por tanto, debería entronizarse en todos los hogares alemanes para recibir estas señaladas fechas, pero en ningún caso debía coronarse con una estrella, habida cuenta que la de tres puntas representa a la empresa automovilística Mercedes; la de cuatro, los puntos cardinales; la de cinco, a la Unión Soviética; la de seis, a los detestables judíos.

—Y vosotros me preguntaréis: «¿Qué ponemos entonces en la pimpla de nuestro querido árbol navideño?» —interrogó retóricamente el doctor Wuest—. Os lo diré: una esvástica. Y os diré más: los adornos del árbol que últimamente han venido sustituyendo a las tradicionales velas, manzanas o nueces también deben sustituirse por esvásticas doradas. Ya las estamos produciendo en cantidad suficiente para abastecer el comercio alemán.

»Hasta ahora, la penetración judía nos había impuesto el símbolo de la corona de Adviento como símbolo de los cuatro domingos —prosiguió su charla el doctor Wuest—. A partir de ahora, en nuestra Navidad alemana, esa corona recupera su prístino sentido, que es el de representar las cuatro estaciones. Y la corona de ramas de abeto sobre la que se implantan las cuatro velas es la rueda de sol que contendrá la cruz gamada. Podemos añadirle las cuatro velas para que se parezca a la antigua, lo concedo, pero sin perder de vista que hemos recuperado su verdadero significado, libre de contaminación judía. —Prosiguió el ilustre académico—: En torno al árbol, en esta señalada fecha del solsticio de invierno, día sagrado para nuestros ancestros germanos, debemos cantar no ridículos villancicos que hemos heredado de la tradición cristiana, emponzoñada por su origen judío, sino cantos que ensalcen a los antiguos héroes germanos, la maternidad, las cosechas y la naturaleza. El profundo misterio de la Navidad alemana exige que inculquemos al pueblo alemán en las escuelas y en las organizaciones del partido la necesidad de recuperar su originalidad y autenticidad. En las escuelas del Reich se excluirán las acostumbradas referencias a la Navidad

judeocristiana y se sustituirán por escenificaciones de antiguos mitos germanos. En Alemania no debe haber más mesías que el Führer. Hace unos días, un camarada me argumentaba que en lugares como Colonia el culto a los Reyes Magos está muy arraigado porque veneran allí, en su bella catedral, sus reliquias. Es hora ya de decir que esas reliquias son tan falsas como todas las demás, y que si se ha de representar la escena de la adoración de los Magos, estos deben sustituirse por campesinos y obreros industriales alemanes que le llevan al Führer los frutos de su cosecha o de su trabajo.

La conferencia duró hora y media. Los asistentes aplaudieron con entusiasmo, quizá aliviados por haber superado felizmente el trámite previo al reencuentro con camaradas y compadres en las cervecerías y prostíbulos de Berlín. Mezclados entre los que evacuaban la sala, Meike y Cáiser hicieron cola para recoger la cajita de cartón que contenía el *Julleuchter*, un sencillo candelabro de cerámica decorado con runas germánicas.

A la salida, Cáiser le dijo a Meike:

—En la embajada española se celebra la Nochebuena con una pequeña recepción, ¿quieres acompañarnos?

En el espacioso vestíbulo del palacio Tiele-Winkler, sede provisional de la legación española, bajo una guirnalda formada por las banderas española y la de la esvástica anudadas, habían dispuesto un nacimiento con figuras de medio metro del niño Dios en el pesebre, la Virgen, san José, la mula y el buey, y los tres Reyes Magos acompañados de otra docena de figuras menores entre las que se suprimió, por expreso deseo del embajador Espinosa, el *caganer*.

—Lo siento por el personal catalán, que lo echará de menos, pero los invitados alemanes no entenderían la presencia de un tío con los pantalones bajados y el culo en pompa, cagando, en el contexto de un nacimiento —argumentó—. Se llevarían una penosa impresión de nosotros.

—¿Más penosa aún de la que ya tienen? —murmuró malévolo Cayetano al oído de Cáiser.

Fue una fiesta entrañable. Después de escuchar en respetuoso silencio la alocución navideña del caudillo del año anterior grabada en un disco, se entonó el *Cara al Sol* brazo en alto y el embajador profirió los gritos de ritual. España, una, España, grande, España, libre, *vivafranco*, *arribespaña*. A

continuación hubo canapés, polvorones y ponche, que rápidamente desaparecieron, seguidos de pequeños discursos y brindis por España y por el pronto y satisfactorio término de la guerra. Una orquesta de cabaret contratada al efecto tocó pasodobles con más voluntad que acierto. Los maridos sacaron a bailar a sus esposas, peripuestas para la ocasión con vestidos largos de mangas abullonadas que dejaban ver escotes níveos y brazos rollizos. Miquelarena, el del *ABC*, cambiaba impresiones con el cónsul, David Carreño, sobre si sería verdad lo que se rumoreaba de aviones silenciosos, sin hélice, que experimentaban los alemanes. Cayetano estuvo especialmente caballeroso con una secretaria poco agraciada a la que después invitó a tomar una copa en su casa.

—Soy consciente de es un callo recalentado, pero es que en Navidad siempre hago una obra de caridad —se excusó ante sus amigos.

El único que faltó a la fiesta fue Andrei, que en su condición de ruso no habría sido bienvenido en la embajada española.

Daban las doce en el reloj del vestíbulo cuando el embajador tomó la palabra y dijo:

—Señores y señoras, camaradas todos. Ha sido un placer brindar por España y reunirnos en esta fecha entrañable tan lejos de la patria. Ahora seamos obedientes de las leyes de nuestro estado anfitrión, la Gran Alemania, y retirémonos de la fiesta.

Afuera nevaba copiosamente y las superficies del mobiliario urbano — cabinas, quioscos, bancos y cilindros de anuncio— lucían gruesas cubiertas del *chantilly* bajo cero, como llamaba Miquelarena a la nieve acumulada. La temperatura había descendido a veinte grados negativos.

Cáiser regresó al 12 de la Torstrasse. *Herr* Lieberman se había acostado ya, pero Rachel, que ese día se quedaba a dormir en su antiguo hogar, estaba aguardando su regreso.

Le estampó sendos besos en las mejillas que lo dejaron un poco sorprendido.

—Hoy es Nochebuena —se excusó—. He preparado un pastelito para celebrarla.

El pastel no era mayor que la palma de la mano, pero con él demostraba la muchacha su buena voluntad y su agradecimiento por cuanto Cáiser hacía

por ella y por su padre.

Cáiser encendió la vela del *Julleuchter* y puso en el tocadiscos « J'attendrai toujours», cantado por Tino Rossi.

—¿Bailamos?

Bailaron lentos, estrechamente abrazados, en silencio. Rachel, relajada, cerró los ojos, reclinó la cabeza en el pecho masculino y se dejó llevar. Percibía los latidos del corazón de su compañero, ¿o eran los del suyo? Cáiser notó un estremecimiento parecido a un sollozo. Delicadamente la tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos. Los de Rachel estaban húmedos. Había en su mirada una especie de infantil desamparo. La besó suavemente en los párpados.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me has besado?

—Porque te quiero.

—Aquí besamos en los labios.

—En España también.

La besó en los labios, con suavidad primero, después, cuando notó que ella se entregaba, con pasión.

Había terminado la canción y el disco seguía girando con un rasgueo monótono. Rachel lo desconectó y, sin decir palabra ni desasirse de la mano masculina, se dirigió hacia el dormitorio. Cáiser se dejó llevar.

Aquella noche lo hicieron por primera vez, gloriosamente, con lentitud y sabiduría. Ella, después de dejarse hacer con pasividad estremecida, pareció salir del letargo y se incorporó al juego amoroso. Con las manos sobre el ancho pecho masculino lo obligó a yacer bocarriba y le devolvió los besos pecho abajo, enredando los dedos en el vello pectoral hasta alcanzar el falo erecto, que tomó con una mano mientras con la otra acariciaba los testículos. Después, con lentitud sabia, se lo introdujo en la boca y emprendió la demorada felación.

Cáiser quedó un poco sorprendido de que la muchacha le hiciera espontáneamente lo que solo algunas prostitutas se atrevían a hacer en España. Era evidente que tenía conocimiento y práctica. Por un momento se la imaginó haciéndolo con el ingeniero gordo y calvo de su fábrica, pero

enseguida rechazó el pensamiento. Quería disfrutar del momento, de la primera vez.

Rachel se había encaramado sobre su virilidad después de insalivarla bien y, puesta a horcajadas sobre el hombre, se la introdujo hasta el fondo acompañando la intrusión con un leve quejido. Movi6 el pubis un poco acomodándose y después emprendió una cabalgada demoradamente lenta mientras él le acariciaba las tetas, que bamboleaban invitadoras delante de sus ojos, los pezones grandes y duros como aceitunas.

—Que no acabe nunca —murmuraba él—. ¡Que no acabe nunca!

—Nunca, amor —dijo ella consciente—. Soy tuya.

Después se quedaron dormidos. Cuando Cáiser despertó, Rachel se había marchado. Tenía que coger el primer tranvía, el de las seis y media, para llegar puntual a la fábrica.

Sobre el chasqueo de las máquinas de insertar los fulminantes en los proyectiles, los altavoces repetían, por si algún trabajador se la había perdido, la alocución radiofónica del doctor Goebbels transmitida a toda Alemania con ocasión de la fiesta navideña: «Alemania entera se siente orgullosa de los que defienden la patria contra las agresiones británicas. En esta misma hora, el Führer celebra la Nochebuena entre sus soldados en algún lugar del frente de combate. En su alocución ha dicho: “En este día tan familiar estamos más seguros de triunfar que nunca. Está próximo el día en que Inglaterra no pueda resistir ni una hora más”».

Acunada por el fragor de la máquina que transformaba el lingote de plomo en alambre de bala, Rachel no podía apartar a Cáiser del pensamiento. «¡Qué locura, enamorarme en estos tiempos! ¿Es amor o simple agradecimiento porque nos está ayudando?».

Capítulo 29

AÑO NUEVO

Lloviznaba sobre Whitehall, la emblemática calle donde se encuentran varios de los edificios gubernamentales ingleses.

—Mejor, que siga así —dijo Menzies mirando al cielo color panza de burra—. Con este tiempesito no recibiremos visitas intempestivas.

Se refería a los bombarderos de la Luftwaffe. Después de un verano terrible de ataques diarios que en algún momento casi habían aniquilado a la RAF, los alemanes se estaban tomando un largo respiro.

Hitler había abandonado su plan inicial, invadir Gran Bretaña por tierra, como antes lo intentaron los españoles de la Armada Invencible y los franceses de Napoleón, pero no desistía de rendirla por hambre. Los eficaces submarinos alemanes que patrullaban el Atlántico estaban diezmado la flota mercante inglesa de la que dependía la supervivencia de la isla. ¿Cuánto tiempo podría resistir el Reino Unido el régimen de sangre, sudor, esfuerzo y lágrimas que le había vaticinado su primer ministro Winston Churchill?

El coche negro y reluciente como un catafalco enfiló Oxford Road y atravesó los distritos industriales, con su bosque de chimeneas humeantes, sus siniestras naves fabriles de ladrillo oscuro y sus descampados de chatarra y escombros. El *smog*, la niebla sucia formada de partículas de hollín en suspensión característica de Londres, se había vuelto más espeso y molesto desde que las fábricas empezaron a funcionar veinticuatro horas al día, en tres turnos. Era un incordio, pero gracias a ello se mantenía la industria de la guerra, tan necesaria para sostener el duelo contra Alemania.

El coche salió a la verde y ondulada campiña. Desde el cómodo asiento

trasero del automóvil, el coronel Stewart Menzies, director del Secret Intelligence Service (SIS), la agencia de espionaje de Su Majestad, contempló la sucesión de suaves colinas cubiertas de hierba, las hazas cultivadas y los huertos familiares.

La guerra parecería lejana si no fuera porque cada pocos kilómetros aparecía, en cualquier recodo del camino, un control de la Home Guard, veteranos de la Gran Guerra con viejos fusiles que se cuadraban marcialmente después de examinar los documentos del pasajero. También se notaba en los jardincillos de las casas sembrados de patatas y coles, y en las trincheras y casamatas que de vez en cuando introducían una nota dramática en el idílico paisaje. Se excavaron la primavera anterior, cuando Inglaterra creyó que la invasión alemana era inminente y se preparó para defenderse.

El último día del año 1940 la amenaza de la invasión alemana parecía definitivamente conjurada y la Luftwaffe se había retirado a sus nidos, a lamerse las heridas, después de las terribles pérdidas sufridas en la batalla de Inglaterra.

El coronel Menzies acarició su vieja y deslucida cartera de cuero como si guardara en ella un tesoro. Potencialmente podría serlo. Era un informe del hombre del SIS en Madrid en el que adjuntaba un documento alemán que, si se probaba fundamentado, podía significar un giro de ciento ochenta grados en el resultado de la guerra.

«Mejor no echemos las campanas al vuelo», se dijo, cauto, Menzies. Procuró distraerse contemplando la campiña inglesa, con los colores avivados por la reciente lluvia que se divisaba al otro lado de la ventanilla. Su querida campiña, tan hermosa a pesar de los signos de la guerra que se apreciaban por todas partes.

El automóvil atravesó un tupido bosque y al remontar una colina apareció Hanbrook Mannor, el palacete campestre donde Churchill pasaba algunos fines de semana.

«No está mal instalado el viejo león —pensó Menzies—. Lo malo es que se trae el trabajo a casa».

Él, Menzies, era el trabajo.

El automóvil del SIS atravesó el último control, donde un sargento le indicó el aparcamiento de los coches civiles, al otro lado del edificio. El

chófer, una atractiva muchacha que vestía el uniforme del Women's Army Auxiliary Corps, el Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército, rodeó la estupenda mansión dieciochesca de piedra. Detrás aparecieron los barracones de madera de las oficinas militares, camuflados en un bosquecillo de robles.

Un mayordomo, con un chaleco de rayas, hizo pasar a Menzies a una salita decorada con apuntes de Turner enmarcados y le ofreció un té. Al otro lado de la puerta dieciochesca, bellamente taraceada, clamó la voz malhumorada del *premier*:

—¡Déjese de ceremonias, Mortimer, y hágalo pasar ahora mismo!

—Ese té, lléveselo a la señorita que se ha quedado en el coche —ordenó Menzies al mayordomo.

El hombre del SIS reconoció a los oficiales reunidos en torno a la mesa de trabajo del primer ministro: Hasting Ismay, enlace de Estado Mayor; *sir* Henry Evelyn Ridley, jefe de Oficina Estratégica, y otros dos generales. Los saludó brevemente y tomó asiento.

—Creo que todos estamos muy ocupados —dijo Churchill—, así que le agradeceré que vaya al grano, coronel.

Menzies carraspeó un poco antes de hablar.

—Hemos recibido de nuestra embajada de Madrid un documento secreto alemán que ordena preparar la invasión de la Unión Soviética para el 15 de mayo de 1941.

—¿Con tanta precisión? —preguntó Churchill.

—Así son los alemanes, señor. Es la directiva N.º 21 emanada del cuartel general de Hitler. Está clasificado como alto secreto.

Menzies sacó de su cartera una carpeta de la que extrajo dos folios.

—Este es el original, señor. Tiene este aspecto ennegrecido porque se trata de una xerografía.

—¿Xerografía? —rezongó Churchill—. ¿Qué es eso?

—Es un sistema de reproducción fotográfico que requiere el uso de un papel tratado, fotosensible, que se carga de electricidad estática solo en las zonas expuestas a la luz. Esta es la traducción —añadió, entregándole el otro folio al primer ministro.

Churchill se ajustó las gafas, levantó el papel y lo leyó en voz alta:

*El Führer y Supremo Comandante de la Wehrmacht
OKW/WFSt./Abt.L(I) Nr.21 408/40 g.Kdos.*

18 Diciembre 1940

Máximo Secreto

Directiva N.º 21: Operación Barbarossa

La Wehrmacht debe estar preparada, aun antes de terminar la guerra con Gran Bretaña, para derrotar a la Rusia soviética en una rápida campaña.

El Heer debe estar, en este caso, preparado para comprometer el mayor número de formaciones que sea posible, con la salvedad de que los territorios ocupados deben ser protegidos contra ataques sorpresivos.

La Luftwaffe deberá estar dispuesta para dar apoyo al ejército en la Campaña del Este con fuerzas de adecuada capacidad, para garantizar la pronta terminación de las acciones terrestres y para darle a los territorios de Alemania Oriental la máxima protección contra los ataques aéreos enemigos. La realización del máximo esfuerzo en el este no deberá llevarse a cabo hasta el punto en que no podamos proteger adecuadamente todos nuestros frentes de ataque y de concentración de armamento contra los ataques aéreos enemigos, ni tampoco deberán sufrir las consecuencias la ofensiva contra Gran Bretaña y en particular las rutas de abastecimiento británicas.

Para la Kriegsmarine, el punto de mayor esfuerzo se mantendrá consistentemente contra Inglaterra, aun mientras la campaña en el este se mantenga en progreso.

Daré las órdenes para la concentración de tropas, etc., para la operación propuesta contra la Rusia soviética tan pronto llegue el momento, con ocho semanas de anticipación al inicio de las operaciones. Los preparativos que requieran más tiempo que ese deberán comenzar —si es que no se han iniciado ya— inmediatamente y completarse para el 15 de mayo de 1941.

Churchill terminó la lectura y depositó el folio sobre la mesa, anonadado.

—Parece que es solo el comienzo del documento, señor —dijo Menzies—, pero no puede estar más claro.

—Y ¿cómo es que ha llegado a nuestras manos? —inquirió Churchill.

—Un informador español lo rescató de una papelera en el cuartel general de la Gestapo.

—Un español... —murmuró Churchill—. El caso es que ese documento es consecuente con lo que sabemos por otras fuentes, me refiero al acantonamiento de tropas en Prusia Oriental y en la Polonia ocupada.

—Eso ya lo sabíamos —intervino *sir* Henry Evelyn Ridley señalando el documento con la boquilla de su pipa.

—Lo interesante es la cuantía —prosiguió Menzies—: hasta ahora hemos identificado a treinta y cuatro divisiones, ocho de ellas acorazadas.

Churchill se irguió en su asiento.

—Eso parece algo más que la guarnición necesaria para custodiar la frontera con un país aliado —ironizó.

Los ingleses sabían que tarde o temprano Hitler y Stalin se enzarzarían en una lucha mortal, pero ignoraban que los preparativos del alemán estuvieran tan avanzados. Creían, aplicando el sentido común, que Hitler aguardaría a firmar un armisticio con el Reino Unido antes de arriesgarse a atacar a la URSS, lo que supondría abrir un segundo frente.

—No creo que ese loco se atreva a abrir un segundo frente —dijo Hasting Ismay.

—Y sin embargo es lo que parece.

—Ejem —tosió Churchill—. ¿No estaremos ante una nueva edición del incidente de Venlo?

Menzies se removió inquieto en su asiento. Lo de Venlo fue el mayor patinazo del SIS y acarreó la destitución de su predecesor. Dos años atrás, unos meses antes del comienzo de la guerra, el jefe del Sicherheitsdienst, la oficina del contraespionaje alemán, Walter Schellenberg, había tendido una trampa al servicio secreto británico. Haciéndose pasar por un oficial que representaba a un grupo de generales descontento con Hitler, concertó una entrevista con dos altos oficiales del espionaje británico en la localidad holandesa de Venlo, cerca de la frontera alemana. Cuando los británicos acudieron a la cita, un comando de las SS que había cruzado subrepticamente la frontera los secuestró y los llevó a Berlín. Después del interrogatorio de aquellos dos agentes por la Gestapo, toda la red de espionaje británico en Europa quedó desmantelada. Cuando más falta hacía, en vísperas

de la guerra, el espionaje británico tuvo que empezar de cero.

—Creo que esta vez no se trata de una trampa, señor primer ministro —dijo Menzies—. El documento procede directamente del cuartel general de la Gestapo en Berlín.

—Y ese español que dice... ¿trabaja para nosotros? —se interesó Churchill.

—Es solo un agente en potencia que cree estar trabajando para el servicio secreto español. Un diamante en bruto. Todavía no lo hemos entrenado.

—¿Y a qué esperan para hacerlo?

—En eso estamos, señor.

Capítulo 30

UNA VIDA NUEVA

El apartamento de Cayetano en la Richard-Wagner-Strasse estaba tan concurrido como la estación de U-Bahn Alexanderplatz un sábado a la salida de las oficinas. En el descansillo de la escalera, frente a la salida del ascensor, habían colgado un cartel: «Feliz año nuevo. *Ein gutes neues Jahr 1941*». Una flecha de papel pegada a la pared con una chincheta apuntaba a la puerta del piso de Cayetano.

Personal de embajada y corresponsales de prensa se habían citado allí para celebrar el año nuevo después de escuchar el discurso radiofónico de fin de año del Führer.

El primero en comparecer fue Garriga, que se hacía acompañar por tres botellas de Rioja y una butifarra de casa Noguera.

—Anda, deja eso en la cocina y echa una mano —le dijo Cayetano—. Estoy poniendo a salvo en los altillos los bibelots susceptibles de extraviarse en los bolsillos de los invitados. ¿Alguna novedad en el discurso del Führer?

—Poca cosa. Que los culpables de la guerra son los malvados judíos y que Alemania ganará en 1941 cuando los ingleses dejen de porfiar, entren en razón y comprendan que las intenciones del Führer son pacíficas.

Acabaron de acomodar en los altillos los adornos y un par de cuadros pequeños. Vueltos al salón, Garriga señaló la colección de discos que ocupaba el mueble del gramófono.

—¿Tienes algo nuevo?

—Pues sí. Acabo de recibir una nueva versión de *Strange Fruit* cantada por Billie Holiday. Es el regalo navideño, por valija diplomática, que me

envía mi tío, el que trabaja en la embajada argentina de Washington. ¿Quieres oírla?

—Eso no se pregunta.

La voz de Billie Holiday, la diva negra que ejerció la prostitución antes de triunfar como cantante en varios clubes de Nueva York, sonaba intensa, profunda, desgarrada. Sentados en sendos sillones, Garriga y Cayetano la escucharon con unción casi sacramental.

—¿Entiendes la letra? —preguntó Cayetano cuando terminó la canción.

—Me temo que no del todo —confesó el periodista—. Mi inglés es un tanto precario.

—Habla de los linchamientos de los negros en los estados americanos del sur.

—Caramba. No es muy poética que digamos.

—La letra es de Lewis Allan, pseudónimo del poeta judío y comunista Abel Meeropol. El poema original se titulaba *Bitter fruit*, «fruta amarga», pero Billie Holiday la ha cambiado por *strange*, «extraña», que resulta más efectivo. Dice mi tío en su carta que se inspiró en la foto del linchamiento de los negros Thomas Shipp y Abram Smith en Indiana. Eso ocurrió hace unos años, pero el fotógrafo que tomó la placa se forró vendiéndola a los periódicos.

—¿Qué habían hecho los negros?

—No sé. Ser negros. ¿Te parece poco? La letra dice: «De los árboles del sur cuelga una fruta extraña. / Sangre en las hojas y sangre en la raíz. / Cuerpos negros balanceándose en la brisa sureña. / Extraña fruta cuelga de los álamos. / Escena pastoral del valiente sur. / Los ojos saltones y la boca torcida. / Aroma de las magnolias, dulce y fresco. / Y el repentino olor a carne quemada. / Aquí está la fruta para que la picoteen los cuervos. / Para que la lluvia la moje, para que el viento la meza, / para que el sol la pudra, para que los árboles la dejen caer. / Esta es una extraña y amarga cosecha».

Escucharon de nuevo la canción en respetuoso silencio, Cayetano con los ojos húmedos. Garriga había encendido un cigarrillo. Parecía concentrado en contemplar la brasa que se avivaba al soplar sobre ella.

—Vivimos tiempos bárbaros, amigo mío —dijo al fin—. No hay que irse tan lejos para ver linchamientos. En 1938, en la *Kristallnacht*, energúmenos

de camisa parda mataron a unos noventa judíos, si no más, casi todos a golpes, algunos ahorcados.

—Me pregunto por qué los odian tanto —dijo Cayetano—. Los alemanes a los judíos, digo.

—¿Porque mataron a Cristo? —bromeó Garriga.

—Lo digo en serio.

Garriga reflexionó un momento.

—Por lo mismo que los milicianos fusilaban a los ricos en España. Por odio de clases. Por envidia. En 1936, cuando yo vine aquí por primera vez, escribí un reportaje sobre los judíos alemanes: eran medio millón largo, menos del uno por ciento de la población, pero habían ganado catorce de los treinta y ocho premios Nobel otorgados hasta entonces a ciudadanos alemanes, o sea, un porcentaje desproporcionado. Los judíos destacaban en todas las ramas de la actividad humana: actores famosos que copaban escenarios y sets de rodaje, catedráticos de renombre que ocupaban la mitad de las cátedras universitarias, abogados de prestigio en los mejores bufetes, cirujanos, científicos del Kaiser Institut. Los mejores periódicos eran propiedad de judíos y los mejores periodistas eran también judíos. Llegó Hitler y los expulsó de todas partes, empezando por la universidad: eminentes filólogos, físicos y biólogos fueron a la calle.

—¿Y sus colegas no protestaron? —preguntó Cayetano, que todavía idealizaba la camaradería académica.

—¿Los compañeros de cátedra? —sonrió Garriga—. ¿Tú has oído hablar de Martin Heidegger?

—Me suena. Es un filósofo prestigioso, ¿no? —aventuró Cayetano.

—Muy famoso. Y rector de la Universidad de Friburgo. Pues le entregó a los nazis una lista con los nombres de sus colegas judíos, no fuera a escapárseles alguno.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. La universidad alemana que tanto admiráis en España porque así lo manda Ortega y Gasset es un nido de envidias, rencores y celos profesionales. Aplaudieron la expulsión de los judíos y corrieron a apuntarse al partido para optar a las plazas vacantes. Esto explica que los profesores universitarios alemanes dupliquen a la media del país en apoyo a los nazis.

—Estómagos agradecidos —concluyó Cayetano.

—Y también envidiosos reconcomidos. Hay en Alemania judíos indigentes y miserables, casi todos pobres emigrantes llegados de Polonia, pero los únicos que brillaban socialmente eran los ricos, los millonarios, los propietarios de grandes almacenes, los dueños de los periódicos de mayor tirada, los banqueros instalados en sus sedes de mármol y granito, los joyeros famosos con escaparates en las capitales de medio mundo, especializados en la talla y tráfico de diamantes, los doctores que abrían hospitales exclusivos en los que cobraban millonadas por matar de hambre a gordas adineradas deseosas de adelgazar. Los judíos eran notorios porque vivían en las grandes mansiones al sur de la Köningstrasse, en Wannsee. Son gente muy solidaria que se ayuda entre ellos, llevan miles de años huyendo de las persecuciones, siempre apátridas, y han tenido que aguzar el ingenio. Cuando Alemania se constituyó como país, todavía no hace un siglo, acudieron en bandadas convencidos de que aquí iban a llevar una existencia apacible. Estaban orgullosos de ser alemanes, ciudadanos de un país que producía artistas, filósofos, científicos, músicos... Más de cien mil combatieron en la Gran Guerra. Y muchos de ellos fueron condecorados. Empezaron a sentirse más alemanes que judíos, *yecke*, como ellos se llaman, lo que no les había ocurrido en parte alguna, pero ya ves...

—Yo creo que si tanto les molestan a los nazis, tendrían que expulsarlos, como hicieron los Reyes Católicos en España —dijo Cayetano—. Que se marchen a Palestina.

Garriga negó con la cabeza.

—Me temo que va siendo tarde para eso. Los que se olieron la tostada a tiempo, que fueron los más ricos, ya están en Inglaterra o en los Estados Unidos. Los que han quedado lo están pasando muy mal. Tengo entendido que los están deportando a Polonia. Han empezado por los de los lugares pequeños y ahora están con los de las ciudades medias. Pronto les llegará el turno a los que viven en Berlín. Desde luego Hitler quiere Alemania libre de judíos.

La llegada de Banqueri en compañía de dos chicas alegres interrumpió la conversación.

—¿Qué hacéis tan serios? —chapurreó en su vacilante español—. ¿Es

aquí el velatorio? ¡Venga, alegría y *chianti*, que estas quieren guerra! —Les palmeó los traseros al presentarlas—: Esta es Jutte, que tiene unas tetas estupendas, como podréis comprobar en cuanto se tome dos copas, y esta es Monika, que cuando se la metes bien y a fondo se deja llevar por el entusiasmo y te introduce un dedo en el culo.

—¡Coño! ¿Eso hace? —se alarmó Cayetano.

—Como te digo. Es la marca de la casa. Yo ya le he dicho que los latinos somos muy mirados para las cosas del culo, que no nos cabe ni el bigote de una gamba, pero ella es socia de una secta naturalista de esas e insiste en que el complemento ideal de un casquete es la irrupción digital en el culo del consocio.

Las muchachas sonreían bobas sin entender una palabra.

—A ver, Monika, ¿cómo se saluda en español? —dijo Banqueri—. *Grüsse*, mujer.

—Hola, ¿quieres follarme? —palabreó la aludida completamente ajena al significado de lo que decía.

—Buena chica, buena chica —la alabó Banqueri—. Le doy clases particulares para que domine el idioma de Cervantes. A ver, Monika, ¿cómo se despide uno educadamente en español, cómo se dice *auf Wiedersehen*?

—Vete a tomar por el culo —recitó la muchacha.

—Ya lo veis —dijo Banqueri satisfecho—. Una alumna ejemplar. Lo pillá todo. Anda que no aprenden pronto los arios estos.

Llegaba más gente. Sobre el aparador del salón se iba acumulando un muestrario de los licores de Europa y parte del resto del mundo, desde oloroso jerezano al Bálsamo Negro de Riga, tan fuerte como alcohol de quemar, pasando por el fernet argentino, el rakia bosnio, el cassis francés y el amaretto italiano. No obstante, lo que más abundaba era el vodka Staraya Moskva, del que Andrei había aportado tres cajas.

—¿Qué es esto? —preguntó Cayetano, encantado—. ¿Es que los bolcheviques estáis tirando la casa por la ventana?

—¡Ay, amigo mío! —respondió el ruso estampándole dos sonoros besos en sendas mejillas. Se notaba que venía ya un poco bebido—. La dicha es breve y el mundo un valle de lágrimas, a pesar del esfuerzo que hacen por mejorarlo el padrecito Hitler y el padrecito Stalin, esos benefactores de la

Humanidad. ¡Bebamos y vivamos en buena paz mientras podamos, por si el año que viene no pudiéramos celebrarlo!

La abundancia de bebida y manjares atraía a muchas chicas alemanas a las fiestas de los diplomáticos, especialmente a las estudiantes de secretariado o enfermería que vivían en pensiones, mal comidas, lejos de unos padres controladores. Dresdner, el chófer de la embajada, se había presentado con una prima suya cuyo marido, sargento de Intendencia, servía en Rumanía y con una amiga de esta, viuda desconsolada que había perdido al cónyuge piloto hacía tan solo quince días.

—Hace bien, respetable señora —le dijo Andrei, comprensivo al conocer las tristes circunstancias en las que se encontraba—. Hecho el duelo correspondiente, debe usted incorporarse al mundo. La vida sigue y es usted muy joven para encerrarse en una triste viudedad.

—¿Usted cree? —preguntaba ella gimoteando.

—¿No lo he de creer? Le serviré una copita de vodka del bueno antes de que se lo beba esta manada y verá como ve el mundo de otro color.

—Eso, eso, *sursum corda* —decía Cayetano dando palmaditas solidarias en el muslo rotundo de la joven viuda.

Para cuando dieron las once, hora en que las ordenanzas de guerra imponían silencio, los alegres concurrentes habían vaciado la improvisada bodega y todo el mundo estaba más o menos tarumba después de bailar jazz, pasodobles y tangos, de fumar grifa, de ingerir extraños cócteles, de acabar con los canapés y los dátiles y hasta de jugar al trenecito por el pasillo.

—Las once —anunció Cayetano, con voz beoda—. A partir de ahora, confidencias susurradas y frotamientos íntimos. No hagáis ruido que los vecinos son unos antipáticos y por menos de nada llaman a la Polizei.

No le hicieron el menor caso y continuó la fiesta. Sin embargo, antes de que dieran las doce hicieron un alto en el jolgorio para que los españoles se comieran las doce uvas, especialmente enviadas de Madrid por la Sección Femenina de la Falange. Banqueri, subido en la mesa del comedor entre botellas vacías, hizo sonar las doce solemnes campanadas golpeando una bandeja con una cuchara.

Después de la última campanada, vitorearon al año nuevo, intercambiaron besos y abrazos y casi todos se emparejaron y acabaron perdiéndose por las

habitaciones de la casa, no solo los dormitorios y los sofás, sino la cocina, el trastero y hasta el vestidor.

Cáiser tenía el vino melancólico. Más sobrio que otros, sentía en medio de aquel jolgorio la comezón de su vida inconclusa. «¿Qué hago aquí?», se dijo. Sentía la cabeza pesada y el corazón agitado por una confusa pesadumbre. Algunas chicas habían intentado intimar con él, pero las había rechazado cortésmente fingiendo que su alemán era más pobre de lo que en realidad era. Incluso alguna le había mostrado su disponibilidad con sutileza teutona, echándole mano a la entropierna.

—*Dank aber ich bin homosexuell* —se había excusado.

Lo había probado otras veces y no fallaba. Instantáneamente la buscona se apartaba de él con expresión espantada, como si se hubiese confesado leproso. Los homosexuales no eran bienvenidos en Alemania desde que Hitler subió al poder e impuso su Orden Nuevo.

En ocasiones como aquella, cuando la gente se divertía a su alrededor, la imagen de Virtudes, la novia muerta en España, acudía una y otra vez a su memoria. El último año nuevo de su breve existencia lo pasaron en una verbena de Carabanchel, en plena guerra, los dos de permiso. Aquella noche acabaron en una pensión de Atocha, ella acurrucada en su regazo, dormida bajo las cálidas mantas, él sintiéndose la persona más feliz del mundo en medio de la miseria y el dolor que los rodeaba.

—Me marcho —le dijo a Cayetano, que bailaba un lánguido bolero abrazado a Jutte.

—¿Tan pronto? —se extrañó el otro—. ¿No será que te espera la tetona?

—No, pesado, no me espera Meike. —Cáiser intentó sonreír—. Ya sabes que es virgen.

—Si esa es virgen, yo soy san José —repuso Cayetano—. Bueno. Llévate una botella para el camino, abrígate bien y no pases frío.

Antes de salir a la gélida noche, Cáiser fue al baño a evacuar la vejiga. Monika se había quedado dormida abrazada a la taza del retrete después de vomitar dentro. La apartó con cuidado y la tendió en el suelo con la cabeza sobre una toalla doblada.

Mientras orinaba descifró lo que la muchacha había escrito con lápiz de labios en el enorme espejo *art déco*: «Mi padre me advirtió sobre los hombres

y el alcohol, pero nunca dijo nada sobre las mujeres y la cocaína».

Pensativo, se miró en el espejo de aumento que un brazo articulado unía a la pared. Le devolvió su rostro cansado, ojeroso, el pelo revuelto como si acabara de escapar de una galerna. De aquella guisa, podría toparse con alguna patrulla nocturna y lo tomarían por delincuente. Muchos cacos hacían su agosto aprovechando las normas de oscurecimiento. Llevaba consigo su pasaporte de las SS, pero quizá no lo identificarían con el joven apuesto y repeinado de la foto. No quería pasar la noche en alguna comisaría de la Kripo. Se repasó el pelo con los cepillos de Cayetano y se atacó la camisa y los pantalones.

Antes de abandonar el apartamento tuvo que sortear los cuerpos de unos cuantos durmientes que yacían en el suelo, completamente borrachos. En el vestíbulo encontró a Andrei, que había improvisado un camastro con el montón de abrigos de los invitados y copulaba, ya casi sin fuerzas, como a cámara lenta, con la apenada viuda del aviador.

—Esto es lo que yo llamo alivio de luto —dijo Cáiser como para sí al tiempo que cerraba tras él la puerta, con suavidad.

Capítulo 31

DESVELADO EN BERLÍN

En el silencio de la noche, la jaula del ascensor del 12 de Torstrasse se deslizó por el hueco de la escalera con el fragor de un tren de mercancías y se detuvo con un chasquido súbito.

Cáiser introdujo la llave en la cerradura y entró en su apartamento procurando no hacer ruido. Mantenía esa costumbre de sigilo, aunque no temiera despertar a *Herr* Lieberman, que dormía en el extremo opuesto del apartamento y además era algo duro de oído, una herencia más de la Gran Guerra.

Sin encender la luz del pasillo, Cáiser entró en su dormitorio. Para su asombro encontró el cuarto agradablemente caldeado en contraste con el exterior glacial. Al resplandor de las ascuas que brillaban en la chimenea descubrió que no estaba solo. En la cama, vio el bulto de Rachel, arrebujada bajo el nórdico de plumón. Se acercó. La muchacha dormía apaciblemente con un tenue ronquido. Lo había esperado para darle una sorpresa y se había quedado dormida. Cáiser la contempló con ternura, tan frágil, tan abandonada al destino, tan desamparada. Se inclinó sobre ella y le depositó un beso quedo en la frente, entre el pelo enredado. Ella emitió un profundo suspiro y emergió de lo profundo del sueño. Abrió los ojos y lo miró.

—Hola —murmuró—. Te estaba esperando y me he quedado dormida.

—Ya veo, princesa —dijo él acariciándole la espalda por encima del nórdico.

—Quería darte una sorpresa y mi regalo de año nuevo.

Asintió Cáiser.

—Ya estoy aquí, bonita. Ahora puedes darme mi regalo.

—Soy yo —dijo la muchacha apartando el embozo de la cama e invitándolo a entrar en ella.

Estaba desnuda. Cáiser aspiró el caliente perfume a lavanda inglesa que impregnaba la piel femenina. Se había bañado y se había perfumado para recibirlo. La acarició con más ternura que deseo, lentamente, demorándose en la tersura de los hombros, en el suave relieve de las clavículas y del cuello.

—Con saetas de amor hierre cuando sus ojos alza —le murmuró al oído mientras le besaba la nuca.

Ella, entregada, se dejaba hacer.

Sintió una erección potente, pero todavía se contuvo largo rato dilatando los preliminares antes de penetrarla. Quería gozar intensamente de aquellos momentos. Contempló a su sabor los pezones grandes y oscuros, hozó suavemente en los suaves rizos en las axilas, descendió haciendo un caminito de besos a lo largo de la piel tersa del vientre hasta el vello púbico, negro como el azabache, ligero como la espuma del champán.

Por vez primera en mucho tiempo, se sintió satisfecho y feliz. Con la cabeza de Rachel en el regazo, en la cálida placenta de la habitación caldeada, iluminado apenas por las ascuas que brillaban en la chimenea, gustó una y otra vez de sus labios.

*Contigo, mano a mano
busquemos otros prados y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse, y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte.*

El Ahnenerbe continuaba sus investigaciones, ajeno a la guerra. Llegaban copiosos informes particulares de Julio Martínez de Santa-Olalla y otros arqueólogos españoles al servicio de las teorías del Reichsführer que Cáiser debía reducir a fichas y esquemas clasificatorios. El ministro Arrese había cursado instrucciones a los departamentos de arqueología de las universidades españolas para que sus trabajos en prehistoria y antropología se

orientaran hacia el fortalecimiento de «la camaradería de falangistas y nacionalsocialistas en el terreno científico, y de manera especial en el estudio de nuestros comunes problemas culturales y raciales». Hasta el más ínfimo dato arqueológico o antropológico fruto de aquel provechoso intercambio cultural se encaminaba a demostrar que los primitivos pobladores de la península Ibérica, de los que descendían los actuales españoles, pertenecieron al tronco nórdico-germánico de evidentes raíces arias. Con posterioridad, las invasiones bárbaras, en especial la de los visigodos, aportaron un nuevo caudal de sangre aria que refrescó las obvias raíces germánicas de la población hispanorromana. ¿Y los iberos que poblaron Levante y el sur de Portugal? Una invasión africana carente de importancia.

Capítulo 32

EN EL ESTANQUE DE LOS COCODRILOS

—Chavales —dijo Banqueri—, no os lo vais a creer. El otro día, el domingo, acompañé al embajador y a su señora al concierto de Von Karajan y ¿a quién diréis que sorprendí morreándose en los aseos de las damas?

—¿A Göring y a Goebbels? —aventuró Moraleda.

—Muy gracioso —replicó Banqueri—. ¡A la tetona y a otra rubiasca de la misma alzada que ella! Dos hembras como dos catedrales metiéndose la lengua hasta la espadaña.

—Hasta la campanilla, has querido decir —corrigió Miquelarena—. ¿Y qué hacías tú en el aseo de las damas, si puede saberse?

—Me dirigía a mear en el de los caballeros y al pasar por la puerta, que estaba entreabierta, se me ofreció el espectáculo.

—¿Estás seguro de que era la tetona? —preguntó Cayetano.

—¡Y tanto...! Picado por la curiosidad, me quedé remoloneando en el vestíbulo de fumadores entre los chacineros de cogote recto que se pavonean con el uniforme del partido y al poco las vi salir a las dos tan formalitas. No juntas, ¿eh? Cada una por su lado, como si no se conocieran. La pareja de la tetona se arrimó al marido, un coronel de la Luftwaffe que la esperaba fuera, y la tetona se metió en otro palco.

—¡Hosti... Además de tortillera, está liada con una casada! —dijo Moraleda.

—Pues eso parece.

—¿Y qué más? —urgió Miquelarena.

—¿Qué más quieres? Estuve atento, mirando a los palcos desde la platea,

pero no la vi. Luego, cuando ya casi me había dormido al arrullo de Franz Liszt, una pieza de Wagner, *Lohengrin* creo, me despertó bruscamente y por un momento pensé que había soñado lo de la tetona y la rubiasca, pero a la salida del concierto me volví a encontrar a la esposa del aviador y le eché una buena visual. Llevaba un traje de satén, de esos que les traen sus maromos de Francia, en plan gran dama, que le resaltaba el canalillo cular... Pensé: «Dos mujeres tan frondosas jugando a juntar los chochitos. ¡Qué malversación!».

Cayetano, que a pesar de sus bromas apreciaba de veras a Meike, optó por mudar de conversación.

—Menuda la tienen liada en el norte de África.

Banqueri asintió grave.

—Esa es otra —dijo en tono fúnebre—. No sé cuánto me quedará en Berlín, porque al paso que vamos... Los ingleses nos han tomado la fortaleza de Bardía, en Cirenaica. Se rumorea que han capturado a más de cincuenta mil prisioneros, mil tanques y otros tantos camiones.

—Un desastre peor que el de Guadalajara —ironizó Moraleda.

—¿Y los alemanes? —dijo Cáiser—. ¿No los ayudan?

—Los alemanes bastante tienen con lo suyo —intervino Cayetano—. Se rumorea que están regresando a Alemania las tropas que habían concentrado en el canal de la Mancha con vistas a la invasión de Gran Bretaña. Se aplaza el plan.

—Después de todo, hace bien Franco en no meterse en la guerra —observó Moraleda—. Los ingleses, con la escuadra que tienen, nos iban a dar más palos que a una estera. Por cierto, Cáiser, viene a Berlín el amigo Ramírez acompañando a una delegación de Educación y Descanso y quiere verte. Creo que te trae un paquete de suculencias que te envía tu señora madre.

—¿Cuándo?

—Llegan hoy si no se retrasa el convoy. Ya te llamaré. Quiere que lo lleves a almorzar donde la otra vez. Dice el embajador que te vamos a tener que encomendar la recepción de los visitantes ilustres porque encantas a la gente.

Cáiser hizo un gesto de conformidad. El regreso de Ramírez no le daba buena espina.

Esta vez no había codillo y Ramírez tuvo que conformarse con tres gruesas salchichas *Bratwurst* que acompañó con dos jarras de cerveza.

—Tus padres están estupendamente —informó a los postres—. Te lo dirán en las cartas, ¿no?

—Sí —reconoció Cáiser—. Tengo que agradecerle tus atenciones. Mi madre quedó encantada con la pieza de tela que le enviaste por medio de don Rosendo.

—Y tu padre está muy repuesto de lo suyo —añadió Ramírez—. Más que las medicinas, creo yo que lo que obra milagros son las sopitas de jamón.

Llegaron las natillas del postre, que Ramírez tomó con avidez. Después se enjugó los labios con la servilleta, apuró el último sorbo de cerveza y fue al grano.

—Aquel papel que me enviaste... Bueno, me han encargado que te felicite porque estás prestando un gran servicio al Movimiento. En tu carta me decías que lo habías rescatado de la papelería del despacho donde das clase de alemán.

Cáiser asintió.

—El caso es que nos interesan más papeles de esa papelería. Todos los que puedas conseguir.

—Son las copias que le salen borrosas a la máquina reproductora. Algunos son una pura mancha negruzca donde no se entiende nada.

—¿Copias borrosas de qué?

—En el despacho hay un aparato eléctrico grande como una nevera donde mi profesor hace copias de algunos documentos mientras yo estoy entretenido con mis ejercicios.

—¿Y sabes de dónde proceden esas copias?

—Alguna vez ha comentado que venía del Estado Mayor para quejarse del tráfico que hay a media mañana. Trae los documentos en una cartera que se sujeta a la muñeca con una cadena. Hace exactamente cinco copias, pero como el aparato es complicado y hay que ajustarlo cada vez que se usa, algunas veces le salen borrosas y las tira a la papelería.

—Eso es interesante —asintió Ramírez—. ¿Tú lo esperas en el despacho?

—No. En el corredor. Pero cuando estamos en el despacho, me encargo de encender el calefactor y él suele aprovechar esos minutos para hacer

gestiones con otros funcionarios de los negociados cercanos. No le gusta utilizar el teléfono porque dice que nunca sabes quién está escuchando.

—Un hombre precavido... —comentó Ramírez—. Y esa cartera..., ¿la lleva siempre consigo?

—No, en cuanto llega al despacho la libera de la cadena y la deja encima de un archivador.

—Y cuando se mueve fuera del despacho, tú te quedas a solas con la cartera, ¿no? —Cáiser asintió—. Pues lo bueno sería que tuvieras acceso a los documentos en la cartera.

—¿Qué voy a hacer? —se asombró Cáiser—. ¿Robarlos? Se daría cuenta inmediatamente.

—Robarlos, no. Fotografíarlos. Si sabes comportarte, esto llegará al caudillo, y puedo prometerte que a tu regreso a España no te va a faltar un puesto de trabajo en alguna delegación de Falange y hasta un estanco para tu madre cuando se quede viuda.

—Lo que yo quiero es que indulten a mi padre.

—Eso también te lo puedo prometer si te portas —repuso Ramírez.

Después de comer, dieron una vuelta por el Tiergarten aprovechando que no llovía.

—Me han dicho que aquí tienen el mejor zoológico del mundo —dijo Ramírez—. ¿Es cierto?

—Si no es el mejor, por ahí debe andar —dijo Cáiser—. Incluso suministra leones a los circos de Europa, según creo.

—¡Caramba! Oye, Herminio, y ¿hay cocodrilos?

—Hay de todo. Yo nunca he estado, pero tengo entendido que hay de todo.

Fueron al zoológico, que era enorme, en la prolongación del Tiergarten. Una nutrida expedición escolar en la que se adivinaban los uniformes de las Juventudes Hitlerianas debajo de los abrigos copaba la zona de los leones y de las aves rapaces, pero, por lo demás, no había demasiados visitantes. Siguiendo las indicaciones del folleto-plano que les entregaron en la taquilla, localizaron a los cocodrilos en un lago artificial cubierto con una vidriera que suministraba una temperatura adecuada a la flora cálida del entorno. En la barrera del foso, un cartel con el dibujo de un cocodrilo ponía *Crocodylus*

niloticus y lo comparaba con el *Crocodylus acutus*, o caimán, y el *Crocodylus intermedius*, o caimán del Orinoco.

—Es un animal fascinante —dijo Ramírez—. Una escopeta de postas no atravesaría la piel del dorso.

Cáiser hizo un comentario anodino. No podía apartar de su pensamiento la peligrosa misión que Ramírez le había encomendado. Si lo atrapaban fotografiando documentos, se vería ante un pelotón de fusilamiento, previo paso por los sótanos de la Gestapo.

—¿Sabes cuántos dientes tiene en las mandíbulas?

—Perdón, estaba distraído.

Ramírez le dedicó una sonrisa inocente.

—¡Los cocodrilos, hombre!

—Ni idea —reconoció Cáiser.

—Trescientos sesenta y cinco, uno por cada día del año. Imagínatelo. En una mandíbula que cuando atrapa a su presa corta como una cizalla.

—Admirable —dijo Cáiser.

Ramírez estaba encantado.

—¡Qué pena que no haya por aquí fotógrafos como en el Retiro, que de haberlos nos haríamos una foto con los cocodrilos!

Permaneció un buen rato contemplando extasiado a los saurios, que estaban tan inmóviles como el que cuelga del claustro de la catedral de Sevilla, relleno de paja.

De regreso a la embajada, Cáiser casi agradeció que se prolongara la lección sobre los saurios, lo que le permitía refugiarse en sus propios pensamientos.

—El cocodrilo acecha al antílope en el abrevadero —explicaba Ramírez, entusiasmado—. Se confunde en el barro y cuando se acerca el incauto cervatillo salta sobre él y ¡zas!, de una dentellada le arranca la cabeza. No hay bestia mejor diseñada en la Creación: respira con pulmones, como nosotros, pero aguanta hasta dos días debajo del agua, inmóvil. Y gracias a la rugosidad de su piel puede fácilmente pasar por un tronco muerto entre las ovas y la hojarasca de los médanos fluviales. Es una máquina perfecta de matar. Aquí se manifiesta la grandeza de Dios.

Capítulo 33

PASEO POR EL TIERGARTEN NEVADO

Cáiser hacía notables progresos en su alemán. Ya era capaz de medio entender el boletín de noticias que tres veces al día hacía un ampuloso recuento del progreso de las armas alemanas en todos los frentes: los *stuka* del décimo Fliegerkorps de la Luftwaffe habían hundido el crucero HSS Southampton y causado graves daños al portaviones HSS Illustrious y a otros buques menudos del convoy británico que intentaba socorrer a la base de Malta.

Cáiser asistía como invitado a muchos de los frecuentes saraos que organizaba la Asociación de la Prensa, en la Fasanenstrasse. Allí abundaban las chicas, no todas busconas o espías de Ribbentrop, y se consumía cerveza abundante, aunque algo floja, cortesía del ministro, que velaba como una madre por el bienestar de los periodistas acreditados en Berlín.

En uno de estos saraos, el corresponsal de una agencia de noticias brasileña, Aníbal Tavares, coincidió con Cáiser en los aseos. Ocupó el urinario contiguo y mientras atendía a su propia micción, le dejó caer:

—Tengo un mensaje para ti del amigo de los cocodrilos. —Tenía el típico acento abierto y nasal de los brasileños—. ¿Hay un lugar discreto donde podamos encontrarnos? Que sea muy discreto. Aquí las paredes oyen.

El amigo de los cocodrilos no podía ser otro que Ramírez. Y un lugar muy discreto, con aquellas temperaturas y la nieve, podía ser algún rincón del parque central. Después de una breve reflexión, dijo Cáiser:

—A la salida daré un paseo por el Tiergarten. Me gusta sentarme en los bancos que hay frente a la estatua de la reina en el Luisenisel.

—Estupendo —respondió Tavares—. Coincidimos como por casualidad y charlamos mientras nos congelamos.

Allí se encontraron a la hora convenida. Después de lanzar la característica mirada alemana para cerciorarse de que no había nadie a la vista, Tavares limpió de nieve con el canto de la mano el otro extremo banco, se sentó y abrió el periódico.

—Nuestro amigo de los cocodrilos me ha encomendado que te dé lecciones de fotografía.

—¿Fotografía? ¿Para qué? —se extrañó Cáiser—. Ni siquiera tengo cámara.

—Eso no es problema. Te regalaré una.

Quedaron en el 12 de la Torstrasse al día siguiente, cuando Cáiser regresara de las lecciones con Meike.

—Estás muy bien instalado —comentó Tavares.

—Supongo que es provisional. —Cáiser se encogió de hombros—. El día menos pensado cambian de opinión y me devuelven a España.

Tavares asintió cachazudo.

—Esperemos que eso no ocurra demasiado pronto. Bien. El asunto que me trae aquí es enseñarte a fotografiar documentos. No me preguntes por mis amistades ni por mi oficio, que enseguida te figurarás. Cuanto menos sepamos el uno del otro, mejor.

Cáiser se imaginó el verdadero oficio del brasileño. Aquel aplomo desmentía su cobertura como corresponsal de prensa.

Tavares sacó del bolsillo del abrigo un pequeño envoltorio no mayor que una lata de sardinas, desenvolvió el papel y apareció una cámara diminuta.

—Esta maravilla es una Minox, modelo 1938, recién llegada de Riga —explicó—. Está adaptada para fotografiar documentos a corta distancia, la que puede mediar entre un hombre de pie y un documento sobre una mesa de despacho. Utiliza película de 8×11mm, que viene en este cartucho doble fácil de insertar y de extraer, ¿lo ves? —Lo insertó al tiempo que lo decía—. Aquí tienes cinco cartuchos. Cuando los acabes, te daremos más. Cada uno tiene carga para cincuenta fotos. La cámara es muy fácil de utilizar, descorres esta parte y queda al descubierto la lente que hará la foto. La cierras y pasa a la foto siguiente, hayas o no pulsado el disparador. Hagamos unas prácticas.

Tavares miró alrededor, localizó un periódico y lo puso abierto sobre la mesa.

—Fotografía esta foto —ordenó a su pupilo.

Cáiser recorrió el chasis de la cámara, se la llevó a la cara y enfocó la noticia. El Führer había recibido al rey de Bulgaria, Boris III, en su residencia alpina del Berghof, para tratar lo concerniente a la futura adhesión de su país al Eje Berlín-Roma-Tokio.

—Así, no —corrigió Tavares—. El objetivo está calculado para que no tengas que inclinarte. Tú no tienes que leer las letras, eso te llevaría demasiado tiempo. Tú pones sobre la mesa los folios, encuadras su rectángulo y disparas sin preocuparte de su contenido. Mientras tomas las fotos estás en peligro, por eso hay que abreviar el tiempo de la exposición.

Cáiser disparó media docena de fotos más antes de que Tavares se diera por satisfecho.

—Suficiente, no desperdiciemos más película —dijo el brasileño—. Mira el contador. Marca seis. Eso quiere decir que te queda carrete para otras cuarenta y cuatro, quizá alguna más.

—¿A quién tengo que darle los carretes disparados? —preguntó Cáiser—. ¿Se los envío a Ramírez por valija?

—No. Cuando tengas uno listo, al siguiente domingo asistes a misa de diez en la catedral de Santa Eduvigis, en la Bebelplatz. ¿La conoces?

—La conozco, pero nunca he entrado.

—Procura hacerle una visita un día de estos. Para familiarizarte con ella. Cuando avises para una recogida, llevarás el cartucho de fotos en el bolsillo derecho del abrigo. Antes de que comience la misa, enciendes una lamparita en la capilla de santa Matilde. Ese será el aviso para que la persona encargada de la recogida te meta la mano en el bolsillo en la aglomeración de la salida.

Aquella noche, en la reunión con los amigos, Cáiser anduvo distraído mientras Garriga exponía entre risotadas la situación en la legación rusa en Bucarest, donde el cónsul, el coronel agregado militar, el chófer, el jardinero, la *femme de chambre* y los cinco escribientes solo usaban los tratamientos de respeto en presencia de extraños, pero cerradas las puertas eran todos *tovarich* y comían en la misma mesa, como corresponde a ciudadanos de un estado socialista que aspira a la abolición de la burguesía y a la liberación del

obrero. El problema surgió cuando la *femme de chambre* advirtió a la camarada embajadora que no volviera a acostarse con el chófer so pena de informar debidamente a Moscú.

Capítulo 34

EL AMOR EN EL JARDÍN DE LAS FIERAS

Hacía en Berlín un frío castellano: con sol, pero a muchos grados bajo cero, bueno para curar la matanza, solo que la matanza quedaba todavía lejos de Berlín.

El ministro Ribbentrop había ofrecido a los corresponsales extranjeros y amigos de las embajadas un pase privado de la película *Sieg im Westen*, «Victoria en el Oeste», un relato épico de las fulgurantes campañas de la Wehrmacht en Holanda y Francia. Los españoles y afines asistentes al evento habían quedado en desayunar en el café Excelsior a la mañana siguiente.

—¿Tú te has fijado en la pasta de la que están hechos los alemanes? —dijo Miquelarena.

Desde un velador, detrás del escaparate, la calefacción a tope, los españoles contemplaban la multitud de paseantes domingueros que llenaba la plaza del Gendarmenmarkt.

—La pasta de todos —dijo Cáiser—. Yo solo veo diferencia en lo obedientes que son.

—Algo más son —repuso Miquelarena—. ¿No ves a las madres sacando a pasear al bebé en el carrito a veinte grados bajo cero? Así los endurecen para que luego sean soldados capaces de conquistar el mundo. Yo todavía estoy impresionado por la película de ayer: qué precisión, qué arrojo, qué modo revolucionario de usar las armas... ¡Esa es la guerra moderna!

—A mí me impresionó la parte en la que salían los prisioneros de las tropas coloniales francesas —dijo Banqueri—. ¡Qué cosa más patética, los negros tan bobos haciendo el mono para congraciarse con sus captores!

Aquellas sonrisas idiotizadas, las pintas miserables, tan, tan... inferiores.

Cáiser asistía a la conversación y callaba. Era evidente que los realizadores de la película habían intentado subrayar la pertenencia de los negros a los *Untermenschen*, a las razas inferiores, escogiendo a los individuos adecuados para su filmación. Las locas ideas que Meike y los científicos del Ahnenerbe intentaban inculcarle mientras él les seguía la corriente y pensaba que estaban chiflados. Su pensamiento lo ocupaba Rachel con creciente intensidad. Mientras sus amigos periodistas discutían la marcha de la guerra, él cavilaba la manera de rescatar a la muchacha judía y regresar con ella a España, o quizá emigrar a Sudamérica, vivir con ella el resto de sus días en algún lugar lejano donde la paz estuviera asegurada. Si seguía en buenos términos con los falangistas, podría convalidar sus estudios para obtener el título de maestro en algún país de habla española. Moraleda le había explicado que la Falange Exterior se estaba extendiendo por Hispanoamérica y tenía delegaciones en todos los países. El problema iba a ser cómo sacar de Alemania a *Herr Lieberman*. Rachel no accedería a irse de Alemania sin él. Encontrar un visado para ella, aun teniendo en cuenta su condición de judía, era posible. Para *Herr Lieberman* no iba a ser fácil, teniendo en cuenta que su situación era irregular. Oficialmente, había huido de Alemania. Quizá si le agenciara un pasaporte falso... ¿Podía recurrir para ello a Ramírez? Parecía razonable. Los mismos que le habían facilitado aquella Minox propia de espías podrían tramitarle un pasaporte que permitiera a *Herr Lieberman* abandonar el país. Cáiser se había hecho sobradamente acreedor a ese favor. ¿No estaba espiando para el gobierno español? En quince días había conseguido fotografiar más de cuarenta documentos de la cartera de Weigel, un cartucho entero de fotografías Minox que el misterioso correo había rescatado del bolsillo de su abrigo en la catedral de Santa Eduvigis. Era consciente de que los alemanes lo fusilarían de inmediato si descubrían que estaba espiando para una potencia extranjera, aunque fuera para España, tan amiga de Hitler. Si estaba exponiendo su vida, era justo que al cabo de un tiempo lo compensaran con un pasaporte falso para *Herr Lieberman*.

Capítulo 35

DIVINO FÜHRER

Miquelarena leyó en voz alta el reportaje que había preparado para *ABC*:

—En el día de hoy, Adolfo Hitler habló en el Sportpalast entre banderas, ministros y generales. Solo él en medio de aquellas alineaciones impecables, de aquellas águilas de oro. Solo él, con su estatura media, su pelo y su cabeza de transeúnte...

—¿Qué quiere decir eso de transeúnte? —lo interrumpió Moraleda.

—Bueno. Me refiero a que es como cualquier hombre que nos encontremos por la calle, o sea, que su apariencia es perfectamente normal, nada extraordinaria.

—Prosiga el lector —invitó Cayetano.

—Las dieciséis mil personas que llenaban la sala, electrizadas por la voz y el ademán del Führer, han tenido una intimidación que parecía imposible en aquella sala inmensa cruzada de luces cegadoras y entre aquellos uniformes pardos, grises y negros —leyó Miquelarena—. Las palabras del Führer, transmitidas por esa maravilla moderna que es la radio, se han recibido con unción hasta en los más distantes hogares alemanes y en los frentes distantes, donde las banderas de la esvástica triunfan: «La guerra la han desencadenado los pueblos al servicio de unos viejos usureros que se niegan a entregar lo mucho que tienen a los que tienen bastante menos»...

—Está bien, pero suena un poco a rojillo, ¿no? —señaló Cáiser al término de la lectura.

—Quizá deberías limarlo un poco —convino Cayetano—. Ten en cuenta que el Führer no siempre dice lo que piensa, sino lo que conviene pensar en

ese preciso momento en que habla. Lo que sí me ha gustado, por su calidad poética, es lo de que Hitler mece a la gente.

Complacido, Miquelarena volvió a leer el pasaje:

—Las palabras de Hitler bambolean y peinan a la muchedumbre en todas direcciones, como el viento de la llanura inclina a los trigos (...), frente al maravilloso espectáculo humano de su presencia avanza sin otro destino que el que le traza la lealtad a su pueblo. Es, sencillamente, el ejemplar humano más perfecto que ha producido nunca la fe en carne mortal. Después de haber oído la palabra de Adolfo Hitler, yo pienso que mi viaje a Alemania no puede ser ya inútil para mí mismo.

—Sí, decididamente, yo veo poesía en esas palabras —reiteró Cayetano—, poesía y eficacia.

Cáiser se preguntaba si su amigo hablaba en serio. Garriga se miraba las uñas, que llevaba cuidadosamente escamondadas. Moraleda observaba los posos del té en el fondo de su taza.

—¿Dijo algo más digno de mención? —preguntó Garriga, que se había perdido el acto pretextando una urgencia ineludible.

—Sí. Os leo. —Miquelarena volvió a su crónica—: «Los ingleses tienen planes de venir a luchar al continente. Que me avisen y les despejo una zona cómoda de desembarco. Les daremos otra paliza como la del año pasado en Francia». Aquí, el Sportpalast se vino abajo de aplausos.

—Lo natural: un fanfarrón de taberna animando a sus incondicionales —comentó Garriga por lo bajo, casi como para sí.

—Es que se corren en cuanto aparece —corroboró Banqueri.

—Eso se llama carisma —dijo Garriga—. Esa capacidad que tiene la serpiente para fascinar al incauto gazapillo que, atrapado por su mirada, se queda inmóvil hasta que se lo zampa... Sin que esto quiera decir, naturalmente, que yo compare al Führer con una serpiente.

Las visitas semanales de Rachel se habían convertido en una rutina y la impaciente espera de Cáiser casi en una obsesión. Seguía progresando en las clases de alemán con Weigel y aprovechaba los minutos en que se ausentaba para sacar documentos de la cartera y fotografiarlos. Lo hacía atropelladamente, el corazón latiéndole en la boca, consciente de que si algún día se abría la puerta a sus espaldas y lo sorprendían, nadie lo libraría de la

muerte después del minucioso interrogatorio en los sótanos de aquel mismo edificio.

El grupo de periodistas y diplomáticos jóvenes al que Cáiser pertenecía solía reunirse los fines de semana y los días de fiesta. Si el tiempo no era demasiado adverso, organizaban excursiones en tranvía a Britzer Garten, a Comenius-Garten o a Hasenheide, el destino favorito de Andrei porque le brindaba la ocasión de extasiarse ante la contemplación de los rotundos muslos de Meike cuando se ejercitaba en la pista de patinaje sobre hielo convenientemente ataviada con una faldita corta que apenas le cubría las bragas.

—¡Que se me resista esta mujer, con lo que yo daría por tenerla! —suspiraba el ruso.

—Convéncete de que no tienes nada que hacer, que no eres ario —le decía Garriga.

—Yo en tu lugar me teñía el pelo de rubio pollito y me ponía un buen relleno en las tetas —le aconsejaba Banqueri—. A lo mejor así colaba.

—Más sesiones de piano y la tienes en el bote —intervenía Moraleda.

Un día, en un hostel de Britzer, habían coincidido con un grupo de músicos pertenecientes al coro del ejército soviético que recorría Alemania en visita de intercambio cultural. Dos de ellos llevaban sendos acordeones y Andrei les rogó que tocaran *Kalinka*, la popular canción rusa.

Al comienzo de la tonada, Andrei dirigió una intensa mirada a Meike y comenzó a cantar:

Kalinka, kalinka, kalinka moiá!

V sadu iágoda malinka, malinka moiá!

Fue una revelación para Meike. Su amigo ruso interpretaba maravillosamente la canción con su poderosa voz de bajo. Con emocionadas lágrimas en los ojos, la muchacha seguía las evoluciones de Andrei, que se dirigía a ella especialmente al transitar por el pasaje suplicante de *Poliubí ye ty mieñiá!* Los jóvenes soldados que le hacían los coros intercambiaban miradas pícaras.

Terminado el recital, invitaron a una ronda de cerveza a los músicos y

siguieron el paseo por la orilla del lago, dispersándose en grupos más pequeños, como solían hacer. Una vez más, Andrei buscó la compañía de Meike, que esta vez lo aceptó con especial agrado.

—¿Qué decía la letra de esa canción tan bella? —preguntó.

—Habla del enebro y de un jardín donde está la frambuesa.

—¡Ah! Y cuando me mirabas fijamente a mí, ¿qué decía la letra? Los músicos se reían. Me dio la impresión de que te burlabas de mí.

—¿De veras lo quieres saber?

Meike se puso en guardia.

—Solo si no es una inconveniencia.

Andrei dio dos o tres pasos, reflexivo.

—Creo que no lo es: *Poliubí ye ty mieñiá!* quiere decir «Enamórate de mí».

Meike se detuvo, seria.

—Sabes, Andrei, que somos buenos amigos, pero entre nosotros no puede haber otra cosa. Somos incompatibles.

—¿Porque no soy rubio y alto?

—No es eso. Tú eres ruso, yo alemana, pertenecemos a dos mundos distintos, incluso opuestos.

—No veo por qué tienen que ser opuestos. El Führer y Stalin se entendieron y ahora están a partir un piñón. Parecía que se odiaban y, ya ves, ahora tan amigos.

Meike lo miró a los ojos. ¿Le tomaba el pelo? De sobra sabían que aquella alianza entre la URSS y Alemania era circunstancial, dictada solo por la guerra. Pero Andrei no le estaba tomando el pelo. Hablaba en serio y tenía los ojos brillantes.

Pasearon todavía un rato en silencio. Después de cruzar el puentecillo que comunicaba la orilla con la isleta de los juncos, Meike dijo:

—Además, si tanto me aprecias, podrías revelarme qué queréis decir con ese saludo tan zafio que os gastáis Cáiser y tú.

Se refería a lo de poner las cosas «como cabra a polla de pastor».

—Es una tontería de la guerra de España —dijo Andrei restándole importancia—. Ya sabes que combatimos juntos.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué queréis decir con esa ordinariez? Cuando

prorrumpís en carcajadas después de decirlo, siento deseos de mataros.

Andrei la miró con sorpresa.

—Huy, ese deseo tan negativo es un indicio de amor... ¡Lástima que no sea por mí!

Meike lo agarró por el brazo, una confianza que hasta entonces jamás había usado. Él se sintió halagado.

—No te salgas por la tangente —le suplicó la muchacha—, ¿me lo dirás, entonces?

Andrei le ofreció sentarse en un banco. Tomó asiento a su vez.

—Está bien —dijo—. Aunque no sé si a Herminio le va a gustar que te hable de estas intimidades. En el cerco de Madrid, cuando se combatía por la Ciudad Universitaria y a diario nos asaltaban los legionarios y los moros, mis superiores me designaron como paco y él me hacía de secretario.

—¿Paco?

—Así llamábamos a los tiradores dedicados a cazar incautos en las líneas enemigas. Y el secretario era el compañero que con unos binoculares te localizaba los objetivos.

—*Heckenschützen*, francotiradores —pronunció Meike.

—Sí, algo así. Jugábamos a cazar a dos o más hombres con la misma bala, cuando avanzaban uno tras otro. A eso llamábamos «ponerlos como cabra a polla de pastor», o sea, enfilados.

Meike asintió, decepcionada. Esperaba que fuera algo realmente gracioso, alguna chanza inocente de soldados, y encontraba algo pavoroso e insensible.

—No os conozco —dijo—. ¿Herminio y tú habéis sido tan... crueles?

Andrei la miró casi con ternura. Sin embargo, su voz sonó metálica y ajena.

—Despierta, Meike, ¿tú también crees que la guerra es hermosa, que es un camino al heroísmo, a la belleza, a la virilidad? Está bien que el doctor Goebbels os venda eso, pero tú eres una chica inteligente, aunque con el inconveniente de pertenecer a la raza superior. En las revistas y en los noticieros de la UFA solo aparecen soldados felices y sonrientes, pero a la Anhalter Bahnhof llegan continuamente trenes de mutilados. Soldados que eran guapos y jóvenes y ya solo serán monstruos el resto de sus vidas. A esos los ocultan. Y muchos de los que en el año catorce salieron de Berlín tan

felices, con flores en los ojales y canciones en la boca, se pudren ahora bajo los campos de Flandes. La guerra es eso.

Prosiguieron el paseo en silencio. Al llegar a una zona donde la enramada se hacía más espesa, Meike se acercó a Andrei y le estampó un beso en la mejilla.

—Gracias por habérmelo confiado.

—¿Estás enamorada de él, de Herminio? —preguntó Andrei.

—No, amigo mío —confesó la muchacha—. Solo os quiero como amigos, a él, a ti, a todos. Mis otros sentimientos los guardo para mí y os suplico que los respetéis.

—Te esperaré siempre —le dijo Andrei—. La vida da muchas vueltas y yo tengo la virtud de la paciencia —añadió con un dejo fatalista en la voz.

Desde entonces, muchas veces el ruso aguardaba a Cáiser a la salida del Ahnenerbe.

—¿Sigues empeñado en seducir a Meike? —le reñía afectuosamente Cáiser—. ¿Por qué no desistes? ¿No ves que no te hace caso?

—Ya me hará. No lo puedo remediar: me gusta y solo con pensar en retozar con ella me vuelvo loco —argumentaba Andrei—. ¿Tú estás seguro de que no te la estás tirando?

—¡Coño, y tan seguro! —protestaba Cáiser.

—Lo digo sin mediar malicia, porque como eres tan ario y ella está en edad de dar hijos al Führer...

—La relación que tenemos es puramente fraternal, te lo aseguro. El corazón lo tengo en otra parte...

Se quedaban callados. Andrei estaba convencido de que su amigo no había superado todavía el doloroso recuerdo de la novia española y Cáiser prefería mantenerlo en su error. Confiaba en Andrei como en un hermano, pero se había propuesto no confesar a nadie la existencia de Rachel. En su círculo de amistades no podían sospechar la razón por la que los jueves declinaba toda invitación a cervecerías, cabarets o fiestas privadas para llegar temprano a casa y preparar el baño y la cena a su enamorada.

Herr Lieberman, consciente de lo que había entre su hija y el español, procuraba aligerar la sobrecena y replegarse a su habitación con el pretexto de escuchar los noticiarios de la BBC. Así pasaban días sobre días con pocas

variaciones, salvando alguna ocasional visita al Lebensborn que regentaba *Frau Müller*, donde las alumnas más destacadas rivalizaban por visitar las ruinas del castillo con el adonis ario que las convertiría en felices madres alemanas.

En febrero, aprovechando unos días de tiempo más bonancible, el Ahnenerbe organizó una fiesta para conmemorar que en aquel año Alemania había superado los nacimientos de la mítica quinta de 1910, cuando, muy oportunamente, en vísperas de la Gran Guerra, los cuarteles recibieron 750 000 reclutas de veinte años.

El propio Reichsführer Himmler presidió la celebración. En una tribuna instalada en el Jardín Botánico, que habían decorado para la ocasión con pendones y banderas de la esvástica y de las SS, pronunció unas satisfechas palabras ante más de quinientos invitados impacientes por caer sobre los mostradores de las bebidas y los canapés.

—¡Camaradas que me acompañáis! —dijo con su voz chillona, cuyo timbre desagradable no mitigaba la megafonía—. Gracias a los desvelos de nuestra organización y a la generosa respuesta de la mujer alemana a los requerimientos del Führer, en 1940 las tierras del Tercer Reich han alumbrado un millón seiscientos cincuenta mil futuros ciudadanos, robustos ejemplares de la raza que está llamada a imponer un orden nuevo, más justo y equilibrado, en el mundo. Estamos en guerra, pero esa guerra a la que nos han obligado nuestros enemigos no ha mermado la vitalidad del pueblo alemán, antes bien, estimula su expansión biológica.

Como casi todos los presentes, Cáiser dejó de prestar atención para sumirse en sus propios pensamientos.

Capítulo 36

LA ESTIRPE DE LOS HÉROES

Los corresponsales extranjeros estaban invitados a almorzar con un héroe alemán. Al acto, que se celebraba en el salón de la Asociación de la Prensa, concurría también personal de las embajadas.

—¡Ay, Baviera! —dijo Cayetano, recordando una excursión de la que el grupo acababa de regresar—. Deberías haber venido, Herminio. Nos ha hecho un tiempo maravilloso. No parecía que hubiera guerra ni invierno: un sol esplendoroso que derretía las nieves y un aire perfumado, de montaña Navacerrada, que ya iba echando de menos. Visitamos los lugares santos en Múnich, almorzamos codillo en una cervecería de la Marienplatz y luego fuimos de excursión al lago Starnberger, donde se ahogó Luis II de Baviera. Tu amigo Andrei, como siempre, babeando como un becerro y empeñado en escoltar en plan *chevalier servant* a la tetona. Por cierto, no sabía que fuera tan culto. Nos recitó un poema que habla de ese lago.

—Ya sé. *El yermo*, de T. S. Eliot. En la guerra española dábamos clases de inglés y una de nuestras tareas diarias fue traducirlo al español: *Abril es el mes más cruel...*

—Sí.

—Pues parece que las palabras de Eliot son proféticas. Aquí la cosa está que arde —dijo Garriga incorporándose a la conversación después de una llamada telefónica a su oficina—. Parece que el ejército yugoslavo se ha sublevado, descontento con el pacto que implicaba a Yugoslavia en el Eje Berlín-Roma-Tokio.

—¿Qué me dices, más guerra todavía? —preguntó Cayetano.

Garriga asintió solemnemente.

—El embajador alemán en Belgrado fue a conferenciar con los golpistas a ver si los convencía para que depusieran su actitud, y la turba que se había concentrado a protestar frente al palacio por poco lo lincha. Golpearon el coche oficial, le arrancaron el distintivo de la embajada y lo llenaron de escupitajos.

—¿Con el embajador dentro? —inquirió Banqueri.

—Por supuesto. El embajador por lo visto mantuvo el tipo: impertérrito, la vista al frente, arrellanado en su asiento, como si lloviera, pero el Führer se lo ha tomado como un insulto a Alemania.

—Bueno, solo es un incidente —dijo Cayetano.

—Solo, no —intervino Garriga—. Es que Stalin ha firmado un pacto de amistad con los golpistas.

—¡Coño! Eso es más grave.

En aquel momento, un murmullo creciente en la sala interrumpió la conversación. El jefe del gabinete de prensa de Ribbentrop, Paul Karl Schmidt, acababa de aparecer en compañía de un muchacho rubio y tímido, impecablemente vestido con un uniforme gris de la Wehrmacht que todavía mostraba los pliegues de la fábrica y calzado con unas botas que crujían sobre el encerado.

—Caballeros: constituye para mí un honor presentarles al cabo Hubert Brinkforth, el primer soldado raso que recibe la Ritterkreuz des Eisernen Kreuzes, la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, de manos del Führer. ¿Su hazaña? Se enfrentó a una columna de carros británicos en solitario armado tan solo con un pequeño cañón antitanque.

Los fotógrafos disparaban sus flashes mientras el muchacho, visiblemente abrumado por la expectación, emitía balbucientes respuestas a las preguntas de los reporteros.

—Había recibido órdenes de defender una carretera —aseguraba tímidamente.

—La principal carretera de acceso a Abbeville —completó Schmidt—, un nudo de comunicaciones de vital importancia para el desarrollo de las operaciones. A ver, cabo Brinkforth, dígame a estos señores lo que respondió a su sargento cuando le encomendó la misión.

Hubert se puso de nuevo como la grana.

—Le dije: «Descuide, sargento, que los *tommies* no pasarán de aquel manzano».

—¡Y no pasaron! —exclamó Schmidt triunfante—. ¡Brinkforth destruyó nueve blindados enemigos en veinte minutos!

El soldado daba muestras de hallarse más apurado que cuando se enfrentó a los carros.

Ajeno a la muchedumbre de reporteros que asediaban al héroe germano, Garriga tomaba algunas notas en su cuaderno de tapas de hule. Andrei se le acercó.

—Amigo mío, Ramón, creo que debo despedirme de ti.

—¿Despedirte? ¿Adónde te marchas?

—Regreso a la madre patria.

Los ojos se le arrasaron de lágrimas y la voz se le quebró al pronunciar la palabra *Ródina*, patria. «Estos rusos, tan sentimentales», pensó Garriga.

—¿Cómo es eso?

—Mi trabajo aquí ha terminado —dijo Andrei recomponiéndose un poco—. Me repatrian con otro personal de la embajada.

—¿Lo sabe Herminio?

—No. No se lo he dicho a nadie. —Se encogió de hombros—. No me gustan las despedidas. Dales de mi parte un gran abrazo a todos los amigos y en especial a Herminio.

—¿Y Meike?

—A Meike dile que no la olvidaré, que es la mujer más maravillosa que he conocido nunca. Yo nunca he creído que sea eso que decís de ella..., que tiene amantes mujeres. Ella es... En fin. Si alguna vez acaba esta maldita guerra y viajáis a Moscú, preguntad por mí en la Asociación de Veteranos. Si no he muerto, allí sabrán por dónde ando.

—¿Cómo si no has muerto? ¿Qué quieres decir? —se extrañó Garriga.

Andrei lo contempló con simpatía.

—Nuestros amigos pueden engañarse, querido Ramón, pero tú no te engañas. Lo he sabido desde que te conocí: tú sabías que algún día estaríamos en guerra, Hitler y Stalin, ¿no es cierto?

Garriga asintió.

—Me temo que lo he sabido siempre. Es lo que dice el Führer en su famoso libro, ¿no? Hay un ejemplar en todas las casas alemanas, pero nadie lo aguanta más allá de la segunda página. Lo que dice resulta tan disparatado que a nadie se le ha ocurrido que habla en serio.

—Pues parece que la guerra va a llegar antes de lo que esperábamos — dijo Andrei.

—Es lo que cabía esperar después de que Bulgaria se uniera al Eje. Rusia y Alemania siempre se han disputado los Balcanes.

—Bueno. Hay poco más que decir. Dale un abrazo a todo el mundo.

Capítulo 37

NUEVOS ESCENARIOS

Aquel fin de semana se presentaba como un maravilloso día de primavera. Berlín se vació de berlineses. En la riada que evacuaba la ciudad rumbo a los bosques y lagos del entorno iban también los corresponsales de prensa y el personal de las embajadas.

—No ocurrirá nada importante hasta el lunes, por lo menos —había asegurado Moraleda.

—Yo, por si acaso, me quedo aquí —le respondió Garriga—. Berlín sin gente es la ciudad más maravillosa del mundo.

Últimamente Rachel se atrevía a pernoctar todo el fin de semana en el 12 de Torstrasse. Sus compañeras de habitación pensaban que se iba con el ingeniero de la fábrica del que era amante, y ella contribuía a reforzar esas habladerías regresando los lunes con alguna golosina que repartir entre ellas y el resto de sus compañeras de trabajo.

Esa noche, poco después de las cinco de la mañana, sonó el teléfono en el 12 de la Torstrasse con gran sobresalto de los habitantes de la vivienda.

—Cáiser, ¿qué te dije? —Sonó Garriga al otro extremo del hilo—. ¡Ribbentrop acaba de convocar a los corresponsales para dentro de una hora!

—¿Tan temprano?

—Ya lo ves, muchacho. Si no estamos en guerra con Yugoslavia, me juego el bigote. Te dejo que tengo que asearme y salir por pies. ¡Las noticias no esperan!

Cáiser regresó al dormitorio. Rachel estaba inquieta por la intempestiva llamada.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Que se extiende la guerra. Ahora le toca a los Balcanes.

Todo el día estuvieron pendientes de la radio. Tropas alemanas habían penetrado en Yugoslavia y Grecia muy en contra de la voluntad del Führer, que estimaba a esos dos pueblos, pero que se había visto obligado por los conspiradores de Belgrado y de Atenas que consentían el desembarco de tropas inglesas en sus territorios. Belgrado estaba sufriendo los ataques de la Luftwaffe contra instalaciones militares. La aviación yugoslava estaba bombardeando a las naciones amigas de Alemania, Rumanía, Bulgaria y Hungría.

—Se extiende el conflicto —comentó *Herr Lieberman*, abatido—. Pobre Alemania, que suma enemigos sin pensar en las consecuencias. Algún día una brizna de paja romperá el espinazo del camello, como dicen los ingleses.

En los días siguientes, la pequeña colonia de españoles vivió pendiente de las noticias del nuevo frente. El más optimista era Miquelarena.

—Ya mismo tendrán las tropas expedicionarias inglesas una segunda edición de Dunquerque. Es que no escarmientan.

Los altavoces conectados con la radio oficial en edificios administrativos, fábricas, cuarteles y otros lugares públicos, incluso en merenderos, emitían cada poco noticias de los frentes, todas optimistas. Miquelarena leía a sus amigos una de sus crónicas en las que la guerra se contaba con acento poético: «Mientras los blindados y camiones germánicos que se echaron al ruedo de Libia andan ya bramando por las arenas de Egipto, la Alemania interior continúa haciendo calceta, de tradición en las fiestas cristianas. ¡Ay, qué vacaciones más absolutas! Qué manera de reclinarsse en una primavera indecisa, húmeda de lluvias y de grises sin otra preocupación que la de encontrar mesa en un café o un banco en el parque o una entrada para el Gran Palacio de la UFA, que proyecta la película *Ohm Kruger*, sobre las crueldades británicas en el Transvaal. Hay guerra porque nos lo dicen, pero es todo lo que hay...».

En Berlín seguía apacible la vida, pero Miquelarena, que había seguido a las tropas alemanas por Yugoslavia, regresó de su experiencia guerrera bronceado y cargado de entusiasmos:

—¡Lo que os habéis perdido! Todavía me rechina el polvo en los dientes,

y eso que me he bañado dos veces en pocas horas. Teníais que haberlo visto: toneladas de infierno sobre los neumáticos labrados de los camiones y sobre las orugas de los tanques, por una tierra virgen de ese color de plomo azucarado por la harina de la carretera, la guerra fulminante y vertiginosa, un avance delirante de las tropas alemanas en todas direcciones. A Yugoslavia no le dio tiempo ni a llamar a sus reservistas. Iban a la estación con el uniforme recién estrenado y se la encontraban ya ocupada por los alemanes. ¡Se han merendado Yugoslavia en cuatro días! En Grecia han encontrado más resistencia, pero, lo mismo, han arrollado al ejército, que se había fortificado en las montañas, y a estas horas los muchachos de la Wehrmacht y de la Luftwaffe están tomando el sol y haciéndose fotos en la Acrópolis de Atenas.

En los días sucesivos llegaron nuevas noticias del recrudecimiento de la guerra. Göring se recreaba en la suerte al bombardear Belgrado, aprovechando que los yugoslavos no disponían de aviones de caza ni de armas antiaéreas. Solo en la ciudad se contaban diecisiete mil muertos.

—Una guerra tan tecnificada acabará siendo una guerra medieval —profetizaba Moraleda—. Después de ese bombardeo de terror, se le rendirán al Führer cuantos países quiera someter.

—Te recuerdo que Inglaterra no se ha sometido todavía —le replicó Garriga—. Por mucho que la hayan bombardeado.

—Ay, pero Inglaterra es de otra pasta. Ya lo decía Felipe II: con todos guerra y paz con Inglaterra.

En el Ahnenerbe la actividad se había vuelto frenética esos días. En todas las secciones se había aplazado el trabajo para dedicarse a preparar expediciones arqueológicas en la sometida Yugoslavia. Sievers estaba convencido de que en los yacimientos balcánicos encontrarían las claves de la expansión aria por Occidente, al menos antes de que la raza nórdico-germánica, bajo apariencia de invasión doria, colonizara Grecia e hiciera florecer en ella la primera gran civilización universal... Bueno, la segunda, no olvidemos que la primera floración aria ocurrió en la Atlántida.

—A ver si el profesor Schulten encuentra de una vez Tartessos y podemos explorar sus ruinas —repetía Sievers.

Fue una gran contrariedad para los planes del capitoste del Ahnenerbe que días después el Führer decidiera repartir las conquistas balcánicas entre

Italia, a la que entregó la costa Adriática, Hungría, a la que entregó el Banato, y Bulgaria, que se hizo con Macedonia.

—Así no podemos trabajar, mi Reichsführer, con todo el mundo metiendo las narices en nuestros asuntos raciales —se quejaba Sievers.

—No hay por qué preocuparse —lo tranquilizaba Himmler—. Cuando termine la guerra, el Ahnenerbe podrá excavar a placer donde lo considere necesario. Toda Europa y buena parte de Asia serán territorio del Reich o colonia suya.

En los departamentos del Ahnenerbe reinaba cierto desorden. Se suponía que una organización meramente científica no debería preocuparse por las repercusiones del conflicto, pero muy pocos empleados atendían debidamente sus negociados desde que tanta noticia, a cual más impresionante, se sucedía en cascada. La última, la fuga del secretario y mano derecha del Führer, *Herr* Rudolf Hess, que había sobrevolado Escocia en su avión particular y había saltado en paracaídas cuando se le agotó el combustible. Con tanta excitación ambiental, Cáiser apenas se atrevía a hurgar en la cartera de Weiger en busca de documentos que fotografiar.

Capítulo 38

PRIMAVERA EN EL JARDÍN DE LAS FIERAS

Berlín era un hervidero de rumores. A lo que secretarios o escribientes de las distintas embajadas decían haber oído en conversaciones confidenciales se sumaban las especulaciones de los corresponsales «habitualmente bien informados».

—¿Tú qué piensas, Garriga? —le preguntó Banqueri en una de las reuniones informales del grupo.

—Yo no sé mucho —se excusó Garriga—. Últimamente me noto algo duro del oído. Lo que sé es lo que sabéis todos. Hemos visto acudir a la Cancillería al mariscal Von Brauchitsch, al general de Estado Mayor Halder y al mariscal Von Rundstedt, que tardaron unas cuantas horas en salir: sacad vosotros mismos las conclusiones.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Moraleda.

—Ni idea —respondió Garriga—. A lo mejor estuvieron echándose una partidita de cartas con el Führer. Y debieron perder, a juzgar por las caras largas con las que salían. Meras especulaciones, queridos. Yo sé lo que sabéis todos.

Aquel día, Cayetano acompañó a Garriga de regreso a su casa. Hacía una noche templada y era un placer pasear por la ciudad a oscuras y silenciosa.

—La vida no es la misma desde que marchó Andrei —dijo el secretario de la embajada después de un rato en silencio, cada cual absorto en sus pensamientos—. ¡Qué vitalidad la del ruso, cómo nos animaba!

—El pobre se ha vuelto a la madre patria sin cepillarse a la tetona —constató Garriga.

—Oye, ¿tú crees que vamos a la guerra con Rusia como se dice? — preguntó Cayetano.

Garriga se detuvo y miró a su amigo.

—No sé cuándo, pero desde luego vamos —dijo, solemne—. ¿No te has fijado en que el Führer está recibiendo a los generales que tienen experiencia por haber combatido en Rusia durante la Gran Guerra? Súmale a eso la huida de Hess a Inglaterra.

—¿Lo de Hess no ha sido un ataque de locura?

—Esa es la explicación oficial. ¿Qué otra cosa pueden decir? Pero a mí me da que ese ha ido a hacer un trato con los ingleses, lo que Hitler ha estado intentando desde que empezó la guerra.

—¿Qué trato?

—Un armisticio honorable para las dos partes que le deje las manos libres para reunir todas sus fuerzas contra Rusia. Por lo pronto parece que la presión sobre España para que entre en la guerra se ha aligerado últimamente, ¿no?

—No sé. Yo estoy en la embajada, pero no me entero de nada — respondió Cayetano—. Solo sabemos que ahora se ve más distendido al embajador. De momento, está concediendo más permisos para ir a España. Yo tengo solicitado el mío, que hace más de medio año que no veo a mi madre y últimamente está algo delicada.

—¿Y Cáiser se va?

—No, Cáiser por lo visto hace muchísima falta en la granja aria de la tetona. Últimamente me parece a mí que lo tienen un poco quemado. ¿No has notado que los fines de semana prefiere pasarlos en casa?

—Hombre, es que con los meneos que le dan entre semana deben quedarle pocas ganas de ligar. ¿Tú no ves las ojeras que gasta?

—¡Ja, ja, ja...! Pero la tetona se le resiste.

—Se estará reservando para el Führer.

Prorrumpieron en carcajadas demasiado altas para la norma alemana. Pasó un guardia nocturno que les chistó, llamándoles la atención.

—De noche no solo se deben evitar las luces, sino también los ruidos.

—Disculpe, agente —se excusó Garriga—. Es que somos españoles y mi compañero había dicho algo muy gracioso.

—Pues aunque sean españoles deben guardarse las bromas para cuando

sea de día —replicó el agente, severo—, o, mejor aún, para después de la guerra.

Capítulo 39

TESTIGOS DE LA HISTORIA

Era sábado y hacía un estupendo tiempo veraniego, pero ningún corresponsal de prensa se había ausentado de Berlín para pasar el fin de semana en los lagos. Antes bien, después de permanecer todo el día pegados a la radio, se habían citado al anochecer en el Club de Prensa extranjera del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Llegó Garriga, acompañado de su amiga Marta, una bailarina de ballet que lo adoraba.

—¿Qué piensas, Ramón? —Lo recibió Banqueri—. Dicen que es inminente.

—¿El qué? —Garriga se hizo de nuevas.

—¡Cazzo, no jorobes! La guerra con Rusia, ¿qué va a ser?

—Ni idea, amigo, yo solo estoy aquí porque a Martita le gustan los cócteles del bar y a mí me gusta Martita.

—Müller, el de las relaciones con la prensa, nos ha contado, en *petit comité*, que las concentraciones de tropas en la frontera obedecen a una maniobra para presionar a Stalin. No descarta que en las próximas horas se concierte una entrevista de alto nivel en la que Alemania arriende Ucrania a la URSS por un periodo de noventa y nueve años.

—Muy bueno —comentó Garriga—. ¿Y no os contó también el de Caperucita?

—Mayores cosas se han visto —dijo Banqueri—. ¿Has olvidado el viaje de Ribbentrop a Moscú cuando los mortales enemigos pactaron para repartirse Polonia?

—Desde entonces ha llovido mucho, querido amigo —apostilló Garriga —, y, en parte, bombas.

Pasaron unas horas de conciliábulo y espera en medio de una gran nube de humo que los fumadores, nerviosos, iban formando. Algunos tomaban notas, otros bebían, pensativos, y otros conversaban en los sofás más apartados con sus amigas o con otros corresponsales.

Eran ya las tres de la mañana cuando Garriga le dijo a Banqueri:

—Muchacho, nosotros nos vamos. Marta quiere tomar una copa de champán en mi apartamento antes de retirarse a la pensión.

—Ya, ya —dijo Banqueri, malicioso, chupando su cachimba al tiempo que evaluaba una vez más los pechitos pugnaces de la muchacha—. Y si finalmente se arma el lío gordo, ¿me autorizas para molestarte o prefieres enterarte por la prensa de mañana?

—¡No seas maricón! Si se arma, me avisas inmediatamente. Estaré al lado del aparato.

Muchos corresponsales habían tenido la misma idea que Garriga. La sala se iba quedando desierta. Un ujier con el uniforme gris del ministerio avisó de que iba a apagar las luces para abrir las ventanas a fin de airear la sala.

A las cinco, Banqueri telefoneó a Garriga:

—¡Ramoncito! ¡Ya está montada! Von Ribbentrop nos va a hablar dentro de una hora, a las seis.

—Ahora mismo salgo para allá.

Marta se removió a su lado entre sueños. Garriga la besó en la frente y se vistió a oscuras. Veinte minutos más tarde estaba en el Club de Prensa, que otra vez volvía a estar repleto de corresponsales con ojos dormiosos.

Garriga se acomodó en un asiento libre de las filas delanteras y, apoyando el cuaderno de tapas de hule en la rodilla, comenzó a redactar su reportaje: «Me encuentro en el Club de Prensa del Ministerio de Exteriores para escuchar una importante declaración del ministro Ribbentrop. Todo está preparado para el histórico momento: focos, cámaras de cine y grabadores de voces».

A las seis y un minuto compareció Ribbentrop, el antiguo comerciante de vinos designado por el Führer para ministro de Exteriores porque dominaba inglés y francés. Lucía un afeitado reciente y un afectado rancio, el uniforme

impecable y su mejor semblante, consciente de que los fotógrafos lo iban a perpetuar para la historia.

Desde la tribuna decorada con el águila que sostenía entre las garras una corona de ramas de roble con la esvástica, anunció, con la solemnidad debida, que en aquel momento las fuerzas blindadas alemanas estaban penetrando la frontera rusa, adelantándose en unas horas al cobarde ataque que los soviéticos planeaban sobre Alemania.

—Otra vez lo de Polonia —comentó por lo bajo Miquelarena—. Y esperará que nos lo creamos.

Cuando terminó el acto, apenas media hora después, no hubo turno de preguntas. Los corresponsales salieron disparados a transmitir la noticia a sus periódicos.

—Esta es gorda —dijo Banqueri según se apresuraban a la salida—. Mañana agotaremos el papel.

—Estos que os encandilan perderán la guerra. Si no, al tiempo —profetizó Garriga.

—¿Qué dices? ¿Cómo van a perder la guerra? —replicó Miquelarena—. Se han bebido en pocas semanas a Polonia, a Francia y los Balcanes. Ahora van camino de hacer lo mismo con Rusia... ¡Son invencibles!

Garriga negó con la cabeza.

—¿Y qué te hace pensar que Rusia no sucumbirá como Polonia y Francia? —preguntó Miquelarena.

—Hasta ahora han practicado el *Blitzkrieg*, la guerra relámpago, con los países que han derrotado, todos estados de moderada extensión territorial, pero Rusia es inmensa. Los rusos cuentan con dos aliados invencibles: la inmensidad de su territorio y los terribles inviernos. Con los rusos no vale el *Blitzkrieg*. Al contrario que los otros países de Europa, pueden defender su frontera con sus peores tropas para que el enemigo las derrote fácilmente e invada su territorio, miles y miles de kilómetros porque sus centros de producción más vitales están lejos, Moscú, Leningrado, Stalingrado... Las tropas invasoras penetran con aparente facilidad y ellos ceden terreno sin problema, pero cuando el invasor está lejos de sus bases de partida, con los consiguientes problemas de aprovisionamiento y ya cansado y desgastado, se topa con las mejores tropas rusas, que están intactas y descansadas. Solo

tienen que esperar a que llegue el invierno para terminar de debilitar al invasor, que no está acostumbrado a tan bajas temperaturas, y batirlo en el terreno helado. Es una estrategia completamente opuesta a la de las otras naciones europeas. La vienen practicando desde Carlos XII de Suecia y Napoleón y nunca les ha fallado.

La radio emitía música militar. De pronto se interrumpió y la voz solemne del locutor anunció: «Habla el Führer». Toda Alemania estaba pendiente de la radio. Incluso los automóviles y los peatones se inmovilizaron en la calle para escuchar el mensaje del Führer difundido desde los altavoces:

—El Reich se ha visto obligado a asumir la seguridad y la salvación de Europa —anunció con su voz moderada, la que empleaba cuando deseaba pasar por avezado estadista—. En este momento, el ejército alemán está marchando en un avance que no tiene precedentes en la historia universal.

«Como ratones encima de un queso», pensó Garriga, las manos suspendidas sobre el teclado de su máquina Kappel Fips, pero lógicamente se abstuvo de escribirlo: el corresponsal de EFE, la agencia oficial de noticias española, debía adoptar una actitud favorable hacia el Reich alemán.

Los conductos de la cancillería facilitaban información confidencial: «El Führer calcula en cuatro meses la duración de la campaña rusa, pero el doctor Goebbels disiente de él por una vez: está convencido de que solo durará ocho semanas».

Capítulo 40

¡RUSIA ES CULPABLE!

Moraleda se había citado con Cáiser en el restaurante ruso de la Umlandstrasse para entregarle una carta de Cayetano llegada por valija diplomática. Tomaron asiento en la mesa acostumbrada, bajo el icono de la Virgen de Kazán.

—¿Has notado el cambio, Herminio?

—Claro. Se echa de menos a Andrei y a Cayetano.

—Bueno, sí —admitió Moraleda—. Pero yo me refiero al cambio del local.

Los trajes de cosacos habían desaparecido. Los camareros vestían esmoquin, aunque siguieran manteniendo grandes bigotazos esteparios.

Pidieron la acostumbrada sopa *soljanka* y cerveza.

Cáiser rasgó el sobre y leyó la carta en voz alta para beneficio de su amigo.

Madrid, 30 de junio de 1940

Querido amigo Herminio:

Pensarás que soy un mentecato, como esta mañana me han llamado mis hermanos, pero ya está hecho: me he alistado en la División Azul que España envía a luchar contra Rusia. Quiero pensar que lo hago por mis convicciones falangistas, que como sabes no son muy firmes, pero también pudiera ser que simplemente quiera tener la experiencia de combatir en una guerra (es lo que me ha dicho el padre Fornell, el director espiritual de mi

madre, con el que me ha obligado a tener una charla a ver si el venerable jesuita me convencía de que iba a hacer una locura). Conociéndote sé que tú opinarás lo mismo, pero me gustaría que entendieras mi postura: nuestra generación está señalada por la guerra, mis hermanos y tú y Andrei y Moraleda y Banqueri habéis combatido cara a la muerte bajo las estrellas viviendo unas inclemencias y unos peligros que os forjaron como hombres. Yo, mientras, en plena juventud vigorosa, estaba refugiado en la embajada de Francia y cada vez que sonaban golpes en la puerta me cagaba de miedo porque podían ser los milicianos que venían a buscarnos. Nunca te lo he dicho, pero envidio tu amistad con Andrei, forjada sobre la camaradería de los hermanos de armas, y envidio esas vivencias que algunas veces dejabais traslucir.

Tendrías que estar aquí para vivir lo que yo he vivido en estos días tan intensos. En tres días que llevan abiertos los centros de reclutamiento provinciales (uno en cada delegación de Falange) se han alistado veintisiete mil camaradas. Incluso hay militantes de relieve, y de cierta edad e importancia, que irán con humildad falangista como soldados rasos, entre ellos catorce jefes, cinco consejeros nacionales, cuatro gobernadores civiles y el catedrático de la Universidad de Madrid don Fernando María de Castiella, que me dio clases antes de la guerra. Tenías que haber estado aquí para vivir conmigo la explosión de júbilo que hubo en Madrid cuando se supo que el Führer le declaraba la guerra a Rusia. La portada del ABC ponía: «El mundo civilizado contra la barbarie roja». Vestí mi camisa azul y me fui a la manifestación que habían convocado en la plaza del Callao. Tenías que haberlo visto. La plaza de bote en bote, allí estaba casi toda la universidad de Madrid, el SEU, las delegaciones de Falange, el Frente de Juventudes, la Sección Femenina y muchos menestrales y gente sencilla, codo con codo. Fue tan emocionante que todavía se me pone un nudo en la garganta y se me saltan las lágrimas de solo recordarlo. ¿Tú sabes lo que es estar con la piel de gallina casi una hora, en medio de ese ambiente electrificante, de maravillosa camaradería? Detrás de las pancartas recorrimos la avenida de José Antonio. La gente se asomaba a las ventanas y se paraba en las aceras a aplaudir. Hasta las putas del Chicote estaban allí jaleándonos. Así llegamos frente a la Secretaría General del Movimiento,

como un remolino humano al que se unían los que venían por la calle de Alcalá. El ministro Serrano Suñer nos esperaba en el balcón vestido con el uniforme blanco de la Junta Política y la camisa azul. Cuando por fin pudo hacerse el silencio, nos arengó. Aquí abajo te pego el recorte del Arriba donde se reproducen sus palabras:

«Camaradas: No es hora de discursos. Pero sí de que la Falange dicte en estos momentos su sentencia condenatoria: ¡Rusia es culpable! (Grandes aclamaciones y gritos de “¡Muera el comunismo!”). Culpable de nuestra guerra civil (se reproducen las aclamaciones con vivas a España). Culpable de la muerte de José Antonio, nuestro Fundador (“José Antonio, ¡Presente!”; grita la multitud). Y de la muerte de tantos camaradas y tantos soldados caídos en aquella guerra por la opresión del comunismo ruso (grandes ovaciones). El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa (frenéticas aclamaciones y gritos de “¡Arriba España!”, “¡Viva Franco!” y “¡Muera la Rusia soviética!”). El camarada Serrano Suñer se dirige a todos para decirles que después de cantar el Himno de nuestra Revolución se disuelvan con orden, y les recomienda que estén solo atentos a la voz del mando y vigilantes de las voces insidiosas y pérfidas de los enemigos para sellarles la boca».

Tenías que haber visto la explosión de patriotismo. Con los ojos llorando y un nudo en la garganta empezamos a aclamarlo y entonamos el Cara al Sol. Después, cada mochuelo a su olivo. Algunos se fueron a los bares a celebrarlo con una cerveza, pero unos cuantos, entre los cuales estaba yo, teníamos gana de algo más fuerte y fuimos a corear «¡Gibraltar español!» a la embajada inglesa.

De allí nos juntamos algunos amigos de la universidad y nos fuimos a almorzar a un merendero de la Cuesta de las Perdices, que estaba de bote en bote de camisas azules, y después de zanganear un poco por la Casa de Campo, roncos ya de cantar y de gritar consignas, algunos nos fuimos a nuestras casas y otros remataron el día echando un polvete en la calle de la Ballesta.

Bueno. Ahora tengo que salir, que quiero ir al Rastro a comprarme una cantimplora. Otro día te escribo más, pero ya será desde la estafeta de la División.

Un abrazo para ti y muchos recuerdos para los amigos y en especial para la tetona. ¿Te la has tirado ya?

Cayetano

Cáiser plegó la carta y la devolvió al sobre.

—¿Qué te parece?

Moraleda se encogió de hombros.

—¿Qué me va a parecer? Que está loco. Meterse en ese follón con lo bien que estaba en la embajada. Aunque, después de todo, va a tener suerte el mariconazo, porque esto va como una moto. La impresión general es que lo de Rusia va a durar menos que lo de Francia.

—Garriga opina otra cosa —dijo Cáiser.

Moraleda bebió un trago de cerveza, se limpió la espuma del bigote y sacudió la cabeza, negando.

—Garriga, aunque esté mejor informado en muchas cosas, es un cenizo que siempre ve las cosas más graves de lo que son —dijo—. Lo de la División Azul va a ser un brindis al sol. El entrenamiento normal del ejército alemán dura cuatro meses y la campaña de Rusia no va a durar tanto. Para cuando acuerden ir al frente, se habrá acabado la guerra. Por eso tiene Franco tanta prisa por entrar en ella, para recoger la cosecha antes de que se le pase el arroz.

—¿Tú crees que Franco quiere entrar en la guerra? —dudó Cáiser.

—Pues claro, hombre, y más ahora, que tiene el pretexto de ir contra el comunismo. Mira lo que dijo el otro día. —Moraleda sacó un recorte del diario *Arriba* que llevaba en la billetera, lo desplegó y leyó—: «... la terrible pesadilla de nuestra generación, la destrucción del comunismo ruso, es ya un hecho inevitable (...) en este momento en que las armas alemanas dirigen la batalla que Europa y el Cristianismo desde hace tantos años anhelaban, y que la sangre de nuestra juventud va a unirse a la de nuestros camaradas del Eje, como expresión viva de solidaridad, renovemos nuestra fe en los destinos de nuestra patria, que han de velar estrechamente unidos nuestro Ejército y la Falange». —Terminó de leer, plegó el recorte y lo devolvió a la cartera—. ¿Qué? ¿Cómo te has quedado? ¿Entramos o no entramos en la guerra?

Cáiser seguía en sus trece.

—Mira, Garriga, que tiene línea directa con las alturas, dice que Franco no está por meterse en la guerra, que lo que hace es prometer y amagar, pero de ahí no pasa. Aparte de que los ingleses nos tienen cogidos por los huevos. Ellos controlan el mar y sin su permiso no llegan a España el petróleo de los americanos ni el trigo canadiense.

Moraleda pareció menos seguro de su postura.

—Hablando de todo —dijo—. ¿Sabes que cambiamos de embajador?

—¿Y eso?

—Espinosa de los Monteros se va y nos mandan a otro. Parece que Franco se ha cabreado porque fue el único embajador que no comunicó inmediatamente a su gobierno la proclama de Hitler.

—¿Eso hizo?

—Como te lo cuento. Le pareció tan increíble lo de declarar la guerra a Rusia que decidió esperar veinticuatro horas por si Hitler se arrepentía.

—¡Hitler, arrepentirse! —exclamó Cáiser.

—Lo que oyes. Iba a salir en los periódicos de todo el mundo que Alemania estaba en guerra con Rusia y el buen Espinosa seguía cavilando si sería verdad. Al final telefoneó a Ribbentrop para asegurarse y al ministro poco le faltó para mandarlo a la mierda.

—¿Y a quién ponen en su lugar?

—Para sustituirlo viene otro militar, don José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde, un camisa vieja de la Falange que hasta ahora era director general de Seguridad. Dicen que es íntimo de Serrano Suñer.

En aquel momento conectaron la radio con el altavoz del restaurante y los parroquianos interrumpieron disciplinadamente sus conversaciones para atender las noticias de la guerra. Las del frente del Este venían precedidas por la fanfarria rusa, una secuencia de los preludios de Liszt. Nada de particular en el noticiero: los alemanes y sus aliados batían al enemigo en todos los frentes. Las fuerzas acorazadas de Guderian, en su avance hacia Smolensk, llevaban causadas unas cien mil bajas al Ejército Rojo y habían destruido unos tres mil doscientos carros, tres mil cien piezas de artillería y mil aviones. El Führer estaba visitando a sus soldados en el frente.

—O sea, que todo va como una seda —comentó cínicamente Moraleda.

Cáiser, serio, miraba el mantel decorado con motivos rusos.

Capítulo 41

GRAFENWÖHR

Campamento, 19 de julio de 1941

Querido amigo Herminio:

Tengo tanto que contarte que no sé por dónde empezar. Ya estoy en Alemania, pero esta vez vistiendo el uniforme de la Wehrmacht y comenzando mi instrucción militar en cierto centro de instrucción cuyo nombre omito para que no me lo tache groseramente la censura, pero tú lo averiguarás en la embajada y, si te animas, ya sabes, no dudes en visitarme antes de que nos lleven al frente, que será, según dicen, cosa de pocas semanas.

Te contaré lo que han sido mis últimas e inolvidables experiencias. El embarque fue en un tren militar el 13 de julio. ¿Puedes imaginarme llorando a moco tendido en la despedida de la estación del Norte cuando salimos de Madrid? Como para contener la emoción: una multitud de todas las edades y condiciones abarrotaba la estación y sus alrededores con banderas y pancartas. A primera hora de la tarde llegamos los expedicionarios formados con uniforme y correaje prestados por la legión José Antonio y entonando el Cara al Sol. Allí estaban para despedirnos la plana mayor de la Falange, Serrano Suñer, Arrese, Miguel Primo de Rivera; y de generales, ¿qué te digo?, para parar un tren: Varela, Saliquet, Moscardó, Millán Astray, Muñoz Grandes, Borbón, Rada, Álvarez Arenas, Camilo Alonso, Aguilera y no sé cuántos más. Pilar Primo de Rivera acudió con un ramillete de muchachas de la Sección Femenina que repartían postales de El Ausente

y cajetillas de tabaco rubio y petaquitas de coñac Romate. También estaban el alcalde y el presidente de la Diputación, y un montón de jerarquías provinciales de Falange. La marcha fue apoteósica porque en todas las estaciones por donde pasábamos nos encontramos lo mismo: mucha gente y las chicas de la Sección Femenina tirándonos flores. Así llegamos a Hendaya, la primera estación de Francia, y entramos entre un bosque de banderas de la esvástica y una banda de música formada que interpretó el himno alemán. Para el tren. Nos bajamos y nos llevan formados a un descampado donde nos tuvimos que desnudar para que nos dieran una ducha. Mientras nos aseábamos, un piquete de enfermeros o veterinarios o lo que fuera nos fumigaba los uniformes con polvos de despiojar. Todo esto, que yo comprendo necesario por la higiene, a algunos les hizo poca gracia porque decían que nos estaban tratando como si fuéramos ovejas. Luego pasamos un control médico en el que un doctor sentado a una mesa nos observaba la instrumentación, que un sargento sanitario nos levantaba con una varita como si fuera una rata muerta. A unos cuantos que traían purgaciones los apartaron para sulfatarlos. Después de estos trámites, que empezaban a cabrearnos porque a lo lejos se habían juntado un montón de franceses, incluso mujeres y niños, y se cachondeaban de nosotros, se nos levantó algo la moral cuando llegó la hora de pasar por el pagador, que buscaba tu nombre en la lista y te daba la paga (80 francos por oficial y 20 por soldado) para gastos en ruta. Con esto volvimos a la estación, manta en bandolera, macuto al hombro, donde las chavalas de la Cruz Roja nos tenían preparado café aguachirle y cruasanes. ¡No veas la que se armó! Las primeras alemanas que veían nuestros castrojas. Hasta las más bastas les parecieron ángeles. Las miraban y se daban con el codo como si las tuvieran ya en el bote, y ellas se reían como diciendo: «Sí, sí, estás tú listo, gitano liendroso». Le dije a uno: «Pero tú no ves que andan como gañanes, que no saben contonearse ni nada», y me dice: «Quita, quita, pero estas follan y las españolas te calientan y luego no consuman». Fíjate tú la idea de la vida que traen algunos. El caso es que, si te paras a pensarlo, no les falta razón, que en España todo son dengues y no me toques que soy mocita y pierdo, y de Pirineos arriba, sin llegar a ser putas, son más graciabiles y hasta pueden darse por patriotismo. Si no, que se lo pregunten a cierto rubiasco que yo me

sé.

Terminamos la comida, nos metemos otra vez en el tren y a cruzar Francia. Más de un día de tren pasando por Burdeos, Tours, Poitiers, Orleáns, Troyes, Nancy y Luneville, y de apeaderos ni te cuento. Esto fue menos simpático. En muchos tramos había rojos españoles de los que huyeron de la Guerra de Liberación y comunistas franceses esperándonos para insultarnos puño en alto y tirarnos piedras y botellas. Nosotros respondíamos devolviendo insultos y pedradas. Cuando cruzamos el Rin y entramos en suelo alemán, ya fue diferente. En la primera estación en la que entramos, Karlsruhe, nos esperaban chicos y chicas de las Juventudes Hitlerianas con banderitas españolas y pancartas de bienvenida en español, y una banda de música que tocó nuestro himno nacional un poco atropelladamente, pero con buena voluntad.

Reanudamos la marcha y llegamos a la última estación, en el pueblo cercano al campamento, desde la que nos formaron, nos pasaron revista y nos llevaron a nuestro destino andando entre pinares y acompañados por una banda militar, ya sabes lo aficionados que son estos a la música.

Del campamento poco puedo decirte, por la censura, solo que es inmenso, rodeado de bosques, y que tiene de todo: teatro, cine, hospital, casinos de oficiales, cantinas para la tropa, economato, tienda de recuerdos, campos de deporte, campos de tiro, un lago con barquitas... De todo. Y calles rectas y bien asfaltadas a lo largo de las cuales se alinean los pabellones para los oficiales y para la tropa con cuartos de literas de dos alturas en los que dormimos doce reclutas, con nuestra mesa en medio y todo. Al día siguiente dejamos nuestro uniforme caqui y nos pusimos el gris de la Wehrmacht. ¡Menudo número el del reparto! El equipo normal del soldado alemán incluye una cantidad de objetos que no te puedes ni imaginar, desde una tira de siete metros de gasa para vendar heridas a una colección de cepillos para cada uso: pelo, dientes, botas, Máuser..., con sus correspondientes cajitas de crema. Muchos, claro, no sabían para qué se usaba cada cosa, y los que venían de pueblo no habían visto un cepillo para el pelo o para los dientes en su vida. Y no digamos los adminículos que vienen en el estuche de aseo, con todo el recado de afeitarse y cinco recambios de cuchillas. Tenías que verlos abriendo la tapa del estuche de la

careta antigás y decidiendo que es ideal para archivo de correspondencia, o discutiendo si la tapa de la mochila es de piel de cabra o badana de ternera. Lo del vestuario fue un número: ¡el cachondeo que se armó cuando nos dieron calzoncillos hasta los tobillos y camisetas que te llegaban a las rodillas y los pantalones que subían hasta los sobacos! Les faltó tiempo para abrochar los botones de los impermeables y comprobar si era verdad que uniendo cuatro se hace una tienda de campaña para cuatro personas. Hubo un poco de confusión cuando quisieron que dejáramos las mantas que habíamos traído. Muchos se negaron en redondo diciendo que la manta alemana es muy mala. Y llevan razón, porque nuestras zamoranas son de más abrigo, y si vamos a ir a la nieve... En fin, cuando todo el mundo estuvo equipado, vinieron unos cuantos sargentos instructores a enseñarnos por qué ojales de qué prenda se introducen los correajes para las abrazaderas que sostienen el cinturón con las cartucheras de balas (que pesan lo suyo) y para los tirantes, que nadie piensa usar porque los españoles somos más de cinturón.

El primer día fue de papeleo. Formamos delante de las oficinas por compañías y nos cambiaron la ficha de identificación que nos habían dado en Madrid por otra en la que constaban los datos nuevos. Los míos: 32 compañía, sexto batallón, regimiento 269. En total somos tres regimientos de Infantería y un grupo antitanque. Almuerzo de bocadillos, formación y nueva colocación en tu lugar definitivo, mi regimiento en la parte sur del campamento, que llaman Südlager. Somos tres secciones de ametralladoras y una de morteros del 81. Yo pertenezco a la 2.^a Sección de Ametralladoras.

Bueno. Me temo que tengo que dejarte. Tocan a formar y esto ha empezado ya en serio. Dales recuerdos, abrazos y hasta besos a todos los amigos, y uno muy especial para nuestra grácil teutona de este que lo es,

Cayetano

Cáiser terminó de leer la carta y la devolvió al sobre.

—¡Qué loco! —dijo Banqueri—. Mira que meterse a soldado con lo bien que estaba aquí. Para Rusia, a pasar frío.

—¿Os habéis fijado en que llama teutona a la tetona? —observó Moraleda—. Eso es porque la disciplina lo está puliendo.

—¡Qué coño disciplina! —replicó Miquelarena—. Es por si Herminio se la da a leer a la tetona. ¿A que sí?

Herminio se encogió de hombros.

—A lo mejor. De todas formas, se la daré a leer.

Estaban en el Frascueta. En aquel momento apareció Raimundo, el dueño, mandil ceñido hasta los pies, mangas remangadas, gorro de cocinero y una gran paella entre las manos, las asas del recipiente cogidas con un par de paños de cocina.

—¡Sitio, sitio que esto quema! —llegaba diciendo—. ¿Estáis todos? ¿Dónde está Ramón?

—Garriga está al caer —dijo Banqueri—. Es que lo han llamado de la embajada.

Raimundo dejó la paella sobre la mesa y tomando la paleta comenzó a servir.

—Poco pescado veo aquí... —se quejó Moraleda hurgando en el plato.

—Y menos que vas a ver —replicó Raimundo—. Los pescadores no pueden salir al mar porque los cabrones de los ingleses les ametrallan los barcos y el poco pescado que viene es ahumado de Noruega y se lo quedan los capitostes.

—¿Y esta carne es de confianza? —preguntó Miquelarena sosteniendo una tajadita en la punta del tenedor.

—Pollo y cerdo —aclaró Raimundo—. Menos quejas y ya me estáis dando cuatro cupones por cabeza. Y por si no habéis visto el cartel, esta noche tenemos aquí a los Gitanitos de Triana, una pareja de cante y baile recién llegada de España. Ella es de Santurce, prima de mi mujer. Ya veréis lo recia que está y lo bien que taconeá. Y eso que tiene juanetes.

—¿Le has tirado ya los tejos? —preguntó Banqueri.

—¿Quieres que te traiga a la fiera que tengo en la cocina y se lo preguntas? —replicó el mesonero.

—Cásate y te enterarás... —corroboró Moraleda.

En aquel momento llegó Garriga, casi jadeante, y tomó asiento en la silla libre.

—Anda que esperáis... —dijo sirviéndose.

—La paella no espera —argumentó Moraleda—. ¿Qué noticias traes?

—A los de la División Azul los tienen estabulados en Grafenwöhr, cerca de Núremberg. La oficina de prensa quiere enviar una comisión de periodistas españoles para que hagamos reportajes sobre la vida campamental y todo eso. O sea que con un poco de suerte podremos ver al recluta Cayetano. ¿Quién se apunta?

Se apuntaron todos, incluso Banqueri.

—Le diré a Meike que me tramite el permiso —dijo Cáiser.

—¡Tráetela, hombre, que a ella le va a gustar! —sugirió Moraleda.

Meike recibió la invitación encantada.

—Oh, será estupendo hacer un alto en el trabajo. ¿Grafenwöhr? Conozco aquella zona. El campamento está en medio de los pinares, en un *Truppenübungsplatz* rodeado de humedales, entre el río Creussen y el arroyo Thumbach. Allí hacíamos acampadas las chicas del Bund Deutscher Mädel.

Mientras la embajada tramitaba el permiso de la Wehrmacht para que un grupo de periodistas civiles visitara el campamento, a Garriga lo requirieron en Madrid. A su regreso invitó a Cáiser a almorzar en el Frasquita. Con Cáiser mostraba mayor confianza que con los otros y, fiado en su discreción, se permitía ciertas confidencias.

—Lo que veo no me gusta, Herminio —le confió mientras daban cuenta del gazpacho de remolacha, una invención del chef Raimundo en vista de que el tomate escaseaba—. España está como una balsa de aceite, pero es una impresión engañosa: las cárceles y los cuarteles, llenos; la gente muriendo de hambre y de tifus, y la Falange, que soñaba con acabar con la injusticia social, cada vez más tomada por las *Märzveilchen*.

—¿*Märzveilchen*? —preguntó Cáiser con cara de no entender.

—Hombre, después de tantos meses en Alemania todavía no sabes lo que son las *Märzveilchen*, las violetas de marzo. Y eso que estás rodeado de ellas.

—Pues sigo sin entender —reconoció Cáiser.

—Cuando Hitler subió al poder, en marzo del 33, se produjo un espectacular aumento de inscripciones en el partido nazi: los camisas viejas llamaron a los nuevos, con sorna, violetas de marzo, o sea, tardías. En España ocurrió lo mismo. Antes de la guerra, Falange no era gran cosa, pero cuando

terminó el fregado todo el mundo se sacó el carné. Nuestras violetas de marzo con camisa azul no hicieron la guerra, pero se empeñan a todo trance en que entremos en ella al lado de Hitler. Sueñan con un imperio colonial en África.

—¿No es lo que quiere también Franco?

—Ni mucho menos. Franco engaña mucho. Una cosa es lo que predica, forzado por las circunstancias, con veintisiete divisiones alemanas acantonadas al otro lado de los Pirineos, y otra muy distinta lo que piensa. Probablemente tuvo esa tentación, la de unirse a Hitler, después de la caída de Francia, pero enseguida se le pasó cuando vio los descalabros de Mussolini y advirtió que los ingleses resistían más de lo esperado. Ahora mantiene una postura cauta de nadar y guardar la ropa y no meterse en dibujos. Le teme mucho a la escuadra inglesa, que, si nos cortara los suministros, en un mes toda España se moriría de hambre. La urgencia por presentarme en España, esto no hace falta que se lo comentas a los demás, es porque me ha llamado Serrano Suñer para informarse de la situación aquí. Yo tengo una buena relación con el ministro, que me distingue con su amistad y piensa que soy de los corresponsales más informados. Cuando llegué a Barajas me encontré a Pepe Jiménez Rosado, el jefe interino de Prensa y Propaganda, que me esperaba con un coche para llevarme a La Granja, donde Serrano veranea. Serrano estaba jugando al tenis, le dijo a su cocinera que me trajera una limonada y fue a ducharse y a cambiarse de ropa. Luego me invitó a dar un paseo por los jardines del palacio, los dos solos, y me fue preguntando por la situación en Alemania.

—Supongo que estará preocupado por la entrada de Rusia en la guerra — dijo Cáiser.

—En Madrid creen que Rusia es pan comido, pero yo le expliqué que la cosa no es tan fácil como se piensa. Allí, me he dado cuenta, están un poco en las nubes. Parece que la idea de la División Azul se le ocurrió al propio Serrano, a Ridruejo y a Mora Figueroa mientras cenaban en un reservado del Ritz. En realidad lo que buscan es que la Falange cobre mayor protagonismo. Desde que acabó la guerra anda en competencia con el ejército, que es monárquico.

—¿Monárquicos los militares? —se extrañó Cáiser.

—Quitando a Yagüe y Muñoz Grandes, que son falangistas, los demás son monárquicos.

—¿Y Franco?

—Franco va a lo suyo. A Franco solo le interesa el mando, y si ha cedido a lo de mandar tropas a Rusia, ha sido por quitarse de encima a los falangistas más alborotadores y, de camino, apaciguar a Hitler, que anda un poco cabreado con él porque no le ha dejado que envíe tropas a través de España para conquistar Gibraltar y cerrarle el Mediterráneo a los ingleses.

—¿Y Serrano? ¿Qué interés tiene en que ganen los alemanes?

—Si Hitler gana la guerra e impone su Orden Nuevo en Europa y la División Azul regresa de Rusia triunfadora, es evidente que en España gobernará la Falange.

—Y seremos un protectorado del Führer, un satélite de Alemania.

—Eso a los falangistas les parece natural y deseable —observó Garriga—. Se les dilata el esfínter anal cuando ven una esvástica.

Garriga relató a su amigo el resto de la entrevista con el ministro. Cuando llegaron a la fuente principal de los jardines de La Granja, Serrano le ofreció a Garriga asiento en uno de los bancos. Por un momento guardaron silencio para contemplar la grácil figura de Andrómeda medio desnuda, encadenada al peñasco y a Perseo, que, auxiliado por Minerva, se enfrenta al dragón llevando en una mano la cabeza de Medusa mientras con la otra acuchilla al monstruo.

—Mira que si Hitler fuera el Perseo que liberara al mundo del dragón comunista... —dijo, meditabundo, Serrano.

—Si gana Hitler, me temo que el mundo saldrá de Guatemala para meterse en Guatepeor —replicó Garriga, sombrío.

De la boca del dragón salía un chorro de agua que alcanzaba más de treinta metros de altura.

—Si tuviéramos una bola de cristal que nos iluminara el futuro... —suspiró Serrano.

Un ruidoso grupo de jóvenes pilotos de permiso, algunos de ellos con Cruces de Hierro al cuello, irrumpió en el salón del Frascueta. Raimundo se despojó prestamente del mandil y del gorro de cocinero y salió al encuentro de las jóvenes águilas del Reich en su papel de *maître*. Saludó

ceremoniosamente al de mayor graduación y los condujo a un reservado presidido por un cuadro de Hitler rodeado por las banderas de España y del Reich enlazadas. Siguiendo a los pilotos llegaron sus chóferes, dos soldados con uniforme de la Luftwaffe que portaban sendas cajas de champán francés. Raimundo los acompañó a la cocina, donde tenía preparado un bidón con barras de hielo. Al pasar junto a Garriga y Cáiser les guiñó un ojo.

—Os reservaré una botella del bueno. Estos, cuando se apipen, no se enteran de lo que beben.

Los pilotos se instalaron ruidosamente en sus asientos y palmearon la mesa, al tiempo que coreaban el lema de la escuadrilla:

—*Bier und Huren!* ¡Cerveza y putas!

—Los chicos de Göring —comentó Cáiser.

—Los victoriosos —añadió Garriga con sorna.

Entre las embajadas circulaba la noticia de que el voluminoso mariscal del aire había suspendido los bombardeos masivos sobre Inglaterra porque se estaba quedando sin aviones.

Retomaron el hilo de su conversación anterior.

—Serrano está convencido de que ganarán los alemanes —prosiguió Garriga—, pero se resiste a extenderles cheques en blanco. Le interesa conocer de primera mano lo que se respira en Berlín. Yo ya sabes lo que pienso. Le expliqué que esta gente no va a ganar la guerra, que lo de invadir Rusia se ha hecho muy contra el parecer del antiguo embajador en Moscú y de casi todos los generales, incluso de Göring.

—¿Y Serrano qué dijo?

—Se mostró un poco sorprendido. Me dijo que la sensación que se tiene desde Madrid es muy diferente. Es natural. A la vuelta, ya casi de noche, Jiménez Rosado me fue contando que toda la prensa española está en manos de los alemanes. Hans Lazar, el delegado de prensa alemán, tiene sobornados a todos los directores de periódicos.

Raimundo trajo el segundo plato, guisado de carne con patatas y guisantes, del que dieron cuenta casi en silencio, con buen apetito.

Cuando llegaron a las consabidas natillas de polvos *Ersatz*, se acercó el mesonero, campechano, y se sentó con ellos.

—¿Qué, cómo habéis encontrado la carne? —preguntó.

—¿Sabes el chiste? —dijo Garriga, que parecía haber recuperado el humor—. Le preguntan eso a un comensal y dice: «Empecé a comer patatas y venga patatas y más patatas, y al final, detrás de una patatita, ahí estaba la carne».

A Raimundo no le hizo gracia.

—Ese chiste está muy visto —dijo—. Aquí me lo hacen a cada momento. A ver si renováis el repertorio.

—No es aplicable en este caso —dijo Garriga—. En realidad la carne estaba encima de la patatita, bien a la vista.

—¡Ah!, eso es otra cosa —dijo Raimundo sin captar la broma. Reflexionó un poco y añadió—: No sabéis lo jodido que se va poniendo dar de comer decentemente. Desde que entramos en guerra con Rusia, parece que el personal ha perdido el humor. Además, ¿qué os parece eso de que Goebbels haya cerrado los cabarets y los locales nocturnos? Vienen los soldados de permiso y no tienen donde tomar una copa y echarse unas risas y olvidar las fatigas de la guerra. La gente que todavía conserva el humor tiene que bailar en casas particulares. La próxima medida me temo que sea cerrar los restaurantes porque los de abastecimientos se están volviendo muy severos. Negro me veo para conseguir los cupos con los talones de racionamiento que me dais, y si subo el precio, no vendrá nadie.

Capítulo 42

VIDA CAMPAMENTAL

Hicieron la primera parte del viaje en tren y la última en dos Mercedes-Benz 770 K descapotables que el ministerio de Ribbentrop ponía a disposición de los periodistas. Los altavoces de la estación emitieron las noticias de la guerra más recientes entre dos ráfagas de música militar. Al parecer no podía ir mejor. Las tropas alemanas progresaban triunfales en dirección a Crimea, en la cuenca del Doniets, conocida por su riqueza minera e industrial. El ejército estaba ocupando Ucrania, el granero de Stalin. El general Guderian se había personado en el cuartel general del Führer para discutir su plan de operaciones encaminadas a la toma de Moscú.

Cayetano estaba imponente con el uniforme gris de la Wehrmacht, aunque todavía sin insignias. Abrazó emocionado a sus amigos y, estirándose de los faldones de la guerrera, se dio la vuelta para que admiraran al soldado.

—No, si percha tienes —dijo Banqueri—, pero no olvides que *la guerra é piú bella, ma incomoda*.

—No le quites la ilusión al muchacho —le riñó Moraleda—. Ya verás como vuelve cargado de medallas.

Los periodistas y Meike fueron tras el oficial de la compañía de servicios que les enseñaría el campamento y les impartiría una conferencia sobre la formación del recluta. Mientras tanto, Cáiser y Cayetano dieron un paseo por la explanada de instrucción.

—Bueno. Cuéntame cómo te va —le dijo Cáiser.

—Trabajoso. Nos tocan diana a las seis, todavía de noche, nos dan un cuarto de hora para el aseo, desayunamos una tostada de pan de centeno con

aguachirle y luego todo el día por ahí dando panzazos, que si gimnasia, que si instrucción, que si maniobra, que si clases de teórica... Nos putean bastante, pero estamos contentos y con la moral alta, deseando entrar en combate. Se ha corrido el rumor de que los rusos están en las últimas y nos alarma pensar que a lo mejor se rinden antes de que nosotros podamos recibir nuestro bautismo de fuego... Sería una putada haber venido de España y pasar por todo esto para regresar luego con las manos vacías y sin saber lo que es una guerra.

Cáiser lo miró con aire compasivo.

—Bueno, eso es lo único que os falta. ¿Cuándo os llevan al frente?

—Ni idea, pero no creo que tarden, porque las diligencias previas están ya cumplidas: juramos bandera, bueno, aquí lo que se jura es obediencia al Führer, a los pocos días de llegar y después nos dieron el número. Somos la división 250 de la Wehrmacht.

—Un número muy bonito —comentó Cáiser—. Seguro que te da suerte.

Cayetano se detuvo y miró a su amigo, serio.

—Herminio, tú sabes por qué lo hago, no te burles. Ya bastante tabarra me dieron mi madre y mis hermanos cuando supieron que me había alistado.

Cáiser asintió.

—Ojalá vuelvas con bien. Os han hecho creer que los rusos son pan comido, pero por lo pronto ya han bombardeado Berlín.

—¿Los rusos? ¡No jodas! Pero si han perdido casi toda su aviación...

—Ya, ya, pues el 8 de agosto nos bombardearon. Los aviones venían del archipiélago de Moonzund, en Estonia, según dijeron. No eran muchos ni hicieron mucho daño, pero a los pocos días llegaron los ingleses y se despacharon a gusto.

—O sea, que tenéis allí más peligro que aquí.

—Pues casi sí. La gente pasa la noche en los refugios, sin dormir, y ya te puedes imaginar el humor con el que salen. Los ingleses mandan de vez en cuando unos pocos aviones, los suficientes para que salten las alarmas y la gente tenga que tirarse de la cama. A la media hora tocan fin de la alarma, pero apenas has conciliado el sueño suenan otra vez las alarmas y vuelta a salir corriendo.

—O sea, no os dejan dormir.

—A mí sí. Yo me doy la vuelta y sigo durmiendo. Si cae una bomba, que sea lo que Dios quiera.

—¿Es verdad que se ha ido Espinosa de los Monteros?

—¿El embajador? Sí, se despidió el otro día. Por lo visto lo han largado de mala manera para poner a otro más falangista y más nazi. Orgullosos como es, ofreció una recepción al cuerpo diplomático y a la prensa amiga no para despedirse, sino, agárrate, para conmemorar el 18 de julio.

—El glorioso Alzamiento Nacional.

—Y nos leyó un discurso increíble en el que decía que lo sustituían por ser un hombre de honor, pero que regresaría en cuanto hubiera en España un nuevo ministro de Asuntos Exteriores.

—¡Coño!

—Ya te puedes imaginar que los otros diplomáticos no salían de su asombro, porque no están acostumbrados a esa sinceridad, así que terminaron de rebañar las bandejas de canapés y en cuanto dieron cuenta del jerez se despidieron con mucha educación y se pusieron a salvo.

—Y con la tetona, ¿qué tal?

—¿Meike? Es buena gente. Yo creo que en el fondo está muy sola, aunque sospecho que tiene amigas... Ya sabes... —Cayetano asintió con aire comprensivo—. Alguna vez se sincera conmigo. Yo creo que tiene algunas dudas sobre las tonterías raciales que nos enseñan, pero como es tan disciplinada las cree como si fueran dogma.

—¿Te la has tirado ya?

—Ya tardabas en preguntarlo —dijo Cáiser propinándole un cariñoso puñetazo en el hombro—. No, no me la he tirado. Tenemos una relación fraternal. Le he tomado cariño porque, aunque tenga esa apariencia altiva, en el fondo es bastante ingenua.

Cayetano se tomó su tiempo para asimilar la información.

—Claro, a ti te sobran las rubias y estarás hartito de ir de flor en flor, pero aquí lo tenemos más bien trasteado. Los fines de semana nos dan suelta y vamos a los pueblos de alrededor, pero nos han calado que somos unos salidos en los que el bromuro no surte el menor efecto y las *Fräuleins* nos esquivan, aparte de que las madres están ojo avizor para que no les desgraciemos a las niñas. Yo comprendo que a ninguna le guste tener nietos

morenos y bajitos. A unos cuantos reclutas les han metido buenos correctivos por propasarse. Sobre todo que, aprovechando que no saben el idioma, les dicen barbaridades.

—¿Qué barbaridades?

—Pues, por ejemplo, decir en tono amable para que parezca una galantería fina: «A ti te metía yo la polla que te iba a llegar a la garganta y se te iban a salir las bolas de los ojos». O: «Rubia, ¿te follo o algo?». O a la señora de edad que las acompaña: «Señora, si usted me da licencia, yo quisiera echarle a su sobrina tres seguidos sin sacarla. Gracias». Así.

—¿Y responden?

—Qué van a responder. Cuchichean entre ellas y se ríen y aprietan el paso para ponerse a salvo, porque las palabras no las entienden, pero las intenciones sí.

—O sea, que estáis a dos velas.

—No, el que quiere tiene apañó. Al final nos tenemos que conformar con las obreras polacas, que también son rubias, y como no tienen a las madres cerca son más fáciles de convencer.

—¿Polacas?

—El campo está lleno de ellas, unas jamelgas estupendas que por una lata de leche condensada te dan lo más bonito que tienen. Los alemanes las ponen a trabajar y ellos se tumban a la bartola. Ya sabes, el Orden Nuevo. La raza de los señores se aparta del trabajo manual. Bueno, háblame de ti. ¿Qué aprendes en el Ahnenerbe?

Cáiser hizo un gesto de resignación.

—Rarezas. Yo les sigo la corriente y les digo amén a todo. No es demasiado trabajoso, me tratan bien y mi familia está bien, ¿qué más voy a pedir? Ahora parece que están formando una especie de batallón de rubios de distintos países. No militares, entiende. Civiles al servicio del Ahnenerbe.

Tomaron asiento en un banco de mampostería, de espaldas al jardincillo lineal sembrado de rosales y césped que delimitaba el campo de instrucción.

—¿Y tus clases de alemán? *Und sprechen Deutsch?*

—*Ich spreche ein wenig Deutsch* —dijo Cáiser—. O sea, me defiendo bastante bien.

Con la charla se les hizo casi de noche. Empezaba a hacer frío. Se

dirigieron al comedor del batallón, donde las autoridades del campamento habían habilitado una mesa sobre una tarima para los periodistas.

Meike había tomado la precaución de sentarse lo más alejada posible de la tropa a fin de evitar los requiebros que le dirigían, algunos francamente obscenos, creyendo que no hablaba español.

Cayetano buscó a Garriga.

—Oye, Ramón, que aquí dice radio macuto que a lo mejor no llegamos a tiempo de intervenir en la guerra, que los rusos están a punto de rendirse.

Garriga emitió una carcajada sonora, como si le hubieran contado algo muy gracioso.

—¿Eso dicen? Bueno, por ese lado no tenéis nada que temer. Llegaréis al frente y disfrutaréis de tanta guerra como podáis digerir. A los rojos les queda bastante más cuerda de la que dicen los cuentos del Cojito.

Los cuentos del Cojito, así llamaban los corresponsales de prensa extranjeros a los comunicados oficiales de Goebbels.

Aquella noche pernoctaron en la compañía de transeúntes, en cómodos dormitorios individuales: una cama espartana, una mesita de noche, una silla y un pequeño escritorio con estantería donde redactar la crónica. No faltaba ni el detalle de un bouquet de flores silvestres.

Cáiser, antes de dormir, hizo un recuento de su vida en Alemania. No estaba seguro. «¿En qué acabará esto? Si ganan la guerra, es posible que pueda pasar el resto de mi vida viviendo del cuento..., pero ¿cómo van a ganar la guerra estos locos?».

Capítulo 43

PRIMAVERA EN EL ESTANQUE DE LOS COCODRILOS

De regreso a Berlín, Cáiser estuvo especialmente ocupado. A medida que progresaba su alemán, el Ahnenerbe comenzaba a encargarle tareas de mayor responsabilidad, como realizar fichas arqueológicas del material que distintos equipos de excavación remitían desde yacimientos abiertos en los países ocupados de Europa. Himmler continuaba con su plan de trazar el mapa de la expansión de la raza aria por el mundo.

Por las tardes, martes y jueves, el grupo de amigos hacía tertulia en el Club de Prensa o en el reservado de Frasquita.

Cáiser recibía cartas de Cayetano, que leía a los amigos. Terminado el campamento, los habían llevado por ferrocarril a Suwalki, en Polonia, a mil doscientos kilómetros. Para ello necesitaron más de cien trenes porque hubo que mover a casi dieciocho mil hombres, cinco mil caballos y unos ochocientos vehículos.

Moraleda traía noticias de la embajada. En un principio los habían concentrado entre Reuss y Grodno con idea de incorporarlos al grupo de ejércitos del Centro, del mariscal Von Bock, destinado a conquistar Moscú.

Un día, a primeros de septiembre, Moraleda compareció con semblante pesaroso.

—¡Menuda papeleta! El embajador Finat está que trina. El general Strauss no quiere españoles entre sus tropas.

—¿Por qué?

—Por las constantes faltas de disciplina. Por lo visto observan conductas insubordinadas, molestan a la población civil, roban manzanas, no cepillan

los caballos, llevan desabrochada la guerrera, no se limpian las botas, se van detrás de las muchachas judías... En fin, que los alemanes están un poco hartos de nosotros y han llegado a la conclusión de que los voluntarios españoles son unos indisciplinados y unos juerguistas que no darán la talla frente a los rusos.

—¿Y qué van a hacer, devolverlos a Madrid? —dijo Cáiser.

—Casi habría sido mejor, pero necesitan tropas, aunque sean de segunda. Los han destinado al XVI Ejército del Grupo Norte, el del mariscal Von Leeb, en Leningrado, y como medida disciplinaria los van a llevar andando.

—¡Coño! ¿Andando? —preguntó Miquelarena—, ¿pero a qué distancia están?

—Mil kilómetros más o menos. Ya os digo que Finat está que trina. Ha elevado una protesta, pero le han dicho que el ejército anda escaso de transportes.

—Eso puede que sea cierto —apuntó Garriga—. Aunque los noticiarios de Goebbels nos hagan creer que es un ejército muy motorizado, la verdad es que es hipomóvil.

—¿Hipo... qué? —dijo Banqueri.

—Que se mueve con carros y con mulos —aclaró Garriga.

—Han calculado cuarenta días de camino en etapas de treinta a cuarenta kilómetros diarios de promedio, con treinta kilos a cuestras. Ya tenemos el itinerario, por si queréis escribir a Cayetano a las estafetas por donde van a pasar: Vilna, Molodeschno, Minsk, Orsha y Vitebsk, cerca de Smolensk.

—¿Qué cabronada, no? —dijo Banqueri.

—A ver, ese es el precio del heroísmo —concluyó Moraleda—. Y pensar que Cayetano quería retratarse desfilando por la Plaza Roja...

Capítulo 44

EN LA SINAGOGA

—Mi padre quiere celebrar el Yom Kippur este año —dijo Rachel.

—¿El Yom Kippur? —preguntó Cáiser—. ¿Qué es eso?

—Es el día más sagrado del año para los judíos. Es la fiesta del arrepentimiento. Según la tradición, Dios sella el futuro de cada persona en ese día.

Cáiser frunció el ceño.

—Pero tu padre es agnóstico.

Rachel hizo un gesto desencantado.

—Este año es especial. Insiste en celebrarlo. Creo que después de todo quiere agradecer a Dios ciertas cosas.

—Bueno. Si le hace ilusión...

—Es que quiere ir a la sinagoga.

—¿Cómo a la sinagoga? —se sobresaltó Cáiser—. ¿No las quemaron todas en la noche de los cristales?

—La principal sinagoga de Berlín, la de Levetzowstrasse, en el barrio de Moabit, sigue abierta. En Berlín quedamos unos sesenta mil judíos, casi todos como yo, obreros. Todavía hay cultos en algunas sinagogas.

Cáiser consideró la situación. Ya era bastante peligroso mantener a un judío oculto en la casa. Permitirle salir a la calle sería suicida.

—De ninguna manera —decidió—. Quítale a tu padre eso de la cabeza. Él no tiene carné de trabajador y además lo buscan las autoridades. Se supone que está en América.

Rachel emitió un profundo suspiro. Sacudió la cabeza negativamente.

—¡Ay, Herminio, llevo toda la tarde convenciéndolo de eso, pero se empeña en ir! Se lo he razonado de todas las maneras, sin resultado. Se le ha metido en la cabeza que no vivirá para el Yom Kippur del año que viene y quiere vivir este como cuando era niño y tenía fe.

Cáiser reflexionó.

—Es una locura. ¿Y pretende salir por ahí sin la estrella amarilla?

Hacia un mes que los judíos del Reich estaban obligados a lucir una estrella amarilla con la palabra *Jude* imitando los caracteres hebreos en la parte izquierda del pecho, firmemente cosida a la prenda que llevaran puesta.

—Muchos judíos circulan sin la estrella —dijo Rachel.

—Pero es peligroso —replicó Cáiser—. ¿Y si le piden la documentación?

—A un anciano no es fácil que se la pidan. Más bien la piden a los jóvenes en edad militar, que tienen que demostrar que son necesarios para la industria de la guerra.

Todavía discutieron un buen rato, pero Cáiser no encontró nuevos argumentos con los que vencer la obstinación del anciano.

—Está bien —cedió al fin—, pero haremos el trayecto en coche.

—¿En coche?

—Sí. Llamaré a un amigo que tiene vehículo. Un italiano de confianza. No le diremos quiénes sois. Le pediré que nos deje cerca de la sinagoga y que nos recoja a una hora determinada. ¿Cuánto pueden durar esos oficios?

—Tres horas quizá —calculó Rachel—. Dejando tiempo para que mi padre pueda saludar a algunos conocidos. Era amigo del rabí Leo Baeck.

Cáiser telefoneó a Banqueri. Se citaron en el café Tívoli. Pidieron un té y, después de hablar de algunas naderías, el italiano dijo:

—Bueno, Herminio, ¿de qué se trata?

—Necesito que me hagas un favor, que me lleves en tu coche junto con otras dos personas conocidas mías al barrio de Moabit.

Banqueri apuró su té ceremoniosamente. Depositó la taza sobre el platillo y estudió la marca troquelada sobre el dorso de la cucharita. Ponía «Anton Wingen, Solingen, 1922». ¿Dónde estaría aquel Antón, fabricante de cucharas? ¿Sería ahora miembro del partido? ¿Fabricaría bayonetas?

Banqueri miró a su amigo a los ojos:

—No te haré preguntas porque sé que si has acudido a mí, será porque

necesitas discreción.

—Eso es —reconoció Cáiser.

—Vale, pues, ¿dónde os recojo?

—Aparca a las seis en la esquina de la Torstrasse, en la acera frontera a la de mi casa. Yo estaré vigilando desde la mirilla del portal. Cuando te vea, salimos.

A la hora indicada llegó Banqueri con su Fiat, que lucía en la portezuela el escudo de Italia y en la ventanilla la tarjeta diplomática. Estaba visiblemente nervioso. No hubo presentaciones. Cáiser acomodó en los asientos traseros a *Herr Lieberman* y a su hija, tomó asiento en el lugar del copiloto y dijo: «Estamos. Cuando quieras».

Banqueri había estudiado el itinerario más discreto, por calles que suponía menos frecuentadas, pero como era la hora de la salida del trabajo, por todas partes encontró una enfadosa cantidad de gente que parecía mirarlo y tomar nota de su implicación en un acto delictivo. Unos días antes, en una de las reuniones del grupo, había escuchado de Garriga que la omnipresente y omnipotente Gestapo no contaba en realidad con tantos esbirros como se creía, que en realidad su eficiencia dependía del hecho de que en Alemania todo el mundo vigila la conducta de su vecino y está predispuesto a denunciarlo si observa alguna anomalía que pueda perjudicar al Estado, no como los habitantes de los países latinos, que más bien tienden a ponerse de la parte del delincuente.

Llegaron a la calle Levetzowstrasse y Cáiser pidió a su amigo que los dejara a cierta distancia de la sinagoga. Por la propia seguridad de Banqueri quería evitar que conociera el destino de sus pasajeros.

—Gracias, Sebastiano —le dijo tocándole el brazo—. Nos recoges aquí a las nueve. Estaremos caminando a lo largo de la acera para que no parezca que te esperamos.

—De acuerdo.

Cáiser esperaba un inmueble discreto que hubiera pasado inadvertido cuando los nazis quemaron las sinagogas en la *Kristallnacht*, pero encontró un soberbio edificio de principios de siglo XX más parecido a una catedral, algo sobrio quizá en su aspecto exterior, lo que contrastaba vivamente con la riqueza que atesoraba en su interior. Sus benefactores no habían escatimado

gasto alguno: paneles de maderas nobles, mármoles, mosaicos y bronce brillaban bajo una sucesión de artísticas lámparas pendientes del alto techo taraceado. El tabernáculo y la pasamanería de los palcos, en el espacio antiguamente destinado a las mujeres, eran de palosanto y de ébano; las bancadas, de nogal, todo encerado y bruñido. El templo disponía de asientos para acomodar a más de dos mil fieles.

Entraron por una puertecita lateral que permanecía entornada. En el minúsculo vestíbulo, entre puertas, recibía a los fieles el mítico rabino Baeck, un anciano alto y espigado que abrazó a *Herr* Lieberman con lágrimas en los ojos.

—Samuel, viejo amigo, gracias por venir.

Herr Lieberman tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Rachel lo rodeó con el brazo.

—Venga, venga, papá, estamos aquí y estamos bien.

Herr Lieberman se repuso un poco e hizo las presentaciones.

—Leo, *Herr* Cáiser es el prometido de Rachel y nuestro protector en estos días de infortunio. Mi amigo Leo Baeck es, además de una autoridad en la Biblia, el presidente de la Reichsvereinigung der Juden (Organización de los Judíos del Reich).

Otra familia acababa de entrar, un matrimonio y dos hijas adolescentes, todos con la preceptiva estrella amarilla sobre el pecho.

—Nos vemos luego y hablamos —dijo el rabino, comprensivo. Estrechó la mano de Cáiser y le dijo en antiguo castellano: «Que el *Dio* te pague lo que haces, hijo».

Fueron a sentarse, Rachel con un grupo de conocidas que le hacían señales desde el coro de las mujeres.

Acomodado en una de las últimas bancadas, la cabeza cubierta con una sencilla kipá de algodón de las que el sacristán repartió entre los asistentes que habían olvidado la suya, Cáiser siguió con interés el desarrollo de las ceremonias, cuya parte central consistió en la lectura completa del libro de Jonás, el profeta al que unos supersticiosos marineros arrojaron a las olas en medio de una tempestad, pero Dios lo salvó llevándolo a tierra firme en la boca de una ballena. Dios le profetizó: «Dentro de cuarenta días destruiré Nínive», pero después se apiadó de los ninivitas y no la destruyó, lo que en

principio dejó a Jonás pesaroso, pero entonces Dios lo reprendió y le aconsejó que dejara a un lado la venganza y se compadeciera de los que lo habían ofendido. El paralelismo de Nínive con Alemania estaba claro. El rabino Baeck acabó su lectura con la frase ritual: «Estamos en las manos de Dios».

Terminado el servicio, casi todos los fieles abandonaron el templo, pero *Herr Lieberman*, Rachel y Cáiser se reunieron con Baeck en un estudio atestado de libros. *Herr Lieberman* y Baeck eran viejos amigos. Los dos habían servido en el mismo regimiento durante la Gran Guerra. Recordando los viejos tiempos, salieron a colación muchos nombres de conocidos que habían malbaratado sus posesiones y abandonado Alemania cuando todavía estaban a tiempo.

—Ahora es casi imposible —dijo Baeck, pesaroso—. Un reciente decreto nos prohíbe emigrar fuera del Reich y los territorios ocupados. Es típico de este gobierno ese cambio brusco de política: antes nos daban toda clase de facilidades, siempre que malvendiéramos nuestros bienes y no llevásemos con nosotros más que lo que cabe en una maleta, y ahora han descubierto que pueden explotarnos para la industria de la guerra.

—Estoy informado de todo —dijo *Herr Lieberman*—. Paso el día escuchando la BBC.

—Entonces sabrás también que los judíos no podemos tener radio.

—Una conculcación más de las leyes del Reich importa poco —sonrió *Herr Lieberman*—. Mi propia existencia es ilegal.

Baeck emitió un profundo y resignado suspiro.

—Un informador que tengo en el Ministerio de Exteriores me ha comunicado que el gobierno quiere deportarnos a los judíos berlineses, pero duda sobre si enviarnos a Litzmannstadt, en Polonia, o a Riga, la capital de Letonia, donde van a establecer un kibutz colectivo copiado de los de Palestina.

—No creo que puedan prescindir de los muchos miles que como mi hija tienen empleados en la industria de la guerra —dijo *Herr Lieberman*.

—¿Qué trabajo les cuesta? —replicó Baeck—. Pronto les sobraré mano de obra. Traen trenes enteros de prisioneros de los países ocupados para que se hagan cargo de las plazas que dejan libres los alemanes movilizados.

Herr Lieberman asintió pesaroso.

—Debí prestar oído a mis hermanos cuando me apremiaron para que abandonara Alemania. Ahora tengo sobre mi conciencia el infortunio de mi pobre hija.

Rachel lo abrazó.

—No digas eso, papá. Yo jamás me habría separado de ti.

—Yo ya estoy viejo, hija mía, pero tú tienes la vida por delante.

Acabaron el té y se despidieron del rabino. *Herr* Lieberman abrazó a su amigo como quien sabe que no volverá a verlo. Baeck retuvo un momento la mano de Cáiser.

—Cuide de ella, señor, y que el *Dio* los proteja.

Afuera había oscurecido y la calle estaba solitaria. Anduvieron a lo largo de la acera fingiéndose transeúntes camino de casa hasta que el Fiat de Banqueri se detuvo junto a ellos.

—Vamos, rápido —apremió el italiano abriendo la portezuela del coche—. Os dejo y me vuelvo a la embajada. Un hermano mío iba en uno de los dos barcos que han hundido los ingleses con suministros para África. Estoy pendiente de las noticias de la Cruz Roja. Esto acabará de matar a mi madre, que está mal del corazón.

Cuando el coche se perdió en la oscura distancia, una mujer que había aguardado agazapada en las sombras de un portal salió a la acera, hurgó en su bolso, sacó un cigarrillo, lo encendió y le dio una gran calada. El ascua le iluminó el semblante por un momento. Stela Derenburg, también conocida como *el Veneno Rubio*, acababa de realizar una de sus capturas.

Capítulo 45

NOCHES DE MOSCÚ, TRISTES, FRÍAS SON

En campaña

Querido amigo Herminio:

Te escribo desde el apeadero de una estación polaca cuyo nombre renuncio a copiar porque tiene dieciocho consonantes y solo cuatro vocales.

Últimamente andamos algo mohínos y decepcionados. En España nos dijeron que seríamos una división motorizada, por eso se alistaron muchos conductores y mecánicos, y ahora resulta que somos hipomóviles, o sea: carros y mulas, de las que llevamos medio tren hasta los topes. Venir a luchar a Rusia para hacer de mulero, imagínate qué decepción para todos los camaradas, cursos enteros que vienen de la ciudad universitaria...

Los más motorizados han conseguido una bicicleta, que como las hacen para el ejército son pesadas, diecisiete kilos, y difíciles de manejar, como motos con pedales.

En fin, que la decepción es general, y si esto se suma a que las alemanas no son tan hospitalarias como creían muchos voluntarios (yo ya lo advertí, pero no me hicieron caso), ya te puedes imaginar que el personal anda bastante disgustado. Por lo pronto, mitad por protesta y mitad por curiosidad, ya se han comido las raciones de hierro que nos dieron con el equipo militar, unas galletas muy nutritivas y unas píldoras de chocolate vitaminado que solo deben usarse en caso de extrema necesidad, cuando estás cercado por el enemigo y desfallecido de hambre, y siempre que el mando te dé permiso para hacerlo.

Yo ya venía preparado para las grandes distancias, pero aquí la mitad del personal se impacienta porque ya está harto de verde y de paisaje. Hemos pasado dos días de tren con grandes llanuras, bosques de pinos y abetos, más llanuras y más bosques, con dos paradas diarias para hacer aguada y que abreve el ganado, porque a los mulos y a los caballos hay que cepillarlos como si fueran damiselas. Ahora, cuando te escribo estas líneas, sentado en la puerta de un vagón de mercancías, las patas colgando, llevamos dos horas en la vía muerta y no sé cuánta espera nos queda todavía, porque estamos aguardando que pase un tren hospital que se retrasa.

En fin, que si la guerra es incómoda, ir a la guerra no es menos trabajoso. Mañanitas de escarcha y mediodías abrasadores, y en los atardeceres refresca y sopla un relente frío muy desagradable que se cuele por las juntas de las tablas. Quitando un par de días en que hemos dormido en tierra, en unos almacenes ferroviarios y en las barracas de un campo de aviación abandonado, pasamos la noche en el tren encima de la paja y del pienso, y aunque los vagones huelen a desinfectante que tiran para atrás, algunas chinches deben haber sobrevivido, porque empezamos a rascarnos. El rancho, solo regular. Lo de la comida es lo que llevamos peor. Unos suspiran por el gazpacho, otros por el pote gallego, otros por unas judías con oreja de cerdo, otros por un arroz con tropezones, cada cual con su morriña y haciéndole ascos a todo, pero tengo para mí que más de uno y más de dos está comiendo aquí mejor de lo que comía en España. Voy haciendo amigos del campamento: Cotrufes, un muchacho andaluz al que se le saltan las lágrimas cuando ve estas tierras negras tan feraces y piensa lo que se podría criar en ellas si las tuviera en España, y otro gallego, Fariñas, que sabe algo de mulas porque en su tierra tenía vacas.

Mis hermanos me han escrito, un poco más apaciguados, y me dan consejos para cuando entre en combate, y mi madre me dice que ha recibido una caja de magdalenas caseras que le trajo el cosario de Fresno de Cantespino de parte de doña Elvira. Me encomienda que cuando le escribas le expreses su agradecimiento.

Bueno, parece que tocan al rancho. ¡Ay, cómo echo de menos las paellas y los guisos de Raimundo! Abrázame a todos los amigos y un gran abrazo

para ti,

Cayetano

Capítulo 46

SOBRE LA CAPTURA DE SUBMARINOS

Stela Derenburg era judía, pero podría pasar muy bien por aria. Había cumplido veintisiete años, tenía unos bellísimos ojos azules y era alta y rubia. En los buenos tiempos había querido ser actriz e incluso había interpretado algunos papelitos de reparto en el Theater des Westens, donde lució su palmito en operetas como *Alles für Eva*. Allí se prendó de ella un joven comandante de las SS, Wilhelm Borst, que le enviaba espectaculares ramos de rosas y cajas de bombones marca Heidelberger Studentenkuss (el beso del estudiante).

De aquellos besos de estudiante pasaron a besos de adulto.

—¿De verdad me amas? —preguntó la bella Stela el día en que le entregó su virginidad. En medio de los peligros de la vida de farándula la había conservado para entregarla un día al que fuera su marido y padre de sus hijos.

—Claro que te amo —respondió Wilhelm, satisfecho, proyectando hacia la lámpara del dormitorio un chorro de humo de su cigarrillo postcoital.

—¿Te casarás conmigo?

Wilhelm tuvo un golpe de tos.

—¿Casarme? No puedo casarme. Ya estoy casado.

Gran decepción de la bella Stela. Pero no se enfadó. Más bien sumisa, preguntó:

—¿Por qué no llevas anillo?

Wilhelm se apoyó en un codo para mirarla. Tenía unos bellos ojos azules y unos pechos virginales, separados, espléndidos, un poco puntiagudos, con los pezones todavía abultados por la reciente excitación.

—Porque me está ancho y me molesta cuando hago prácticas de tiro —le dijo poniendo toda la ternura posible en las palabras.

Una nueva e inopinada erección interrumpió el coloquio. Borst volvió a montarla, esta vez en postura dorsal, que resultó igualmente placentera viendo temblar como un flan a cada arremetida aquellas magníficas nalgas.

Después del trámite copulativo, que resultó tan gustoso como el precedente, tendidos nuevamente en el sudado lecho, la bella Stela prosiguió su indagación. Wilhelm confesó estar felizmente casado con una matrona alemana rica y de buena familia de la que no pensaba separarse. Cuatro hijos le había hecho en cuatro años, dos chicas y dos chicos, y pensaba elevar la cuota al menos a siete con desempate a favor de los varones. Soldados al Führer, senos maternales para la patria.

—Yo también te había ocultado algo —dijo la bella Stela con los ojos humedecidos.

—¿Estás casada? —preguntó Wilhelm, que ni siquiera había notado que era virgen.

La bella Stela negó con la cabeza, el semblante contraído en el puchero que precede al llanto.

—¿Entonces?

—Que soy judía.

La confesión sonó como un escopetazo. ¡Era judía! Por un momento el bueno de Wilhelm sintió que le huía la sangre del corazón y lo vio todo gris como si estuviera a punto de desmayarse. Miró su pistola Walter, que colgaba enfundada del respaldo de una silla. Por un momento sintió el impulso de descerrajarle un par de tiros a aquella cerda, pero luego se serenó algo con la consideración de que, a pesar de su condición de judía, la naturaleza la había dotado de todos los dones que podía atesorar una aria. De hecho, se veían pocas arias tan bien terminadas como ella, fuera de las idealizadas esculturas de Arno Breker.

Stela sollozaba. El rostro entre las manos, la espalda temblorosa, componía la estampa misma del desamparo. Wilhelm la contempló indeciso entre el asco y el deseo, entre la ira y el perdón. Realmente era hermosa. Un cuerpo fibroso, curvilíneo, carnes densas con el punto de dureza apetecible, tan superior a aquella rubia atocinada, blandengue y celulítica que tenía en

casa.

Ganó el perdón.

«¡Qué demonios, a la mierda las leyes raciales!», pensó, y después, acariciando la trémula espalda de la muchacha hasta la mollar curvatura donde se redondeaba para iniciar los glúteos, le murmuró al oído:

—Eso no será obstáculo, vida mía. Mi amor es más poderoso que todo eso.

—¿De veras? —dijo ella volviéndose entre lágrimas, con el rímel corrido.

—De veras, amor.

Se resignó la bella Stela a su papel de amante y se resignó el apuesto Wilhelm a copular con una judía que emponzoñaba su sangre aria en cada cohabitación. Unidos por el secreto, no les resultó difícil pasar de amantes a cómplices: él le procuró una documentación falsa que le permitía soslayar la suerte de los judíos y ella trabajaba para él, que ya había ascendido a coronel de las SS, como mecanógrafa a tiempo parcial, en casa, y en las horas libres aprovechaba sus relaciones de juventud para sacarse un sobresueldo denunciando judíos encubiertos, los conocidos en Berlín como *U-Boote*, o sea, submarinos, aquellos buscados por la policía que vivían ocultos en la gran ciudad, a menudo bajo falsas identidades.

Ataviada con un elegante traje cruzado y un sombrero parisino a juego, Stela Derenburg se personó en la Comandatura de las SS en Burgstrasse, donde prestaba servicios Wilhelm Borst. Después de pasar los controles preceptivos, tomó el lujoso ascensor que conducía a la tercera planta, donde su amante y cómplice tenía el despacho. El secretario, un enchufado que bien podría estar pegando tiros en el frente, la recibió con un taconazo prusiano y una vigorosa inclinación de cabeza.

—Adelante, señora —le dijo abriéndole la puerta.

La renegada judía entró dejando en la pituitaria del mozancón una vaharada de perfume caro, parisino.

—¡*Heil* Hitler! —dijo levantando graciosamente el brazo. Le encantaba ese gesto pueril que obligaba a los nazis a corresponder de la misma manera. La gimnasia cotidiana en el Reich de los Mil Años.

Wilhelm Borst, que estaba en mangas de camisa, leyendo informes detrás de una mesa tan enorme que sobre ella se habría podido jugar al ping pong,

se levantó solícito a recibir a su amante.

—No me pases llamadas, Carl —le dijo al secretario—. Solo estoy para el Führer.

—A sus órdenes —dijo el enchufado cerrando la puerta.

Después de un beso apasionado, una mano en las posaderas y otra en las tetas, Wilhelm Borst preguntó:

—¿Trabajo o placer?

—¿Es que hay alguna diferencia? —respondió Stela mientras se recomponía el *rouge* de los labios—. Anoche estuve en el Yom Kippur de la sinagoga Levetzowstrasse.

—Más divertido que ir a la ópera, sin duda —comentó sarcástico Borst.

Stela apreció el chiste con una sonrisa helada.

—Esas ceremonias en días especiales siempre invitan a emerger a los submarinos.

—¿Y encontraste alguno?

—Uno que ni siquiera estáis buscando... Samuel Lieberman.

Borst frunció el ceño.

—¿Lieberman? —preguntó—. Imposible. Huyó a América con sus hermanos.

—Pues está aquí, y el rabino Baeck lo recibió con grandes alharacas.

—¿Lo seguiste a la salida?

—No pude hacerlo porque lo recogió un coche de la embajada de Italia.

Aquel día los hados fueron adversos para los Lieberman, padre e hija, para Cáiser y para Banqueri. A la mesa de otro rufián de la Gestapo había llegado el informe del *Spitzel*, el informador de la manzana de casas en la que estaba enclavado el 12 de Torstrasse. El *Spitzel* de la manzana de Cáiser era un muchacho abnegado y satisfecho que había conciliado sus inclinaciones voyeuristas con el servicio a la patria. Su testimonio, puntualmente presentado antes de las once de la mañana, como era preceptivo, informaba que a las 9.20 de la noche un automóvil de la embajada italiana había depositado al comienzo de la Torstrasse al español que vivía en el piso tercero gozando de protección diplomática. Este individuo se hacía acompañar por una mujer joven y un anciano, que, a juzgar por la hora, probablemente habían pernoctado en el apartamento de Cáiser.

Después de eso, la Gestapo solo tuvo que sumar dos y dos.

Capítulo 47

NACHT UND NEBEL

Fue un amargo despertar al estruendo de las botas claveteadas sobre el parqué y al pantallazo de las linternas sobre los rostros todavía dormidos. Cáiser, deslumbrado por el foco de luz, distinguió al pie de la cama a una Meike enfurecida a la que acompañaban dos agentes de la Gestapo embutidos en sudados trajes de lino demasiado estrechos. Detrás de ellos, tres uniformes de las SS con metralletas y cascos de acero encañonaban a los amantes. Se sonrieron al descubrir que la mujer estaba desnuda.

—¡Perra, debí imaginar que eras tú! —barbulló Meike fulminando a Rachel con la mirada—. ¡Vístete, puta!

Abajo los esperaban dos coches de la jefatura de las SS con los conductores al volante. Los llevaron a los calabozos de Prinz-Albert-Strasse y los encerraron en el mismo calabozo, el único que quedaba libre, se lamentó el carcelero. Cuando se quedaron solos, Cáiser abrazó a Rachel e intentó consolarla.

—Al menos parece que no han atrapado a tu padre —le murmuró al oído.

—¿Tú crees?

—Desde luego en los coches no venía.

—Pero registrarán la casa —repuso Rachel, angustiada—. Verán que su dormitorio estaba ocupado.

—Confiemos en que pueda ponerse a salvo. Supongo que esperará a la hora en que todo el mundo va al trabajo para confundirse entre la gente. Baeck lo protegerá.

Rachel asintió, más consolada. Lógicamente se aferraba a cualquier

esperanza.

—¿Cómo es que conocías a Meike? —preguntó Cáiser—. Es la alemana que me tutela en el Ahnenerbe.

—Siempre he sabido que era ella —confesó Rachel—. Es una larga historia. No te lo había contado antes por no alarmarte. Pensé decírtelo cuando terminara la guerra.

—¿Decirme qué?

—Que conocía a Meike. Fuimos compañeras de colegio. Ella era la amiga que me invitaba a pasar temporadas en España, en verano. Éramos muy amigas, hace muchos años de eso, y... fuimos... amantes.

—¿Ella y tú...?

Rachel asintió. Desvió la mirada.

—Sí, fuimos amantes desde niñas, más de diez años. Después, con la llegada de Hitler, comenzó a comulgar con las ideas de los nazis y se fue apartado de mí. Yo, mientras tanto, comencé a salir con chicos. Un día coincidimos en una cervecería. Ella irrumpió en el local con unas cuantas camaradas de la Bund Deutscher Mädel, todas uniformadas, de regreso de una concentración de camisas pardas en la nueva cancillería, muy excitadas porque Hitler las había saludado desde la ventana. Yo estaba acompañada por mi novio de entonces, Franz se llamaba. Solamente se me quedó mirando con una expresión feroz en la cara, me señaló la puerta y nos dijo: «¡Fuera, judíos!». Salimos, naturalmente. Aquella noche no dormí. Intentaba tranquilizarme pensando que no podía traicionarme, que el recuerdo de nuestra amistad prevalecería sobre el veneno nazi que le habían administrado. Me equivoqué. Al día siguiente, muy de mañana, se presentó en casa con la orden de desalojo. El Reich requisaba la casa con sus contenidos. Solo me consintieron llevar una maleta. Quiero imaginar que lo hizo por celos más que por odio a mí.

En aquel momento sonaron unos pasos de botas claveteadas en el corredor. El cerrojo del calabozo se descorrió con un agrio sonido de hierros mal engrasados. Apareció un funcionario escoltado por dos soldados con subfusil.

—Herminio Cáiser —leyó, pronunciando la hache inicial como una jota.

Apenas tuvieron tiempo de despedirse. Herminio abrazó fugazmente a

Rachel y la besó en el pelo. No volverían a verse.

El comisario Stubbs lo esperaba arriba para un interrogatorio minucioso.

Capítulo 48

ESPAÑA QUERIDA

Para sorpresa de Cáiser, la policía no encontró la cámara Minox ni los tres carretes que guardaba en el trasfondo de la cómoda del dormitorio. Había pensado largamente en lo que le esperaba cuando dieran con las pruebas de su condición de espía. En el Reich el delito de traición se castigaba con la guillotina o con el pelotón de fusilamiento, según los casos, pero a él solo lo acusaron de haber violentado las Leyes de Núremberg para la protección de la sangre y el honor alemanes del 15 de septiembre de 1935.

En su condición de licenciado en derecho, se había encargado de su defensa Moraleda, argumentando que, por tratarse de un ciudadano español, Cáiser no estaba sujeto a la obediencia de tales leyes, pero el fiscal lo refutó aludiendo al artículo primero, apartado primero: «1) Será considerado ciudadano con todas las responsabilidades inherentes todo aquel que disfrute de la protección del Reich alemán y que por ello esté en especial deuda con él». También recordó que el artículo segundo, apartado primero, era pertinente en el caso de Cáiser: «La ciudadanía del Reich se limitará a los connacionales de sangre alemana o afín que hayan dado debida prueba, a través de sus acciones, de su voluntad y disposición de servir al pueblo y al Reich alemán con lealtad».

Cáiser había servido ciertamente al Reich con lealtad, solo que, arrastrado por un impulso ciego, había cohabitado con una judía, vulnerando el artículo segundo del apartado segundo de dicha ley: «Queda prohibido el comercio carnal extramatrimonial entre judíos y ciudadanos de sangre alemana».

Por un momento, Moraleda estuvo considerando la posibilidad de

declarar que en realidad no se había producido irrigación seminal interna, y que su defendido, consciente de sus obligaciones para con la raza aria, se había limitado a coitos interfemorales o intermamarios, vulgo paja cubana, pero finalmente desechó la idea.

—No se lo van a creer, y si lo toman como variaciones depravadas impropias del coito canónico alemán, hasta podría agravar la pena.

—¿El coito canónico alemán? —se extrañó Cáiser.

—Sí, aquí está todo reglamentado, ya sabes: monta, penetración, sacudidas pélvicas en un número no menor de diez ni mayor de cincuenta, eyaculación, retracción y desmonta.

Por fortuna el fiscal se contentó con la acusación genérica de haber mancillado la raza copulando con una judía y tomó en consideración el hecho de que el elemento contaminante activo, el semen, lo había aportado la parte aria de la pareja. Para este delito, la ley preveía una pena variable que oscilaba entre un año de cárcel y un número indeterminado de años de trabajos forzados, pero en consideración a los servicios prestados al Reich, el juez se contentó con sentenciarlo a la pérdida de la nacionalidad alemana, todavía en trámites, y a la expulsión del Reich.

Dos agentes de las SS lo acompañaron hasta la frontera de Irún, donde una pareja de la Guardia Civil se hizo cargo del delincuente y lo entregó en el lugar de destino que le había indicado la superioridad: la jefatura Nacional de Falange.

El tren rindió viaje en la Estación del Norte ya oscurecido. De allí tomaron un tranvía que los acercó a la jefatura de Falange, donde cumplimentaron el papeleo de la entrega del preso.

—Esta noche dormirás en nuestros calabozos —le dijo el oficial de camisa azul que mandaba el retén de la guardia—. Mañana ya se verá.

La pareja de la Guardia Civil saludó en posición de firmes, el brazo derecho con la mano extendida hacia el hombro izquierdo, y se despidió.

—¿Lo bajo al calabozo? —dijo uno de los falangistas de la guardia.

El oficial miró al prisionero.

—¿Has cenado?

Cáiser negó brevemente con la cabeza.

—Entonces quédate aquí y cenas con nosotros.

Al rato apareció el cocinero con una cazuela de arenques en aceite y ajoblanco de habas secas. Guardia y preso, sentados en torno a un catrecillo bajo que hacía de mesa, dieron cuenta de la cena. Una sobada bota de vino algo picadillo, pero aún potable, pasaba de mano en mano. Al calor de la conversación Cáiser contó a un embobado auditorio lo que era la vida de Berlín, los bombardeos, los desfiles, los teatros, el perfecto orden alemán.

—Es que son invencibles —repetía el oficial—. Se van a merendar el mundo en un par de meses. Y ahora, con la División Azul reforzándolos, Rusia en dos días.

Cáiser evitó contradecirlo.

—¿Es verdad lo que cuentan de Muñoz Grandes, que un general alemán le llamó la atención porque pasaban los soldados españoles con las manos en los bolsillos y sin saludar y él le dijo: «Dispense, mi general, es que se tienen que sostener los cojones de lo que les pesan»?

Cáiser se sumó al coro de las risas mientras pensaba: «A ver si amanece pronto y me quito a este pelmazo de encima».

A las diez lo subieron con escolta al despacho de Gil de Montemayor. El jerarca había engordado algo, pero por lo demás era el mismo que conociera un año atrás: pálido, barbita de conde Rossi y pelo tintado y engominado.

Ordenó a los escoltas que esperaran fuera y ofreció asiento al prisionero. Él se sentó en el borde de la mesa.

—Volvemos a vernos, Cáiser, y esta vez en circunstancias delicadas, por lo que veo —dijo Montemayor.

Cáiser hizo un gesto resignado.

Le ofreció tabaco, que Cáiser rechazó. Él se encendió un cigarrillo mentolado americano con un zippo plateado que tenía sobre la mesa. Exhaló una larga bocanada de humo hacia la lámpara del techo.

—Lo grave no es que te estuvieras encamando con una judía ni que la ocultaras, esas son manías alemanas que aquí no rigen —comenzó—. Lo grave es que estabas espionando para los ingleses, eso es lo gordo.

¡¿Espionando para los ingleses?! Cáiser se quedó petrificado. Iba a protestar, pero Montemayor lo contuvo con un gesto.

—Ya sé que no eras consciente de hacerlo, que de buena fe creías que trabajabas para el servicio secreto de la Falange. Ramírez lo ha confesado y te

ha exculpado.

—¿Dónde está Ramírez?

—Como comprenderás, retirado del servicio. Hacía tiempo que sospechábamos de él porque manejaba más dinero del que ganaba, putas del Chicote de quinientas pesetas el polvo, comilonas en el Riscal y todo eso. Signos externos de riqueza que no se compadecen con la austeridad militar del estilo falangista. Lo sometimos a discreta vigilancia y lo trincamos con las manos en la masa entregándole un carrete de fotografías a un agente inglés en los retretes del Retiro. No hubo que apretarle las tuercas casi nada para que cantara de plano. En fin, que tú estás exculpado por esa parte.

Aplastó la colilla del cigarrillo a medio fumar en un cenicero de bronce que representaba a una náyade desnuda sosteniendo una palangana.

—O sea, en lo que a nosotros respecta estás libre y podrías regresar a tus ocupaciones habituales en Segovia, o sea, a cargar ladrillos en el tejar. Eso llevaría acarreado la pérdida de los privilegios que disfrutaban tus padres. La otra solución es que te alistes en la División Azul y sirvas con honor en Rusia. Tú eras amigo de Cayetano Yanguas-Figueroa, ¿no?

—Sí, señor.

—Pues allí lo tienes, tan feliz, en aquellas nieves, pegándoles tiros a los rusos. La marquesa de Castilfloro, que es buena amiga del camarada ministro Arrese, ha abogado por ti. Está preocupada por su hijo y le gustaría que no te separaras de su lado y velaras por él. Eso no hace falta que él lo sepa, no sea que se nos ofenda. ¿Te interesa el trato?

Cáiser asintió.

—Entonces, considérate alistado. Ahora bajas a la oficina de enganche y firmas los papeles. Querrás abrazar a tus padres antes de partir, ¿no?

—Claro.

—Pues tienes una semana de permiso. Con el dinero que te darán en la oficina de enganche tienes bastante para el autobús. Dentro de una semana, aquí o va a buscarte la Guardia Civil.

Montemayor se puso en pie y le tendió la mano.

—Suerte con todo, Cáiser. Me consta que eres una buena persona y que si estuviste con los rojos, fue porque te tocó de ese lado. Si te portas bien en Rusia, tendrás tu recompensa a la vuelta. Por lo que sabemos, la guerra no va

a durar más que unos meses.

Capítulo 49

DONDE FLORECEN LAS CRUCES DE HIERRO

Bajo un cielo gris, encapotado, del que descendía blandamente la nieve, un grupo de ateridos soldados descargaba bobinas de cable de una camioneta, bajo la vigilancia de un sargento de transmisiones.

Una enorme motocicleta Zündapp, con sidecar, se detuvo frente al edificio de la comandancia, la antigua alcaldía del pueblo, que habían redecorado con un cartelón en letra gótica y con una bandera del Reich. Cáiser, vestido con uniforme de invierno alemán y cargado con un pesado macuto, se apeó y le dio las gracias al motorista. Tuvo que acercarse mucho al grupo que descargaba bobinas para descubrir, bajo un pasamontañas antirreglamentario, las facciones de su amigo Cayetano.

—¡Vivir para ver: el señorito madriles se nos ha hecho soldado! —lo saludó.

Cayetano se volvió al reconocer la voz familiar.

—¡Coño! ¡No lo puedo creer! ¿Tú aquí? ¿Y vestido de gris alemán?

—Las vueltas de la vida —ironizó Cáiser—. Me aburría en Berlín y no podía consentir que ganaras la guerra tú solo.

Los dos hombres se abrazaron. Cayetano con lágrimas en los ojos.

—Pero... ¿Qué haces aquí, rubio?

—Es largo de contar.

—Pues vamos a la cantina y me cuentas.

—Aguarda que presente mis papeles al mando.

Cuando salió, los otros habían acabado de descargar las bobinas. Se encaminaron a una isba cercana en cuya puerta colgaba un cartel: «Mesón

Tiritones (antes Desengaño): cocido, paella, marmitako, fabada, pescaíto, lo que pidas. Elaboración esmerada».

—Ya veo que os dais la gran vida —observó Cáiser señalando el cartel.

—Qué va: rancho alemán y punto. Bueno, de vez en cuando llegan los avíos que nos manda la Sección Femenina y podemos hacer un cocido como Dios manda.

Delante de dos jarras de cerveza floja, Cáiser lo puso al día de lo ocurrido en Berlín y en Madrid. Cayetano no salía de su asombro.

—O sea que estás aquí castigado, como si dijéramos.

—Digamos que me he ofrecido voluntario porque la alternativa era menos agradable.

Asintió pensativo.

—Te había escrito una carta a Berlín contándote nuestras últimas aventuras: los pies aspeados, el rancho cada día peor, el frío que cala los huesos y todo eso...

—Bueno, aquí estoy para enterarme personalmente.

—Ya hemos tenido nuestro bautismo de fuego y no nos hemos portado mal. El otro día un mortero acertó a una cabaña y mató a seis divisionarios, todos falangistas de Madrid. Fíjate qué mala suerte.

Cáiser hizo un gesto comprensivo.

—En eso consiste la guerra.

—Eso que está allí, delante de los desmontes, es el río Volchov —siguió Cayetano—. Nosotros tenemos esta orilla y los rusos la de enfrente. No hay líneas, solo posiciones aisladas y nidos de ametralladoras. Lo peor son las noches, que se hacen muy largas. Y el frío... Desde que llegamos no hemos dejado de tiritar. Y un airecillo helado como cuchillas de hielo que corta el aliento...

—O sea, entre nosotros, que te arrepientes de estar aquí —concluyó Cáiser.

—Hombre, la verdad, una cosa es combatir y otra estos fríos...

Aquella noche, Cáiser durmió en la isba de Cayetano, donde pernoctaba media compañía en camastros apiñados en torno al bidón agujereado y habilitado como estufa.

Cuando amaneció fueron a la oficina del regimiento a pedir que lo

inscribieran en la misma compañía.

—Sin problema —dijo el escribiente al cambiar la ficha—, que cuando venga el tío Pepe con las rebajas habrá para todos.

El tío Pepe era Stalin.

—Oye, he visto que en la ficha no has declarado que hablas un poco de alemán —notó Cayetano a la salida.

—Efectivamente —confirmó Cáiser—. En el ejército, cuanto menos sepas, mejor. Del amo y del mulo, cuanto más lejos, más seguro.

Cáiser no se aburrió en su nuevo destino. Al día siguiente, todavía de noche, el batallón se abrió camino entre los restos calcinados de una docena de tanques que la nieve piadosamente cubría con su blanco sudario y pasó al otro lado del Volchov en botes de goma para establecer una cabeza de puente en la orilla rusa.

—¡Cuidado con los barrancos, que están minados! —advertía el teniente al mando de la sección—. ¡Y atentos a las bengalas!

Clareaba un día turbio y ceniza cuando empezó el fregado: morteros y ametralladoras rugieron desde la tierra distante y las explosiones se sucedieron levantando piques de agua y barro.

Cayetano y Cáiser ocupaban una posición avanzada, parapetados detrás de unos sólidos troncos entre los que habían dejado una tronera suficiente para instalar una máquina, como en la jerga soldadesca se denominaba a la ametralladora. Delante tenían un campo nevado y al fondo un bosquecillo espeso, oscuro por abajo y nevado por arriba.

—Allí están los rusos, pero no se ven porque los cabrones saben ocultarse muy bien —comentó el sargento—. Vamos a echar un cigarro y a esperar.

El sargento Semper era un hombre de cuarenta años, cetrino, que llevaba desde los dieciséis en el ejército, primero en la Legión, en África, luego en la revolución de Asturias y finalmente en la Guerra Civil, con Yagüe.

—¿Y cómo es que se ha metido en este fregado, mi sargento, si usted no es falangista? —le preguntó Cayetano.

—¿Por qué me voy a meter, pipiolo? —El sargento soltó un escupitajo sobre la nieve sucia—. ¡Por la paga, coño! Tengo cinco churumbeles, el mayor de siete años, y ya sabes cómo están las cosas en España. Mi mujer va cada fin de mes al Gobierno Militar de Vigo y le dan mi paga del ejército

alemán religiosamente. —Dio una profunda calada a su cigarro y se quedó mirando la punta de ceniza que se diluía en el airecillo helado—. Aquí los únicos que estáis por gusto sois los señoritos de la Falange. Los viejos estamos por ganarnos la vida, y los rojillos —señaló a Cáiser—, para que el tío Paco los perdone, ¿no es así?

Cáiser se encogió de hombros. No le hacía demasiada gracia el sargento. Era un poco despótico con los hombres a su mando, especialmente con él. El capitán de la compañía le había encomendado que lo vigilara por si intentaba pasarse al enemigo. Se habían dado ya varios casos de izquierdistas desertores.

La calma se interrumpió a media mañana cuando una rociada de morteros recorrió la cresta que ocupaban los españoles. Al momento se percibió un hormigueo blanco en la linde del bosque.

—¡Los rusos!

—¡Que nadie dispare hasta que se acerquen! —ordenó el teniente.

Los rusos avanzaban en líneas dispersas, inclinados, blancos, excepto por las manchas del rostro y los fusiles oscuros sostenidos por manos enguantadas. Tomaron posiciones a cierta distancia y aguardaron la llegada de sus máquinas, arrastradas con ruedecillas por sus servidores.

El combate duró hasta la noche, con intermitencias. Los españoles, bien parapetados, resistieron hasta tres avances rusos. Las máquinas tableteaban incesantes. Cada tres rondas de munición había que cambiar el cañón porque se ponía casi incandescente. Al caer sobre la nieve, el cañón caliente producía un chasquido siniestro y una nube de vapor.

En uno de los asaltos, una oleada de rusos se adelantó hasta las proximidades del parapeto que defendían Cáiser y Cayetano.

—¡La máquina aquí! —rugió Cáiser.

Los servidores de la MG34 apuntaron hacia el lugar que les indicaba Cáiser y abatieron a media docena de infantes. Algunos otros se habían lanzado en el embudo de una explosión.

—A esos hay que sacarlos de ahí —dijo Semper—. A ver, un voluntario que tenga cojones.

Nadie se ofrecía.

—Una partida de maricones es lo que sois —gruñó Semper—. A ver, tú,

Cáiser, tres bombas de palo y ven conmigo. Y vosotros a cubrirnos.

Cáiser intercambió una mirada resignada con Cayetano y siguió al sargento. Al pasar al lado de su amigo, este le palmeó el hombro. «Suerte», le oyó murmurar.

Los dos hombres se apartaron de la posición y reptaron sobre la nieve hasta un tronco abatido que les ofrecía alguna cobertura. Cayetano y los otros abrieron fuego graneado sobre la hondonada donde se habían refugiado los rusos.

—Eso, eso, que no asomen la jeta —murmuró Semper mientras activaba una granada de mano. Cáiser hizo lo propio con otra.

—¿Listo? —preguntó Semper mirando a su compañero. Cáiser asintió.

Se incorporaron ligeramente para lanzar las granadas, lo suficiente para que un certero disparo desde el lado ruso impactara en la frente del sargento. La bala le atravesó el casco y la cabeza de parte a parte. Se desplomó, muerto, la cara hundida en la nieve.

Explotaron las granadas en la hondonada y se hizo el silencio. Cáiser tomó la pistola del sargento, comprobó el cargador y la montó. Inspiró profundamente y saltó adelante hacia la hondonada de los rusos. Había tres soldados muertos y un cuarto momentáneamente aturdido por la explosión, que intentaba levantarse del suelo.

Iba a dispararle cuando el hombre se volvió.

—¡Andrei!

Era su amigo ruso. Bajo el blanco blusón de camuflaje que la explosión había desgarrado se apreciaba el uniforme de oficial con los dos galones verdes de teniente decorados con sendas estrellas.

Andrei, todavía aturdido, miró al alemán que lo encañonaba. Sacudió la cabeza, confuso, y fijó la vista.

—¿Cáiser?

Cáiser asintió.

—Sí, hermano. Soy yo.

Desarmó la pistola, se la metió en el cinturón y, acercándose al ruso, lo abrazó.

—¿Estás herido, Andrei?

El ruso se señaló la oreja. La explosión lo había ensordecido

momentáneamente. Cáiser lo reconoció brevemente. No había sangre. No estaba herido. Solo aturdido por la explosión.

Andrei le señaló el águila con la esvástica bordada sobre el uniforme.

—¿Y esto? No me digas que te has enrolado con esta gente.

—Es largo de contar —dijo Cáiser—. Cayetano está conmigo.

—¿Cayetano?

—Sí, los dos nos hemos metido en esta locura. Yo, a la fuerza.

Andrei no salía de su asombro.

—¿Qué ha ocurrido?

En aquel momento comenzó un bombardeo de las posiciones alemanas. Los dos hombres cambiaron de posición a otra menos expuesta. Andrei llevaba consigo su fusil Mosin-Nagant con mira telescópica.

—¿Esta es tu herramienta? —apuntó Cáiser.

Andrei asintió.

—Otra vez paco, como en España. Y me temo que me has dejado sin secretario. —Señaló a uno de los muertos, que tenía la cara aniñada, muy pálida, con un reguerillo de sangre que le manaba de la nariz—. Era ese muchacho. Dieciséis años. Alumno de piano del conservatorio de Kiev.

«Secretario», un vocablo español tomado del argot de los cazadores. El auxiliar que provisto de prismáticos escudriñaba las líneas enemigas y señalaba los objetivos al francotirador.

Cáiser se encogió de hombros. «La jodida guerra». Sacó una caja circular de chocolate Schocacola y la compartió con su amigo mientras lo ponía al tanto de lo ocurrido en Berlín.

—¿Qué me dices de Meike?

—No he vuelto a tener noticias tuyas —confesó Cáiser—. El grupo se deshizo después de la marcha de Cayetano y de mi expulsión.

—Me gustaba esa mujer —reflexionó Andrei—. No he podido olvidarla. A lo mejor cuando termine la guerra...

—Vete a saber lo que ocurrirá —dijo Cáiser—. Pero ya sabes que a ella le gustan las mujeres.

—Hasta que encuentre un hombre de verdad y no esos muñecos blandengues a los que está acostumbrada.

—No sé. Lo dudo.

Había cesado el fuego de la artillería. La batalla parecía amainar, aunque todavía silbaban sobre sus cabezas algunas balas perdidas.

—Tengo que irme, Andrei —dijo Cáiser—. No sea que vengan a buscarme y me sorprendan confraternizando con el enemigo.

Sacó de su bolsa de costado dos paquetes de tabaco y otra caja de chocolate, y se los entregó a Andrei.

—Tabaco filipino —le dijo—. Como en la otra guerra, ¿te acuerdas? Andrei asintió.

—Tengo que irme. Aguarda aquí hasta que se haga de noche —le dijo.

Los dos hombres se abrazaron. Cáiser dio la espalda a su amigo y salió de la hondonada para regresar con los suyos. Tardó unos minutos, arrastrando por el correaje el cadáver del sargento Semper.

—Mala suerte, chavales —dijo—. Los rusos, todos muertos.

Volvió al lado de Cayetano. «Cuando te lo cuente no te lo vas a creer», le murmuró al oído.

Por la tarde, ya casi de noche, llegó el relevo. Cáiser, Cayetano y los otros cuatro soldados de la posición se retiraron a la orilla del río llevando consigo el cadáver del sargento. Amoratados por el frío, pateaban la tierra para entrar en calor. En la orilla del río, la actividad era intensa. Continuamente llegaban botes de goma con cajas de munición y, una vez descargados, regresaban llevando a los heridos. Una veintena de sumisos prisioneros rusos, aparentemente satisfechos con su cautiverio, ayudaban en las labores de carga y descarga.

Dos policías militares con sus golas metálicas conversaban fumando junto al improvisado muelle.

—¿Tú crees que la mugre abriga? —dijo uno—. Lo digo porque yo, con estos fríos, no me he lavado desde hace un mes.

Quedó el otro pensativo.

—Hombre, digo yo que algo abrigará. La ventaja es que con el frío no olemos.

La noche fue larga. Antes de amanecer, la artillería rusa respunteó la orilla del río.

—Detrás de la artillería vendrán los rusos —vaticinó un brigada viejo—. Es la costumbre.

Cayetano se había quitado los guantes y se soplabá en los dedos ateridos.

El aguanieve se espesaba. La ventisca ascendía por el río quebrando las ramas congeladas, helándolo todo a su paso. Llegaban refuerzos de la otra orilla, los hombres enfundados en los ponchos impermeables, con corchetes laterales. En balsas de troncos arrastrados por botes de asalto, llegaba la artillería menuda, los antitanques.

—Esto es señal de que ahí enfrente tienen tanques —dijo Cayetano.

Cáiser lo miró como asombrado de su candidez.

—¿Todavía no has visto tanques? —preguntó.

—Hombre, así viniendo de frente para ti, todavía no los he visto.

Cáiser se abstuvo de comentar.

Al día siguiente se redobló el frío. Los españoles tomaron Smeiko. Casi todas las casas habían ardido, pero los muretes de piedra seguían ofreciendo cobijo si se complementaban con lonas y tablones rescatados de las ruinas. En un gran cobertizo que permanecía intacto instalaron cocinas de campaña. Sopa de nabos con tropezones de carne, la primera comida caliente en veinticuatro horas. Cayetano y Cáiser se pusieron en la cola del rancho. La marmita de aluminio quemaba las manos, una sensación muy agradable cuando se tenían tan ateridas.

Los artificieros acabaron de examinar los chabolos abandonados por los rusos.

—Limpios de minas, mi teniente —dijo el brigada que los mandaba. Traía el capote almidonado de barro.

—¿Y el campo?

—Aquella parte le corresponde a otro pelotón —indicó el brigada—. Nosotros nos retiramos al puesto de mando. Hay que ir con cuidado, que han puesto minas de madera y con la nieve es difícil ver los cables.

Un piquete de limpieza se ocupaba de recoger las armas dejadas por el enemigo. Muchas ametralladoras Maxim, con peto de hierro y ruedas, que habían hecho la Gran Guerra y seguro que hasta la revolución de Octubre; estilizados fusiles Mosin-Nagant, con su fina bayoneta terminada en destornillador, que algunos guardaban para recuerdo y, después de meses en

el macuto, acabaron arrojando en cualquier cuneta cuando vieron que la guerra se prolongaba y que no era cosa de añadir peso al equipaje.

Pasaron la noche arrullados por el rumor de la batalla que proseguía viva en los sectores vecinos. La artillería soviética tronaba mucho más que la alemana, notó Cáiser con oído atento. A la mañana siguiente, con más frío, desayunaron pan de centeno y aguachirle calentito antes de ponerse en marcha, exploradores delante, por la carretera de Nowgorod. La batalla sonaba lejana, una especie de trueno continuado, pero el sector en el que avanzaban Cayetano y Cáiser se mantenía en calma sin más sobresalto que alguna alarma aérea. Avanzaban penosamente por el espeso bosque, metiendo a veces los pies en agujeros ocultos por la nieve, tropezando en ramas, temiendo que alguna mina o trampa explosiva hubiese pasado inadvertida a los artificieros.

Lo peor eran las noches, que se hacían interminables, y las guardias y escuchas en las que el centinela permanecía quieto, sin sentir los dedos, los pies doloridos y embutidos en aquellas botas que transmitían el frío como si fueran de papel.

Al tercer día llegaron al combate o el combate llegó a ellos. Olvidaron el frío que les atenazaba los huesos. Oleadas de soldados soviéticos cubiertos por blancos blusones de camuflaje que ocultaban sus pardos capotes acolchados atacaban a la descubierta, gritando hurras, los granaderos delante abriéndose paso a bombazos.

El terreno estaba tan helado que no dejaba cavar pozos de tirador. Agazapada en un ribazo, la compañía de Cáiser y Cayetano aguardaba la llegada de la turba soviética, que parecía haber desviado el centro del ataque hacia su izquierda. Fue solo una impresión pasajera. En el fondo de una vaguada, surgieron de las nieblas otras oleadas de infantes que se dirigían directamente hacia ellos.

—*¡Hurrah!, ¡Za Stalina!* —Se escuchaba como un rugido distante.

—Emplazad las máquinas —ordenó el comandante sin perder la calma—. Nos quedamos aquí. La escuadra de Benítez que cubra aquel bosquecillo.

—*¡A sus órdenes!*

Cáiser observaba el campo con unos binoculares rusos que había cogido a un cadáver.

—Bueno, ahí tenemos a varios oficiales —dijo, sereno—. Empecemos por ellos.

El enemigo se había aproximado a cincuenta metros. Los más delanteros bajaban una cuestecilla muy expuesta, sin obstáculos donde guarecerse.

—¡Hurrah, hurrah! —se animaban los de las filas delanteras corriendo cuanto les permitía la nieve.

—¡Fuego! —gritó el teniente—. ¡A discreción!

En medio del pandemónium, Cáiser ajustaba la mira de su máuser a la graduación adecuada.

Cayetano lo había imaginado a veces en medio de uno de aquellos enredos, pero nunca tan calmadamente como se comportaba, como si fuera un ejercicio de tiro y las balas no estuvieran silbando por encima de sus cabezas.

Cáiser apuntó cuidadosamente y abatió al oficial de mayor rango. Después, al servidor de una Maxim sensatamente emplazada y al compañero que acudió a auxiliarlo. Giró el fusil hacia el final de la cuestecilla y con un solo tiro abatió a otros dos ametralladores que tiraban de su máquina.

—Como cabra a polla de pastor —murmuró entre dientes.

La piadosa noche interrumpió los combates. En tierra de nadie, aullaban los heridos. Los sanitarios atendían a los menos graves a la luz de las linternas y los remitían a las camionetas que aguardaban detrás del bosquecillo para evacuarlos a retaguardia. En un improvisado hospitalillo agonizaban algunos, adormecidos por la morfina.

A Cayetano le detectaron síntomas de congelación en un pie.

—Esto es un pasaporte para el hospital —le dijo el enfermero que le examinó los dedos violáceos.

Se resistía. Ajeno a sus protestas, el oficial médico le garrapateó el parte de baja y se lo prendió de un botón de la guerrera.

—Si esto se necrosa, habrá que cortarte el pie, así que te vas unos días a retaguardia, te repones y ya mismo estás de vuelta, que la guerra no se va a terminar sin ti, descuida.

Capítulo 50

DULCE ET DECORUM EST

Llevaba Cayetano una semana en el hospital de convalecientes de la División cuando recibió carta de Berlín, convenientemente abierta y visada por la censura.

Estimado Cayetano:

Tengo muchas cosas que contarte, así que lo haré en plan telegrama. A tu amigo Herminio lo empaquetaron por tener tratos con una obrera judía y lo enviaron de vuelta a España, y que agradezca que no le metieron más correctivo porque el cónsul alegó que en España lo aguardaba una condena y aquí estaba de prestado. A Banqueri, que por lo visto había actuado de cobertera en el lío de la judía, lo devolvieron a Florencia, donde creo que lo han colocado de escribiente en un almacén de intendencia en atención a que es hermano de un caído. A la tetona la he saludado un par de veces en conciertos y en sesiones de cine de las que organiza Exteriores para el cuerpo diplomático, pero está un tanto rara y poco comunicativa. A Miquelarena lo han enviado de corresponsal a Buenos Aires, pero Garriga, Herráiz y los otros siguen aquí, al pie del cañón, y te envían muchos saludos.

Debes saber que echo mucho de menos los buenos ratos y las risas que pasábamos. Ahora, aparte de que faltéis vosotros, es que Berlín parece menos alegre que antes, desde que han cerrado los cabarets, los teatros y las salas de fiestas. Bueno, quedan los conciertos y los cines en los que vemos los noticiarios de la guerra y muchas películas patrióticas, tan interesantes como te puedes imaginar, pero no es lo mismo. A veces nos reunimos en casa

Un abrazo mío y más abrazos de los amigos,

Ambrosio

Capítulo 51

REGRESO A BERLÍN

Berlín, 29 de diciembre de 1941

Querido Ernesto:

Te sorprenderá recibir esta carta desde Berlín, por valija diplomática y sin censura. ¿Que por qué estoy en Berlín? Es largo de contar. Primero deja que te ponga lo que te estaba escribiendo hace casi un mes en Posad:

Recibí vuestra carta y la de mamá hace una semana, pero hemos tenido tanto fregado que no he tenido materialmente tiempo de contestarte. A ella le escribo aparte para ahorrarle detalles que la pudieran alarmar. Estoy bien y ahora mejor que nunca porque me acompaña aquel amigo, Herminio, que finalmente se alistó en la División y está destinado en mi misma compañía y sección.

Supongo que estáis al tanto de las operaciones aquí por la hoja de campaña que recibís en el Estado Mayor, pero por si acaso te contaré nuestros vagabundeos y tú los sigues en los mapas. Días pasados tomamos tres pueblos más, Posad, Otenski y Posselok. Este último le tocó a nuestro batallón, que iba en vanguardia. Nos fortificamos bien y nos instalamos en plan señorito, que si no fuera por el frío y por el rancho bazofia, esto parecería Biarritz. Trabajar se trabaja poco, porque el trabajo de pico y pala lo hacen los prisioneros rusos, pobres criaturas analfabetas, pura carne de cañón, sacadas a la fuerza de sus aldeas por los comunistas, que no saben de qué va la guerra y lo único que quieren es quedarse con nosotros, de asistentes, y que no los enviemos a un campo de concentración.

Apenas habíamos acabado de instalarnos, comenzaron los contraataques del enemigo con una contundencia que ni te imaginas. Hemos pasado un par de días de fregado casi continuo: primero bombardeo a conciencia con aviones y artillería hasta dejar el pueblo hecho una ruina, y después oleadas de infantería con camuflaje blanco que, como el campo está cubierto de nieve, casi no los ves hasta que llegan a cien metros y distingues las caras y escuchas, si viene el viento de ese lado, los gritos de «¡Hurra, hurra!» que profieren. Entonces abrimos fuego con máquinas pesadas y caen como moscas, pero al rato vienen otros y pasan sobre los cadáveres de los primeros sabiendo que correrán la misma suerte. No es solo fatalismo oriental, es que también vienen mamados porque les dan una buena ración de saltaparapetos antes de atacar. En algunos sectores han llegado a nuestras líneas y ha habido que combatir a la bayoneta. En fin, que en vista de la insistencia y de que entre una cosa y otra nos hacían unas docenas de bajas, entre el frío, la metralla, las balas y las astillas (estábamos en la linde de un bosquecillo y los muy cabrones tiran a las copas de los árboles), nos replegamos a Posad, donde disponíamos de mejores posiciones defensivas. Allí también soportamos lo nuestro entre los rusos y el frío, que algunos días llegó a treinta grados bajo cero. Después de aguantar unas jornadas sufriendo algunas bajas por congelación, se vio que no había manera de sostener el pueblo y lo evacuamos ordenadamente por el único camino que quedaba sin batir, hacia Sitno, con riesgo de que nos coparan los rusos. El fregado arreció especialmente en Nochebuena y Navidad, en que nos bombardearon y asaltaron a posta para deslucirnos cualquier celebración. Juntaron mucha artillería y nos bombardeaban continuamente desde la otra orilla. Habíamos montado un nacimiento en un chabolo y lo pulverizaron de un morterazo. Menos mal que fue de noche y no había nadie viéndolo.

Hasta aquí la carta del mes pasado. Ahora sigo con la del presente. El día 27 dos batallones rusos atravesaron el río, que se había helado, y después de asaltar y aniquilar a los veinte defensores de la Posición Intermedia entre Udarnik y Lubkovo, intentaron conquistar Udarnik, donde estábamos nosotros. Nos defendimos durante horas, cediendo casa a casa, hasta que solo nos quedó una ermita en el centro del pueblo y algunas isbas aisladas. En una de ellas estábamos Herminio, otros tres y yo con una

máquina y dos cajas de bombas. Dejo los detalles para cuando nos veamos. Tan solo te diré que aguantamos el asedio tres horas hasta que un contraataque nos liberó. Delante de la casa contaron treinta y dos muertos. Estábamos municionándonos cuando llegó el teniente Morales pidiendo voluntarios para liberar la Posición Intermedia. Nos ofrecimos todos los que estábamos indemnes. El frío arreciaba con unas rachas de polvo de nieve que al respirar se te metían en los pulmones y dolían, pero ya estábamos calientes y queriendo terminar con la faena. En la Posición Intermedia solo encontramos los cadáveres de los camaradas. Los habían desnudado y los habían clavado al suelo con sus propios zapapicos. Mi compadre Herminio, que hizo la Guerra de Liberación con los rojos, rechinó los dientes y dijo: «Ni los moros hacían esto». Ciegos de rabia, aullando como fieras, los del regimiento 269 fuimos a por los rusos. Algunos intentaron cruzar el río Volchov, que estaba helado, pero los cazamos desde la orilla y no quedó ninguno vivo; otros se refugiaron en un bosquecillo y los exterminamos a bayonetazos. Muchos vinieron a nosotros gritando: «Voina kaputt» (la guerra se acabó), que es lo que dicen para rendirse, pero un cabo legionario de los nuestros dijo: «Ni boina ni sombrero, cabrones», y le arreó al primero que levantaba las manos con una pala afilada que le abrió la cabeza como si fuera una sandía. Ya sé que es un horror decirlo, pero fue así, y como llegábamos tan en caliente por lo que habían hecho a nuestros camaradas de la Intermedia, nos aplicamos el cuento y no hicimos prisioneros, ni uno, hasta que no quedó nadie. Contamos ochenta muertos. Muchos de ellos llevaban en los bolsillos los relojes, las petacas y las carteras que les habían saqueado a nuestros camaradas de la Intermedia. No es que nosotros nos fuéramos de rositas. La División tuvo treinta y cinco muertos y sesenta y cinco heridos, todos del regimiento 269. Al día siguiente nos felicitaron en el orden del día y nos enviaron a la retaguardia para quince días de descanso, y a cinco de nosotros nos propusieron para la Cruz de Hierro.

¿Adivinas quién fue uno de esos cinco? Pues sí, tu hermano. He merecido una Cruz de Hierro de Segunda Clase. ¿El motivo? Porque en el momento más apurado, cuando se nos echaban encima no sé cuántos rusos aullando «¡Hurrah!», Herminio y yo nos hicimos fuertes en una casa arruinada y a bombazos les cortamos el paso para que no pudieran llegar a la ermita

donde estaba el puesto de mando. Si os soy sincero, me he quitado un peso de encima, no porque me haya demostrado nada, que yo no tenía nada que demostrarme, sino porque he tenido la experiencia de entrar en combate y batirme la badana a base de bien. Os envidiaba a vosotros por eso y creo que se lo debía a nuestro apellido, ¿no? Bueno, ahora estamos en paz los tres hermanos, aunque yo sigo sin tener vocación militar. Cuando regresemos a España, si Dios quiere, ya veré lo que hago.

Bueno, os cuento lo de venir a Berlín. En un principio nos iban a condecorar allí mismo, al pie del andamio como quien dice, el domingo después de la misa de campaña, pero luego se lo pensaron mejor, por cuestiones de propaganda supongo, y nos han traído a Berlín y nos han dado uniformes nuevecitos y todo para darle más bombo. El viaje, dos días solo, ha sido la mar de agitado, en la pava del correo, como aquí llamamos al trimotor un poco tartana que nos trae los paquetes y las cartas. Más peligroso que enfrentarse con los rusos, dónde va a parar. Despegó y a la hora de volar, en medio de la oscuridad, empezó a guiñar la luz roja de la cabina y los motores a ratear porque se había formado hielo en las alas y llevábamos el doble de peso que soporta el avión. Tuvo que descender tanto que se veían las copas de los árboles casi al alcance de la mano, y cuando venía un cerrete, el piloto lo encabritaba para saltarlo, como si fuera un caballo, con el consiguiente acojono del pasaje. Peor lo pasamos que en las trincheras. Hicimos dos paradas intermedias: en un descampado de Polonia, donde aprovechamos para corrernos una juerga, y en un aeródromo de Alemania donde nos esperaban unas muchachas con trenzas y calcetines que nos entregaron ramitos de flores. La entrega de las Cruces de Hierro será mañana. Nos han alojado en una residencia de oficiales donde disponemos hasta de bañera con agua caliente y de un asistente con chaquetilla blanca en el pasillo. ¡Como si fuéramos generales! Una enfermera monilla nos estuvo curando las pupas que tenemos en la cara, una especie de erupciones que salen del frío, y nos untó pomada. Eso es porque nos van a hacer muchas fotos. Creo que vamos a salir en Signal, estad al tanto. Y nada más, hermanitos. Ahora os dejo, que estamos invitados a comer en la embajada, así que aquí nos tienes pasando unos días de asueto y visitando a los amigos.

*Recibid un fuerte abrazo de vuestro hermano
Cayetano*

PD. Feliz año nuevo.

Capítulo 52

PERMISO EN BERLÍN

El Junkers 52 aterrizó en el aeródromo de Gatow y rodó brevemente con crujidos de vieja tartana por el firme de una pista deficientemente parcheada tras los recientes bombardeos.

El viejo Mercedes de la embajada española se acercó al pie del avión para recoger a los divisionarios.

—¿Ya están aquí otra vez los incordiantes? —saludó jovialmente Moraleda.

—¡Coño, Ambrosio, qué amable venir a recibirnos! —dijo Cayetano abrazándolo—. Aunque te ha faltado el detalle de unas flores.

—Las flores para la Virgen en mayo —replicó Moraleda. Abrazó a Cáiser.

—¿Cómo está mi rojo favorito?

—Jodido, pero contento —respondió el aludido.

—¿Os veo más delgados o se me figura? —dijo Moraleda—. ¿Es que el Reich no os alimenta?

—Las fatigas que pasamos... —dijo Cayetano palmeándole la espalda.

Metieron los petates en el maletero del automóvil y se dirigieron a la salida del aeropuerto. Después de pasar el control donde les sellaron los pasaportes y examinaron los papeles del permiso, salieron a la *Reichsautobahn* de Hamburgo, cuyas obras había interrumpido la guerra, y, tras pasar los puentes sobre el Havel, entraron en Berlín.

La alegre ciudad que conocieron había cambiado. Las calles eran las mismas, pero las personas parecían otras. Casi todos los hombres útiles iban

de uniforme y los civiles que deambulaban por las aceras o descendían de los tranvías vestían más pobremente y usaban prendas exóticas, grandes gorras los hombres, abrigos mal cortados en cretona de cortina las mujeres. Cayetano lo hizo notar.

—¿Adónde ha ido la elegancia berlinesa que competía con París?

—Es que muchos de los que ves no son alemanes —explicó Moraleda—. Esto se ha llenado de extranjeros que sustituyen en las fábricas a los alemanes movilizadas. Hay tantos que incluso han habilitado prostíbulos solo para extranjeros, con putas de sus países de origen, para que se desahoguen sin mancillar a las alemanas.

A Cáiser le sonó familiar: que el semen de las razas inferiores no contamine la sangre de la raza superior.

—Ya notaréis que los alemanes andan un poco apagados de tan arrogantes como eran hasta hace poco —prosiguió Moraleda—. Es natural: el Führer prometió que 1941 era el año de la victoria, pero ya veis, el año se ha terminado y la guerra sigue y con más virulencia que antes. La gente anda bastante deprimida.

Pasaron por la Bismarckplatz, en cuyo centro, sobre un podio de cemento, una mujer envuelta en un pesado tabardo blanco dirigía el tráfico.

—Otra novedad —señaló Moraleda—: las buenas alemanas, que Hitler metió en la cocina para descanso del guerrero, ahora las ha sacado del hogar y las ha devuelto a las fábricas, a conducir autobuses y a dirigir el tráfico, pero esa medida no afecta a las amantes de los generales, que siguen vistiendo a la moda de París porque viajan allá con bonos especiales para adquirir vestidos.

Dejaron atrás un par de edificios arruinados por los bombardeos, con los muros ennegrecidos por el incendio y sin techumbre, escaparates y puertas clavados con tablones. A través de las ventanas altas se recortaba el cielo plomizo.

—En cuanto os fuisteis de Berlín volvieron a menudear los bombardeos —explicó Moraleda.

—¿Es verdad que los cabrones de los ingleses ponen algunas bombas con retardo para que estallen horas después, cuando la gente no se lo espera? —inquirió Cayetano.

—Y tan verdad —confirmó Moraleda—. Hace poco una de ellas mató a nueve bomberos que estaban apagando un incendio. Sobre esto circula un chiste: los edificios quedan tan sacudidos que incluso horas después de acabar el bombardeo siguen saliendo retratos de Hitler por las ventanas.

En la Warschauer Strasse pasaban tranvías chirriantes, y la línea U-1 del metro elevado que lleva a Schlesisches Tor funcionaba como de costumbre.

—Os vais a hospedar en la residencia de la División —advirtió Moraleda—. No es que sea el hotel Eden, pero por lo menos tendréis sábanas limpias estilo español y cocido de garbanzos como Dios manda.

El coche se detuvo junto a un edificio de viviendas cedido por la Wehrmacht. En la entrada, sobre un rótulo decorado con los colores de la bandera española, se leía: «Residencia de oficiales Blaue Division».

Se apearon los visitantes. Recogieron los macutos. Antes de arrancar, Moraleda les advirtió:

—Os instaláis, os dais un baño, a ver si se os quita el tufo a cochiguera, y os recojo a las dos para el almuerzo que hemos organizado con los amigos.

Vieron partir el coche de la embajada. Cáiser se volvió hacia su camarada:

—Cayetano, ficha por mí y dejás el macuto en mi galguera, que yo tengo que hacer...

—Pero, hombre...

—Voy a buscar a Rachel.

Enfrente había una parada de tranvía. En el reverso de la marquesina estaba el plano de Berlín con el esquema de las líneas. Después de un transbordo se apeó en Moabit. La sinagoga de Levetzowstrasse no manifestaba alteración alguna. Cáiser pulsó el timbre de la puerta. Abrió el sacristán, un hombre de rostro ratonil que se sobresaltó al ver el uniforme.

—Soy amigo —dijo Cáiser—. Español —añadió señalándose el escudo con los colores de la bandera rojigualda en la manga derecha—. Soy amigo de *Herr Lieberman*. Quiero ver al rabino Baeck.

Más tranquilo, pero todavía receloso, el sacristán hizo pasar al visitante a una salita decorada con un tapiz moruno que representaba Jerusalén, la cúpula de la gran mezquita destacando sobre el caserío.

El rabino Baeck no se hizo esperar. Recordaba perfectamente a Cáiser y

no pareció sorprendido de verlo uniformado de alemán. Le ofreció asiento y pidió al sacristán que les sirviera un té.

—Solo estaré unos días en Berlín —le dijo Cáiser—. Tengo que ver urgentemente a Rachel.

Baeck asintió con semblante apenado.

—Amigo mío, me temo que han pasado muchas cosas desde que se ausentó usted de Berlín. Aunque a usted lo liberaron, a Rachel la retuvieron una semana en la comandancia de la Gestapo hasta que *Herr* Lieberman optó por entregarse. No sé si sabe usted que el día de la redada consiguió huir y refugiarse en la casa de un amigo.

—No tenía idea.

—En cualquier caso, Rachel y su padre salieron de Berlín con el primer contingente de deportados, hace dos meses.

—¿Deportados? ¿Adónde?

Baeck abrió los brazos para mostrar su ignorancia.

—No lo sabemos con exactitud. Hace un par de semanas recibí una postal de *Herr* Lieberman. Seguramente había sobornado a un guardia para que me la enviara. Decía que estaban bien, aunque pronto los iban a trasladar con destino desconocido. Otras noticias de distintos deportados me han llegado de los guetos de Minsk y Riga. Quizá hayan acabado en cualquiera de ellos. Los están empleando como mano de obra forzosa y supongo que los ubican según las necesidades de producción.

Cáiser sintió que el mundo se desplomaba sobre su cabeza. Volando hacia Berlín había fantaseado con encontrar a Rachel y ver el modo de ponerla bajo la protección de la embajada, casándose con ella o procurándole una documentación que la hiciera pasar por sefardita, descendiente de antiguos judíos españoles.

No, había mucho más que decir. Cáiser se despidió. Ya en la puerta, el rabino Baeck le dijo:

—Estoy pensando... Existe una posibilidad de que se comunique con ella.

—¿Qué posibilidad? —preguntó Cáiser, esperanzado.

—Dentro de una semana saldrá una nueva expedición de deportados. Las autoridades del Reich los concentran en esta sinagoga antes de conducirlos a

la estación ferroviaria de Grunewald. Podría entregarle una carta suya dirigida a Rachel a alguno de mi confianza por si lo destinaran al mismo gueto.

—¿De veras?

—Es todo lo que puedo hacer. Y si Rachel respondiera, le haría llegar sus noticias si usted me deja su dirección.

Pasaron al estudio del rabino Baeck, que facilitó a Cáiser papel y pluma.

Queridísima Rachel:

Lo que ha ocurrido desde nuestra separación es largo de contar, pero te resumiré: me han alistado en las tropas españolas que luchan en la zona de Leningrado. Eso no está lejos de Riga, donde me dicen que van algunos deportados de Berlín. Si estás allí, te buscaré. En cualquier caso, si puedes, escíbeme, hazlo a esta dirección: Herminio Cáiser Escañuela, Feldpost, 13797. Deutschland. Si no puedes escribirme directamente, envíale tus noticias al rabino que tú conoces y él me las hará llegar. Quizá pueda regresar más veces a Berlín y él me dará noticias de dónde sigues. Te buscaré, aunque estés en el fin del mundo. Ten fe en nosotros. La paz ya no tardará mucho y toda esta locura se arreglará. Te quiero y haré lo posible por encontrarte y llevarte conmigo a España. Mis respetos a tu padre. Os deseo lo mejor.

Un abrazo con toda mi alma,

Herminio

Aquella noche hubo una gran celebración. Los amigos de la embajada y los periodistas del grupo agasajaron a los héroes condecorados en el mesón Frasquita. Raimundo les había preparado una cena descomunal con guisado de carne, jamón serrano aportado por Garriga tras un reciente viaje a Salamanca y un postre de gachas dulces con su canela, su matalahúva en grano y su anís seco Patria.

—Esto es lo que se toma en mi pueblo el día de los Santos —advirtió Raimundo—, pero como vosotros ya vais camino de los altares, lo he preparado hoy.

Hubo incluso un brindis con dos botellas de champán francés de las que les sisaba a los aguiluchos de la Luftwaffe.

Cuando el grupo se redujo, ya a altas horas de la madrugada, los últimos resistentes, entre ellos Cáiser y Cayetano, acabaron la noche escuchando discos de jazz en el apartamento de Garriga, que había invitado para la ocasión a algunas alegres muchachas de la cercana academia de danza.

En contraste con la fugaz euforia etílica, detrás de los cristales empañados del salón, en los que se reflejaban las ascuas de la chimenea, la noche aparecía oscura, impenetrable, preñada de siniestros presagios.

Garriga se acercó a Cáiser con una copa de negroni en la mano.

—¿Qué, echando de menos el frente? —bromeó.

Se volvió Cáiser, sorprendido.

—Ni hablar, Ramón. De aquello ya estaba harto antes de salir de España —sonrió a medias—. Los *Untermenschen* se defienden bien, los muy cabrones.

—Y los *Übermenschen* perderán la guerra, como vengo pronosticando hace tiempo sin que nadie me crea. En año y medio conquistaron Europa y eso les costó cien mil bajas; solo en el primer trimestre de guerra con Rusia ya han sufrido medio millón. —Bebió un sorbo antes de añadir—: Ya sé lo tuyo con la chica judía que detuvieron. Lo siento por ella. Están vaciando Alemania de judíos. Tu novia debe de estar en Polonia, donde dicen que están creando asentamientos de judíos. Quizá puedas localizarla por medio de la Cruz Roja. Tu amiga la tetona debe saber dónde está.

—¿Meike?

—Meike von Appen, la inaccesible valkiria que habita nuestros sueños lascivos —confirmó el periodista—. Si quieres verla, es casi seguro que acude al concierto de Navidad que ofrece mañana el Reichsorchester. Van a interpretar el *Carmina Burana*, dirigido por el propio Carl Orff, la pieza favorita de los nazis cuando el otorrino les ordena que descansen un poco de Wagner. Puedo facilitarte algún pase de los que nos envían a los corresponsales.

—¿De verdad? Te lo agradecería mucho.

—No hay de qué. Mañana te envío a un propio con la entrada. ¿Tienes uniforme de gran gala?

—Me temo que no.

—Allí no se puede entrar de cualquier manera —observó Garriga—. Hay que ir de tiros largos para codearse con los tocineros del partido que desempolvan el uniforme para la ocasión. Te alquilaremos un frac con solapas de terciopelo en el que incluso podrás usar las condecoraciones y todo.

Cáiser lo miró. Estaba ironizando, como siempre.

—Me temo que las que tengo no serían bien recibidas, y la Cruz de Hierro me la dan pasado mañana.

—¡Vaya por Dios, qué contrariedad! —bromeó Garriga—. Esperaba que con el pecho cuajado de chatarra heroica pudieras beneficiarte por fin a la tetona.

Capítulo 53

O FORTUNA

El concierto era en el Schauspielhaus de la plaza Gendarmenmarkt, en pleno centro de Berlín. La magnífica sala, con capacidad para mil doscientas personas, estaba convenientemente adornada para la ocasión con guirnaldas de pino y acebo y con colgaduras rojas y esvásticas negras sobre fondo blanco, la estupenda combinación de colores y formas ideada por el Führer que tanto juego daba en la cotidiana representación del poder.

Cáiser presentó su pase de prensa en la entrada habilitada para los periodistas y un acomodador de chaquetilla negra con pajarita lo guio hacia uno de los palcos laterales que ocupaban los periodistas. Tomó asiento Cáiser apartando los faldones de la levita, como veía hacer a sus compañeros de palco, y se concentró en observar el hervidero humano que bullía en la platea, donde las galas marciales de los uniformes pardos del partido y los grises, azul celeste y azul marino de los tres ejércitos encontraban su delicado contrapunto con los negros de las SS y los variados trajes de noche de las damas acompañantes. Airesos sombreros de París, encajes de Holanda y pieles de Rusia pregonaban la pujanza del Gran Reich, que señoreaba media Europa y partes de África y Asia.

Después de un buen rato buscando a Meike creyó descubrirla en la parte opuesta del teatro, en el palco reservado a los miembros de la Reichsmusikkammer, el Consejo de Música del Reich. Para su sorpresa, ella lo estaba examinando, o eso le pareció, a través de unos anteojos de teatro. Cáiser se irguió en la silla y le sostuvo la mirada con fijeza. ¿Lo observaba a él o a alguna otra persona de los palcos aledaños? Durante unos minutos,

ninguno de los dos cambió de posición. Los anteojos de nácar y dorado debían acercarle bastante su imagen, calculó Cáiser. Consecuentemente, movió los labios formando claramente las palabras «Hola, Meike». Ella apartó el artilugio y levantó discretamente una mano enguantada a guisa de saludo.

Lo había visto y no parecía guardarle el encono de la última vez.

En aquel momento entraron en escena los músicos capitaneados por el compositor y director *Herr* Carl Orff, que vestía un entallado frac. El teatro de puso en pie para aplaudir con aplicado entusiasmo. A continuación hizo su aparición el coro, quizá cien hombres y mujeres, vestidas ellas de resplandecientes túnicas blancas, ellos de severos fracs, todos con esvásticas en el ojal o en el medallón. Finalmente, los cinco solistas, tres hombres, soprano, tenor y barítono, seguidos por una soprano y una mezzosoprano, los cinco vestidos de gran gala, ellas con un escotado traje oscuro sobre el que flotaban las carnes opulentas de brazos y pechera, ellos con fúnebres fracs, plateados chalecos y almidonadas camisas cerradas por amplias corbatas de pajarita.

Herr Carl Orff, después de inclinarse hacia el público agradeciendo los aplausos, se volvió hacia los ejecutantes, guardó la batuta bajo la axila izquierda y, cuadrándose brazo en alto, emitió un sonoro «*Heil* Hitler!» que la megafonía amplió a la enorme sala. Entre músicos, cantores y espectadores falló la unanimidad, porque unos respondieron «*Heil* Hitler!» y otros «*Sieg Heil!*».

El público tomó de nuevo asiento. *Herr* Carl Orff aguardó batuta en alto a que se silenciaran las toses y el rumor de los acomodados, y retorciéndose como para arrancar de las entrañas de la tierra los primeros sonos, arremetió con la famosa cantata escénica que le había ganado un puesto de honor en el repertorio musical nazi, tan aficionado al gong, platillos, trombones y otras cacofonías.

Carmina Burana, cantos goliárdicos alemanes en latín macarrónico encontrados en un monasterio alemán del siglo XII, decía el programa. Exaltan el gozo de la vida y los placeres terrenales, especialmente el amor carnal. Un buen tema, se dijo Cáiser, para esta Alemania en guerra con medio mundo.

En aquel momento apareció en el palco de la prensa un adolescente cabo de las SS con uniforme de gala que llamó discretamente la atención del corresponsal portugués que se sentaba detrás de Cáiser. El corresponsal señaló su propio pecho con expresión interrogante; el adolescente negó con la cabeza y señaló a Cáiser, que seguía de espaldas. El portugués tocó levemente en el hombro a su vecino:

—*Que chama efebo* —le murmuró señalando al muchacho.

Cáiser se disculpó y salió. En el pasillo, el joven SS se cuadró, saludó brazo en alto «*Heil Hitler!*» con juvenil energía, entregó a Cáiser una tarjeta, dio media vuelta y se perdió caminando marcialmente por el recoveco del corredor.

En la tarjeta, bajo el nombre de Meike von Appen en caracteres góticos, la muchacha había escrito: «Te espero en Leipziger Strasse, 28, apartamento 12. No importa la hora».

Cáiser, pensativo, se reintegró a su asiento con la tarjeta en la mano. Meike lo miraba desde la distancia. Asintió con la cabeza y levantó ligeramente la tarjeta para que ella notara que aceptaba la invitación.

Establecido el contacto, pareció que los dos antiguos amigos —¿fueron acaso amigos?— volvían a interesarse por la obra de *Herr Orff*. En vano, porque ya no pudieron concentrarse en algo que no fuera su inminente encuentro.

Cáiser sabía ya suficiente alemán para seguir la traducción que suministraba el folleto: «Lloro por las ofensas de Fortuna / con ojos rebosantes, / porque primero me regala / y luego me lo arrebatara».

Prosiguió el concierto, extasiados los espectadores, con lágrimas en los ojos incluso de los SS más invulnerables a las emociones, especialmente cuando, en los crescendos del pasaje *In taberna quando sumus*, olvidados ya de los papeles y entregados plenamente a la música, percibían que el propio espíritu inmortal del Reich alemán se encarnaba en aquellas palabras y en aquellos rotundos sonos.

—*Maravilhosa brincadeira* —murmuraba emocionado el corresponsal portugués.

Observaba Cáiser cada tanto a la distante Meike y a veces se cruzaban sus miradas, atentas más a la presencia del otro que a cuanto sucedía en su

entorno.

Terminó el concierto con un estruendoso aplauso que duró hasta el cansancio de los espectadores y después, en perfecto orden alemán, músicos, cantantes y asistentes fueron evacuando la sala.

Cáiser salió de los últimos. Sobre una de las sillas que quedaron desordenadas en el palco había un programa abandonado en el que el usuario había subrayado las palabras *Vita detestabilis*.

Capítulo 54

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DE LA INIQUIDAD

Berlín a oscuras se había mudado en un territorio irreal que olía a barro y ceniza, a alcantarilla y a formol. Quizá la antaño alegre ciudad se había impregnado con los hedores de la guerra, quizá era solo la imaginación de Cáiser, que recién regresado del horror transfiguraba la ciudad donde un día fue relativamente feliz.

Caminó sin prisas hasta el 28 de Leipziger Strasse notando la nieve crujir bajo los pies. Sentía Cáiser el corazón dividido entre la pulsión de asesinar a Meike, a la que creía única culpable de su infortunio, y el de perdonarla a cambio de que lo ayudara a recuperar a Rachel. Se aferraba a la esperanza de que la hubieran enviado al gueto de Riga. Si estaba allí, podría recuperarla. Existían en la capital letona diversos servicios de la División Azul, un hospital, algunos almacenes de intendencia, una residencia de convalecientes. La imaginaba condenada a trabajos forzados en alguna fábrica de armamentos, malviviendo en barracones infames, en condiciones deplorables. Si contaba con la ayuda de Meike, y quizá con la de sus amigos de la embajada, no le sería difícil rescatarla pretextando que su trabajo era más necesario en otra parte. Acudiría al propio Muñoz Grandes si fuera necesario. Le conseguiría empleo en alguna dependencia española, se casaría con ella y la enviaría a España, a Fresno de Cantespino, al lado de su madre. Su único pensamiento era rescatarla del horror de la guerra, ponerla a salvo para reemprender un día, a su lado, una nueva vida.

De tarde en tarde pasaba un automóvil proyectando apenas las rayitas grises de los faros entintados sobre la sucia nieve de la calzada. Algún peatón

aparecía a lo lejos, la oscilante linterna apuntando al suelo, lento y perdido como una nave que atravesara el océano.

Meike vivía en un sólido edificio guillermino con amplia portada abierta a un apeadero interior. El portón permanecía cerrado, pero el postigo lateral se hallaba entornado. Cáiser lo empujó y penetró en un amplio vestíbulo. Cerró la puerta tras de sí antes de encender la linterna para consultar el directorio, un casillero de placas de latón adosado al muro.

El apartamento de Meike estaba en el cuarto piso. Pulsó el botón del ascensor en un panel de bronce sobredorado que no se había abrigado desde el comienzo de la guerra. El Reich también ahorra en limpiametales.

La jaula elevadora despegó hacia las alturas con un leve desperezo de poleas mecánicas. Un pilotito rojo permitía apreciar la añeja elegancia de sus maderas nobles y el banco tapizado de terciopelo. Un leve crac. El aparato se detuvo en el piso indicado.

La puerta del apartamento doce permanecía entreabierta y proyectaba una raya de luz en el suelo del descansillo. Meike lo estaba aguardando. Salió al encuentro de Cáiser e intentó abrazarlo. Pero Cáiser se desasó violentamente de sus brazos.

—Sin cortesías, por favor —le espetó—. Yo no me alegro de verte. ¿Dónde está Rachel? ¿Qué sabes de ella?

—Rachel, nuestra querida Rachel... —susurró Meike humildemente—. Pasa, por favor.

Lo precedió hasta un salón caldeado por una gran estufa de cerámica y lujosamente amueblado con sofás de cuero y aparadores franceses. Meike había engordado algo, o quizá fuera que la bata acolchada que vestía daba esa impresión. En cualquier caso, algo había cambiado en ella. Se había cortado la rubia melena y su rostro mostraba señales de cansancio o de falta de sueño. Había en su actitud un inédito tono humilde.

Encendió unas cuantas velas y apagó la luz.

—Es que el *Spitzel* de la casa vigila el contador de cada piso —explicó—. Ahora la Gestapo controla las horas de sueño de los buenos alemanes. ¿Qué quieres beber? —ofreció.

—No quiero nada —dijo Cáiser—. Solo que me digas dónde está Rachel. Meike permaneció callada unos momentos.

—¡Qué mal lo hice! —confesó—. Insistí para que la incluyeran en la primera expedición de judíos deportados.

—¿Expedición, adónde? —insistió Cáiser.

—Desconozco su paradero, lo siento —confesó—. Los judíos de Berlín van a un campo de internamiento cercano a Múnich, pero desde allí los reubican en distintos campos de trabajo, dependiendo de las necesidades de mano de obra.

—Pero podrás averiguar su paradero —insistió Cáiser—. En las SS deben tener constancia de dónde está. Aquí todo se controla.

—Haré cuanto pueda por localizarla, te lo prometo. Daría la vida por reparar ese error...

—¡Tu propia vida es un error! —estalló Cáiser—. Cuanto piensas y cuanto sientes...

Meike aceptó humildemente la reprimenda.

—En este tiempo han cambiado muchas cosas —confesó—. Fui una estúpida y una resentida. Os hice todo el daño que pude. Es largo de explicar, Herminio, pero he comprendido mi error. Ahora te prometo hacer cuanto esté en mi mano para repararlo. Yo también sigo amando a Rachel.

—Dudo mucho que alguna vez la hayas querido —dijo Cáiser.

La muchacha estalló en sollozos.

—¿Nunca te habló de mí? Rachel y yo fuimos amantes y amigas hasta que me separé de ella porque era judía —confesó.

Aquella revelación aclaraba algunas conductas de Meike. Cáiser se explicó su empeño en conservar intacta la habitación de Rachel en el apartamento de Torstrasse, escenario de sus encuentros amorosos. También la forzada indiferencia con que Rachel disimulaba su incomodidad cuando Cáiser mencionaba a Meike.

—Confío en ti, Meike —le dijo Cáiser, más calmado—. Intentemos remediar los errores del pasado. Todavía estamos a tiempo. Cuando esta locura termine, espero que volvamos a encontrarnos los tres y a ser buenos amigos. Quizá los cuatro. Andrei sigue pensando en ti.

Meike levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Andrei? ¿Es que está con vosotros?

—No exactamente. Ahora es teniente del ejército rojo. No combate con

nosotros, sino contra nosotros, pero hace poco nos encontramos casualmente y compartimos tabaco y recuerdos. Sigue enamorado de ti.

Meike se quedó pensativa.

—Quizá —murmuró—. ¿Quién sabe? Aquí tengo amantes. Hombres y mujeres quiero decir, pero ninguno me satisface. Andrei me hacía reír y era más delicado y más culto que muchos hombres que he conocido.

Permaneció un momento abstraída en sus recuerdos mientras unas lágrimas silenciosas le recorrían las mejillas. Cáiser le tendió su pañuelo. Se enjugó el llanto.

—¡Qué locura todo esto, Herminio! Todo es falso, todo es un puro engaño, Alemania toda es una pesadilla poblada de himnos, de banderas y de mentiras que nos llevan al abismo y a la aniquilación. ¿Cómo he podido estar tan loca?

—Celebro que te hayas dado cuenta —dijo Cáiser.

—Continuamente llegan trenes repletos de mutilados —prosiguió la muchacha—. Como faltan camas en los hospitales, el gobierno está asesinando a los enfermos y a los ancianos. —Profirió un largo sollozo, casi un aullido desesperado—. ¡Han asesinado a mi pobre hermanito, a Siggi, lo único que me quedaba en el mundo después de la muerte de mi padre!

Entrecortadamente, entre sollozos, Meike relató su tragedia. Aquel hermano Sigfried del que jamás hablaba era un muchacho de veinte años enfermo de mongolismo. Desde niño, la familia lo había confinado en una institución especializada en el tratamiento de este tipo de enfermedades, cerca de Colonia.

—Por eso renuncié a tener hijos —sollozó—, porque no quería engendrar a otra criatura desgraciada como mi pobre Siggi. ¡Mi pobre Siggi! ¡Lo han asesinado!

En vano intentaba Cáiser consolarla. Deshecha en llanto fue desgranando la historia de su hermano.

—Mi madre lo visitaba cada quince días. En una de estas visitas le comunicaron que Siggi había fallecido la víspera. Le entregaron un cofre con sus cenizas. ¡Todavía estaban calientes!

»Al principio fue solo un rumor: los médicos practicaban la eutanasia a los enfermos terminales o a los que por la naturaleza de sus heridas padecían

terribles dolores. Después, la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario y Constitucional visitó los hospitales y residencias para decidir a qué internos se les debía aplicar una inyección letal. ¡No lo llaman asesinar, sino *einschläfern*, adormecer! — gimió Meike.

Como dos almas perdidas que intercambiaban confianzas en su reencuentro, Cáiser y Meike prolongaron su conversación hasta que la última vela se extinguió con un leve chisporroteo. En la densa oscuridad se abrió un silencio incómodo. Meike se acercó a Cáiser y lo besó en los labios. Él notó las mejillas húmedas de llanto. Un poco incómodo, pensó en despedirse para regresar a su cuartel, pero ella le puso dos dedos sobre la boca al tiempo que murmuraba: «No digas nada, *bitte*», y apretándose contra él lo besó de nuevo.

Fueron al dormitorio, que estaba agradablemente caldeado por una estufa de queroseno.

En aquel momento sonaron las sirenas que alertaban de bombardeo. Ajenos a cuanto ocurría fuera, se hicieron el amor. Entre quedos sollozos, Meike abrazaba a su amigo con una fuerza que parecía expresar a un tiempo ternura y desesperación.

Afuera tronaban los disparos de la Flak sobrepuestos al creciente rumor de la flota aérea que se aproximaba. Comenzaron a sonar, primero lejanos, después más próximos, los estampidos de las bombas.

La linterna sobre la mesita de noche proyectaba su chorro de luz sobre el techo e iluminaba espectralmente la estancia. Cuando notó los estertores del orgasmo, Meike emitió un quejido placentero, abrió los ojos y se asomó con inédita ternura a los de Cáiser un instante antes de aflojar los brazos y quedar desmadejada, serena, tranquila.

La explosión de una bomba cercana conmovió la estancia. La onda expansiva hizo crujir las contraventanas.

El bombardeo se prolongó todavía durante veinte minutos. Cuando cesaron las explosiones, el fragor de los antiaéreos se fue espaciando hasta que se restituyó el silencio. Para cuando las sirenas avisaron del fin de la alarma, los dos amantes se habían unido nuevamente, esta vez a un ritmo más pausado, como si la noche fuera eterna y ellos dispusieran de todo el tiempo del mundo.

La calle se había animado con las personas que salían de los refugios para comprobar si sus hogares seguían en pie. Pasaban a toda velocidad los camiones de los bomberos repicando sus campanitas.

Ajenos al mundo, Cáiser y Meike conversaron abrazados hasta que Meike, agotadas las lágrimas y derrengada de cansancio, se quedó dormida en los brazos masculinos. Cuando despertaron, amanecía. Permanecieron enlazados largo rato, ella acurrucada en el pecho viril, Cáiser acariciándole la cabeza, antes de que Meike rompiera el silencio.

—¿Me perdonarás algún día? —susurró.

Cáiser tardó unos instantes en responder.

—Ya te he perdonado, mujer. Nunca pensé que fueras culpable de nada. Simplemente tenías certezas que yo no compartía.

La luz plomiza del día invernal se filtraba por las rendijas. En la calle chirriaban los primeros tranvías cargados de trabajadores camino del primer turno de las fábricas.

—¿Tienes hambre? —preguntó Meike.

—Bastante.

Mientras Cáiser se afeitaba en el baño, Meike preparó el desayuno, huevos fritos, tostadas de pan moreno con mantequilla holandesa y arenques noruegos que consumieron con apetito sobre la mesa de mármol de la cocina.

—Café de verdad, aromático —lo alabó Cáiser—. Hacía tiempo que no lo probaba.

Meike sonrió por primera vez desde que se encontraron. Había en ella una plenitud de fruta en sazón, tan guapa, enfundada en su bata roja, los rubios bucles del cabello desordenados tras la refriega amorosa.

—¿Más café? —ofreció.

—Sí, por favor.

—Lo tenía guardado para alguna ocasión memorable —dijo Meike—. Solo tenía un puñado que me facilitó un amigo del cuartel general del Führer. Traído directamente de Turquía en un submarino, dicen.

Cáiser consultó su reloj.

—Tengo que irme, Meike. A las diez nos recibe el embajador y después nos condecoran.

Se despidieron en la puerta. Un abrazo intenso y un beso largo en los

labios.

—Mis saludos a Cayetano —dijo Meike—. Y si vuelves a encontrar a Andrei, dile que lo recuerdo mucho.

—Eso haré. Una última cosa: ¿cómo es que la Gestapo no encontró la cámara en miniatura que había en el secreter de la entrada?

Meike sonrió.

—Ahí tuviste suerte: la encontré yo y la quité de en medio.

—Eso me salvó la cabeza —reconoció Cáiser.

—No lo hice por ti —admitió Meike—. En aquel momento te odiaba. Lo hice por mí. Si hubiesen descubierto que espiabas, yo no habría salido indemne. Se suponía que tenía que tutelarte y vigilarte.

Cáiser asintió. Cerró la puerta del ascensor y pulsó el botón. La máquina descendió borrando la imagen conmovedora de Meike, nuevamente humana, tan bella y tan desventurada.

Capítulo 55

COMPAÑÍA DE ESQUIADORES

Cáiser y Cayetano se apearon del camión, recogieron sus macutos y cruzaron la plaza de Samokrazha. Crujían las pisadas sobre la sucia nieve surcada de rodadas de neumáticos.

El comandante Román salió de la comandancia con su antirreglamentaria pelliza y su bastón para la nieve. Un *Kübelwagen* con el motor en marcha lo aguardaba fuera. Al ver a los dos soldados, se detuvo con la portezuela abierta.

—¿Ya estáis aquí otra vez? —preguntó—. ¿Qué tal Berlín?

—Muy bien, mi comandante. Todo muy emotivo —respondió Cayetano.

—Bienvenidos —dijo Román—. Ahí dentro está el sargento Salcedo, que os dará las novedades.

Las novedades eran desagradables: patrullas rusas dotadas de esquís, raquetas, patines y otros adminículos para andar por la nieve se infiltraban por las zonas desguarnecidas o desenfiladas del subsector y realizaban golpes de mano nocturnos contra las posiciones españolas diseminadas a la orilla del lago Ilmen.

—No dan la cara, los cabrones, sino que se contentan con golpes de mano —informó el sargento—. Mientras unos ponen las cargas de demolición, otros nos distraen con unas cuantas granadas, nos rocían con fuego de ametralladora y antes de que acordemos ya se han esfumado en la oscuridad de la noche dejando atrás unos cuantos centinelas muertos, isbas ardiendo y búnkeres dinamitados.

—¿Y traen máquinas y todo, con lo que pesan? —preguntó Cayetano.

—Las traen en trineos. Los cabrones lo tienen bien estudiado. Ahora estamos formando una compañía de esquiadores para perseguirlos, ¿os apuntáis? El mando lo tiene el capitán Ordás, un tío cojonudo. Tú dijiste que sabes esquiar, ¿no, Cayetano?

—No soy un campeón, pero he hecho algunos pinitos en Navacerrada.

—Venga pues, os apunto.

—Es que yo no tengo ni idea —objetó Cáiser.

—Por eso no te preocupes —dijo el sargento—. Esquiadores lo que se dice esquiadores, solo tenemos cuatro, contando a Cayetano. La compañía lo único que va a hacer es patrullar la orilla del lago, los ocho kilómetros que van de aquí a Spasspiskopez.

—Y de frío, ¿cómo andamos? —dijo Cayetano.

—De frío, superior. —El sargento señaló el termómetro—. ¿Ves que ahora hace treinta bajo cero? Pues cuando se hace de noche baja a casi cincuenta. Hemos acertado las imaginarias porque los centinelas se nos quedan como pajaritos.

Aquella noche durmieron en Samokrazha, pero al día siguiente llegaron varios camiones que trasladaron a la compañía a Spasspiskopez.

La isba en la que se alojaba la sección era especialmente espaciosa, la casa de algún rico propietario de la comarca, con un gran patio rodeado de talleres, graneros y dependencias. En la estancia principal ardía una buena chimenea de troncos en torno a la cual se agrupaba media docena de divisionarios libres de servicio.

—Yo, si lo llego a saber, no me apunto —decía uno procedente del Zapillo, en Almería—. Y no es que le tenga miedo a los rusos, con lo que no puedo es con este frío.

—Un frío inhumano —corroboró un gallego—. Yo todavía un frío normal de nieve lo aguanto, pero es que hace un frío del *carallo*, que vas a mear y no te la encuentras. Y vosotros, los nuevos, ¿de dónde sois?

—Yo, de Madrid —dijo Cayetano—. Y este, de La Carolina.

—¿Y vosotros por qué estáis aquí, por falangistas o por otra cosa? —preguntó el primero.

—Eso no se pregunta —dijo el gallego—. Aquí, como en la Legión, con que cada uno sepa por qué está ya sobra. Como hermanos, a ver si salimos de

esta. Vamos a echar un cigarro. ¿Quién tiene papel?

Cayetano, habituado a fumar pitillos confeccionados, se había cambiado a petaca, librillo y mechero de chispa para adaptarse a las costumbres de la tropa. Sacó tabaco y ofreció una ronda.

—Agradecido —dijo el gallego.

—Las prisas que nos dimos porque parecía que se acababa la guerra y nos quedábamos sin estrenarnos... —protestó todavía el del Zapillo mientras echaba al aire la primera bocanada de tabaco filipino.

Capítulo 56

JUNTA DE RABADANES, OVEJA MUERTA

En otro lugar del frente, cinco generales alemanes se hallaban reunidos en torno a una gran mesa sobre la que se desplegab a un mapa de la zona.

Llegó un capitán con una cuartilla, se cuadró y se la entregó al oficial de mayor graduación, el teniente general Friedrich-Wilhelm von Chappuis, comandante del 38 Cuerpo del Ejército.

—Acabamos de recibirlo, general —informó con el preceptivo taconazo—. Procede del cuartel general del X Cuerpo del Ejército.

Von Chappuis, un hombre de mediana edad y rostro relleno, se ajustó las gafas, leyó el mensaje y puso cara de circunstancias. La guerra le venía larga.

—Otro problema, por si hubiera pocos —dijo repartiendo la mirada entre los asistentes—. Los rusos han rodeado a la guarnición de Wswad.

—¿Mucha gente? —preguntó otro general de lista roja a lo largo del pantalón.

—Quinientos cuarenta y tres hombres.

—¡Mala pata!

Buscaron en el mapa.

—Aquí, general. —Señaló un comandante en un punto del plano—. En la ribera suroriental del lago Ilmen.

Un lugar minúsculo, no mayor que la cagada de una mosca en el mapa.

—¿Disponemos de alguna fuerza cerca? —preguntó el general.

—Me temo que no, general —dijo el comandante de Estado Mayor.

Von Chappuis meditó un momento.

—En plena ofensiva rusa, tengo comprometidas todas mis tropas —se

lamentó—. Me temo que no puedo enviar ninguna fuerza sin desproteger otro punto del frente.

—Yo estoy en las mismas condiciones —alegó el general Ernst Busch, comandante del 16.º Ejército—. No puedo prescindir ni de un cocinero.

Von Chappuis regresó al mapa como si en aquel dédalo de líneas que expresaban curvas de nivel, caminos, aldeas, ríos y lagos estuviese escrita la solución de sus problemas. Al cabo de un minuto, levantó la mirada.

—¿Dejamos que esos hombres se pierdan, entonces? —se preguntó.

No era la primera vez que un general abandonaba a su suerte a un destacamento aislado. Las batallas se ganan con movimientos amplios de grandes contingentes, y no socorriendo a pequeños grupos que han cometido la torpeza de no replegarse a tiempo.

—Quizá haya una solución, general —intervino el comandante—. Podríamos pedir ayuda a los españoles.

A Von Chappuis no le había gustado nunca aquella tropa indisciplinada venida del extremo sur de Europa, tipos vocingleros y ruidosos que usaban prendas antirreglamentarias, que se afeitaban de tarde en tarde, que andaban con las manos en los bolsillos y se hacían los distraídos para evitar el saludo reglamentario en presencia de oficiales superiores.

—¡Los españoles! —murmuró—. No sé. —Regresó al mapa—. ¿Están aquí, no? Por la situación de Wswad, la fuerza liberadora tendría que atravesar el lago Ilmen.

—Los españoles disponen de una compañía de esquiadores, general —certificó el comandante—. Actualmente patrullan un sector del lago.

Von Chappuis se rascó la mejilla con la uña del pulgar.

—Está bien —dijo al fin—. Informemos al mando español, a ver si pueden distraer esas tropas.

Una hora después, el mensaje cifrado llegaba a la estación de radio de Grigorovo, cuartel general de la División Española de Voluntarios. Bajo el cartel anunciador de una corrida de toros en la plaza de Logroño que presidía la pared, el general Muñoz Grandes, menudo, sarmentoso, cetrino, con más pinta de campesino castellano que de soldado, discutía en aquellos momentos la escasez de ropa de abrigo que padecían sus hombres. Las congelaciones en los pies eran frecuentes porque el frío ascendía por las tachuelas de las botas.

—Mi general, no sé cómo se dice «tachuelas» —objetó el traductor.

—Coño, ¿y tú sabes alemán? —se quejó paternalmente el general—. A ver, sal por ahí y búscate un alemán que te lo diga.

A poco el soldado regresó con la palabra escrita en un papel.

—Se dice *Militär-Sohlennägel für die Marschstiefel*, mi general.

—¡La madre que los parió, qué manera de complicar las cosas! —comentó el general—. Pues venga: ¡a transmitirlo!

En una carta a su mujer, Muñoz Grandes se desahogaba quejándose de lo mismo: mientras los rusos tienen unas botas de fieltro calentitas y estupendas, nosotros tenemos que añadirles a las nuestras, que son frías y duras como demonios, una especie de zuecos de paja para aislarlas de la nieve.

En aquel momento se recibió un nuevo comunicado. Muñoz Grandes leyó el papel que le entregaba el ayudante del telegrafista y decodificador.

—Méndez —llamó a su asistente—. Avisa a los del Estado Mayor, que tengo que discutir una papeleta que se nos presenta.

—¡A sus órdenes!

Cuando los oficiales estuvieron reunidos, Muñoz Grandes dijo:

—Von Chappuis se rebaja a pedirnos ayuda para rescatar a un destacamento alemán aislado en Wswad, o como coño se pronuncie eso, en la otra parte del Ilmen. Son unos quinientos hombres al mando de un capitán.

—Conozco el sitio, mi general —intervino un teniente asistente—. Una aldea con unas doscientas isbas, una iglesia mediana y algunos pajares de heno. Hace un par de meses estuve allí con los de intendencia a cargar unos barriles de pescado.

—El asunto es si podemos hacer algo —dijo Muñoz Grandes—. Wswad está a treinta kilómetros de nuestras posiciones, al otro lado del Ilmen. Tendríamos que atravesarlo.

—Eso es.

—Los rusos dicen que en invierno es imposible porque hace más frío del que una persona puede aguantar —objetó un comandante.

—Los campesinos siempre exageran —replicó Muñoz Grandes—. ¿Cómo se porta la guarnición de Wswad?

—Son valientes.

Muñoz Grandes se puso a liar un cigarro de tabacazo negro con sus

manos diminutas y sarmentosas, un gesto frecuente en él cuando tenía que meditar una decisión comprometida. Primero desmenuzaba entre los dedos una pulgarada de tabaco de hebra que extendía uniformemente sobre la hojita de papel de arroz marca El Torero, fabricado en Alcoy, antes de enrollarla con gran habilidad y pasar ligeramente la lengua por el papel engomado. Liaba muy bien los cigarros Muñoz Grandes.

—Entonces, ¿qué respondemos, mi general? —urgió el de la radio.

El comandante le dio lumbre al general. Muñoz Grandes dio una chupada tan intensa que consumió medio pitillo. Lanzó el humo hacia el cartel de la pared que representaba las siluetas de los aviones soviéticos más comunes.

—Contesta que se hará lo que se pueda y más de lo que se pueda —decidió el general—. Venga, pon eso.

—A sus órdenes —respondió el radio. Y lo escribió en su libreta.

Capítulo 57

UNA MISIÓN EN LA NIEVE

En Staraia Rakoma, el viento desapacible levantaba remolinos de nieve en polvo que casi cegaban la minúscula ventana de la caseta donde la plana mayor de la Comandancia del Grupo de Exploración y Explotación 250 tenía su estación de comunicaciones.

El cabo Varela, operador de radio, estaba sentado frente a su aparato con un cuaderno de notas y un lapicero, atento a las órdenes que recibía del alto mando. Estaba repasando un ajado ejemplar del diario deportivo *Marca* cuando sonó un clic en el panel de instrumentos y se encendió la lámpara del receptor.

—Diga.

—Aquí la División. Soy el general Muñoz Grandes. Busca al comandante Sánchez del Águila y me lo pones al teléfono.

—¡A sus órdenes, mi general! —respondió el cabo. Azorado, se despojó de los auriculares, se puso el tabardo y salió disparado en busca del comandante.

Sánchez del Águila estaba discutiendo operaciones en la isba del mando. En cuanto recibió el mensaje, acudió a la caseta de la radio y conectó el receptor.

—Del Águila al habla, mi general.

Después de la breve conversación, Del Águila regresó a la isba del mando y reunió a sus oficiales en torno a la mesa donde se desplegaba la hoja correspondiente al mapa 1:100.000 Novgorod Blatt Nr. 0-36 VII Ost. Recorrió con el dedo índice la línea zul que marcaba la orilla del lago Ilmen

hasta encontrar una minúscula mota negra señalada como Wswad.

—Aquí hay un destacamento alemán cercado por los rusos —informó—. Muñoz Grandes quiere que los rescatemos. Para eso habrá que cruzar el lago.

El otro comandante de Estado Mayor, Gutiérrez Sarrión, no pudo contenerse.

—¡Joooder!

—Eso es lo que hay —dijo Del Águila, taxativo.

—La línea ya está suficientemente clareada —repuso el otro comandante—. Solo se me ocurre que lo haga la compañía de esquiadores, que está más suelta.

—Esa es la idea del mando —afirmó el primero.

—Lo que el mando no sabe es que la compañía está formada de retales de otras unidades y que muchos de sus componentes no han visto en su vida unos esquís —objetó el segundo.

En una isba de Spasspiskopez, un grupo de soldados de la compañía de esquiadores se calentaba en torno a un bidón habilitado para estufa, con ventanitas recortadas en la parte inferior, en el que ardían algunos tabloncillos arrancados del cobertizo contiguo.

Al lado, en una mesa de comedor que conoció mejores tiempos, cuatro soldados jugaban a la brisca.

Uno de los jugadores, el soldado primero Fariñas, se inclinó ligeramente hacia un lado, levantó un muslo y emitió un cuesco rotundo como un taponazo.

—¡Cochino! —lo reprendió el cabo Cotrufes.

—Sí, pero ¿y lo descansado que se queda uno? —replicó Fariñas.

Otro jugador, García Arjona, hizo ademán de levantarse del sillón y, en cuanto despegó el trasero del asiento, soltó una ristra de pedos.

Volvió a sentarse.

—Iba a tirármelos fuera —informó—, pero se me han escapado.

—¡Coño, es que con vosotros no hay quien haga carrera! —se quejó Cayetano—. Cada día estáis más guarros. Entra uno por esa puerta y la peste a leonera es que te echa para atrás.

—Esto es un club exclusivo, señor marqués —adujo Fariñas—. Aquí no se obliga a nadie.

—A ver, el capitán médico de Grafenwöhr nos dijo que no se deben retener los gases —recordó Cotrufes—. ¿No fue eso lo que dijo, Fariñas?

—Eso mismamente. Y lo repitió tres veces. Retener los pedos está *verboten*, y lo que está *verboten* no se hace, que va contra la disciplina.

—Vosotros reiros —se quejó Cayetano—, pero el día menos pensado, con la concentración que hay aquí de pedos, esto pega un reventón y salimos por los aires. Lo que echáis por el culo es gas metano, que es inflamable, que lo sepáis.

—¡Ay, coño, qué ilusión me hace! —dijo Fariñas abriendo de nuevo la espita del gas.

—En la compañía de maniobras se echan concursos de quemar pedos —recordó García Arjona—. Le arrimas un mixto y arden como si fuera un lanzallamas.

—¿Y se bajan los pantalones, con este frío? —preguntó, incrédulo, Cayetano.

—En eso consiste el concurso —corroboró Arjona—. El que algo quiere, algo le cuesta.

—Anda y que les den —dijo Fariñas—. Aquí somos gente más compasiva. ¿Dónde se ha visto incinerar un pobre pedo? Los pedos están para disfrutarlos.

En ese momento se abrió la puerta de la isba y el teniente José Otero de Arce penetró acompañado por una ráfaga de ventisca helada. A pesar de su graduación era tan joven como sus hombres.

—Novedades, muchachos. Nos ha salido un trabajito ahí fuera. Tenemos que formar con toda la albarda a cuestras dentro de media hora.

—¿Es que nos licencian, mi teniente? —preguntó Fariñas, guasón.

—Me temo que no, Nino. Por lo que sé, nos hemos presentado todos voluntarios para un paseo por el lago. Van a darnos blusones nuevos de camuflaje.

—¡Ay, qué ilusión! —dijo Cotrufes.

No había mucho tiempo que perder. La situación de los alemanes sitiados en Wswad era desesperada. El comandante ordenó a los de intendencia que requisaran trineos sencillos y troikas de tres caballos por las aldeas del entorno.

—Y os traéis también los caballos —recomendó.

—Caballos tenemos nosotros, mi comandante.

El oficial se impacientó.

—¡Quién te manda a ti pensar! Los que nosotros tenemos son caballos señoritos que no aguantan nada. En cuanto los metamos en la ventisca, la espichan. Traeros caballitos rusos, los yakutios esos que hocican en la nieve para comerse la hierba de debajo.

—¡A sus órdenes! —dijo el sargento, y partió al mandado.

Una hora después regresó con nuevas contrariedades.

—Mi comandante, los dueños de los caballos se resisten a separarse de sus animales.

—¿Cómo que se resisten? —se impacientó el comandante.

—Por si los pierden... Dicen que nosotros no sabemos manejarlos.

—En eso puede que tengan razón —admitió el comandante—. Bueno, pues que vengan ellos también. Se les paga el jornal como muleros y en paz.

La compañía pasó la tarde, hasta bien entrada la noche, en frenéticos preparativos, engrasando armas, municionándose y completando equipos, pero al día siguiente, antes de que amaneciera, estaba formada y lista para partir.

Cáiser había hecho cierta amistad con el intérprete de la compañía, un ruso blanco llamado Konstantino Alexandrovich, que había sido legionario en la guerra española.

—A lo que vamos es una auténtica locura —objetó el ruso—. Conozco el lago porque lo he cruzado. Detrás de esas nieblas no hay una lámina de hielo lisa como una pista de patinaje como algunos esperan. El hielo, cuando cuaja, ocupa más volumen que el agua, y se resquebraja debido a la presión, formando placas infranqueables y grietas de hasta tres metros de anchas que forman fosos de cientos de metros de largo. La nieve blanda los colmata y los convierte en traidoras trampas. El cierzo constante arremolina el polvo de nieve y forma dunas en las que te hundes hasta la cintura, y a eso súmale temperaturas bajísimas que lo hielan todo.

—Tendremos que hacernos un caminito, como las hormigas —dijo Cayetano.

—No hay caminito que valga, mi amigo —corrigió Konstantino—. Las

grietas son tan anchas y profundas que pueden tragarse un tanque, y las placas de hielo se elevan como una casa de varios pisos y siguen y siguen hasta perderse en la niebla. Una placa de esas puede desviarte de tu dirección varios kilómetros, y cuando termina y quieres recuperar el terreno perdido, te encuentras con otra que te lleva adonde no quieres ir: un laberinto en medio de una niebla espesa para perderse y todo eso sin cobijo ni leña para hacer fuego, comiendo sopa de infiernillo. Además, debajo del hielo sigue estando el lago, unas aguas heladas en las que la corriente presiona constantemente y abre peligrosas grietas que la nieve reciente disimula. Si caes en una de esas trampas y te mojas, estás listo.

Los de intendencia acabaron de cargar las troikas y un par de carricoches con cajas de munición, sacos de víveres, trípodes de antiaéreos, mantas, estuches de bengalas de señales, equipos de socorro y de radio y demás impedimenta. Fueron especialmente generosos con las cajas de granadas de palo.

Bajo el alero de una isba, el soldado de primera Fariñas contemplaba el ajetreo sentado en una caja de granadas, las manos en los bolsillos. Canturreaba por lo bajo:

*Soy un pobre preso que perdió la ilusión
soy un pobrecito soñador
soy un pajarillo que nació pa cantar
y por eso quiero la libertad.
Soy el bolsillero más castizo y chipé
como yo pueda escapar, qué plantón se van a llevar.*

Cotrufes, a su lado, fumaba en su cachimba, pensativo. Le dijo:

—Oye, si te pudieras escapar de todo esto, ¿te escaparías?

Fariñas dejó de canturrear y se pensó la respuesta.

—¿Dices si estaría mejor en mi casita de El Padrón, calentito, lejos de las balas y del fresquito, con mis vaquiñas y las mozuelas? —preguntó para sí.

—Eso digo.

—Sin pensarlo dos veces, como cada quisque. Aquí estamos por cojones, para qué nos vamos a engañar. ¿Quién se esperaba estos fríos y estas fatigas?

Lo que pasa es que ahora solo nos queda echarle cojones para que nadie piense que aflojamos porque nos tiembla la barba.

—Eso pensaba yo también, pero hay cosas que no nos decimos por la cara de gilipollas que se nos pone cuando te miras en el espejo.

En total eran varias docenas de trineos y troikas de diferentes tamaños, algunas con capota y todo, cada una con sus tres caballitos peludos de anchos cascos diseñados para la nieve por muchas generaciones de selección natural. La última troika se había habilitado para ambulancia y hospital de campaña.

Piafaban los caballos, inquietos. Unos cuantos rusos bigotudos cubiertos con pesadas pellizas y enormes botas de fieltro aguardaban fumando junto a sus animales.

Tocaron a formar. La compañía de esquiadores compareció en perfecta alineación con el equipo completo. El teniente José Otero de Arce examinó las filas con la cachaza del que conoce el oficio. Se cuadró ante el capitán Ordás Rodríguez y le dio la novedad:

—A sus órdenes, mi capitán. Forman seis secciones de la Compañía Divisionaria de Esquiadores. 206 hombres.

El capitán asintió, serio. Acababa de consultar la temperatura en la garita meteorológica. Treinta y dos grados bajo cero que en el lago serían algunos menos. Miró a sus soldados. A muchos los conocía por los nombres. Incluso estaba al tanto de sus circunstancias familiares y de los motivos por los que se habían alistado en la división de voluntarios.

Acompañaba a Ordás el ayudante de Muñoz Grandes, el capitán de corbeta Manuel Mora Figueroa, que el general había enviado para despedir en su nombre a los esquiadores.

—Cuando quiera, capitán —le dijo Ordás.

El aludido adelantó unos pasos y miró a la formación.

—¡Esquiadores! —dijo con voz profunda y grave—. Se os pide este sacrificio porque la camaradería y el honor exigen que rescatemos a unos camaradas alemanes cercados por el enemigo al otro lado del lago. Sé que es un empeño difícil, pero, si le ponemos corazón, saldrá. Hemos calculado que tardaréis unas ocho horas en alcanzar vuestro objetivo. Os enfrentaréis a fuerzas soviéticas superiores en número, pero contaréis con la ventaja de la sorpresa. Si alguno de vosotros está enfermo, que lo diga ahora.

—Muy fácil lo ve este —murmuró Cáiser.

El viento arrastraba partículas de hielo que arañaban los rostros y obligaban a mantener los ojos casi cerrados.

—Cuando quiera, capitán —dijo Mora Figueroa.

Ordás miró al teniente Otero y asintió.

—¡Compañía...! ¡En marcha! —gritó Otero—. Piernavieja y Marcos delante, abriendo vía.

La expedición se puso en camino, marcha de maniobra, tres en fondo, los hombres intercalados entre las troikas y los trineos, aprovechando el rastro de nieve compactada que dejaban los delanteros. Detrás de la cuarta troika marchaban Cáiser, Cayetano, Cotrufes, Fariñas y García Arjona.

—Por lo menos hambre no vamos a pasar —iba diciendo Fariñas—. El cabo de intendencia me ha dicho que llevamos víveres para tres días. Nos han puesto lo mejor de la despensa: latas de carne, adoquines de pan, margarina, chocolate, galletas, caramelos, termos y cantimploras de café.

—Y llevamos nueve máquinas ligeras, lo mejorcito que había en el armero —añadió Cotrufes—. ¡Como unos señores!

—Y mucho coñac y píldoras de Pervitin contra el cansancio —prosiguió Fariñas.

—Si la misión fuera tan fácil, no nos darían tantas gollerías —dedujo Cáiser.

—Coño, a lo mejor ganamos una Cruz de Hierro —dijo Fariñas.

—Lo malo sería que ganáramos la cruz de madera —replicó Arjona.

Dejaron atrás un bosquecillo de abedules raquíuticos y se internaron en la niebla. Cuando alcanzaron la orilla del lago, Piernavieja midió la temperatura.

—Cincuenta y seis grados, mi capitán —informó.

—Para frío, Teruel. —Se escuchó la voz de Fariñas a retaguardia.

Cáiser lo miró: se le estaban formando minúsculas estalactitas en el bigote. Bajo el grueso gorro de lana, las orejas eran dos cartulinas ardiendo.

—Bueno, por lo menos parece que aquí sopla menos el cierzo —comentó Ordás.

—¡Respirad solo por la nariz! Solo por la nariz y no demasiado profundamente u os dañáis los pulmones —advertía el teniente médico

Sánchez Bejarano recorriendo la columna.

La orilla del lago estaba marcada por todo el aluvión acumulado por las corrientes antes de que el lago se helara. Gruesos troncos de abedul formaban parapetos con una maraña inextricable de maleza, arbustos y barro congelado. Tuvieron que recorrer la hondonada hasta encontrar un portillo que les permitiera descender a la superficie del lago. La nieve reciente formaba dunas que el viento movía a su antojo descubriendo resbaladizas placas de hielo.

—Esto está pero que muy peligroso —comentó Arjona.

—Las reclamaciones al maestro armero —dijo Cotrufes.

Piernavieja y su compañero, auxiliados por la brújula, marcaban el camino de la columna. Al rato toparon con una muralla de hielo que les impedía el paso. Los guías detuvieron la marcha y fueron a conferenciar con Ordás.

—No pasa nada —dijo el capitán restando importancia—. A bordearla. Ya contamos con que de vez en cuando habrá que sortear obstáculos.

—¿Qué pasa ahora? —se decían los hombres en la columna, ciegos y helados. Como los tinajeros en el lagar, las botas golpeaban rítmicamente el suelo intentando que los pies entraran en calor.

Piernavieja tocó el silbato. Se reanudó la marcha.

—Sargento, comuníquese con el cuartel general de Grigorovo cada media hora —advirtió Ordás al encargado de las transmisiones.

Los remolinos de nieve en polvo no lograban disipar la niebla, pero dificultaban la respiración y clavaban en los ojos multitud de agujitas. Piafaban los caballos, molestos por la costra de hielo que se les iba formando en los ollares. Humeaban sus lomos calientes en contacto con el aire helado. También el vapor de la respiración formaba costras de hielo en los bigotes de los hombres. Muchos divisionarios optaron por sacar las *Gebirgsjäger*, unas gafas para la nieve que en lugar de lentes tenían placas de aluminio dotadas de tres ranuras a través de las cuales se veía, evitando la blancura cegadora de la nieve cuando brilla el sol.

Llevaban una hora avanzando penosamente por el infierno blanco y los accidentes menudeaban. La traidora nieve ocultaba anchas grietas que recorrían el hielo del lago helado. Piernavieja se hundió en una de ellas hasta el vientre. Acudieron a socorrerlo.

—¡Me cago en los cojones de san Pedro! —blasfemó.

Lo sacaron entre tres. Se sacudió la nieve adherida al tabardo.

—A ver, una vara, que vayamos tanteando el terreno —pidió—. Y de lo de cruzar el lago en ocho horas vamos a ir despidiéndonos.

La cabecera de la columna marchaba a un ritmo más lento que la retaguardia. En cuanto topaban con algún obstáculo, los traseros seguían avanzando y las secciones acababan confundándose en la niebla. En medio de ese desorden, las troikas se estorbaban mutuamente.

—¡A ver, que los sargentos pongan un poco de orden! —gritaba el teniente Otero.

Un poco más adelante, uno de los caballos se hundió hasta el corvejón en una poza oculta por la nieve. Tuvieron que acudir con sogas a sacarlo. La tormenta de nieve en polvo arreciaba cegadora.

—¡Adelante, chavales, que esto es una juerga! —animaba a los hombres de su sección el teniente Castañer.

La columna se detuvo de nuevo. Tres hombres presentaban síntomas de congelación en los pies y en las orejas. El teniente médico los envió al resguardo del trineo ambulancia, donde los sanitarios les friccionaron las partes afectadas con linimento contra el frío.

La columna había hecho un alto. El sargento de radio aprovechó para intentar contactar con el mando.

—No funciona.

—¿Qué? —preguntó incrédulo Ordás.

—La radio no funciona, mi capitán —informó el sargento—. Debe ser el generador. Recibimos, pero no podemos emitir.

Prosiguieron la marcha a lo largo de un talud de dos metros de altura que discurría en dirección suroeste.

—Vamos en zigzag —notó Cayetano, la voz entenebrecida por la espesa bufanda de lana que le cubría hasta los ojos.

—Ya lo sé —le respondió Cáiser—. Es mejor que no hablemos. Vamos a ahorrar energía, a ver si salimos de esta.

Pasaban los sanitarios repartiendo tragos de brandy.

—¡Con tiento, con tiento! —aconsejaba el teniente médico—. Se trata de entrar en calor, no de emborracharse. Con este frío, el que se emborracha es

hombre muerto.

Así avanzaron penosamente otra hora. Mediada la mañana pareció que la niebla se disipaba y aparecía un tímido sol de invierno, bajo e insuficiente. Marchaban un poco más confiados cuando un trineo cargado con provisiones y tiendas de campaña se deslizó por una sima que la nieve había disimulado arrastrando a su caballería al abismo. Se percibió un desesperado chapoteo. No había nada que hacer. La nieve se había cerrado de nuevo sobre sus víctimas. El dueño del trineo desaparecido estalló en lamentos.

El capitán Ordás reclamó al intérprete.

—Konstantino, dígame a este hombre que lo compensaremos por el caballo y el trineo perdidos, que no alborote más.

El intérprete se lo explicó al ruso, que pareció consolarse. Miraba al capitán con ojos mendicantes.

—No le haga mucho caso, mi capitán —dijo el sargento—, que todos son unos truhanes.

—¡La radio funciona de nuevo, mi capitán! —informó alborozado el sargento de transmisiones.

—No grite, sargento, que la voz llega lejos y puede escucharnos alguna patrulla rusa. Transmita al mando que avanzamos sin novedad.

En medio de la transmisión, la radio falló otra vez.

Ordás contemplaba impaciente las manipulaciones del sargento intentando arreglarla.

—Nada, no hay manera, mi capitán. Es que nos han dado un material de mierda.

—Hay que cambiarla —decidió Ordás—. A ver ese trineo. Regresas a Spasspiskopez, cambias esa tartana por un aparato que funcione y nos alcanzas. Solo tienes que seguir los rastros. Venga.

—¡A sus órdenes!

El trineo partió de regreso. El resto de la expedición prosiguió la marcha. Nadie hablaba. Cuando alguno trastabillaba o tropezaba en una grieta disimulada por la nieve, los camaradas más cercanos lo socorrían, sin cambiar palabra, ahorrando energías. Ya lo había advertido Konstantino: el frío aletarga el cerebro, se piensa más despacio. Inmerso en el sudario blanco que se agita envolviéndolo todo se pierde la noción del tiempo y del espacio

y los pies avanzan con automatismo inconsciente, como piezas de una máquina insensible.

El teniente Otero conferenciaba de vez en cuando con Ordás. Calculaban que estaban recorriendo no más de un kilómetro por hora, y no en línea recta.

—Me temo que las ocho horas que pensábamos se van a transformar en el doble o más —calculó Ordás.

Otero asintió gravemente.

Por si fuera poco, ya eran cinco los casos de afectados por congelación.

—Hay que enviarlos de vuelta —urgió el teniente médico—. Dos van camino de agravarse.

Ordaz meditó un momento. No podían detenerse porque el infierno blanco amenazaba con tragárselos. Las decisiones debían ser rápidas y acertadas.

—Venga, un trineo cubierto y que regresen. Que los lleve un ruso de confianza.

Cuando salió el trineo era ya noche cerrada por más que apenas fueran las cinco de la tarde. Los sargentos encendieron las linternas de dinamo, una especie de chascas que había que accionar con el pulpejo de la mano y emitían una desmayada luz rojiza, suficiente para que la sección la siguiera.

—Cada sección que siga la luz de su sargento —avisó el teniente Otero—. ¡Que corra la voz!

La niebla y la oscuridad se combinaban para que los hombres apenas distinguieran al compañero que caminaba delante.

Así prosiguieron durante un par de horas que se hicieron interminables.

En ello estaban cuando uno de los centinelas creyó descubrir cierto movimiento a retaguardia.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡España! —respondió la voz—. ¡Soy el sargento de transmisiones!

El capitán Ordás salió a su encuentro.

—¿Traes la radio?

—La traigo, mi capitán.

—Pues conecta inmediatamente con la división.

El sargento, a cubierto detrás de una pantalla de lienzo, manipuló el receptor. Inmediatamente se recibió un mensaje de Muñoz Grandes:

—La guarnición de Wswad se sostiene valientemente. Es absolutamente necesario socorrerlos. El honor de España y el espíritu de la fraternidad de nuestro pueblo lo exigen. Todos estamos pendientes de los heroicos soldados de Ordás. Ánimo, tenéis la gloria en vuestras manos. Atacad resueltamente. ¡Arriba España!

—¿Qué respondo, mi capitán? —preguntó el sargento.

—Capitán Ordás a general Muñoz Grandes. Atacaremos. ¡Arriba España! El alférez Camacho se presentó ante Ordás.

—Mi capitán, la brújula se ha estropeado.

Ordás suspiró profundamente. Llevaban una brújula especial, finlandesa, diseñada para funcionar incluso en temperaturas anormalmente bajas.

—Y dos rusos de los que llevan los trineos se han largado —completó su informe el alférez.

—Sin los trineos, espero.

—Sí, mi capitán, pero se han llevado un caballo.

El oficial hizo un gesto de resignación. Luego ordenó:

—Reparte la carga entre los otros trineos y convoca reunión de oficiales.

En vista de que las brújulas se habían helado, decidieron sobre los mapas el rumbo a seguir teniendo en cuenta la posición del sol, que tímidamente se dejaba entrever como un fulgor luminoso detrás de la espesa niebla.

—Tres segundos para echar a andar —advirtió un sargento—. Al que se retrase lo mando a prevención, al lado de la estufa.

¡Quién pudiera estar arrestado en prevención! Reemprendieron la marcha por la algodonosa niebla que se había espesado y apenas permitía ver al camarada precedente. En la lejanía sonaba un barrunto de artillería. Avanzaron con paso automático, trastabillando sobre la nieve, arrastrando los pies, encorvados bajo el peso de sus tabardos, del macuto, del fusil, el municionamiento y los bultos compartidos, al principio despacio, entumecidos, con el característico dolor de ingles que causa el frío, luego, cuando la marcha los calentó, a un ritmo más vivo. Esquivaban los obstáculos de hielo rodeándolos, a veces copudos árboles clavados en lo profundo o grandes grietas peligrosas para los animales. Después de un rato caminando por la nieve y esquivando resbaladizos rodales de hielo pulido, debajo del cual, como si fuera un cristal esmerilado, se veía el agua turbia y el lodo

pardo presionando por salir, llegaron a un paraje donde el viento había sembrado de cuchillos de hielo una considerable extensión. Los cuchillos se quebraban con un chasquido siniestro al paso de los esquíes de los trineos. Detrás de la nava helada, la niebla se espesó y el suelo empezó a acolchase nuevamente. Atravesaban una de las dunas móviles que forma la nieve cuando a Fariñas se lo tragó la blancura. La nieve le llegaba a la mitad del pecho. Lo agarraron de los brazos y lo sacaron.

—¡Me cago en la grea! —decía—. Un poco más y no lo cuento. ¡Rusia de los cojones!

—Teniente médico: habilite otro trineo para hospitalillo y reparta a los heridos —ordenó Ordás.

Reanudaron la marcha. Una hora después se habían dado otros cuatro casos de congelación en pies, orejas y narices. Tenían que detenerse, frotar con nieve los miembros insensibles hasta que entraban en calor, lo que era un suplicio para los congelados, y luego envolverles la cabeza o los pies en tiras de manta y ponerlos al amparo del trineo cubierto.

—Ánimo muchachos, que ya falta poco —iba diciendo el alférez Camacho a lo largo de la columna.

—Ni ellos saben lo que falta —dijo Cayetano.

—Aquí palmamos —corroboró Cotrufes.

Cáiser no hablaba. Más entero que los demás, marchaba al resguardo de una troika y solo se detenía de tanto en tanto para mirar si el resto del pelotón mantenía la marcha. El sargento, descorazonado y en el límite de sus fuerzas, había delegado en él sus funciones.

En un par de ocasiones hicieron un breve alto para beber. El agua de las cantimploras se había congelado, lo que había expulsado las tapaderas. En cuanto al coñac, ocurría algo parecido: se descomponían sus componentes y el agua se congelaba en la periferia mientras que el alcohol, teñido y nauseabundo, seguía líquido en el centro. Para conseguir agua había que recoger nieve en un caldero y ponerla a calentar debajo de unas pastillas inflamables hasta que se derretía. Consolaba el estómago aquel trago templado de acre sabor.

Al cabo de varias horas eternas de marcha entre dunas de nieve y muros de hielo configurados para formar letales ventisqueros, la bruma se disipó lo

suficiente para que Piernavieja y los otros de la vanguardia columbraran una masa boscosa.

—Yo creo que estamos cerca de la orilla, mi capitán —informó Piernavieja.

—Pudiera ser —dijo Ordás—. A ver, teniente, destaque dos patrullas de exploración.

El teniente recorrió el convoy escogiendo a sus hombres.

—Cáiser, Mariano, Olayo y Cayetano tomáis por la derecha; Fariñas, Cotrufes, Arjona y Bonifacio, por la izquierda. Avanzáis cosa de doscientos metros y volvéis con el parte. Que nadie se pierda.

La patrulla de Cáiser caminó un buen trecho hasta una enramada que se elevaba del lago.

—Esto parece que es basura de la orilla —dijo Figueras.

—Vamos a rodearla, a ver si se ven árboles derechos, que sería seña de que hemos llegado a tierra firme.

Habían alcanzado la orilla del lago tras veintitrés horas de penosa marcha. Así lo indicaba el lindero lleno de detritus y ramas heladas. Detrás, como una sombra espectral que brotara entre la niebla, distinguieron la silueta de una cabaña de troncos. Una reverberación de aire caliente parecía brotar de la chimenea.

Se acercaron con precaución. A medida que avanzaban se fueron definiendo los perfiles de otras isbas mayores.

—¡Chavales, que parece que esto es tierra firme! —dijo Cotrufes—. Vamos a arrimarnos, a ver si vemos a alguien que nos oriente.

Se acercaron con precauciones, las granadas de palo dispuestas por si el mecanismo de los subfusiles se había congelado.

Estaban a pocos metros de la cabaña. No se percibía más sonido que el de la ventisca entre las ramas heladas del lago. La isba habría parecido deshabitada de no ser por las ondulaciones de calor que el aire hacía sobre la chimenea. Quizá sus moradores habían detectado la proximidad de extraños y habían matado el fuego.

Cáiser dejó a sus compañeros al acecho y se adelantó hasta la cabaña. Había una ventana pequeña con las toscas contraventanas cerradas. Arrimó el oído. Varios hombres conversaban en el interior. ¡En alemán!

—Cuidado —pensó—. Puede ser una trampa.

Cáiser dio la vuelta a la cabaña hasta dar con la puerta. Preparó una granada *limonka* soviética, le quitó la argolla y mantuvo apretada el asa. Cuando la soltara, la manija estallaría en tres segundos.

Tomando impulso dio una patada a la puerta de tablones, que saltó con estrépito y quedó colgando de uno de sus goznes de cuero.

—*Hände hoch!* —gritó—. Arriba las manos.

Tres alemanes, altos, rubios y desarmados, que hasta un segundo antes fumaban despreocupadamente en torno a la estufa, se volvieron para mirar al intruso, el pánico dibujado en el semblante.

—*Kameraden!* —dijo al notar que no eran rusos—. *Ich bin ein Spanier. Blaue Division!*

Los alemanes, que por un momento se habían creído víctimas de un golpe de mano ruso, respiraron con visible alivio. El intruso devolvió la argolla a la granada, la introdujo nuevamente en su bolso de costado y, volviéndose hacia la helada espesura en la que se emboscaban sus compañeros, gritó:

—¡Salid, que no hay cuidado, son de los nuestros!

Capítulo 58

ESPÍRITU ELEVADÍSIMO

—Bien está lo que bien acaba —sentenció el teniente Otero descalzándose de las botas heladas para arrimar los pies a la estufa.

—Cabo cocina —ordenó Ordás—, prepare un rancho caliente para esta tropa.

—¡A sus órdenes!

Los cocineros improvisaron un guisado con una buena porción de carne de caballo facilitada por los camaradas alemanes. Mientras hervía la marmita, un par de pinches deshelaron el pan y la margarina en una plancha que colocaron sobre las ascuas de la gran estufa de mampostería. Al pan, en grandes adoquines, le daban vueltas para que se calentara por todos los lados.

El cabo cocinero, seguido de dos soldados que llevaban la perola, fue de isba en isba repartiendo el rancho.

—Atentos, cada cual con su marmita, que han llegado las *Portionen* y al que no esté listo me lo salto, que con este frío se nos están helando los huevos.

—¿Debo entender que hay huevos hilados de postre, mi cabo? —preguntó Fariñas.

—¡Hay el coño de tu hermana! —replicó el cocinero, molesto—. Venga, pon la marmita que no estamos para bromas.

Le sirvió un cucharón generoso.

—Si sobra algo, habrá reenganche —advirtió—, pero ese ya en nuestra isba, que no sois amas de cría para traeros la comida a domicilio.

Era un guisado caldoso de trozos de carne y patatas. Cáiser y Cayetano

desmigaron la rebanada de pan moreno y comieron con apetito la sopa caliente. Era un consuelo calentarse las manos aplicándolas a la marmita de aluminio estrecha y honda.

11/1/1942. Hora 10.10. Mensaje radiado del capitán Ordás al general Muñoz Grandes: *Después de atravesar seis grandes barreras de hielo, grietas con agua a la cintura, hemos llegado a Ustrika. A causa del frío, radio y brújulas averiadas. Tenemos ciento dos congelados, de ellos dieciocho gravísimos. En las simas del lago hemos perdido algunos trineos. Espíritu elevadísimo.*

Respuesta. 10.30 horas. General Muñoz Grandes a capitán Ordás: *Conozco vuestro esfuerzo durante la penosísima marcha que habéis realizado. Si la suerte no os acompañó en el logro total de vuestro propósito, no fue vuestra culpa. La guarnición de Wswad sigue defendiéndose valientemente y hay que socorrerla cueste lo que cueste, aunque queden todos los nuestros sobre el hielo, aunque solo sobrevivan unos pocos, incluso tú solo. Seguid adelante hasta morir. Todo por el heroísmo de los defensores de Wswad. O se les salva o hay que morir con ellos. En nombre de la Patria, gracias; y no desfalleced. Confío en vosotros.*

El mando había decretado un día de descanso para la compañía de Esquiadores que antes de entrar en combate había perdido la mitad de sus efectivos a causa de la defectuosa planificación y de la precipitación y ligereza con que el mando había aceptado el plan de cruzar el lago helado en un periodo del año en el que los propios rusos lo tenían por imposible.

En una isba, delante de una buena lumbre de palos, una docena de divisionarios dormía, dormitaba o conversaba en torno a una típica estufa-horno de mampostería, grande como una furgoneta.

—Me gustaría saber qué ha fallado —dijo Cotrufes—. No es por nada, porque enterarme no me entero de la misa la mitad, pero lo de hoy ha sido muy gordo y quisiera contárselo a mis nietos.

Cáiser llevaba un buen rato en silencio. Se había tumbado sobre su espalda encima del tabardo doblado que le servía de camastro, los pies descalzos, solo con los calcetines dobles apoyados sobre la pared de ladrillo de la estufa. Se incorporó sobre un codo para hablar.

—Lo que ha pasado es que íbamos a rescatar a un destacamento alemán

en Wswad, hemos errado el camino, nos hemos desviado quince kilómetros al oeste y hemos aparecido en Ustrika, dentro de las líneas alemanas.

—Suerte que hemos tenido —dijo Cayetano, que imitaba su postura a su lado—, porque si damos con rusos, ya me diréis si veníamos en condiciones de combatir, con la mitad de los hombres congelados y la otra mitad sin haber pegado ojo en toda la noche.

—Por lo de combatir no hay problema —dijo Cotrufes—. Ya habéis oído el parte de la superioridad. En cuanto descansemos nos llevan al tajo, esta vez por tierra.

—Y digo yo: ¿para venir aquí no nos podrían haber traído en camiones, bordeando el lago, tan ricamente? —preguntó Arjona.

—Sí, hombre, pero eso no habría sido de lucimiento para el general —dijo Fariñas—. Lo bueno era decirles a los alemanes: «Lo que vosotros no os atrevéis a hacer, ni los propios rusos, cruzar el lago en pleno enero, lo vamos a hacer los españoles, con un par...».

—¡Coño, Fariñas, parece que has perdido el humor!

—Es que el que nos ha metido en esto se quedó en su comandancia, tan calentito, mientras nosotros partíamos el bacalao. Algunos se van a pasar el resto de la vida sin orejas, sin pies o sin manos...

El alférez Camacho, que hasta entonces había permanecido callado, echado en uno de los poyos que daban al establo, se sentó, se despojó de la gorra cuartelera y dijo:

—No le demos vueltas al asunto, que es hacerse mala sangre. El mando no podía saber que íbamos a encontrar tantas barreras de hielo ni que las brújulas se iban a congelar. Ha sido un caso de mala suerte.

—¿Y qué nos toca ahora, mi alférez?

—Por lo que sé la compañía de esquiadores queda temporalmente adscrita al Grupo Lüer de la 290.^a División de la Wehrmacht. Hoy vamos a sacarnos el frío de los huesos y a reponernos con una buena sopa, que mañana Dios dirá.

—Bueno, por lo menos vamos a tener tiempo de despiojarnos un poco —se consoló Arjona.

En otra isba descansaban Ordás, Otero y los otros oficiales. A las 9.50 se recibió un comunicado del general Muñoz Grandes: *Durante la noche los*

alemanes de Wswad, en una salida, hicieron prisioneros rusos. Siguen defendiéndose muy bien. Hay que ayudarles pronto. Sé que sufrís mucho. No importa. España entera sabe de vuestra hazaña. Alemania os admira. Sois el orgullo de nuestra raza. Tengo fe en vosotros porque tengo fe en España. Confiad en Dios y atacad como españoles.

—Ya amanece —dijo Cáiser sacudiendo por el hombro a Cayetano, que dormía en posición fetal, debajo de un tabardo tieso de mugre.

Tardó Cayetano en despertar y un poco más en estirar los entumecidos miembros. En la isba hacía una temperatura agradable, aunque la carga de palos de la estufa se había consumido ya. Olía al tocino que Cotrufes estaba asando sobre las ascuas.

—¿Tú no ves el zorrazo que estás liando? —le riñó el alférez—. Iván nos va a oler a un kilómetro.

—Mejor, mi alférez —replicó Cotrufes—. Así se enteran de que les ha llegado el tiempo de la matanza.

Habían puesto al fuego unos baldes de nieve y se disponía de agua caliente, como en el Ritz, el hotel donde, al término de una opípara cena, surgió la idea de enviar a Rusia a la División Azul. Algunos se lavaron en una artesa. El agua era dura. Apenas hacía espuma.

—Lo que no hace espuma es este jabón que nos dan —se quejaba Arjona—. Con el jabón tan bueno que hace mi madre con sosa y los turbios del aceite.

—¿Sabéis lo que os digo? —intervino Fariñas—. Que lo mejor es no lavarse, porque así cría uno una grasilla natural que te protege del frío.

—Lo que pasa es que eres un cochino —le dijo Sánchez Covisa.

—En la vida civil era más limpio que una patena —replicó el aludido—. A mí no me ha faltado nunca un barreño de agua caliente los sábados y cambiarme de calzoncillos, que tú vete a saber si te lavabas en España.

El cabo furriel repartió achicoria y rebanadas de pan de molde moreno, brillante al corte. En vano lo apretaban contra la rebanada de tocino: no empapaba.

Cáiser y Cayetano se retiraron a desayunar a uno de los poyos corridos a

lo largo de la pared.

—¡Me cago en la puta, Herminio! —murmuró Cayetano—. ¿Cómo nos hemos metido en este fandango?

Herminio dio un trago de su marmita de achicoria. Consolaba mucho aquel calorcillo bajando por la garganta.

—¿No dijiste que sabías esquiar? —preguntó.

—Y sé esquiar —dijo Cayetano—. Es verdad, lo que pasa es que aquí no hay donde esquiar.

—Pues por eso estamos en la compañía de esquiadores, Cayetano. Ya te advertí una vez que en el ejército uno no sabe nada ni está para nada. No hay que significarse. Si piden músicos, será para subir a un quinto piso el piano del general, pero tú no acabas de enterarte.

—¡Pues estamos jodidos!

Salieron de la isba. Fuera reinaba cierta actividad. Las chimeneas humeaban y los rancheros congregados en torno a la cocina de campaña repartían el desayuno a una fila de furrieles de las compañías germanas. Cruzaban camiones de municiones hoyando la escarcha matinal con un chasquido. Los campesinos rusos aprestaban sus troikas. Del lomo de los caballos que habían dormido a cubierto, en los establos, se desprendía el vaho característico. Los sargentos recorrían las secciones reconociendo a sus hombres y daban el parte a los oficiales. Habían izado la bandera del Reich, pero estaba tan empapada de humedad que permanecía pegada al mástil, congelada.

—¡Mirad qué escena! —dijo Fariñas estirándose ostentosamente—. ¡Entrañable como un belén, con tantas figuritas, cada cual en su papel! ¡Ah, la estupenda vida campamental, cómo la echaba de menos!

Llegó el sargento.

—De parte del capitán Ordás, que los que no estamos rebajados formemos con el equipo completo frente a la isba del mando. Dentro de diez minutos.

Formaron solo la mitad de los hombres. Un vientecillo helador arrastraba partículas de hielo que laceraban los rostros.

—¿Dónde está el resto de la gente? —preguntó un alférez.

—Con tantas congelaciones, no quedamos muchos —respondió otro.

Los dieciocho congelados más graves se habían evacuado al hospital de Borissovo. A casi todos ellos hubo que amputarles manos o pies.

El capitán Ordás salió de la isba abrochándose el capote.

—¡Atenta la compañía! —gritó un sargento.

Ordás extendió la mano indicando que no era necesario abandonar la posición de descanso. Dirigió una breve alocución a la tropa: «Seguimos siendo la fuerza liberadora de los camaradas alemanes sitiados en Wswad. Estamos a trece kilómetros de nuestro objetivo. Por medio hay media docena de aldeas, algunas en manos de los rusos. Primero avanzaremos por la orilla del lago hasta Sadneie Pole».

Las orillas del Ilmen, el apacible lago alimentado por cincuenta afluentes, habían estado muy pobladas desde la Antigüedad, cuando estuvo en plena ruta comercial que unía el mundo vikingo, el de los comerciantes varegos, con el mundo mediterráneo. Había muchas aldeítas y muchas isbas diseminadas a lo largo de las orillas. Los divisionarios españoles avanzaron hasta los alrededores de Sadneie Pole sin encontrar oposición hasta que, al doblar un recodo del camino, recibieron una granizada de balas provenientes de un pequeño altozano donde los soviéticos habían instalado un punto de defensa.

—¡A cubierto!

Piernavieja se asomó con precaución por la horquilla del árbol tras el que se había parapetado.

—Los tengo localizados, mi teniente. Arriba, a la derecha, donde la mancha oscura de abedules.

El teniente Otero los buscó con sus prismáticos.

—Allí están.

Detrás de él habían montado dos morteros *Granatwerfer* de cinco centímetros. El sargento especialista calculó el ángulo de tiro.

—Cincuenta y cuatro grados, mi teniente.

—¿Listo? —preguntó el teniente.

—Listo —dijo el soldado, que, tendido en el suelo, agarraba firmemente las guías del tubo. El otro servidor introdujo el proyectil por la boca, lo soltó y se apartó rápidamente. El proyectil topó con el percutor de la base, que produjo la ignición de la carga propulsora y salió disparado como un

taponazo de champán.

—Corrige el tiro dos grados izquierda —dictó el teniente después de constatar la nubecilla del estampido en la altura de la loma.

El segundo mortero acertó plenamente en la posición de la ametralladora rusa.

—¡Adelante, muchachos!

Avanzaron con precaución por secciones, una docena de hombres corriendo hasta la siguiente posición mientras la otra disparaba contra el objetivo. Cayetano no se separaba de Cáiser. Se sentía protegido a su lado y procuraba imitarlo.

Cuando la vanguardia llegó a las posiciones rusas, las encontró abandonadas.

—Se han largado, mi teniente —dijo Cotrufes.

—Puente de plata —dijo el teniente—. Que nadie toque nada hasta que lo revisen los artificieros, por si hubiera trampas.

Desde el altozano se dominaba la aldea, una docena de isbas diseminadas en torno a un pequeño descampado que hacía de plaza. No se observaban señales de vida. Una sección descendió por una vaguada y rodeó el pueblo. Con precaución registraron las isbas.

—Los ruskis lo han evacuado, mi capitán —informó Otero.

Tres rusos muertos de miedo salieron de un cobertizo con las manos en alto y se entregaron.

—*¡Niet komunisty! ¡Niet komunisty!*

—Estupendo, tío, todos de derechas —los recibió Fariñas encañonándolos.

Konstantino los interrogó sobre la disposición de las fuerzas de la zona.

Ordás estableció su puesto de mando en Sadneie Pole. Habían avanzado seis kilómetros; les quedaban siete para enlazar con los alemanes de Wswad.

Mensaje del capitán Ordás al general Muñoz Grandes: *Hemos ocupado Sadneie Pole y han salido patrullas de reconocimiento en dirección a Pagost Ushin y Dubrovo.*

15.20. Mensaje del general Muñoz Grandes al capitán Ordás: *Plenamente satisfecho de vosotros.*

15.40. Capitán Ordás a jefe E. M.: *Regresó patrulla, que encontró poco*

fuego enemigo.

17.00. Capitán Ordás a jefe de E. M.: *Ocupado Dubrovo.*

Aquella noche los rusos reforzaron sus líneas con tropas de refresco. Después de varias horas nevando amaneció un sol turbio, bajo, amarillento que apenas alumbraba en un cielo plomizo, desapacible.

Los esquiadores se abrieron paso hundiéndose en la nieve reciente hasta la rodilla. Los tabardos pesaban como el plomo y dificultaban los movimientos. Varios hombres cayeron bajo el fuego de los francotiradores.

Los rusos resistieron bien en Dubrovo y Pagost Ushin, las dos aldeas de pescadores en las que habían emplazado ametralladoras pesadas y morteros que batían los accesos. Al terminar la mañana, los españoles se habían impuesto y dominaban las dos localidades.

—Veintiocho bajas desde que llegamos a Ustrika, por congelación y por fuego enemigo —informó Camacho—. Quedamos setenta y seis hombres útiles.

—Uno de cada tres —reflexionó Ordás, lúgubre—. Bueno, ahora estamos más cerca del objetivo. A ver, el radio, que comunique con el Estado Mayor: *Empujamos para liberar Wswad.*

El día anterior, un centinela había aparecido degollado y otro había desaparecido. Esa noche Cáiser y Cayetano vivaquearon en una posición avanzada de Sadneie Pole, en previsión de infiltraciones rusas. Al amanecer, cuando estaban al borde de la congelación, la boca apretada detrás del pasamontañas helado para evitar que el castañeteo de dientes descubriera la posición a los rusos, llegó el relevo con un termo de bendita achicoria para desentumecer los miembros. Regresaron a la compañía a desayunar.

—¡A formar, que hay faena! —avisó el teniente Otero—. Hoy vamos a Schischimorovo.

Fueron seis kilómetros que cubrieron en cuatro horas de marcha, a cuarenta grados bajo cero y cargados con cuarenta kilos de impedimenta. A lo largo del lago se sucedían pequeñas agrupaciones de isbas que los mapas describían como Borissovo, Novoie Borissovo, Volkovizy, Vereskovo, Penikovo.

—¿Cómo van las cosas por Borissovo? —preguntó el capitán.

—Recibimiento con música, mi capitán —respondió el alférez Camacho

significando fuego graneado de máquinas y fusiles.

—Y los muchachos ¿cómo se portan?

—Superior.

Los rusos defendían porfiadamente un terreno desagradecido. Picos y palas rebotaban en la tierra helada, dura como la piedra. Los pozos de tirador penosamente cavados por manos arrecidas y entumecidas resultaban demasiado superficiales para proteger de la metralla. En Novoie, Cáiser y Cayetano derruyeron, con granadas de mano, un nido de ametralladora cuyos tres servidores, tres adolescentes de rasgos asiáticos, se parapetaban en una barrera de cadáveres de compañeros muertos.

13.00. Capitán Ordás a jefe de E. M.: *Ocupado Schischimorovo; guarniciones de aquí y Pagost Ushin reforzadas con alemanes y letones.*

En Schischimorovo confluían el cauce congelado de dos ríos y varios caminos. Había una docena de isbas y un molino en el que se habían fortificado los rusos.

En el borde del bosquecillo, el pelotón de Cáiser y Cayetano aguardaba órdenes. En los desmontes de los caminos se veían moverse siluetas blancas de infantes soviéticos que reforzaban la línea, algunos llevando a remolque las pesadas máquinas.

Tras dos horas de combate, los divisionarios asaltaron el molino. Dentro encontraron una docena de muertos y cuatro heridos que levantaban las manos aterrorizados:

—*¡Niet komunisty!*

—Ya, ya —comentaba Cáiser—. Como en nuestra guerra. Cuando caían prisioneros, todos eran de izquierdas.

23:30 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: *Guarnición de Schischimorovo ha sido atacada por esquiadores soviéticos, que se han retirado después de pequeño combate. Prisioneros cogidos declaran que en el sector comprendido entre Bolshoye Utschno y Maloye Utschno se encuentran tres mil esquiadores siberianos.*

—Esto se va a poner difícil —comentó esa noche Ordás frente a la estufa de la isba—. Ya no tenemos hombres suficientes para romper el frente y alcanzar el objetivo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el alférez Camacho.

—Lo que digan del alto mando. Ellos están enterados de la situación.

En otra isba, Cáiser, Cayetano y los otros comentaban la noticia de radio macuto.

—El próximo objetivo es la aldea de Maloye Utschno. Por lo visto la defienden más de mil siberianos.

—Eso son palabras mayores. ¿Y nosotros con cuántos atacamos?

Cáiser hizo un gesto resignado.

—Con menos, desde luego. A más moros, más ganancia.

—¿Qué?

—Nada, es una tontada que se decía cuando la Reconquista. Bueno, Cayetano, mañana tendrás ocasión de emular a tu antepasado Idiáquez, el de Nördlingen. ¿Cómo era aquello de andar impaciente por medirse con el enemigo?

—«Hubo graciosos dichos entre los españoles, rabiando ya por verse con el enemigo» —citó de memoria Cayetano la crónica que había leído tantas veces.

—Pues mañana veremos.

Afuera caía lenta la noche. La escarcha formaba costras gruesas como un dedo que crujían al pisarlas.

—¿Qué fue lo del Nördlingen ese? —preguntó Cotrufes.

—Poca cosa —dijo Cáiser—. Un bisabuelo de este, que ganó una batalla a la desesperada. Eso fue hace trescientos años.

—¡Coño, trescientos años! ¿Y qué pasó?

—Cuéntaselo, Cayetano.

El aludido se encogió de hombros.

—Los suecos querían tomar una posición que defendían los españoles, la Montañuela. Atacaron con sus mejores tropas, los regimientos Azul y Negro, que eran famosos, una especie de Legión. Los nuestros se defendieron como leones hasta ponerlos en fuga y después los persiguieron y los acuchillaron. Un autor de la época dice que «hubo almadraba de atunes suecos».

—¡Coño! Antes la gente era de otra pasta —comentó Arjona—. Aunque nosotros no lo estamos haciendo del todo mal.

Había oscurecido por completo y las explosiones amainaban. Incluso la artillería remota, que los había acompañado todo el día, se silenció. Hora de

dormir. Se arrebujaron en los tabardos. Silencio. En la duermevela que precede al sueño, cada cual se encontraba consigo mismo.

—Toda la vida viviendo, tantos recuerdos, para terminar aquí —meditó Cotrufes, lúgubre.

Capítulo 59

DEMOSTRANDO LA RAZA

Amaneció un día turbio y neblinoso. Un vientecillo helado discurría entre las isbas. Entre los hombres que desayunaban achicoria y rebanadas de pan circuló la noticia:

—Ahora resulta que no liberamos Wswad, que se van a liberar ellos solos. El alto mando les ordena romper el cerco y salir a nuestro encuentro.

—Como que son más que nosotros —comentó Fariñas—. Si ya solo quedamos cuatro gatos.

Al rato apareció el alférez Camacho con la contraorden.

—Que no, que finalmente liberamos nosotros Wswad. Es una cuestión de honor.

Cáiser intercambió una mirada con Cayetano. Habían llegado a tal compenetración que a menudo no necesitaban decirse nada para entender lo que el otro pensaba. Cayetano entendió: «Vamos a morir porque alguien en las alturas quiere lucirse y ganar otra medalla».

—La compañía está formada —dijo Otero.

Ordás contempló a su tropa. Una mezcla de letones y españoles uniformados por los tabardos y el frío.

—¡En marcha!

Cincuenta grados bajo cero. La borrasca barría el yermo infinito, removía la taiga, empujaba las dunas de nieve, desdibujaba los caminos, agitaba las malezas nacidas a sotavento de los oteros, colmataba las hondonadas y aullaba en los lechos congelados de los arroyos.

—Si lo sé no vengo —se quejaba Arjona—. Estos fríos no son para las

personas.

—¡A tirar *palante* y paciencia! —gruñía Cotrufes.

Aquel día ocuparon las aldeas de Maloye Utschno y Bolshoye Utschno, pero en Shiloj Tchernez encontraron a dos batallones siberianos reforzados por seis tanques.

—Estamos listos —dijo Cotrufes—. Estos tíos vienen con tanques y nosotros solo tenemos cohetes de feria.

—Apuntad bien a la infantería que acompaña a los carros —ordenó Ordás—. Con este tiempo tan revuelto, en cuanto los tanquistas se vean solos no se atreverán a avanzar, porque con las mirillas heladas no ven ni torta.

Pero los rusos no cejaban. Caían los primeros y acudían otros de refresco, docenas de ellos, bien pertrechados, desafiando al frío y a las balas. Borrachos de vodka coreaban «¡*Hurrah, hurrah, hurrah!*» y se lanzaban al asalto de las posiciones españolas.

—¡Serenos, apuntando bien, sin malgastar munición! —recomendaba Otero recorriendo las posiciones.

Los siberianos rebasaron las líneas y envolvieron las posiciones españolas en Bolshoye Utschno.

En los combates de ese día murieron doce divisionarios, entre ellos Olayo. A Arjona lo evacuaron con los pies congelados.

Cáiser, Cayetano, Fariñas y Cotrufes pasaron la noche en una cabaña cerca del arroyo, sin dormir. Afuera se escuchaba crujir la nieve: los siberianos tomando posiciones para el asalto final.

—¿No querrán volarnos con dinamita? —se inquietó Cayetano.

—No creo —dijo Cáiser, que vigilaba desde su aspillera.

Parecía tranquilo.

Capítulo 60

ASÍ SE CONSTRUYE UN IMPERIO

Cuando amaneció se desató el pandemónium. Empezó por tiros eficaces, de francotirador, que acertaban en los intersticios de los troncos y atravesaban limpiamente la cabaña. Saltaban las astillas en el interior clavándose en los tabardos de los defensores, repicando sobre los cascos de acero.

Los siberianos habían tomado posiciones. Atacaron con ametralladoras y granadas de mano. Los de la cabaña se defendían bien disparando los subfusiles a través de improvisadas aspilleras. Fariñas manejaba un fusil ametrallador en el lado de la vaguada, por donde la cabaña era más accesible.

Después de una hora de refriega, se agotaron las municiones.

—Disparad solo a blancos seguros, que no se desperdicie una bala —ordenó Cáiser.

—Yo ya he disparado la última —dijo Cotrufes después de registrarse inútilmente las cartucheras.

Intentaba ensartar la bayoneta en su máuser cuando se desplomó boca arriba, como abatido por el manotazo de un gigante. Cáiser se le acercó reptando. En el pecho le humeaba el impacto de una bala sobre el tabardo. Volteó el cuerpo inmóvil. Del boquete de la espalda abierta le manaba abundante sangre. Una bala explosiva. Tenía la mirada extraviada, el rostro pálido, los labios ceniza. Ya no hablaba.

—¿Le han dado? —preguntó Cayetano.

—Ha muerto —dijo Cáiser.

—¡Se nos echan encima! —gritó Fariñas, que vigilaba por su rendija.

Angustiado, Cayetano observaba a su amigo. Cáiser le devolvió una

mirada piadosa, casi paternal.

—Recuerda Nördlingen —dijo con voz tranquila.

Se volvió y disparó sus dos últimas balas, a blanco seguro. La primera abatió a un oficial. La segunda, a los dos fusileros que lo seguían. Como cabra a polla de pastor.

Los siberianos estaban a diez metros de la cabaña. Avanzaban impávidos sorteando los cadáveres de sus camaradas. Las ráfagas de subfusil repiqueteaban sobre las aspilleras de la posición. Estalló una granada antitanque. El techo de tablas y paja se desplomó parcialmente sobre el interior de la cabaña.

—¡Me descarallaron! —dijo Fariñas, dejándose caer junto a la máquina humeante. Había agotado su último cargador.

Cayetano acudió en su auxilio. Le habían dado bien. El gallego lo miró a los ojos con su mirada vidriosa y extraviada. Abatió la cabeza y quedó despatarrado sobre el montón de ripios y casquillos.

Cáiser registraba las cartucheras de los otros cadáveres de la cabaña.

—Ni una bala —anunció—. Estamos listos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cayetano.

—El terreno está batido —dijo Cáiser—. En cuanto asomemos la jeta, nos apiolan. Solo toca esperar.

El tiroteo duró todavía unos minutos. Finalmente, los rusos comprendieron que los defensores del blocao estaban muertos o habían agotado las municiones. Animándose entre ellos con gritos e imprecaciones que los sitiados no entendían, rodearon la posición. Un sargento empujó la puerta y se asomó con precaución, la pistola Tokarev por delante. Miró los cuerpos de los muertos y encañonó a los supervivientes.

Cáiser y Cayetano, sentado cada uno bajo la aspilleras que había defendido, levantaron las manos.

—Bueno —dijo Cáiser con aparente calma—. A ver en qué queda todo esto.

Al ruso se le unieron otros camaradas. Intercambiaban entre ellos comentarios que por el tono daban a entender su perplejidad: solo seis hombres habían defendido aquella posición. Esperaban encontrar muchos más.

El sargento ruso movió su Tokarev indicando a los prisioneros que se levantaran. Cáiser y Cayetano obedecieron. Les hizo señas de que salieran. Los otros soviéticos se apartaron respetuosamente. Algunos registraban los cadáveres. Los despojaban de los relojes y se los llevaban a la oreja para comprobar si funcionaban.

Afuera se había congregado toda una compañía rusa. Algunos sanitarios recogían los cadáveres y los transportaban a un camión de intendencia. Un gigantesco siberiano imprecó a los prisioneros mostrándoles el puño. El sargento de la Tokarev se interpuso y lo insultó. Debió amenazarlo con algo grave, porque el gigante depuso su ira y adoptó una actitud de obediencia servil.

A una orden del sargento se adelantaron dos soldados y ataron a los prisioneros por los codos, a la espalda.

22.00. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: *El enemigo contraatacó con dos batallones con cañones anticarro y seis carros medios, que rápidamente arrollaron a la vanguardia española. El destacamento rodeado se defendió heroicamente. De los treinta y seis españoles de la vanguardia catorce han muerto o están desaparecidos. El resto rompió el cerco y se unió a la compañía. Nos estamos atrincherando en Pagost Ushin y resistiremos el próximo ataque importante. A las 21.00 recibimos orden de establecer un puesto avanzado en Maloye Utschno.*

13:30. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: *A las siete de hoy el enemigo ha lanzado un ataque en masa sobre Maloye Utschno suprimiendo la guarnición de veinticinco españoles y diecinueve alemanes. El ataque fue apoyado por carros. La compañía se desplegó y logró rescatar a cinco españoles heridos y dos letones. La enorme concentración enemiga nos impidió reconquistar el puesto. La guarnición no capituló. Murieron con las armas en la mano. Observamos una gran masa enemiga concentrándose en Maloye Utschno y Bolshoye Utschno. Esperamos el ataque. Sabremos morir como españoles.*

23.00. General Muñoz Grandes a capitán Ordás: *Habláis como solo los héroes lo harían. Así y solo así se construye un imperio. Ánimo. Vuestra conducta es el orgullo de esta brava División. Pese a todo venceréis. Hay un Dios y Él os concederá la victoria porque sois los hijos más valientes de*

España. Un abrazo, que no será el último.

En una camioneta de bancos corridos, condujeron a los prisioneros a un poblado de retaguardia. Por el camino se cruzaron con varios tanques y numerosos camiones de tropas siberianas que acudían al frente. Jóvenes lampiños de ojos rasgados y pómulos prominentes, uniformados de blanco con chaquetones acolchados, los subfusiles de tambor terciados sobre el pecho.

—Se avecina un buen tomate —comentó Cáiser—. A lo mejor, después de todo, hemos tenido suerte.

La camioneta se detuvo ante una isba aislada. Un abollado coche Volga estaba aparcado a la puerta. Los dos desaseados centinelas ya cuarentones que montaban guardia con escasa marcialidad se cuadraron al paso de un teniente. Los del camión apearon a los prisioneros y los empujaron con las culatas de los fusiles.

Dentro de la isba la temperatura era agradable. El joven teniente del ejército rojo, impecablemente uniformado y con pinta de oficinista, ordenó que les soltaran los brazos.

—*Spasiba* —murmuró Cáiser.

Los prisioneros se frotaron la parte entumecida por las ligaduras.

Sentado a la mesa, el teniente examinó la documentación de los prisioneros.

—*Spanski?* —preguntó dirigiéndose a Cáiser.

—*Da* —afirmó acompañándolo del movimiento de cabeza.

—*Ty govorish po ispanski?*

—*Niet.* No hablo ruso.

El teniente solicitó telefónicamente un traductor. Después se incautó de los documentos de los prisioneros y ordenó a la guardia que los condujera a un calabozo.

Mediaba la tarde cuando uno de los centinelas viejos de la puerta compareció con un caldero de sopa de col con tropezones de macarrones y pescado salado. Los prisioneros alargaron sus marmitas y comieron con apetito.

Apenas habían terminado la pitanza cuando se escuchó la llegada de un coche que produjo cierto revuelo en la guardia del cuartelillo. Se abrió la

puerta y apareció Andrei con un impecable uniforme de capitán del ejército rojo. Despidió a su escolta y cerró la puerta detrás de él. A cubierto de miradas indiscretas, abrazó a Cáiser.

—¿Hasta cuándo me vas a perseguir? —le riñó. El ruso sentimental tenía los ojos arrasados en lágrimas. Cayetano, boquiabierto, no salía de su asombro.

Andrei se recompuso. Miró alternativamente a los prisioneros.

—Con lo grande que es Rusia y siempre tengo que encontrarme con estos pelmazos de españoles —se quejó—. Habéis tenido suerte de que vuestros nombres aparecieran en la lista de prisioneros. Inmediatamente solicité el privilegio de interrogaros personalmente.

Abrazó a Cayetano.

—¿Y tú qué, siempre vigilando al rogelio este, no? —le reprochó.

—A ver, es lo que me toca —bromeó Cayetano—. Para que no se meta en líos.

—Para lío este en el que estamos —dijo Andrei—. A ver cómo hacemos para que salgáis con bien. Sentaos.

Se sentaron en torno a la mesa. Desplegó un mapa. Cáiser miró a su amigo con recelo.

—No, no os voy a preguntar nada comprometido —dijo Andrei—. Todo lo que me podíais contar ya lo sabemos: la compañía de esquiadores que no saben esquiar, la imprudencia de cruzar el Ilmen helado, las congelaciones y los mensajes del alto mando con la pamema de que el honor de España descansa en vuestras manos. Tenemos un servicio de información muy eficiente.

—Entonces, ¿qué quieres? —dijo Cáiser, todavía desconfiado.

Andrei lo miró a los ojos. Los suyos otra vez brillaban.

—Sois mis hermanos, par de inútiles, y solo quiero sacaros de esta sin arriesgarme a perder mi propia cabeza, así que atentos. Nosotros estamos aquí, en Pestovo, y vuestras posiciones más cercanas están aquí, en torno a Staraja Russa.

—Comprendido —dijo Cáiser atendiendo al mapa—. Y por medio quedan siete u ocho kilómetros de bosque helado.

—Yo os libero cerca de aquí y vosotros intentáis alcanzar vuestras líneas

—dijo Andrei.

Cáiser se irguió.

—¿Y cómo harás para liberarnos?

—Fingiré que os he ejecutado. Es lo que suele hacerse con los héroes que se obstinan en no colaborar.

—¿Has pensado lo que te ocurrirá si nos capturan?

—Sí. Me temo que me fusilarán, así que todo queda en vuestras manos.

Cáiser miró a Cayetano. Su amigo se mantenía inexpresivo.

—Está bien. ¿Qué puedo decirte, Andrei?

—No digas nada. Es lo que has hecho tú por mí, ¿no? —Miró el reloj—. Se nos hace de noche. Con una brújula solo tendréis que caminar por el bosque sin perder el norte hacia vuestras posiciones. Quizá las podáis alcanzar en siete u ocho horas.

Cáiser asintió.

—Está bien —dijo Andrei levantándose de la mesa—. No perdamos un minuto.

Llamó a la guardia. Entraron dos fusileros con sus armas a punto. Andrei les ordenó que maniataran a los prisioneros. Nuevamente se vieron con los brazos ligados a la espalda.

Andrei tomó un fusil ametrallador del cuerpo de guardia y, adoptando la compostura severa que correspondía a un oficial despiadado, encañonó a los prisioneros.

—¡En marcha!

Un sargento se ofreció a escoltarlo con sus hombres, pero el capitán lo rechazó con sequedad. Evidentemente iba a ejecutar a los prisioneros y prefería hacerlo sin testigos.

Bajaron los tres peldaños de la isba y se encaminaron a la espesura. Con una linterna, Andrei iluminaba el camino. Se internaron en el bosque, ya oscuro.

—¿Tenéis noticia de Meike? —preguntó Andrei emparejándose con sus amigos, ya a cubierto de miradas indiscretas.

Cáiser lo miró. Seguía enamorado de ella a pesar de las *devushkas* que lo rodeaban.

—La vi hace menos de un mes, durante un permiso, en Berlín —le dijo

—. Está muy cambiada. Ya no se cree elegida para impulsar la raza superior. Ha abjurado de toda la tontería nazi.

—¿Y eso? —preguntó Andrei.

—Es largo de contar. Se le han abierto los ojos y ha perdido el fervor germánico. Me preguntó por ti.

Anduvieron un trecho en silencio. Andrei, pensativo.

—No he podido olvidarla —confesó—. Si pudiéramos encontrarnos de nuevo... Sueño con ella.

—La guerra no durará siempre —dijo Cáiser.

—¿Quién lo sabe? —respondió el ruso—. Es posible que tengas razón. Hitler se ha quedado sin reservas. Quizá en un año hayamos ido al armisticio.

—Hagamos una cosa —propuso Cayetano—. Cuando pase todo esto, encontrémonos de nuevo en Berlín para recordar los viejos tiempos y enmendar historias.

—Sería estupendo —dijo Andrei—. Si vivimos para contarlo.

—¿Qué os parece si nos citamos en aquel hotelito del lago Blankensee donde solíamos ir con la gente del Club de Prensa? —propuso Cayetano, entusiasmado.

Cáiser se limitó a sonreír. Sus amigos le parecieron dos niños que trazaban planes ilusorios sobre un futuro amable mientras la artillería tronaba a lo lejos, recordando que estaban en medio de una guerra cruenta, una tormenta de sangre y metralla en la cual solo eran minúsculas motas de carne y nervios que el azar aventaba.

—Venga —propuso Cayetano—. El primero de mayo después del final de la guerra, del año que sea, este o el próximo.

Llegaron a un puentecillo que salvaba un arroyo.

—Aquí me quedo yo —dijo Andrei—. Ahora tengo que hacer que os ejecuto.

Junto al puente había un tocón que sobresalía de la nieve. Pesaba tanto que a duras penas lograron auparlo entre los tres hasta arrojarlo por encima del pretil. El madero cayó pesadamente y atravesó el hielo dejando al descubierto la corriente oscura del agua que fluía bajo la costra helada.

Andrei montó su Shpáguina y vació medio cargador sobre el arroyo, agrandando el agujero.

—Ya está hecho —dijo—. Oirán los disparos y pensarán que os he ejecutado y que el arroyo arrastra vuestros cadáveres.

Hurgó en su zurrón y le entregó a Cáiser una brújula y una linterna.

—Recordad, siempre al norte. Suerte.

Se abrazaron. Los españoles se internaron en el bosque; el ruso regresó sobre sus pasos.

Una nube oscura se desplazó dejando asomar una luna baja que iluminó la fronda con su pálido resplandor. Favorecidos por su fosforescencia azulada, los sentidos alerta, Cáiser y Cayetano avanzaban por el abrupto sendero al encuentro de su destino.

EPÍLOGO

Berlín, 11 de enero de 1942

Lieber Herminio:

Aprovecho que nuestro amigo Moraleda acompaña a algunos corresponsales españoles que van a la división de voluntarios para enviarte esta carta.

Tal como te prometí, hice gestiones para conocer el paradero de Rachel. No tengo buenas noticias. Rachel y su padre fallecieron de disentería, con pocas horas de diferencia, el 21 de noviembre pasado en el campo de Kaunas, en Lituania, cuatro días después de llegar la expedición de judíos berlineses. Eso es todo lo que he sabido, y que los sepultaron en una fosa común junto con otros fallecidos de la misma epidemia.

¿Qué más puedo decirte? ¿Qué consuelo puedo ofrecerte si yo misma estoy hundida en la tristeza y desconsolada? Siento más que nunca vergüenza y angustia por la responsabilidad que he tenido en esas muertes. Ojalá algún día puedas perdonarme.

¿Qué importa todo lo demás? Mi madre ha muerto, yo creo que de tristeza porque no pudo soportar la idea de que las autoridades del Reich hubieran asesinado a nuestro pobre Siggí. Fue un triste funeral, con solo tres amigas suyas que no quisieron explicarme mucho de las circunstancias de su muerte.

¿Qué me queda en el mundo? Siento que estoy muy sola y que de pronto he recobrado una dolorosa lucidez en medio de toda esta locura. Quizá sea

el castigo que merezco por mis errores pasados. ¿Cómo pude estar tan ciega? Me han invitado algunas veces los del Club de la Prensa, que ahora son menos porque algunos regresaron a otros destinos, pero he declinado acompañarlos. Por otra parte, no me apetece visitar los lugares donde fuimos felices los del grupo de amigos porque allí todo me recuerda vuestra ausencia y el tiempo en que, a pesar de que era insufrible, ahora lo advierto, vuestra generosidad me admitía. ¡Cómo echo de menos las bromas y las confidencias, los paseos de entonces, a la orilla del lago, las canciones españolas, italianas, rusas con las que competíais en agasajarme un poco en broma, pero también un poco en serio, tomándome por la reina de vuestra corte de amor!

Por cierto, ¿qué habrá sido de Andrei? Rememoro tantas veces mis confidencias y las tuyas cuando parecía que un abismo, creado por mí misma, nos separaba... Sé que os parecía que me quedaba a solas con él solo por estudiarlo como un entomólogo estudia a una mariposa, siempre con las tonterías del Ahnenerbe persiguiéndome. La verdad es que Andrei, cuando se sinceraba a solas conmigo, sabía ir directamente al corazón. ¡Cuánto daría por recuperarlo y poder hablarle ingenuamente, mirándolo a los ojos, mi poeta ruso, que a veces me susurraba razones que me llegaban al alma, que me despertaban inéditos sentimientos, aunque solo entendiera la música y no la letra!

En fin, no quiero vivir de esos cálidos recuerdos vuestros, pero ¿qué otra cosa me queda? En cuanto a mi existencia de cada día, ¿qué puedo decirte? Ahora me han degradado en el Ahnenerbe. De sobra han notado que mi entusiasmo y mi laboriosidad obsesiva de otro tiempo han desaparecido. Paso el día en los sótanos del edificio del Parque Botánico, en el archivo, registrando expedientes arqueológicos que vienen de toda la Europa ocupada. Bueno, ese lugar tan lóbrego tiene la ventaja de que cuando hay alarma aérea, lo que sucede cada vez con más frecuencia, no tengo que bajar al refugio porque ya estoy en él.

En fin, Herminio, no quiero que esta carta sea tan plañidera, pero, por otra parte, debo sincerarme contigo. Siento mi vida completamente vacía y os echo de menos a los buenos amigos de entonces. Me consuelo pensando que algún día terminará la guerra y quizá, si existe un buen Dios que vela

por la bondad del mundo, nos sea posible volver a encontrarnos después de tanta locura para juntos emprender la tarea de enmendar nuestras vidas y de hacer un mundo más habitable y mejor.

Un beso grande, grande para ti y otro para Cayetano, y de nuevo perdón por todo el mal que te he causado. Te quiero siempre.

Deine Meike.

Madrid, mayo 2015-Alicante, enero 2016.